

LEOPLAN

Magazine Popular Argentino



18 Septiembre 1946

40

centavos en
todo el país

En este número:

EL PRINCIPE IDIOTA

genial novela del gran escritor ruso FEDOR DOSTOIEWSKI

Pida GRATIS



**LIBRO
ESTE**

Organización de las Escuelas Latino Americanas



• HOY MISMO envíenos su nombre y dirección, y a vuelta de correo recibirá usted, GRATIS Y SIN COMPROMISO, la "GUÍA DE ENSEÑANZA", interesante libro de 92 páginas ilustradas, con los detalles completos de los cursos que enseñamos por correo, desde el año 1923.

• SABER LEER Y ESCRIBIR es suficiente para estudiar cualquiera de los cursos Comerciales, Técnicos y Especiales, pues nuestros textos, exclusivamente preparados para la enseñanza por correo, son de fácil comprensión. Usted estudiará

en su casa en sus MOMENTOS LIBRES, hasta llegar al fin de sus estudios recibir su DIPLOMA.

• NUESTRA ORGANIZACIÓN, moderna y perfecta, instalada en EDIFICIO PROPIO, con un cuerpo de Profesores competentes, numeroso personal técnico administrativo y elementos mecánicos, permite a los ESCUELAS LATINO-AMERICANAS ofrecer una enseñanza práctica, útil y eficaz a un costo reducido.

• PIDA USTED, gratuitamente, la "GUÍA DE ENSEÑANZA". Hágalo AHORA MISMO.

EXTERIOR

OBSEQUIOS A LOS ALUMNOS

Los interesados deben dirigirse a nuestra SUCURSAL, especialmente instalada en su PAÍS, para solicitar GRATUITAMENTE, la "Guía de Enseñanza" y otros informes.

URUGUAY: Calle Sorandí 492, Montevideo.

CHILE: Calle San Antonio 126, Santiago.

BOLIVIA: Calle Ayacucho 160, La Paz.

PERÚ: Jirón Quilca 251, Lima.

ECUADOR: Calle Venezuela 858, Quito.

COLOMBIA: Carrera 13, número 18-95, Bogotá.

VENEZUELA: Norte 11, número 19, Caracas.

Inscrito como alumno en las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS recibirá algunos de los siguientes obsequios:

VELOCIGRAFIA: "Escriba una página en 10 segundos" Regalamos un material de estudio y un ejemplar de la VELOCIGRAFIA.

DICCIONARIO: 512 páginas y 50.000 palabras.

CARNET DEL ESTUDIANTE: Con 10 tarjetas y libreta de Teller.

GRATIS

Línea y envíenos el cupón y de inmediato le será despatchado el interesante libro "GUÍA DE ENSEÑANZA", de 92 páginas ilustradas.

CURSOS QUE ENSEÑAMOS

Precios en Moneda Argentina

SECCION COMERCIAL		SECCION TECNICA		SECCION RADIO		Técnico en Radio		SECCION INDUSTRIAL		SECCION FEMENINA		SECCION ESPECIAL	
Empleado de Comercio	50	Técnico Mecánico	95	Técnico en Radio y Televisión	95	Técnico en Radio	40	Técnico en Industria Lechera	75	Profesora de Corte y Confección	75	Periodismo	90
Cajero	50	Técnico Maquinista	95			F. M.	40	Técnico Avicular	75	Laborer	75	Teaigráfico	90
Secretaria Comercial	90	Técnico Metalúrgico	95			Armador de Radio	70	Técnico Apicular	75	Confección de Sombreros	90	Animático Comercial	90
Tenedor de Libros	70	Motors Diesel	95			Televisión y Radio	60	Perito Enólogo	75	Cocina	90	Gramático y Ortografía	90
Perito en Contabilidad	90	Motors a Explosión	95			F. M.	60	Técnico Jabonero	75	Arte de Tejer	90	Caligrafía	90
Técnico en Publicidad	90	Mecanico de Automóvil	95					Técnico Curtidor	90			Velocigráfico	90
Administrador de Estancias	110	Técnico Tornero	95									Escribe Bien	90
Empleado de Banco	60	Técnico Fresador	95										
Vendedor	60	Técnico en Máquinas de Teller	95										
Jefe de Ventas	90	Computario y ebanisteria	95										
Gerente Comercial	200												

Desde \$5

POR MES PUEDE USTED ESTUDIAR EN LAS ESCUELAS LATINO-AMERICANAS

Las MAS Acreditadas

St. Dirección de las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS

Síndico: BOYACA 251, Lima

Gerente: Jirón Quilca 251, Lima

Nombre: _____

Domicilio: _____

Cuando sea le enviaremos

LEOPLAN

Magazine Popular Argentino

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIII - N° 236
15 septiembre 1946

CORREO
ARGENTINO
Cena B

FRANQUEO A PAGAR

CUENTA 75

TARIFA REDUCIDA
CONCESION 3016

ESMERALDA 118
U. T. 33 - 8863
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 210.846

SUMARIO

Págs.

En este número:

EL PRINCIPE IDIOTA

la célebre novela de FEDOR DOSTOYEVSKI

36

Siterarias

LA PARDAL BALCARCE, un cuento histórico, de Héctor Pedro Blomberg ... 4

CUENTOS DE CAZA, por Fray Mocho... 10

LA PULPERA DE PAGO GRANDE, cuento, por Alejandra J. Lerena... 14

LA HERENCIA, cuento, por Jean Belthoray ... 20

LA SUERTE DE ROARING CAMP, un cuento de F. Bret-Harte... 24

Notas y artículos

LA AGONIA DE SAN JOSE DEL MORRO, un puercito puntano sumido en sus recuerdos, por Valentin de Pedro... 8

SALON DE PRIMAVERA, en la mujer se expresa y vive la más bella estación del año ... 12

UNA MIRADA HACIA EL FUTURO, la electricidad domina ya al vapor, por Sapiens ... 18

CASTRUCCION, UN PRECURSOR DE PETIOT, el caso que conmovió a Buenos Aires a fines de siglo, por Octavio de la Gándara ... 22

Secciones

CINE, por Amelia Monti ... 16

ACTUALIDADES GRAFICAS ... 35

LA GRANJA, temas de campo, por Emilio Pérez ... 112

AQUI LE CONTESTAMOS, correo de "LeoPlan" ... 114

RISA Y SONRISA

CONRADO NALE ROKLO, en su "Por el estilo de...", imita esta vez la prosa de Julio Verne, el inmóvil viajero, en la sección donde los mejores lápices contribuyen también a la alegría ... 26

ILUSTRACIONES DE:

BERNABO -
RAUL VALEN-
CIA, GUBELLI,
NI, VALDIVIA,
ARTECHE,

HISTORIETAS Y DIVIADOS DE:

VALENCIA, VI-
LAFANE, GON-
ZALEZ FOSSAT,
IANIRO, CHRIS-
TIE, JUAN KIL,
ANDRINO, RO-
DRIGUEZ, MAR-
TINEZ.

próximo número

EL PADRE GORIOT

célebre novela de

HONORATO DE BALZAC

DESPUES DE CASEROS...

HECTOR PEDRO BLOMBERG evoca, en una serie de artículos, la vida y el destino de los que estuvieron cerca de Rosas

LEOPLAN aparece el 2 de octubre

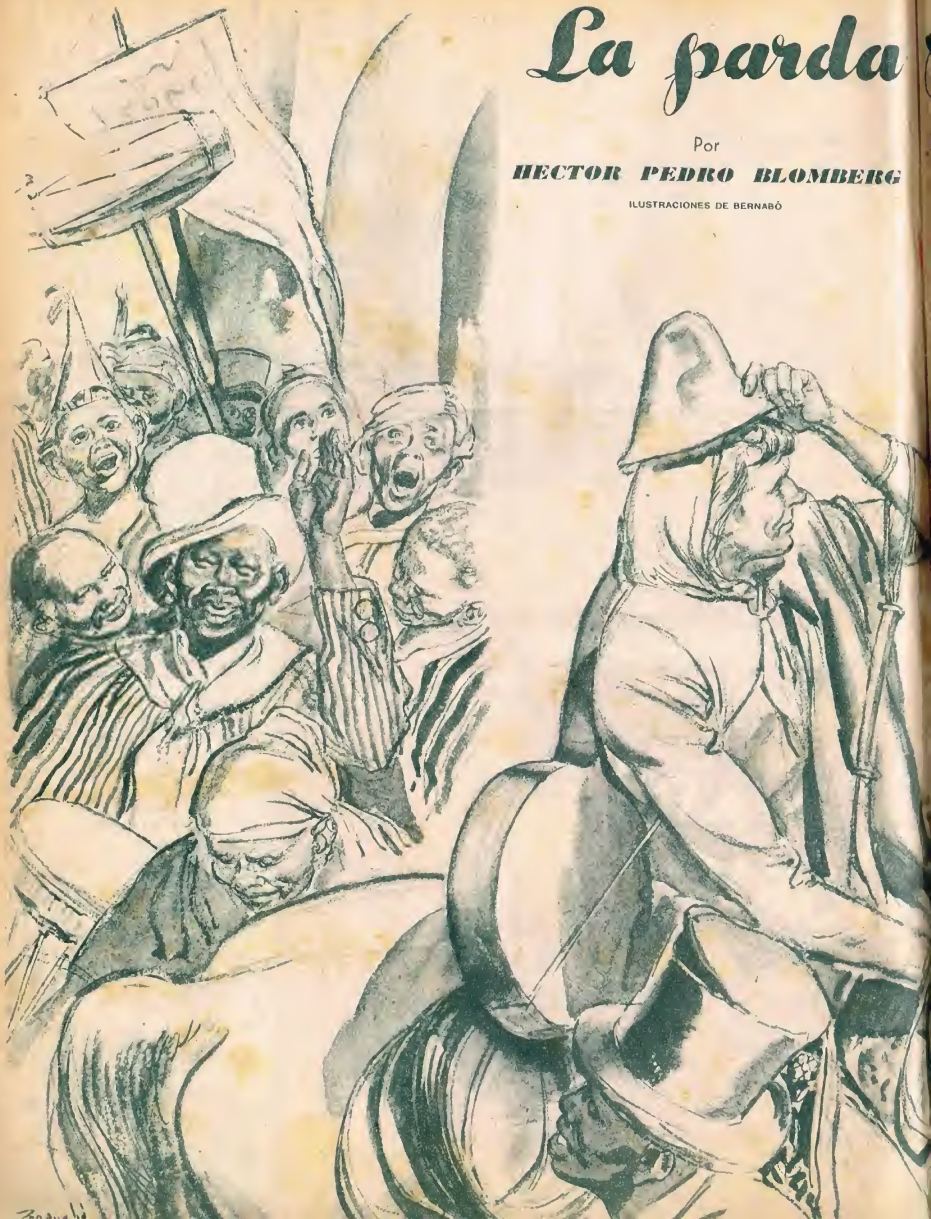
40 centavos en todo el país

La parda

Por

HECTOR PEDRO BLOMBERG

ILUSTRACIONES DE BERNABÓ



Balcarce

Un carnaval de Rosas

Ia ni vienen los candombes!
Del sur, por el lado del matadero, venía un rumor extraño,
ronco, monótono. Las casas viejas de los barrios de San Telmo,
Montserrat y la Concepción, resonaban con el acorde bárbaro y obses-
ionante:

—¡Ta-ca-tán! ¡Ta-ca-tán! ¡Ta-ca-tán!

La negrada del sur de la ciudad se volcaba en la calle Buen Orden.
Era un carnaval de Rosas. El "cañonazo" había sonado en el Fuerte
a la una de la tarde, y ahora eran pasadas las dos, en aquel ardoroso
día de febrero de 1840.

—¡Morenos lindos!

Los "Banguelas" marchaban delante. Eran unos 200 negros, descal-
zos, con pantalones rayados y blusas de bayeta roja. Ataban sus notas
con una vincha color sangre, y un gran escudo de plumas de avestruz,
con un pequeño espejo en el centro, ceñido con una correa, cubría
sus espaldas musculosas.

Al frente marchaba un negro gordo, chorreando sudor, pintado de
rojo y blanco, ostentando las grotescas insignias de reyezuelo africano.

—¡Ta-ca-tán! ¡Ta-ca-tán! ¡Ta-ca-tán!

Detrás de los candombes rodaban los carros, adornados con ramas
de sauce y de paraíso, con grandes barriles, tristes monumentales y
vejigas llenas de agua olorosa.

La gente que llegaba de las orillas a caballo o en carretas atestaba
las pulperías del barrio fanoso. Las risas, los cánticos, las blasfemias,
resonaban en las plazuelas. Grupos pittorescos de honbres a caballo,
pintarrajeados, con chalecos y ponchos colorados, batías postizas de
crines y colas de caballo, caracoleaban alrededor de los candombes.

—Vivan los negros de Rosas!

El ruido de los tambores se hacía cada vez más ronco, más frené-
tico. Veíanse muchas negras en el candombe, casi todas esbeltas y
jóvenes, luciendo sus bustos arrogantes, sus desnudos brazos, sus dien-
tes blanquíssimos.

—Mira, Mariana... Ahí viene Lázaro...

Una parla de unos veinticinco años, muy delgada, alta, de ojos dul-
ces, se volvió hacia otra un poco más baja y más gruesa, bellísima, y
señaló a un jinete que pasó casi rozándolas junto al veredón de badillo
de la plazuela de Monserrat.

—¡Salú, portenás!

La llamada Mariana vió brillar sobre los suyos unos ojos azules, bri-
llantes de pasión; sintió el leve choque, la humedad y el perfume de
un "huevo de carnaval" en su hermoso brazo desnudo, y desvió el
rostro con un mohín de disgusto. El jinete la contempló con ojos que
ardían. Era un paisano del suburbio, vestido con chiripá y camisa bor-





dados casi lujosamente, terciado con donajo el pincho colorado y una guitarra a la espalda.

—Salú, cantor...
De las dos mujeres, sólo una, la delgada y alta, había contestado al saludo del jinete, que se volvió sobre el recado para mirarlas y se perdió en la multitud.

En medio del estrépito de los tambores, de las cornetas, de los silbidos, de los gritos y los cánticos, llovían sandías, zapallos, huevos a patos y aversuz, llenos de agua olorosa, de berrnollón y de harina.

El bullicio iba en aumento. Detrás de los "Bangueles", con su negro y sudoroso monarca al frente, marchaban los "Congos", los "Lagolas", los "Cambungos", las "naciones" de Rosas, enardecidas por la caña y por la música.

Luego, cerrando el bárbaro cortejo, seguían los negros viejos, los patriarcales de los "Tambos", con sus frares grotescos y sus enormes divisas federales.

—¡Vivan los negros! ¡Viva Rosas!

Las platerías habían cerrado sus puertas. Sólo permanecían abiertas las pulperías, y eran muchas las que funcionaban en aquel tiempo en los alegres y populosos barrios del sur.

Las dos bellas pardas que hemos encontrado en el veredón de la plazuela de Monserrat eran arrastradas por la multitud. Desde las computas jadeantes y las pulperías bulliciosas las saludaban "huevozos" y pipopos.

—¡Adiós, parda orgullosa!... Ni que fuera la misma Manuchita...

Un mulato arosó clavó en Mariana sus ojos admirativos, brillantes y enrojecidos por el alcohol. Pizo ella lo envolvió en una mirada despreciativa, y el mulato desapareció entre la muchedumbre.

Varias veces el jinete de la guitarra pasó cerca de ellas entre la marejada humana. Mas, advirtiendo la mirada desdeñosa de Mariana, volvía a alejarse.

Los candombes se dirigían hacia el centro. Las parroquias de San Miguel y de San Nicolás resonaban con su bárbaro tumulto. En la puerta de más de una casa de unitarios corría sangre.

A las seis de la tarde volvió a oírse el cañonazo. El primer día del carnaval de 1840 había terminado.

Los candombes, sudorosos y extenuados por la larga peregrinación a través de calles y plazas, comprendían el regreso a sus rancherías. Los gritos guturales de los músicos en delirio, las voces roncas de los tanhoreos, se alejaban hacia el sur. Los carros llenos de ebrios se perdían por las calles de tierra.

Sólo quedaban grupos de rezagados en las pulperías.

Las dos pardas de la plazuela de Monserrat, después de cruzarla, penetraban en el callejón del Pecado, cuando un hombre a caballo les salió al paso.

Era el jinete de la guitarra.

—Quiero hablar con usted, Mariana...

El acento, varonil y triste, la hizo detenerse.

—Hable, cantor...

—¿Por qué me trata así, y en una tarde de carnaval, a mí, que me estoy muriendo por usted?

—Fruicé ella el ceño.

—Déjenos ir, que es tarde y estamos muy cansados...

Hundieron en el callejón oscurecido ya por las sombras del crepúsculo. Vió una guitarra, y un ciclot, triste y apasionado, lloró detrás de ellas.

El último candombe se perdía a lo lejos, en dirección a San Telmo:

—¡Ta-ca-tán! ¡Ta-ca-tán! ¡Ta-ca-tán!

Su padre, un libertero de la familia de los Generales Balcarce, murió en tiempos de Dorrego, en una revuelta callejera, y la madre lo siguió pocos años después. Quedaron tres hermanos, Felipa, Manuel y Mariana.

Muerta la madre, que era hija de mulatos, fuéronse a vivir al barrio de Monserrat. Felipa y Mariana eran bordadoras, y Manuel había ingresado, cuando aun era casi un niño, en uno de los regimientos negros organizados por Rosas en 1833.

A los quince años, la menor de las Balcarce era la parla más bella de su barrio. Blancos y morenos la requiebaban en las fiestas populares de la Santa Federación, pero el corazón de Mariana permanecía indiferente.

En nada parecía a su hermana mayor. Era el suyo un carácter indiferente. Mosteaba súbitos y violentos impulsos, y Felipa, dulce y suave, entrístase al verla así, y preveía dolores para el futuro.

En el año que comienza nuestra historia, Manuel se hallaba en el Cuartel de Restauradores, en la esquina de Méjico y Defensa. Era cabo en el famoso regimiento del coronel Ravello, donde todos, oficiales y tropa, eran morenos, excepto su jefe.

Diez y nueve años tenía Mariana cuando apareció en su camino Lázaro Samaniego, el cantor de San Telmo.

Lázaro trabajaba en el matadero. Tendría unos veinticinco años, y su guitarra, siempre adornada con cintas rojas, era conocida en los patios y en las pulperías de los tres barrios.

La vio un día salir de la iglesia de la Concepción, y desde ese instante el gallardo cantor del matadero no dejó de suspirar por la linda pardita de ojos de fuego y labios desdenosos.

— ¡Mariana! — Mariana!
En vano resonaron las serenatas de Lázaro en las noches del barrio de Monserrat. Felipa contemplaba con vaga curiosidad a su hermana. Lázaro era tan lindo mozo, con sus ojos azules, y cantaba como un zorzal.

— Más de una blanca daría su anillo de plata porque Lázaro la quisiera, Mariana — dijo un día, dulcemente, y las pupilas de Mariana se llenaron de ira.

Por mí... — exclamó encogiéndose de hombros y prosiguiendo su labor.

Avanzaba el verano y se aproximaba el carnaval. Lázaro continuaba suspirando.

— Por una parda cualquiera — decía, con mal disimulado despecho, una muchachita blanca de la Concepción, a la cual había cantado una vez la guitarra de Lázaro.

Mariana seguía insensible. Los jazmines y las coplas del cantor no lograban ablandar el soberbio corazón de la Balcarce, y la dulce Felipa se entrístase cada vez más.

— Se diría que eres tú la que estás enamorada de él — dijo un día Mariana, clavando sus ardientes ojos en el rostro apacible de su hermana, y la pobre Felipa sintió un extraño calor en las mejillas morenas.

— No digas eso, Mariana... — balbuceó.

Solían transcurrir largas semanas sin que Lázaro apareciera por el barrio. Felipa sabía que el mozo andaba recabando tropas por las estancias del sur y del oeste, pero no decía nada a Mariana, a la cual parecían dejar indiferente las ausencias prolongadas de su enamorado.

Así llegó el carnaval de 1840. Durante los tres días, Lázaro anduvo siempre cerca de ellas en medio del bullicio. Pero, desde la noche en que fuera desairado por la hermosa parda en el callejón del Pecado, no volvió a hablarlas. Y fué después de ese carnaval cuando Lázaro decidió consultar a la negra Mercedes.

La negra Mercedes, una bruja atezada, de edad inmemorial, vivía en un rancho perdido entre los sauzales del bajo de San Telmo, y era la adivina más popular de los barrios del sur. El mismo "Carancho del Monte", el famoso coronel Vicente González, había ido una vez a consultar sus mágicas artes.

— ¿Qué quieres, hijo? — preguntó la vieja, al ver entrar en su rancho al desdado cantor —. Vos patecés de mal de amores — agregó, consultando con sus ojos huidos, enrojecidos por el alcohol, el pálido rostro de Lázaro. Era casi centenaria. Un cigarrero negro humeaba constantemente entre sus labios rescos y hablaba sin cesar, oprimiendo el cigarrero entre sus desdentadas encías.

Lázaro pasó una mirada curiosa por el rancho de la adivina. Un pizarro extraño, inmovil, lo contemplaba con ojos casi humanos. Era un pájaro indio de plumaje oscuro y brillante. En las paredes de adobe pendían amuletos africanos, dientes y garras de puma, lagartos muertos.

— Acércate, hijo...

Puso sus manos esqueléticas sobre los hombros del mozo y acercó a él el su horrible semblante. Sintió Lázaro un yaho de caña, y se apartó bruscamente. Luego de mirarlo con atención, sentiose la vieja en un catre cubierto de sucios ponchos, y sacó unos naipes muertos.

— Ella no te quiere... Así dicen las cartas...

No. No me quiere — balbuceó el mozo.

La adivina siguió sus misteriosos manipuleos. Un murmullo monó-

YO TAMBIEN LO TOMO !

Dicen en LA PAMPA

RESFRIO

en puerta, GENIOL alerío
Combata los resfríos y sus consecuencias. Al primer síntoma, tome GENIOL. GENIOL calma, entona y descongestiona. Tome GENIOL, que es mejor y... es argentino.



GENIOL

¡MILLONES DE PERSONAS LO TOMAN!

POR L. R. 1 RADIO EL MUNDO

Todos los días Informativos GENIOL, con las últimas noticias nacionales y extranjeras, a las 13.22 y 24 horas.

La agonía de San

DUERME EN SUS RECUERDOS, VUELTO
SOBRE UN PASADO MEJOR, EL SOLEDOSO
PUEBLO DE LA PROVINCIA DE SAN LUIS

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



UNA TURISTA CONTEMPLA LAS RUINOSAS CASAS DE PESADOS
CONTRAFUERTE

La mayoría de los pueblos levantados por los conquistadores sobre las tierras inmensas y deshabitadas que andando el tiempo constituirían nuestra patria, nacieron bajo el signo de la humildad. Pasarían muchos años sin que buena parte de ellos conocieran ni aun los adelantos más elementales de la civilización, que el descubrimiento trajo a las costas del Nuevo Mundo: caseríos, o más exactamente rancherías, que quedaban lejos de las ciudades capitales y de las vías de comunicación, por las cuales el progreso se echó a andar,

aunque al paso lento de las carretas. Islotes del mar de tierra de la Pampa, donde el hombre había de atenerse a sus propios medios, comenzando por hacer sus casas — ranchos — con los elementos del paisaje: barro y paja.

La prosperidad de estos pueblos, durante la época colonial, se iba dibujando en su arquitectura, que cambiaba el ladrillo por el adobe, y la paja con que se cubría el techado de las casas, por tejas; que ponía sobre balcones y ventanas el arabesco de los hierros forjados, y que hacía de las puertas, no usadas en los ranchos, uno de sus grandes primores. Pero muchos pueblos, aislados en medio de inmensas soledades, no llegaron a conocer estos lujos, y se apegan a los tiempos modernos con su fisonomía primitiva.

LA ANTIGUA
IGLESITA DE
SAN JOSE DEL
MORRO, Y EL
POZO, IGUAL-
MENTE ANTI-
GUO, QUE SUR-
TE DE AGUA A
LA MAYORIA
DE LAS GEN-
TES DEL PUE-
BLO PUNTANO



José del Morro

Con los actuales medios de comunicación ya no hay aislamiento posible. Y si a pesar de todo no salen de su pobreza, permaneciendo al margen de todo progreso, ya no se nos aparecen como pueblos aislados, sino como pueblos agonizantes. Uno de esos pueblos es San José del Morro, en la provincia de San Luis, casi en el límite con la de Córdoba y límite orlara de lo que se llamaba *tierra adentro*: los dominios del indio.

Este pueblo, que se nos ofrece como imagen del abandono, tiene el encanto y la sugestión de los ruinosos castillos medievales de Europa, que como él subsisten, o mejor dicho agonizan, en medio de la vida que los circunda. Aquellas reliquias del pasado tienen quinientos o mil años, las nuestras sólo cincuenta o cien, pero su significación es la misma.

Como esos castillos, San José del Morro fué baluarte de la civilización. El cerro, a cuyo amparo nació y vivió este pueblo, era como una avanzada de la cordillera de los Andes. Frente él, la extensión ilimitada y plana, el paisaje pampeano por donde el malón podía correr como un huracanado viento de desolación. Pero, es sabido que, en llegando al pie de la montaña, el indio se detenia con supersticioso temor. Y, cuando el malón llegaba al pie del cerro donde está situado San José del Morro, los habitantes del pueblo ganaban las alturas, dejando al indio sus viviendas abandonadas. Para que pudieran romperse a salvo a tiempo, cuenta la tradición que el cerro se encargaba de avisarles —con su voz cósmica, traducida en largo ulular— de la proximidad del malón.

Cuando se acabaron los malones, comenzó la agonía de San José del Morro, porque su existencia estaba ligada a aquella amenaza que pesaba sobre la llanura. La vida se trasladó a esas otras poblaciones que se establecieron cuando el peligro del indio había pasado, junto a las nuevas vías de comunicación, como ocurrió con la hoy floreciente Villa Mercedes, quedando San José del Morro en un segundo término de abandono y olvido. Y fué en esa época de transición, como para salvarlo de la muerte que empezaba a arañar sus muros, cuando Lucio V. Mansilla asoció el nombre de este pueblo a uno de los

(CONTINUA EN LA PAGINA 111)



UN POBLADOR, CON LA HIJA DE UNOS TURISTAS QUE SE HAN DETENIDO EN EL PUEBLO

EL CEMENTERIO, UNAS CUADRAS ANTES DE LLEGAR A SAN JOSÉ DEL MORRO



RANCHO DE SAN JOSÉ DEL MORRO



Cuentos de caza

por **FRAY MOCHO**

ILUSTRACIÓN DE GUBELLINI

Como en ese momento una nube de humo amenazara ahogarlo, mi tío Martín se echó para atrás a fin de dejarla pasar, y luego de dar vuelta sobre las brasas el pedazo de carne que chamuscaba, dijo con firmeza:

—Miren, che... yo me he criado en los pajonales y sé lo que son tigres. ¡Bueno sería que hubiese estado esperando, para aprenderlo, a que ustedes vinieran del pueblo!

—¡Yo no le digo eso!... Lo que le he

dicho es que ni el tigre, ni el perro cimarrón, ni ningún animal salvaje ataca al hombre si éste no lo ataca a él. El instinto de la fiera es huir.

—¿Ve?... Eso es lo que en buen criollo se llama macana.

Y como nosotros insistiéramos en negar a las fieras un espíritu agresivo, deseados de oírle contar algunas de sus aventuras —que era bastante reacio para referir—, ¡a para probarnos su tesis, desplegó ante nuestros ojos los cuadros de la vida salvaje en que había actuado, y la verdad es que, impresionados por su relato o sugestionados por las circunstancias que nos rodeaban, comenzamos a mirar con respeto el pajonal que atravesábamos creyendo ver a la muerte que avanzaba hacia el campamento, ya en forma de una serpiente de cascabel que desarrollaba sus anillos brillantes al pie de un algodonillo florecido, ya de una yarará que dormitaba sobre las ramas de un ceibo, acechando la vuelta de la torcaz propietaria que andaba por las cuchillas lamentando sus penas, o de un yacaré que emergía de entre las aguas fangosas y nos miraba con sus ojos sin párpados, o de una nube de chimarrones que nos seguían hambrientos y nos asaltaban furiosos, o de tigres sentados al borde de los arroyos, entretenidos en echar espumarajos sobre las aguas, a fin de atraer peces para sacarlos con un manotón certero y que al vernos se ponían de pie y batiendo los flancos con sus colas inquietas bramaban enfurecidos.

Y no sé si serían iguales a las mías las impresiones de todos los que rodeábamos el modesto fogón campero, donde preparábamos nuestra comida, y que poco a poco se había ido apagando, pero en esos momentos envidiaba a las bandadas de siriríes que pasaban por sobre nosotros en viaje hacia la costa del bañado.

—Sí, che, con el tigre no se juega, sobre todo cuando es cebado. Entonces es feroz y más audaz que el mismo yacaré, que es capaz de venirse sobre uno hasta fuera del agua, buscando llevarle aunque sea una mano. Siempre me acordaré de un suceso que me impresionó en cierta excursión que hice al Mocoetá, como quien dice a la patria de los guazuvirares y de los ciervos. Almorzaba en el rancho de una familia correntina, cuando de repente oigo unos quejidos y unos sollozos que me alarmaron.

—¿Qué es eso?

—No te asustes, que no es nada —me dijo una de las muchachas—, con esa familiaridad guaraní que no conoce el usted y con esa tonadita que da a la frase suavidades de terciopelo.

—¿Cómo que no es nada?...

—Es un gringo que está llorando a su compañero... Erán dos que pidieron hacer noche en la ramada y vino un tigre cebado y se llevó a uno...

Y como en ese momento se oyera un ruido sordo, que venía del pajonal, mi tío se interrumpió y exclamó con toda naturalidad, tanta quizá como la de la joven correntina de su relato:

—Es una banda de chanchos del monte que marcha en retirada... Seguro que atrás viene algún tigre cebado... ¿Quiéren que lo veamos?

Confieso que en mi vida me he puesto de pie con mayor celeridad ni con más gusto. ☼

CONTRIBUYA A FORMAR EL MUNDO DEL FUTURO



ESTUDIE
UNA DE ESTAS 5 CARRERAS
DE GRAN ÉXITO!



RADIO - TELEVISION - CINE SONORO

Receptores - Diseño, Construcción y Reparación; Sistemas de Amplificación; Radio - Difusión; Radio - Comunicación en sus variados aspectos; Novísimas Aplicaciones Electrónicas, etc. etc.



FUERZA MOTRIZ DIESEL

Motores de gasolina, Diesel y Semi-Diesel; Lubricación; Enfriamiento; Transmisión de fuerza; Maquinaria Agrícola e Industrial - su instalación, cuidado y reparación; Taller mecánico, etc. etc.



ELECTROTECNIA - REFRIGERACION

Acondicionamiento de Aire o Clima Artificial; Motores y Generadores; Embobinado de Armaduras; Centrales Eléctricas y Subestaciones; Tableros de Control; Alternadores; Soldadura, etc. etc.



AVIACION

Aerodinámica; Pilaje, Meteorología; Instrumentos de vuelo; Construcción de Aviones; Motores; Comunicaciones por Radio; Radioleros, etc. etc.



IDIOMA INGLES

Enseñanza objetiva y fonética al alcance de todos, con audiciones fonográficas que dan la pronunciación correcta. De aplicación al Comercio, Industria, etc.

● ENVIAMOS **GRATIS** CUALQUIERA DE LOS LIBROS DESCRIPTIVOS DE ESTAS ENSEÑANZAS ●

Fundada en Los Angeles, California en 1903
Cuenta con SUCURSALES en todo el Continente



Sucursal: VICTORIA 1556
BUENOS AIRES, ARGENTINA

ENVIE HOY MISMO ESTE CUPON

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:

Deplo. Núm. GK9-380

Mándeme su libro GRATIS sobre la carrera que ha seleccionado y marco el margen con una "X", así:

Nombre _____ Edad _____
DIRECCION _____
LOCALIDAD _____
PROVINCIA _____

Escoge sólo una
RADIO ☐
DIESEL ☐
AVIACION ☐
ELECTROTECNIA ☐
INGLES ☐



AUDREY YOUNG



MARTHA VICKERS



ANNE JEFFREYS



SALON DE

¿DE cuántas maneras se ha definido hasta hoy a la Primavera, cuando regresa otra vez, como todos los años—puntual e infatigable hada—, seguida de su cohorte de alegres y traviesos gnomos, de cupidos regordetes y sonrosados, provistos de sus consabidos arcos y flechas; de oscuras golondrinas becquerianas, rasgando con sus afiladas alas el azul del cielo?

No se diga que la Primavera es "la estación del año que comienza en el equinoccio del mismo nombre y termina en el solsticio de verano". No nos gusta esa definición. Hasta el más serio astrónomo, cuando mira a través de su gigantesco telescopio el firmamento estrellado, se distrae a veces un poco y se da cuenta entonces de que también tiene algo de poeta.

En la Primavera se nace de nuevo. Los espíritus despiertan del letargo invernal. Se vive paladeando



JENI FREELAND



ADELE MARA



LYNN MERRICK

PRIMAVERA

la vida, con sonrisa en los labios y esperanzas en el corazón. Podríamos quizá afirmar que la Primavera es un vals de Strauss, o una rima de Gustavo Adolfo, o simplemente una delicada flor de almendro. Sin embargo, para representar cabalmente a la estación más idealizada del año, ¿qué mejor que elegir precisamente a la gracia y la armonía hechas mujer? Primavera es nombre de mujer, o implica además renovación. La belleza se renueva como todo en la vida. Por eso decimos que la Primavera está encarnada en una muchacha bonita. Por eso creemos haber conseguido retratar a la Primavera en estas diez estrellas nuevas de la constelación de Hollywood, para que al abrir estas páginas sea como abrir de par en par las puertas de un fantástico Salón de Primavera, de una auténtica exposición de cuadros de la estación de los romances y de los ensueños...





La pulpera de Pago Grande

Cuento, por
Alejandro J. Lerena

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACION DE VALDIVIA

Y O juro que la patria no ha conocido a ninguna más linda.

En Pago Grande, todos la queríamos.
¡Blanca, la pulpera!

• • •

Y tenía dueño...

Casado; con tuez, padrinos y todo.

El casorio fue en la capilla de Pago Grande.

Yo en ese entonces andaba trabajando de esquilador. Ese es mi oficio. Cuando termina-

ron las esquilas rumié para mi rancho. De pasada, desensillé en la pulpería. Ya lo he dicho: Blanca, la pulpera, tenía dueño.

• • •

No acabaremos nunca de conocer el mundo: el marido la tenía abandonada. Así como lo oyes.

Para él: la raba, el monté y las cuadreras.

Todo esto bien rociado con caña.

Se pasaba días y semanas sin allegarse a la

pulpería. ¡Siendo el dueño! Yo, que tengo la costumbre de pensar sonseras, he terminado por creer que se alejaba de Blanca, porque la quería mucho. Tanto como nosotros. ¿No podría ser así?

Tal vez, para no mancharla; tal vez, para no disfrutar más de la vida de lo que la vida tiene, destinado para un hombre. Porque ser querido por Blanca era estar en deuda con el cielo.

Sufría, como sufriríamos todos los hombres de Pago Grande.

• • •

Blanca, la pulpera, nos llenaba la copa y el alma.

Llegábamos a la pulpería al atardecer. Desmontábamos. El pingo relinchaba satisfecho del frescor de las acacias. El relincho zumbaba en nuestros oídos.

Desde el palenque presentíamos a Blanca.

Atábamos despacio, prolongando aquel momento.

Al final nos decidíamos. Sombrero en mano — así se entra en las iglesias — adivinábamos los primeros escalones.

Desde la puerta saludábamos. En general. Los más allegados contestaban. Los forasteros nos orejaban desde la sombra del chambrero y saludaban bajito. Desde la mesa de

truco apenas si nos veían. Algún indio curtido, en el rincón más oscuro de la pulpería, no sabía si irse o quedarse.

Como nunca falta un amigo para tomar una copa, nos acomodamos al mostrador.

Entonces, saludábanos nuevamente. Pero sólo a Blanca.

Lo que pasaba por nuestro corazón en esos momentos sólo nosotros lo sabíamos.

Y nos contestaba Blanca. A todos por igual, con el mismo tono, con igual dulzura.

Nosotros la mirábamos apenas. Y pensábamos: hoy está más triste; o, debe estar cansada.

Pedíamos:

—Una caña.

Y Blanca, la pulpera, nos llenaba la copa.



No se nombraba en Pago Grande.

¿Para qué?

A los hombres, no hubiera quemado los labios, ellas...

Sólo las chinas viejas, en rueda cerrada, solían pronunciar su nombre.

Algunos troperos pasaban de largo. No que rían verla.

Quien la vio una vez ya la llevaba para siempre en la brasa del cigarro, el ala del chamberg, las orejas del pingü, y en los horizontes.

Todos los hombres de Pago Grande estaban heridos de imposibles.



Ya dije que soy esquilador. A tijera. Lindo oficio.

A pesar de la influencia de los estancieros, a las mujeres les crece la lana una sola vez al año; de ahí, que me permito descansar una poché de meses entre zafra y zafra. Y natio el trapero pensando sonseras.

El invierno largo se presta para trenzar y desentrenar ideas. Y yo —que soy solo— no tengo otra cosa que hacer; y pienso...

Pienso en Blanca, en Pago Grande, en los hombres de Pago Grande; pero, por sobre todo, en Blanca.

¿Qué es, qué piensa, qué desea? ¿Por qué está siempre triste? ¿Por su marido?

No.

¿Por qué, entonces?

Desde los ojos se le escapaba la tristeza. Ojos azules.

Sobre todo a la hora de la oración.

Por la puerta de la pulpería se veía la puesta del sol. La pulpera lo ve partir. Entonces hay que pedir dos veces antes de que oiga. Porque Blanca está muy lejos. Para mí que anda con la tardecita atrás de los últimos montes; más allá todavía. A donde se va el sol cuando se va: atrás de la noche.

Yo respeto su silencio. Y suelo mirarla profundamente. Como nunca me animaría a mirarla si no fuera porque está tan lejos.



Hoy puedo afirmar con propiedad qué es Blanca.

Blanca es una canción.

Alhora verán:

Estábanos como siempre, acodados al mostrador y hablando de buyes perdidos. Blanca miraba la tardecita. Triste como siempre; tal vez un poco más triste.

Noté que alguien me quitaba la luz. Fse salido.

Sonó la voz como una bordona bien templada.

Comprendí que se trataba de un forastero.

La pulpera miraba al recién llegado. Entre los dos, yo era un intruso. Tomé de un trago y pedí otra.

Blanca no ovó.

Después, sonó una guitarra.



Se la ganó cantando.

Así es.



La que para mí fué una madre solía decir que los payadores estaban en vaca con las brujas.

Yo no creo eso.

Se la ganó cantando, nada más.

Y la pulpera lo quiso, porque era su destino hacerle canción. Por eso. El payador se la llevó de pago en pago enredada en las cuerdas de su guitarra.

Se la llevó de fogón en fogón, de esquila en esquila, de fiesta en fiesta.

La cantó por los cuatro rumbos de la patria.

Mientras tanto, en Pago Grande, Blanca tenía menos tristeza en los ojos.

*Color de flor de cardo
son tus ojos, pulpera;
cielitos azules
donde despunta el sol...*



Yo sabía que Blanca tenía los ojos azules. Bien que lo sabía.

Pero sólo el payador supo verlos color de flor de cardo.

Pensando y pensando en sonseras, ahora se me la metido en la cabeza que si yo, en fin... Que si yo los hubiera visto color de flor de cardo... Bueno: pero eso sería alargar la historia.

O PACA, O...

PARLI

"PARLI" triunfa, porque simplifica: en vez de latas, frascos o botellas, sólo un paño que condensa varios litros de las mejores sustancias para limpieza; de ahí sus tres virtudes: rapidez, eficacia y economía. Un tipo para cada uso: metales, muebles, cristales, calzado, etc.

ES LO PRACTICO QUE AVANZA

Pedidos en Harrods, Guth & Chavaz, Ciudad de México, Casa Tow, La Piedad, Las Filipinas, Dos Mundos, Rigoli, Barbería Motorzi, Robson Weiss Zappa, Casa "Americana", Tantiuri, Kay Grandjean y en todos los bazares, ferreterías y almacenes de harrods.



VALPES

S. R. L.

JUNTA 1379

U. T. 63-4445

BUENOS AIRES

CINE

por AMELIA MONTI

INSTANTANEA CURIOSA



Esta sí que es una foto de las que se llaman "al natural". En ella aparece la estrella Ingrid Bergman, el galán Cary Grant y el director británico Alfred Hitchcock. Fué tomada durante la filmación de "Notorious" (Observen los lectores el simpático grupo. Los tres parecen estar en "la luna"...



Walt Disney anda en la mala. Los nuevos gustos y el aumento en el costo de las películas van a obligarlo a hacer un paréntesis en sus dibujos. Por de pronto ya ha suspendido las producciones cortas de Mickey y el famoso Pat Donald. Pienso dedicarse solamente a films de largo metraje.



Alexis Smith, en vista de que no puede encontrar el papel dramático que quisiera interpretar, va a intervenir en una película donde encarnará a una celebre danzarina. Como esa es su verdadera profesión y además baila maravillosamente bien, Alexis puede dar un gran chovin en su carrera.



Greta Garbo ofreció una comedia magnífica en su cama, en honor de Clark Gable, festejando el regreso al cine del popular astro y por ser ella la primera estrella que trabaja en él, en esta oportunidad.



Bing Crosby, el celebrado actor y entusiasta turfman, piensa volver a la Argentina tan pronto le sea posible. Se entusiasma por la raza callar de estas tierras es grande. Espera poder llevarse unos cuantos "pingos" más.



No parece haberle resultado su viaje a Suecia a Greta Garbo. Ha regresado a los Estados Unidos. Se dice que tal vez la gran estrella le vende su casa y se vaya definitiva-mente o se quede para siempre en Hollywood. Antes de cualquiera de estas decisiones, se asegura que hará otra película... para su gusto.



"SOY UN INFELIZ", EN PUERTA

"Soy un infeliz", primera producción de A. T. T. A., cuyo rodaje ha terminado, cuenta con una música de fondo de acuerdo con el tono festivo de la misma, que ha realizado el maestro Bert Rose, músico de ponderables valores. La acción del film también se presta para intercalar algunas canciones, una de las cuales, que lleva el título de "Soy un infeliz", ha sido escrita especialmente por el compositor Rodolfo Sciammarella.

"Soy un infeliz", que dirigió B. H. Hardy, cuenta con un elenco encabezado por Augusto Caceres y Benita Puertollano.

ANGULOS Y ENFOQUES

Tilda Thamar habla, a su llegada de los Estados Unidos, de lo bien que le fué por aquellas tierras del cine, y trae una gran cantidad de proyectos. Por de pronto tiene en carpeta un argumento ideal para ser la protagonista. Esperemos a ver de qué se trata.



Amelia Bonce ha quedado contenta con lo que han dicho sobre su labor en "María Rosa". Los críticos y el público. Y desea realizar más papeles de índole dramática.



Quien también parece muy satisfecha con el papel de "La mujer oscura" es Elena O'Connor. Encarna un tipo humano de mujer algo "felino" al principio, pero de una gran ternura al final. María Duval y Ricardo Passano (hijo) tienen papeles importantes en esta producción que ya ha comenzado a filmar San Miguel.



Niní Marshall filmará para Argentina Sano Film, antes de filmar una película, cuyo argumento está preparando Benito Perlo, quien, desde luego, tendrá también a su cargo la dirección.

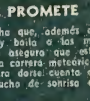


Parece que a Luisa Sandrini y a Tita Merello les va splendidamente en México. Pero no por eso olvida Sandrini sus pagos. Según noticias, no tardará mucho en dar una vuelta por aquí para dejar finiquitados asuntos relacionados con cine y teatro para el año próximo. Regresará a México para terminar los compromisos artísticos que tiene en tierra azteca.



UNA CHICA QUE PROMETE

Rito Corday es una muchacha que, además de ser muy agraciada, canta y baila a los mil maravillas. En Hollywood se anticipa que esta nueva estrella va a hacer una carrera meteórica. No hay más que mirarla para darse cuenta de que su sonrisa tiene ya mucho de sonrisa de triunfo... ¿Verdad, que sí?





UNA GRAN ESTRELLA PARA UN GRAN PAPEL

Pocos minutos bastan para descubrir lo que piensa Delia García del séptimo arte.

—Muchas satisfacciones le ha dado el cine, ¿verdad?

—¡Muchas! —dice sonriendo—. Al principio, ¡claro!, me costó, pues es una tarea tan llena de dificultades como de sorpresas. Pero un poco por el decidido empeño de ver cumplida una esperanza, otro poco por la ayuda de los que me guiaron en mis primeros pasos, y otro poco, ¿por qué no reconocerlo?, debido a la buena suerte, fui viendo cómo se iba despejando el horizonte de mis caras aspiraciones.

—¿Y luego?

—Pero, ¿verdad realmente, puede decirse con seguridad alguna vez que "se llega"? Yo creo, sinceramente, que no. Quien sienta vivir siempre dentro de su alma la inquietud de mirar cada vez más adelante, no puede contentarse con esa seguridad. Queda siempre el deseo de ir más allá...

—Sin embargo, usted no se puede quejar...

—¿Quién ha dicho tal cosa? Sería una ingrata si me quejara. Dios me ayuda y me ha ayudado, siempre. He sabido esperar. Hoy me parece un sueño llegar donde he llegado, y si bien no me creo vencedora todavía, me siento, sí, más segura, más dueña de mí misma que en los días de iniciación en los "sets".

La conversación recayó luego en la última película, donde Delia encarna la romántica figura de Julia Espín, el único amor de Bécquer.

Esta película se basa en el episodio más sobresaliente de la stormentada vida del gran poeta. Titúlase "El gran amor de Bécquer", evocando época, ambiente y caracteres con precisión y delicada fidelidad. Empezando por Delia García, en el papel de Julia Espín, y Esteban Serrador, en el del gran poeta, figuran, además, nombres del prestigio de Josefina Díaz, Pedro Codina, Andrés Mejuto, Susana Freyre, Domingo Márquez, Juan Serrador, Herminia Más y otros. La dirección estuvo a cargo de Alberto de Zavalin.

LILY ANTE LA CAMARA

Si en la Meca del cine hay alguna actriz que haga debilidad por los vestimentos típicos, esa actriz es Lily Woodward, figura de reciente aparición en la pantalla, y que ya está causando sensación. He aquí un magnífico retrato en el cual vemos a Lily ataviada de elegante polaca.





A TRAVÉS DE LA ELECTRICIDAD Y SUS MILAGROS, CON SUS APARATOS MISTERIOSOS Y MÁGICOS, LA HUMANIDAD CONTEMPLA LO PORVENIR.

Una mirada

LA VISION DE UN MUNDO ELECTRIFICADO,
ANTICIPA EL ADVENIMIENTO DE UNA
CIVILIZACION DE PERFECCIONADA
FELICIDAD PARA EL HOMBRE

Por Sapiens

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

La máquina de vapor es un imán que atrae a los seres humanos. El motor eléctrico, por el contrario, es un ventilador poderoso que esparce ampliamente la población sobre la tierra. La máquina de vapor es centripeta; el motor eléctrico, centrifugo.

Por espacio de 150 años, después de las elucidaciones de James Watt, la máquina de vapor dominó en forma creciente a la humanidad, llevándola a ciudades negras por el humo, insalubres, estrepiotas. Los ferrocarriles no saltan tan fácilmente por las montañas; las plantas productoras de energía, cuya existencia depende del abastecimiento de carbón, tienen que estar ubicadas sobre las líneas ferroviarias o las vías fluviales. El sistema económico de estos imperativos constituye lo que pudimos llamar "Megalópolis", la ciudad de la noche terrible, de los



hacia el futuro

edificios espantosos, de las contribuciones y los costos horrendos.

La máquina de vapor, siempre encadenada, está muy seriamente limitada. Un mecanismo impulsado por el vapor es incapaz de realizar operaciones termoquímicas o electrolíticas. Pero cuando la máquina de vapor se hace a un lado y queda substituida por la fuerza eléctrica, las limitaciones desaparecen y tienen lugar sorprendentes cambios de orden social.

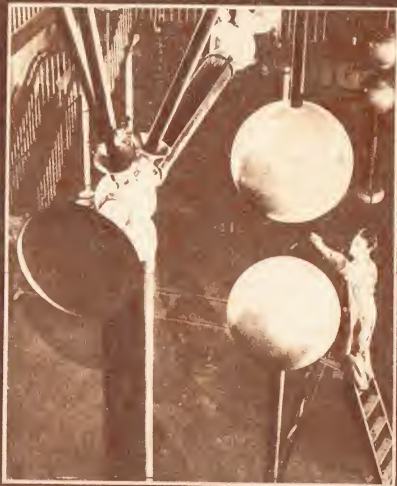
La substitución comenzó hace algo más de treinta años, pero los resultados revolucionarios del cambio se hacen sentir todavía. Presenciamos el advenimiento de una nueva civilización, junto con el desplazamiento que la energía eléctrica va haciendo de los antiguos sistemas de fuerza. La electricidad cambia la población, reacciona favorablemente sobre los oídos, los ojos, la nariz y las células de la piel; afecta profundamente tanto al número como a la habilidad de los trabajadores, mejora la variedad y calidad de los productos, quiebra la división entre el campesino y el ciudadano y, si no es destruida por la brutalidad de un sistema económico absurdo, promete un mundo lleno de libertades y felicidad, el mejor que la humanidad pueda haber soñado.

Los primeros pasos

La primera aplicación de la electricidad se hizo en el alumbrado; después vino la congestión urbana producida por los tranvías y los ascensores, pero he aquí que la electricidad por fin se ha erguido sobre sus propios pies, desde que fue una realidad la línea transmisora de alta tensión. Desde entonces, la fuerza puede generarse en donde conviene menos; y hoy sólo una séptima parte de la fuerza eléctrica generada se usa en cosas de utilidad doméstica; la industria absorbe el resto.

Hay un camino muy largo y penoso desde 1887, cuando toda la energía eléctrica se empleaba en el alumbrado, hasta la fecha. En ese tiempo, cuando las plantas generadoras sólo producían corriente para el alumbrado, las dinamos comenzaban su trabajo al atardecer, llegaban a su máximo rendimiento a las veinte horas, y se detenían muy o menos a la medianoche. Los costos eran muy elevados y mucha gente no podía disfrutar de las ventajas del alumbrado eléctrico. ¿Cómo reducir los costos? ¿Era posible emplear esa energía durante el día? Si, lo era; ahí estaban las fábricas.

(CONTINUÁ EN LA PÁGINA 114)



Gialla!

ES LA EPOCA INDICADA
PARA DEPURARSE.

**GIROLAMO
PAGLIANO**

PURGANTE-DEPURATIVO

En sus 3 formas: JARABE • POLVO • SELLOS

**COLONIA
BRANCATO**

El perfume
de moda



La herencia

Un cuento de

JEAN BERTERHOY

ILUSTRACION DE RAÚL VALENCIA

Se ha dicho que el mayor placer de un viaje es el regreso. Beltrán de Morgéne había comprobado veinte veces la veracidad de este aserto trivial. Y hoy todavía, al regresar a su casita de Neuilly, después de haber recorrido durante varios meses los países balcánicos, sentía un goce indecible al encontrarse de nuevo entre las cosas que le eran caras, pues cada una de ellas representaba para él un recuerdo agradable.

Rico y sin lazos de familia, soltero empedernido, porque la independencia siempre le había parecido el mejor de los bienes, Beltrán dedicaba su amor a las bellas obras de arte y del pensamiento. Sus cuadros, su biblioteca y sus muebles, cuidados con todo gusto, eran los depositarios de toda su ternura. Otros tratan de gastar en aventuras efímeras el sobrante que hierve en la urna frágil y estremece de los corazones. El era un hombre cuerdo —cuando menos así lo creía—. No estaba expuesto a las tracciones, a las vicisitudes y a las renunciaciones de la voluntad que, casi siempre, son el resultado de un comercio demasiado íntimo con nuestros semejantes; él buscaba una edición rara

de Edgar Poe, una tela de Degas y ese amplio sillón con brazos complacientes que lo aprisionaban para transportarle a la más dulce de las ensueñaciones.

Esta noche se sentía verdaderamente cansado. ¿Estaba a punto de huir de él su juventud haciéndole la señal imperceptible de la ninfa que se escabulle entre los sauces sabiendo que su amante no podrá seguirla allí? Corre tras de ella, pobre Hipómenes; trata de alcanzar esa Atalanta insensible que, al volverse hacia ti, te atravesará con sus flechas de oro. Y llora, si aun te quedan algunas lágrimas. La ninfa, ágil, caprichosa y vagabunda, se reirá de tu desesperación.

Beltrán pensaba en eso y solo se afilgia a medias. Pero la evidencia de la señal que subitamente había percibido le sorprendió. Nunca se le había ocurrido pensar en eso, ni en el término fatal de toda existencia. Esta noche pensaba en ello con curiosidad, como si desde ese minuto estuviere condenado a una decadencia rápida. Y, después de todo, le era igual. ¿Acaso no había aprovechado bien la vida? Había disfrutado todo lo bueno que le podía ofrecer; lo que quedaba serían las mismas sensaciones, pero debilitadas; los mismos gozos, menos completos; los mismos deseos, realizados con crecientes dificultades...

Una lámpara eléctrica, cuya luz atenuaba una pantalla de

gasa rosada, iluminaba voluptuosamente el pequeño salón y el cuarto de al lado, donde luego iría a dormir. Beltrán acariciaba con la mano una bombonera de marfil adornada con una miniatura del siglo XVIII. Ese bibelot había pertenecido a su madre, y el retrato que lo ornamentaba era el de una antepasada lejana, cuya curiosa volvia a encontrar él en su propia boca cuando se miraba al espejo. Quería a esa testigo de una época, cuyas gracias, tan diferentes de las brutalidades contemporáneas, se han perdido. Hubiera querido refugiarse en ella, aun cuando sólo fuera durante un instante, para olvidar la señal y para que el pasado le diese fuerzas para afrontar el futuro.

Pero sentía que el tiempo irreparable le empujaba irremisiblemente. ¿Entonces esto quería decir que todas esas cosas que había amado tanto, y que le había costado tanto trabajo adquirir, después que él desapareciera, se irían al azar de las ventas públicas? ¿Significaba que todo eso sería poseído por otros y no su alma delicada y suya? Verdaderamente, esta idea le resultaba insupportable. Descubría que el verdadero sentido de la vida, su única razón de ser probable, es esa ley natural que prolonga en los hijos la existencia del padre y conserva el patrimonio laboriosamente adquirido. Aun cuando un hijo pródigo gastase algunas migajas, el padre, al darle la herencia, tiene, cuando menos, conciencia de haber obedecido a la ley natural. Y se duerme dulcemente, con la serenidad de haber cumplido con su destino.

Beltrán, por el contrario, no dejaría a nadie encargado de sobrevivirle; ninguna mano piadosa recogería los objetos que él había amado, y la sorda angustia que de repente sentía ante el porvenir sería el castigo de su egoísmo de solterón recalcitrante.

Al día siguiente, cuando despertó, bastante tarde — pues esa noche había sido perturbado por reflexiones dolorosas —, Beltrán de Morgéne tocó el timbre para que acudiera su sirviente.

—Va usted a hacer otra vez mis valijas; partiré de nuevo esta tarde.

El sirviente le miró sorprendido: era un viejo servidor que había tomado la costumbre de hablarle con entera libertad.

—¿El señor no le me fatigase? Hasta ahora al señor le agradaba quedarse en su casa durante un tiempo después de sus grandes viajes.

—¡Haga lo que le digo, Bautista, y prepáreme todo lo que haga falta para una ausencia bastante larga; no tengo la menor idea de cuándo regresaré.

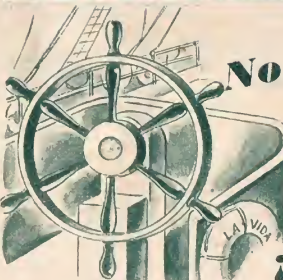
¿Acaso regresaría? No estaba seguro de ello. No podía soportar la vista de este ambiente encantador, cuyas riquezas añan contemplaba con deleite, o, más bien dicho, era el quien se había convertido en un extraño para todo lo que allí le rodeaba. Era como el huésped temporario de una vivienda que pronto — quizá mañana — no conservaría ningún vestigio de su presencia. ¿Qué locura la suya al atarse a lo que sólo era la ilusión de sus sentidos! Ahora deseaba no poseer nada en la tierra más que las cinco monedas del Judío Errante sonando en un bolsillo vacío, mientras que él, vagando de comarca en comarca, pasearía su eterna desolación. Y una voz le gritaba: «¡Camina, camina! Sufrirás menos así. ¡Camina, porque estás solo, porque eres estéril, porque eres el hombre destinado a la antigua maldición de la rama seca que no extiende su sombra sobre el sendero! ¡Camina! ¡Sufrirás menos así! Aliviarás tu cerebro de ese arremetimiento intolerable. Si te quedas, en vano buscarás el medio de

enmendar tu error. Es demasiado tarde. ¡Vámonos! No mires hacia atrás. Trata, más bien, de olvidar esas vanidades sin elementos sensibles en las cuales habías creído encontrar el goce; no hay felicidad en este mundo como la de sentirse querido. ¡Camina, camina! Todavía tienes mucho que aprender antes de encontrar el apaciguamiento definitivo».

La hora de la partida había sonado; las valijas habían sido colocadas en el automóvil que trepidaba en la puerta. Beltrán de Morgéne miró por última vez a los cuadros, cuyos personajes permanecían indiferentes, y también miró a las encuadernaciones preciosas, que ya no parecían pertenecerle. Entonces, con un movimiento rápido, llevó contra su pecho la bombonera de marfil donde sonreía el retrato un poco borroso de la antepasada.

—¡Bella señora! —propuso—, usted me hará compañía y, si le parece bien, terminaremos nuestros días juntos. Cuando menos, habré sustraído esto a mi herencia problemática.

HACIA UN FUTURO MEJOR



No equivoque
la ruta
¡ESTUDIE!

No se condene a sí mismo y a los suyos, a pasar un presente lleno de privaciones y un futuro incierto. Garantice su bienestar para hoy y para mañana, estudiando una profesión o curso "especializado", en un establecimiento prestigioso y serio como la **UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA**. Cualquiera de los cursos que esta entidad dicta por correspondencia, mediante cómodos cuotas mensuales, garantiza su bienestar presente y su seguridad futura.

IMPORTE TOTAL DE LOS CURSOS QUE SE ABONAN EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Micrografía \$ 18	Historia Argentina \$ 40	Electrónica \$ 800	Vec. Argentina Cae \$ 150
Análisis Comercial \$ 20	Tratados de Libero \$ 60	Adm. de Empresas \$ 800	Historia Social \$ 160
Caligrafía \$ 30	Medicina Agrícola \$ 67	Empresas Bancario \$ 805	Radiofísica \$ 170
Redacción y Ortografía \$ 15	Teología \$ 75	Derecho Comercial \$ 805	Comercio \$ 170
Cuero \$ 40	Artes y Oficios \$ 80	Derecho Industrial \$ 805	Arquitectura \$ 185
Empresas de Comercio \$ 40	Industria y Artes \$ 85	Industria \$ 110	Asesor Mercantil \$ 190
Contabilidad \$ 42	Secretariado \$ 95	Química Industrial \$ 125	Agronomía \$ 195
Legislación \$ 42	Finanzas y Comercio \$ 95	Química Mercantil \$ 127	Zoología \$ 200
Industria \$ 45	Industria y Prof. \$ 95	Medicina Automóvil \$ 140	Rehabilitación \$ 220
Tipo-Gravación \$ 50	Idioma de Oficina \$ 100	Materiales y Empaques \$ 140	Corte y Costura \$ 24
Redacción y Malet \$ 54	Idioma de Malet \$ 100	Proceder \$ 150	Idioma \$ 28
Pais y Bazar \$ 55	Dib. Malet \$ 100	Idioma \$ 150	Lab. y Bio-Química \$ 32

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465

BUENOS AIRES

COLOMBIA
Alfonso Fernández Q.
Edificio Salazarra
57/58, Of. 9-Medellín

REPRESENTANTES EN:
BOLIVIA
Calle M. Cerrazo 310
C/ Correo 1307-La Paz

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabriza
Brasil 142, Asunción

PERU
Rodr. Alvarado P.
Arobas 204 (Of. 7)
Lima

GRATIS

Se Ing. H. Margulán, Director de la "Universidad Popular Sudamericana" Rivadavia 2465 (R. 25) Bs. As.
Servicio masidorme **GRATIS** y SIN COMPROMISO el interesante libro "HACIA ADELANTE"

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

Castruccio,



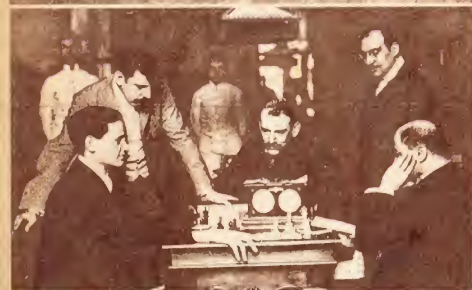
LUIS CASTRUCCIO, EN EL TALLER DE LA CARCEL

SUS "FILANTROPICOS PROPOSITOS" ATERRARON A BUENOS AIRES A FINES DEL SIGLO PASADO, Y SI LA JUSTICIA LO CONDENÓ A MUERTE, LA MISERICORDIA LO INDULTÓ POR SABERLO LOCO

Por Octavio de la Gándara

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

(Fotos Archivo Gráfico de la Nación)



EL DR. LUIS MARIA DRAGO, EN EL CENTRO, QUE ESTUDIO EL CASO

El alarde de imaginación sorprendente, la agilidad polémica desconcertante, la vanidad egolátrica y pintoresca, y sobre todo, la ausencia del sentido común y la perversión del sentido moral, determinantes de una absoluta incapacidad de remordimientos, fueron rasgos característicos del doctor Petiot, que tienen sus antecedentes en diversos casos típicos de desequilibrio mental o semilocura delictiva. El más cercano al de Petiot, en el terreno jurídico, es el de su compatriota Landré, al que pudiera llamarse "el maestro del género", si bien Petiot lo supera en frío horror al actuar como agente apocalíptico de guerra.

Si no tan extraordinario como ellos, hay uno entre los precursores de esos dos "maníacos" terribles que nos interesa especialmente, por tratarse del protagonista de uno de los procesos más sensacionales de la Argentina en los últimos cincuenta años: el inmigrante italiano Luis Castruccio, quien, contando veinticinco años de edad y ocho de residencia en el país, fué condenado a muerte, convicto y confeso, aunque jamás arrepentido, de cometer — en julio de 1888 — el asesinato de su nuécamo.

El presidente Juárez Celman ejerció la prerrogativa de clemencia y evitó la ejecución de Castruccio, tenido por loco en opi-



FRENTE DE LA PENITENCIARIA NACIONAL, POR AQUELLOS DIAS

un precursor de Petiot

mión popular y aun en la de personas doctas.

Conmutada la pena capital por la de reclusión perpetua, empezó a cumplirla en la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires, hasta que su degeneración cerebral de amoral congénito se convirtió en demencia crónica de tipo pacífico, de las que por engendrarse en la prisión llaman los alienistas "locura carcelaria", y hulo que asilarlo en el Hospicio de las Mercedes.

Gracias al indulto, su caso sirvió ampliamente al progreso de la ciencia penal y dió origen a innumerosos estudios experimentales de psicopatología para determinar la frontera de la delincuencia entre la sensatez y la vesania, principalmente a los del doctor Luis María

mucano del mismo, quien, por su parte, también había sido mucano —y sereno de comercio y corredor mercantil— entre otras cosas, impropias del acudalado rentista por el que se hacía pasar últimamente.

Síquese, en fin, que dicho personaje, antes de atrapar a Bouchot, había intentado asegurar el porvenir de cuatro personas más, todas ellas contratadas por él como servidumbre, incluso un niño desvalido, de ocho o nueve años. El pequeño se salvó de la muerte, porque las campañas que visitó acompañado de "su tutor" denegaron la solicitud "considerando inhumoral el seguro de vida de un menor a favor de un adulto"; los otros candidatos a la eliminación escaparon con vida porque entraron en sospe-



AQUÍ, COMO GROSSI, DEBIO SER FUSILADO EL LOCO Y ASESINO

Drago, en su libro "Los hombres de presa", y José Ingenieros, en su obra "Criminología".

Un "seguro" de vida

La empresa que concertó con "el empleado del Congreso de la Nación", señor Alberto Bouchot Constantín, un seguro de vida —cobrable, en caso de fallecimiento, por un cuñado suyo con quien convivía—, no tardó veinticuatro horas, al morir aquél, en denunciar a la policía de la Capital Federal sus vehementes sospechas de que se trataba de un criminal, sin otro móvil aparente que el de cobrar la póliza, que importaba varios miles de pesos.

El médico de cabecera reconoció que, habiendo hecho dos o tres visitas al enfermo y creyendo el suyo un caso perdido de gastritis aguda, le había bastado saber el desenlace fatal —comunicado por su cliente don Luis Castruccio, pariente y protector afectuoso del paciente— para certificar la defunción sin examinar *post-mortem* al extinto Bouchot.

Averiguóse, además, que éste, de nacionalidad francesa, nunca había sido funcionario del Congreso, ni cuñado del tal Castruccio, sino

chas y abandonaron la casa antes que firmar la extraña cláusula de la póliza ofrecida por el patrón...

Estrecho la mano del muerto

En la exhumación del cadáver, Castruccio, —severo traje gris, corbata negra, hralaz de luto— estrechando entre las suyas una mano del difunto, la cubrió de besos y de lágrimas, y gimió:

—Será posible, hermano Alberto, que con esta mano leal y hacendosa te hayas tomado algún veneno mortal, en un descuido mío, para no sufrir más de aquella maldita gastritis, ni hacerte sufrir a mí viéndote padecer tanto?

El análisis de las vísceras reveló que, en efecto, Bouchot había sido envenenado con arsénico. Entre los papeles del inculcado hallábase una libreta donde anotara, día a día, con sendas crucesitas —del 18 al 22 de julio— las dosis de veneno suministradas —20 granos en total—, y las fechas 19, 20 y 21 al nargen de las visitas médicas y las medicinas prescritas por el galeno. Se descubrió, además, un cuñaplar de

(CONTINUA EN LA PÁGINA 110)

APRENDA MECANICA DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS. Todo persona tarde o temprano necesitará calentar dientes artificiales, que los mecánicos para dentistas ejecutan para los profesionales. HAY GRAN DEMANDA.

No hace falta experiencia mecánica previo. (ABRASE CAMINO EN LA VIDA). GRATIS. — Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor pose a conversor personalmente. — Escribanos hoy mismo.

Profesion lucrativa para ambos sexos.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021
NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA

Nombre
Calle
Localidad L. 296

500 SECRETOS PARA GANAR DINERO

No es un recetario común; sino un compendio de fórmulas valiosas, INEDITAS, por primera vez en castellano. Para hacer productos de rápida y fácil venta. Secretos para la industria, el comercio, la mujer, el hogar, el hombre, las artes, etc., \$6.50, a pagar en destino, \$7.—

A. WARD, Sgo. del Estero 1519 y Talcahuano 419 - Bs. As.

GUITARRAS

FABRICANTES DESDE 1870
DESDE \$18 HASTA \$1.500

MÉTODOS MÚSICA CUERDAS CREDITOS COMPONEMOS GUITARRAS ANTIGUA CASA NÚÑEZ SUC. DIEGO & GRACIA SARMIENTO 1573 - Bs. As.

PREFERIDAS POR CONCERTISTAS Y MAESTROS SOLICITE CATALOGOS

LOS REMITIDOS GRATIS

Loción INQUIETUD

PERSISTENCIA SUTIL

fragancia duranste



LABORATORIOS IRE - HOLMBERG 1959



La Suerte de

A GITÁBASE en conmoción Roaring Camp. No sería por una reyerta, pues en 1850 no era ésta novedad bastante para reunir todo el campamento. No sólo estaban desiertos los fosos, sino que hasta la especería de l'utle contribuía también con sus jugadores, quienes continuarán reposadamente su partida el día en que Pedro el francés y Kanaka Jos se mataron a tiros por encima del mostrador, en la sala delantera. Todos los vecinos estaban reunidos ante una tosea cabaña, hacia el lado exterior del campamento. La conversación seguía en voz baja, y a menudo se repetía el nombre de una mujer, nombre bastante familiar en el campamento: *Cherokee Sal*.

Quanto menos hablenos de ella, mejor. Era una mujer prosera y desagradablemente muy pecadora, pero al fin y al cabo la única mujer del campamento Roaring, y cabalmente entonces sufría la crisis suprema que más necesita de los cuidados de su sexo.

Disoluta, abandonada e incorregible, padecía, en embargo, un martirio cruel aun cuando lo ritenden y dulcifican las compasivas manos femeninas, y más duro en su soledad.

La maldición de Eva había caído sobre ella en aquel aislamiento original que tan terrible

debió hacer el castigo del primer pecado. Formaba, tal vez, parte de la expiación de sus faltas, que en el momento en que más falta le hacía la ternura intuitiva y los cuidados de su sexo, sólo se encontraba con las caras de menosprecio de sus compañeros. Sin embargo, creo que algunos de los espectadores se hallaban afectados por sus sufrimientos. Sandy Tipton pensaba que aquello era muy duro "para Sal", y conmovido con tal reflexión, se hizo por el momento superior al hecho de tener escondidos en la manga un as y dos de triunfos.

Se comprenderá también la novedad del caso. No eran poco comunes en Roaring Camp los fallecimientos, pero un nacimiento no era cosa conocida. Se habían expulsado varias personas del campamento, resuelta y terminantemente y sin ninguna probabilidad de ulterior regreso; pero esta era la primera vez que en él se introducía alguien *ad intra*. De aquí la conmoción.

—Entra tú aquí, Stumpy— dijo un ciudadano prominente, conocido por Kentuck, dirigiéndose a uno de los ociosos—. Entra aquí y mira lo que puedas hacer, tú que tienes experiencia en esos negocios.

La elección no podía ser más acertada. Stumpy en otros climas había sido la cabeza putativa de dos familias. En efecto, a alguna informa-



Roaring Camp

Un cuento de

F. BRET-HARTE

ILUSTRACIONES DE ARTHOCHE

lidad legal en ese proceder se debió que Roaring Camp, pueblo hospitalario, le contrase en su sociedad. La multitud aprobó la elección y Stimpny fue bastante sabio para acomodarse a la voluntad de la mayoría. La puerta se cerró tras del improvisado cirujano y conadron, y todo Roaring Camp se sentó en los alrededores de la cabana, fúmo su pipa y aguardó el desenlace.

La asamblea constaba unos cien hombres; uno o dos de éstos eran verdaderos fugitivos de la justicia, otros eran criminales y todos del "qué se me da a mí". Físicamente no dejaban traslucir el menor indicio sobre su vida y carácter pasados. El más desahogado tenía una cara de Rafael, con profusión de cabellos rubios; Oakhurst, el jugador, tenía el aire melancólico y el esnismamiento intelectual de un Hamlet; el hombre más sereno y valiente apenas media cinco pies de estatura, con una voz dulce y maneras tímidas y afeminadas. El término truhán aplicado a ellos constituía más bien una distinción que una definición. Tal vez los detalles menores, como dedos de la mano y pies, orejas, etc., faltaban en el campamento; pero estas leves omisiones no le quitaban nada de su fuerza colectiva. El hombre más fuerte de entre ellos, no tenía más que tres dedos en la mano dere-

cha; el más certero tirador sólo tenía un ojo.

Tal era el aspecto físico de los hombres dispersos en torno de la cabana. El campamento se formaba un valle triangular entre dos montañas y un río, y era su única salida un escarpado sendero que escalaba la cima de un monte frente a la cabana, camino iluminado entonces por la luna que se levantaba.

La paciente podía haberlo visto desde el toscó lecho en que yacía. Podía verlo serpentear como un hilo de plata, hasta parecer que en su alto confinaba con las estrellas.

Un fuego de ramas de pino caregonidas fomentaba la sociabilidad en la reunión. Poco a poco reapareció la alegría natural de Roaring Camp. Se hicieron apuestas a discreción respecto al resultado. Tres contra cinco que Sal saltaría con bien de la cosa; además, también apostó que viviría la criatura y se atravesaron apuestas aparte sobre el sexo y compleción del presunto forastero. En medio de una animada controversia oyóse una exclamación de los que estaban más cercanos a la puerta y calló el campamento para escuchar. Dominando el rumor del aire entre los pinos que agitaba, el murmullo de la rápida corriente del río y el chisporroteo del fuego, oyóse un grito agudo, quejumbroso, un grito que no se parecía a na-

da de lo que hasta allí se había oído en el campamento. Los pinos cesaron de gemir, el río cesó en su murmullo y el fuego de chisporrotear; parecía como si la Naturaleza se hubiese parado también para escuchar.

El campamento se levantó como un solo hombre. Alguien propuso volar un barril de pólvora, pero prevalecieron más sanos consejos, y sólo se acordó el disparo de algunos revólveres en consideración al estado de la madre, la cual, sea debido a la tosca cirugía del campamento, sea por algún otro motivo se acababa por momentos. Antes de una hora, como si ascendiese por aquel escarpado camino que conducía a las estrellas, salió para siempre del Roaring Camp, de su pecado y de su vergüenza. No creo que tal noticia preocupara a nadie a no ser por la suerte de la criatura.

—¿Podrá vivir ahora? —le preguntaron a Stimpny.

Su contestación fué dudosa. El único ser del sexo de Cherokee Sal que quedaba en el campamento en condiciones de maternidad, era una burra. Hubo sus dudas respecto a la propiedad de semejante nodriza, pero se sometió a la prueba, menos problemática que el antiguo tratamiento de Rómulo y Remo y al parecer tan satisfactoria.

En el arreglo de todos estos detalles, se pasó todavía otra hora. Por fin se abrió la puerta, y la ansiosa muchedumbre de hombres que ya se había formado en celo desfilar ordenadamente por el interior. Al lado del bajo lecho de tablas, sobre el cual se dibujaba fantásticamente perfilado el cadáver de la madre envuelto en la manta, había una mesa de pino. Esta sustentaba una caja de velas, y dentro, envuelto en franela de un encarnado chillón, estaba tendido el recién llegado a Roaring Camp. Al lado de la caja de velas había colocado un sombrero; pronto se comprendió su destino.

—Señores —dijo Stumpy, con una extraña mezcla de autoridad y de complacencia *ex officio*—, los señores tendrán la bondad de entrar por la puerta principal, dar la vuelta a la mesa y salir por la puerta trasera. Aquellos que deseen contribuir con algo para el huérfano, encontrarán a mano un sombrero.

El primer hombre entró con la cabeza cubierta, pero al girar una mirada en torno suyo se descubrió, y así inconscientemente, dió el ejemplo al próximo, pues en tal comunidad de gentes, las acciones buenas y malas son contagiosas. A medida que desfilar la procesión, se dejaban oír los comentarios críticos, dirigidos más particularmente a Stumpy en su calidad de expositor.

—¿Y es eso?

—El ejemplar es muy pequeño.

—¿Qué coloradote está?

—¿Si no es más largo que un revólver!

No fueran menos característicos los donativos, una caja de rapé, de plata; un doblón; un revólver de marina, montado en plata; un lingote de oro; un hermoso pañuelo de señora, primorosamente bordado (de parte de Oakhurst, el jugador); un afilador de pecho, de diamantes; una sortija de diamantes (regalo sugerido por el precedente, con la observación del dador de que vio aquel afilador y lo mejoró con dos diamantes); una honda; una Biblia (dador incógnito); una espuela de oro; una cucharita de plata (siento tener que decir que sus iniciales no eran las del dador); un par de tijeras de cirujano; una lanceta; un billete de banco de Inglaterra, de cinco libras, y como unos dieciséis pesos sueltos, en oro y en monedas de plata. Durante la ceremonia, Stumpy mantuvo un silencio tan absoluto como el de la muerte que tenía a su izquierda, y una gravedad tan indescifrable como la del recién nacido de su derecha.

Sólo un incidente rompió la monotonía de aquella extraña procesión. Mientras Kentuck se inclinaba curiosamente sobre la caja de velas, la criatura se volvió, y en un movimiento de espasmo cogió el errante dedo del niño y por un momento lo retuvo fuertemente.

Kentuck puso la estupefacta cara de un imbécil. Algo parecido al rubor se esforzó en asomar a sus mejillas curtidoras por el tiempo.

—¡Maldito chicleo! —dijo, retirando su dedo, con mayor ternura y cuidado de los que se podrían sospechar en él.

Y al salir mantenía el dedo algo separado de los demás, examinándolo con curiosidad.

Este examen provocó la misma original observación respecto de la criatura.

En efecto, parecía regocijarse al repetirlo.

—¿Se ha peleado con mi dedo? —dijo a Tipton, mostrando este órgano privilegiado.— ¡Maldito chicleo!

Las cuatro eran cuando el campamento se retiró a descansar. Ardía una luz en la cabana donde alguien velaba; pero se acostó aquella noche sin Kentuck tampoco; éste bebía a discreción y relató gustosamente su aventura de un modo invariable, terminándola con la calificación característica del recién nacido; esto parecía ponerle a salvo de cualquier acusación injusta de sensiblería, y Kentuck tenía las debilidades del sexo fuerte. Cuando se hubieron acostado todos, se llegó hasta el río silbando con aire pensativo. Después remontó la cañada, y pasó por delante de la cabana silbando aún con significativo desdén. Descansó junto a un enorme palo campeche y volvió sobre sus pasos y otra vez pasó por la cabana. A la mitad del camino del río se pasó otra vez, retrocedió y llamó a la puerta.

Stumpy la abrió.

—¿Cómo va? —dijo Kentuck, mirando por encima de Stumpy, hacia la caja de velas.

—Todo marcha —contestó Stumpy.

—¿Ocurrió algo?

—Nada.

Hubo una pausa, una pausa embarazosa. Stumpy continuaba con la puerta abierta; Kentuck recurrió a su dedo, que mostró a Stumpy.

—¿Se peleó con el maldito chicleo! —dijo, y se retiró.

Al día siguiente Cherokee Sal tuvo la ruda sepultura que podía darle Roaring; después, cuando su cuerpo hubo sido devuelto al seno del monte, celebró una reunión formal en el campamento para discutir lo que debería hacerse con su hijo. La resolución de adoptarlo fue unánime y entusiasta. Pero a la vez se levantó una animada discusión respecto de la posibilidad y manera de proveer a sus necesidades. Fue de notar que los argumentos no participaron de ninguna de aquellas feroces personalidades a que conducían, por lo general, las discusiones en Roaring Camp. Tipton propuso enviar la criatura a Red-Dog, a cuarenta millas de distancia, en donde se le podrían prodigar femeniles cuidados; pero la desgraciada proposición encontró feroz y minime oposición. Vióse claramente que no se tomaría en cuenta plan alguno que encerrase la idea de separarse de la nueva adquisición.

—Además —dijo Tom Ryder—, aquella gente de Red-Dog lo cambiaría y nos endosaría otro —incredulidad respecto a la bondad de los vecinos campamentos, que prevalecía en Roaring Camp, como en otros sitios.

La entrada de una nodriza en el campamento también encontró oposición. Arguyóse que no se alejara de una mujer decente el que aceptara como hogar Roaring Camp, y añadió el orador que no hacía falta nada de otra especie. Esta indirecta, poco cautiva para la difunta madre, por dura que pareciese, fue el primer síntoma de regeneración del campamento. Stumpy nada dijo; tal vez por motivos de decencia no quiso interese en la elección de su posible sucesor, pero, cuando le preguntaron, afirmó resueltamente que él y Jinny, el mami-fero antes aludido, podían arreglárselas para sacar adelante a la criatura. Algo de original, independiente y heroico había en este plan, que gustó al campamento. Stumpy conservó su cargo, y se envió a Sacramento por alemanas prendas.

—Cuidado —dijo el tesoro, poniendo en manos del enviado un saco de arena surifera, que se pudo encontrar—; cheates, trabajos de filigrana y rindas... el precio no importa.

Por último que pareciera, la criatura salió adelante; tal vez el clima vigoroso de la montaña compensó la insuficiencia maternal. La Naturaleza aumentó con su robusto pecho a este aventurero. En aquella atmósfera de las colinas, al pie de la sierra, en aquel aire vivo, de olores balsámicos, halló curial, a la vez que purificante y vivificador, lo que se le servía de alimento, o bien una química sutil que convertía la leche de burra en cal y fósforo. Stumpy se inclinaba a creer que era lo último, y su buen cuidado.

—Yo y la burra —decía— le hemos servido de padre y madre.

Y acosumbraba añadir, dirigiéndose al envoltorio mal pergeñado que tenía ante sí:

—Nunca jamás te vuelvas contra nosotros.

Cuando el niño cumplió un mes, hizo evidente la necesidad de darle nombre. Hasta entonces había sido conocido como el "cordierito", "el niño de Stumpy", "el coyote", alusión a sus facultades vocales, y aun por el término diminutivo de "el maldito chicleo". Pero comprendiendo que esto era vago y poco satisfactorio y finalmente fue desechado bajo otra influencia. Las juguecillas y los aventureros son supersticiosos: Mr. Oakhurst declaró un día que la criatura llevaba la suerte a Roaring Camp. Y lo cierto era que en los últimos tiempos había sido el campamento afortunado. Así, pues, éste fue el nombre convenido, con el prefiere de Tommy, para mayor claridad. No se hizo alusión alguna a la madre, y el padre era desconocido.

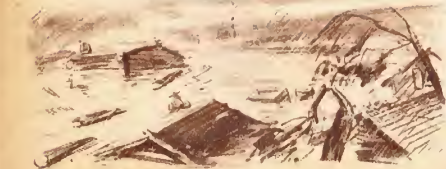
—Mejor es —dijo el filósofo Oakhurst— dar de nuevo las cartas, llamarle *La Suerte* y comenzar bien el juego.

Por consiguiente se señaló día para el bautizo. El factor que ya ha recogido alguna idea acerca de la despreocupada irreverencia de Roaring Camp, puede imaginar lo que significaba esta solemnidad. El maestro de ceremonias era un tal Moston, célebre taravilla, y la ocasión parecía ofrecerle chistosas ocurrencias. Este ingenioso bufón pasó dos días preparando una parodia del ceremonial de la Iglesia, con algunas alusiones locales. El coro fue convenientemente ensayado y Sandy Tipton debía ser el padrino. Pero después de la procesión llegó a la arboleda con música y banderas al frente, y la criatura fue depositada al pie de un altar simulado. Stumpy se adelantó al frente de la muchedumbre en expectación.

No es ni costumbre echar a perder las bromas, muchachos —dijo el hombrecillo resueltamente, haciendo frente a las miradas en él fijas—, pero me parece que esto no cuadra. Es jugar de mala ley conder la chiquirri, eso de mezclarle en bromas que no puede comprender. Y si es que haya de haber padrino, quisiera saber quién tiene más derechos que yo para ello.

Un profundo silencio siguió al discurso de Stumpy. En honor de todos los bromistas sea dicho, que el primer hombre en reconocer la justicia fue el organizador del espectáculo, que de esta suerte se vio privado de su éxito.

(CONTINUÁ EN LA PÁGINA 108)



RISA Y SONRISA

LUZ Y SOMBRA

por Villafañe



DOMINGO
VILAFANE

- ¡Cuidado, don José, que hay ropa tendida!



Escribe *Conrado Malé Roxlo*

POR EL ESTILO DE... JULIO VERNE

FILOSOFICULA

Un descubrimiento sorprendente

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

EN una neblinosa mañana del mes de enero de 1890, "La Bella Jardinera", "brick" de tres palos, zarpaba misteriosamente del puerto de Liverpool. Al tercer día de navegación apareció sobre cubierta un anciano de cabellos blancos, rostro expresivo y sonrioso como el de un niño, cuyos pequeños ojos grises chisporroteaban continuamente detrás de sus gruesos anteojos de carey. Vestía un largo redingote color avellana, de cuyos enormes bolsillos salían las puntas de muchos libros y folletos de diversos colores. Sujeto con una correa a la espalda, como si fuera una escopeta, llevaba un gran paraguas rojo. Se dirigió al capitán y le dijo:

—Entonces tráigame un taza de té, o dígame a otro Joe de menos importancia que me la traiga.

Mientras el sabio entomólogo

sir Mammil Cocktail toma su té, veamos los antecedentes de esta expedición científica a la América española, pues no era otro el

objeto del misterioso viaje de "La Bella Jardinera".

Un mes antes se celebró en la Real Academia de Entomología de Londres una horrasosa sesión que terminó a paraguas entre el profesor Harry Dix y nuestro conocido sir Cocktail. Se trataba del modo de caminar de las cucarachas de América y, mientras Dix decía que estos ortópteros eran muy veloces, Cocktail afirmaba que, por lo contrario, eran de lento andar y muy expuestos a sufrir de los pies. Y, para demostrar la verdad de sus aseveraciones, nuestro sabio había organizado en secreto el viaje de "La Bella Jardinera".

Y ahora continuemos nuestra narración en el lugar en que la hemos dejado.

Quince días más derivó el "brick" a merced de las corrientes, hasta que una mañana de radiante sol, un navirero que había de vigia subido en una silla, pues, como se recordará, la nave estaba desmantelada, dijo:

—¡Tierra!

Poco después, la expedición desembarcaba en una costa baja y arbolada.

—¿Será esto América? —preguntó el verdadero Joe, un joven de cabellos rubios y largas piernas, que daba galantemente el brazo a la hija única del sabio, la bella miss Arabella.

—Creo que sí; allí veo una revolución —respondió el sabio.

Efectivamente: al pie de una colina, treinta y dos generales al frente de un negro marchaban en dirección a veintiseis generales que, al frente de un mulato, hacían lo mismo en sentido contrario.

—¡Ah! —les gritó sir Mammil Cocktail.

Los dos ejércitos libertadores se detuvieron en seco. Cinco o seis generales de cada bando se acercaron al sabio y, después de darle los buenos días, le preguntaron qué se le ofrecía.

—Díganme, Joes: ¿hay aquí cucarachas?

Los generales enemigos cambiaron una mirada de inteligencia y respondieron a coro:

—Ni para remedio.

—¿Por qué mentan aquellos hom-



Joe: cuándo llegaremos al término de nuestro viaje?

—Perdone usted, sir Mammil Cocktail, pero yo no me llamo Joe, sino Daniel Jhones.

—Pues habrá usted de disculparme, pero como mi secretario se llama Joe y es la única persona a quien hablo habitualmente, le digo a todo el mundo Joe, pues si me pusiera a aprender nuevos nombres tendría que distraerme de los pesantísimos científicos a que estoy dedicado.

—Ahí bien, sir Mammil, diré al pastor que bautice de nuevo a la tripulación para que pueda recibir sus órdenes sin desdoro.

—Eso es cosa suya. Cuando llegaremos?

—Difícil me sería decirlo de un modo exacto o tan siquiera aproximado y hasta no sé si llegaremos algún día.

—¿Qué dice, Joe?

—Resultado, sir, que el primer día se me rompió la brújula y por la noche un ciclón se llevó la arboladura; el segundo día se me rompió el timón y esta mañana el segundo oficial se rompió la cabeza en ocho pedazos al caer sobre el estallido de proa, que quedó igualmente destrozado. Usted, sir Mammil, no se ha enterado de nada porque estaba dedicado a sus investigaciones científicas, que mucho respeto.

Sir Mammil Cocktail meditó un momento y luego dijo:

—Dígame, Joe, ¿se le ha roto también a usted la tetera?

—No, sir.

bres? Por patriotismo. Aunque estaban dispuestos a perjudicarse físicamente por conquistar la presidencia de su país, no estaban dispuestos a entregar las riquezas patrias a la explotación extranjera, sin entrar en la combinación, y suponiendo que el inglés era el representante de algún consorcio yanqui para la extracción de petróleo de la cucaracha.

—¿Y buscando bien? —dijo el sabio, guiñando el ojo y haciendo saltar en sus manos unas libras esterlinas.

Eso robusteció más aún la opinión de los indígenas y, el más general de todos, tomó la palabra:

—Mister —le dijo—: nosotros lo acompañaremos por la selva impenetrable hasta el lugar en que se ocultan las cucarachas, siem-

expedición y de un burro gris que se llamaba Doctor Lacedemonio Gutiérrez, nombre del actual presidente de la república, que le habían dado por escarnio los patriotas rebeldes, dijo:

—No se amilanen, Joes, que mi hija Arabella hará en adelante la comida.

Arabella bajó los ojos y todos los generales se inflamaron de amor por ella y se relamieron el bigote pensando en que iban a gustar los sabrosos platos de la cocina de la vieja Europa.

Aquella noche, Arabella hizo una torta de manzanas deliciosa, pero como no tenía manzanas, la hizo de aguacates. Tan contentos quedaron los generales, que uno tomó la guitarra y se puso a cantar:

La cucaracha, la cucaracha,

Cosas de magia



En el circo Medrano un ilusionista realizaba múltiples pruebas con la ayuda de unos pañuelos. Un niño asistió a uno de esos espectáculos, y al otro día explicó a su padre lo siguiente:

—Había un mago extraordinario: cambiaba una moneda de dos francos en un pañuelo!

Y el padre respondió: —Tu madre es una "maga" mucho mejor. La semana pasada transformó veinte billetes de mil francos en un vestido...



pre que usted pague los gastos y, una vez hecho el negocio, nos dé el veinticinco por ciento de la entrada bruta.

El sabio no comprendió de aquel discurso más que lo de que lo acompañarían al cucaracha, pues el americano hablaba una mezcla de español, portugués y conanche, por lo que respondió: —Trato hecho, nunca deshecho, Joe.

Los generales dispararon sus armas en señal de júbilo y, seguidos por los dos componentes de sus ejércitos, penetraron en la selva virgen, rodeando al ilustre entomólogo.

El primer día estuvieron a punto de perecer devorados por un coatí. El segundo día permanecieron una semana encerrados en una caverna para evitar que los comiera una feroz caranga. El tercer día se mojaron los pies al cruzar un arroyo. El cuarto día el ejército desertó, dejando desamparados al sabio, a su bella hija, al verdadero Joe y a los cincuenta y nueve generales en plena selva. ¡Situación más espantosa jamás conocida viajero alguno! Pero sir Mammel Cocktail, que había tomado las riendas de la

ya no puede caminar, etc., etc. —¡Eureka! —gritó el inglés sir Mammel y echó a correr, no parando hasta el mar, donde se embarcó en una goleta danesa de ciento veinte toneladas y cuarenta y ocho metros de eslora, que pasaba con destino a Liverpool.

Después está decir que en Londres obtuvo un éxito rotundo contra su contrincante y que la teoría sostenida por él de que la cucaracha americana era un bicho de lento andar, fué universalmente aceptada, gracias a las pruebas que trajo de su viaje y que consistían en la canción que se aprendió de memoria y que entonces con cierta gracia científica.

Cuando llegó a su casa, de vuelta de la Real Academia de Entomología, cubierto de honores, su mujer le dijo:

—Eres un distraído incorregible... ¿dónde dejaste el paraguas?

Sir Mammel Cocktail se rascó la cabeza y respondió:

—En América; pero no te preocupes, porque también dejé allí a la chica y a Joe y ellos lo cuidarán.

—Siendo así... —dijo su digna esposa, y le alargó las zapatillas.

DUDA

Por Raúl Valencia



—¿No será grave, doctor? ¡Hace una semana que está así!

Perdiguero y Mojarrito

Por Carlos Rodríguez



LOS ZAPATOS HABLAN DEL CARACTER...

La manera de gastar los zapatos proporciona uno de los medios existentes de conocer el carácter de las personas. He aquí algunos de los descubrimientos que pueden hacerse gracias a esta ciencia:

El que gasta los tacones es sanguíneo, activo, tiene aplomo y su porte es bastante rígido.

El que gasta toda la suela en la misma forma es un soñador, infático, de movimientos y marcha lentos.

El que rompe el empeño revela indolencia. Es más lento aun que el anterior.

El que gasta la suela en el centro es bilioso, de carácter reservado, egoísta y aficionado a la contemplación.

El que gasta la punta es nervioso, activo, se mueve mucho. Camina rápidamente, saltando un poco.

El que deforma los zapatos demuestra un carácter ingenioso y muy crédulo, y modales sencillos y despreocupados.

El que dobla los zapatos hacia adentro es tímido y desconfía de sí mismo.

El que gasta la suela en los bordes exteriores es una persona con libertad de acción y temeraria.



El rey de Arabia, Ibn Séoud, es dueño de un magnífico Dakota, regalo del presidente Roosevelt. Hace tiempo, el soberano quiso realizar un viaje de placer por el Hedjaz, subiendo a su aparato por primera vez. Pero como el rey es un hombre prudente, antes de efectuar la travesía quiso que sus veintiseis esposas probaran el avión.

Las lindas árabes, con pantalón y cubiertas por un velo, ocuparon la cabina, en compañía del hermano del rey, el emir Faycal,

que por la fuerza de las circunstancias tuvo que representar, momentáneamente, el papel de gran eunuco. Tenía a su cargo una doble tarea: calmar los temores de las señoras y vigilar la conducta de los cuatro norteamericanos de la tripulación que fueran puestos a disposición del rey Ibn Séoud por el presidente Roosevelt cuando le regaló el avión.

A los pilotos se les había advertido que no debían mirar a las esposas reales, aunque tuvieran la cara cubierta por el velo. Este es un sacrilegio, que en la Arabia gobernada por Séoud es castigado con la pena de muerte.

El viaje se efectuó sin inconvenientes, y los norteamericanos obedecieron escrupulosamente, pero al bajar, los cuatro tenían el cuello duro...



INCAUTOS NOCTAMBULOS

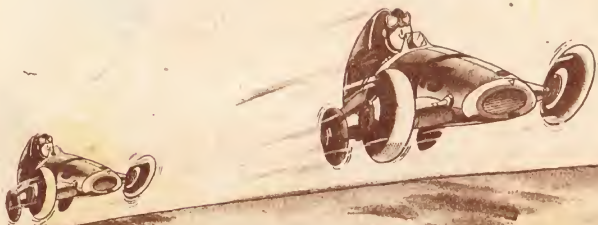


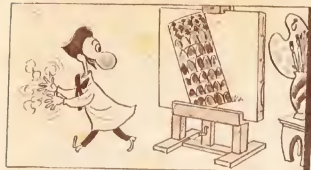
—En esta misma cuadro sucedió anoche algo la mar de extraño...

CORTESIA

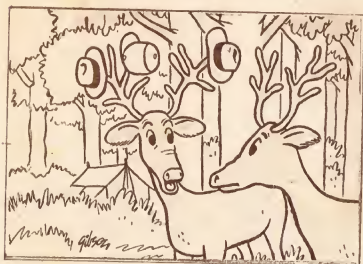


—Comisario, adviñe quién quiere decirle unas palabras...





LAMENTABLE CONFUSION

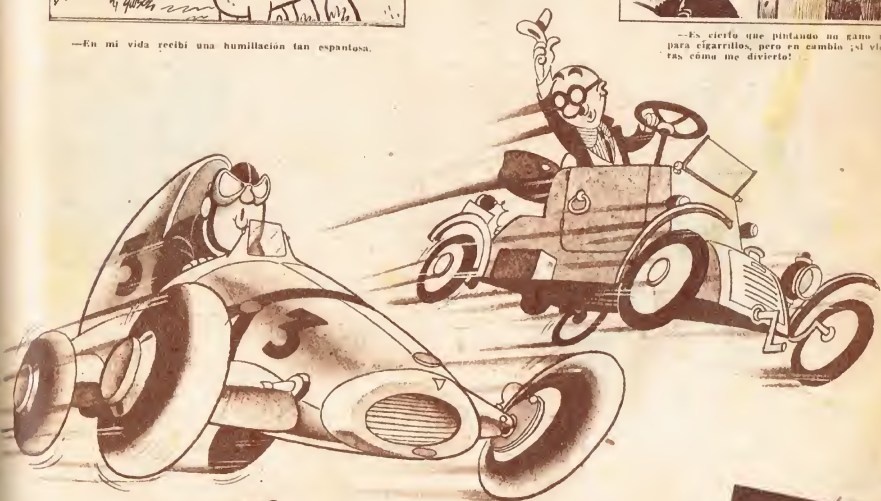


—En mi vida recibí una humillación tan espantosa.

UN PINTOR PINTORESCO

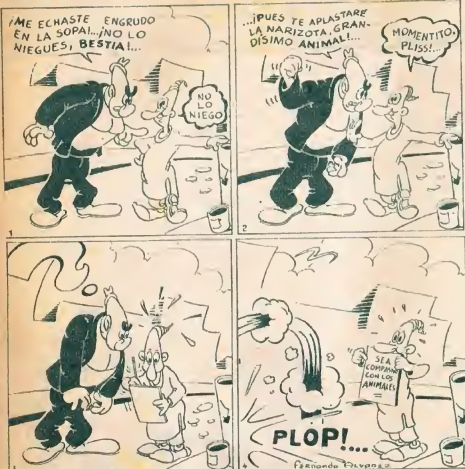


—Es cierto que pintando un gato me para cigarrillos, pero en cambio ¡si veías cómo me divierto!



CARRERA
Por Ianiro

—¡Perdón!... ¿Podría decirme si este es el camino que lleva al autódromo?...



DE ULTIMA MODA

EL VENDEADOR:

—...y aquí tiene este magnifico estampado: la última palabra de la moda...

LA CLIENTA:

—¿No perderá el color?

EL VENDEADOR:

—Puede llevarlo con absoluta confianza. Hace más de tres años que lo tenemos en la tienda, y está como el primer día.

A PROPOSITO...

—...porque no sé si sabrás que los sabios hacen los proverbios, y los tontos los repiten.

—Sí, es verdad. Y a propósito, ¿qué sabio hizo el que terminas de decir?

UN BUEN MEDICO

Después de una larga enfermedad, el señor X recibió la cuenta, bastante recargada, de su médico. En ella figuraba una visita en una fecha en que, curado ya, pasó el día fuera de su casa.

—¿Cómo! ¿No recuerda que ese día nos encontramos en el hulevar? —le telefoneó—. ¡Si usted me estrechó la mano!

—Es cierto —repuso el médico—. Le tomé el pulso con disimulo, para no asustarlo...

EL CALCULISTA

Un calculista viaja por el sur del país con un amigo. A la vista de un rebaño de ovejas, el matemático empieza a contar en alta voz y con celeridad: —20, 32, 57, 145, 173, 195 ovejas.

El cálculo asombra al

amigo, que le pregunta:

—Pero, ¿cómo has podido contar 195 ovejas en tan pocos segundos?

—Muy fácil. Cuento el número de patas y después divido por cuatro.

ENTRE AMIGAS

Dos amigas hablan de sus respectivos maridos:

—En quince años que llevo de casada no he tenido por culpa de mi marido más que un solo disgusto.

—¿Cuál?

—El de haberme casado con él.

FUERZA DE VOLUNTAD

Un transeínte al pordio-

sero:

—¡Pero, hombre, siempre lo veo aquí pidiendo a los que pasan! ¿Es que nunca siente ganas de trabajar?

—Algunas veces, sí; pero las agunto...

TODO ES ACOSTUMBRARSE

—¿Así que usted es un gran bebedor de whisky?

—En efecto.

—¿Y cómo acostumbra tomarlo?

—Verá: primero lo tomaba con agua. después sin agua, y ahora... como agua.

ESCENA HOGAREÑA

ELLA. — Cuando te casaste conmigo, estabas fundido. Si no fuera por mi fortuna, este automóvil no estaría aquí...

EL. — Qué gracia. Sin tu fortuna, tampoco tú estarías.

INTIMIDAD

Por Rafael Martínez

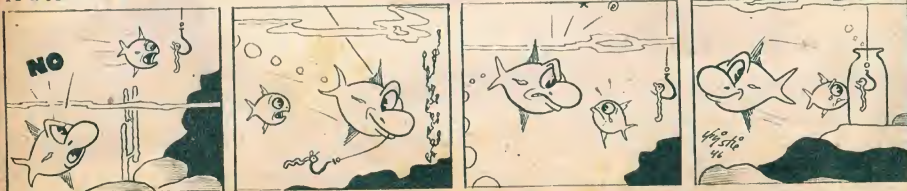


—Mi número es el 4567389, pero mis amigos me dicen 89 o secat.

AGALLITA

Buen padre

Por J. CHRISTIE M.





EL HUMO DE LA GLORIA

Todos los parisenses fuman cigarrillos norteamericanos. Solo hay un francés que es una excepción, a pesar de que fuma cincuenta cigarrillos por día: el general de Gaulle.

Se empeña en no fumar sino cigarrillos ingleses, que llegan para él mandados especialmente desde Londres. Cuando partió para Estados Unidos, en el momento de levantar vuelo llevaron al avión una cantidad de atados, suficientes para el viaje de ida y vuelta y para la estada en Norteamérica.

La carga suplementaria no resultaba muy pesada para un gran cuatrimotor. Y sin ella, el general no habría estado contento.

OJO POR OJO...

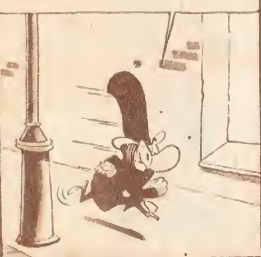
Por González Fossat



TOXICO Y BIBERON

por Janiro

...Y AL VER LA CARA MONSTRUOSA
MUERE DEL SUSTO.... ¡FORMIDABLE!



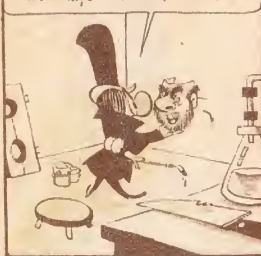
MI HABILIDAD PARA EL DIBUJO
ME SERVIRÁ PARA MATAR A UN
INFELIZ!... ¡MATAR! ¡QUE BUENO!



¡MI CORAZÓN SALTA DE ALEGRIA!
¡BAH! ¡ESO LO DUE YA EN OTRA HISTO-
RIETA!



SIN LUGAR A DUDAS, ÉSTA ES MI OBRA
MAESTRA!... ¡SOY GENIAL, GRANDE, ETC.!



¡PARECE QUE DA RESULTADO, EH!
¡EL ESTÚPIDO DE BIBERON QUEDÓ KO.



¡AHORA A PREPARAR EL PLATO
FUERTE!... ¡MATAR DE LA IMPRESIÓN
AL PRIMERO QUE SE PRESENTE!



¿SUFRIRÁ ANTES DE MORIR? OH, DUDAS...



¡NO PAGA LOS IMPUESTOS, EH? ¡ES INÚTIL
QUE REPITA QUE NO ES
USTED...! ¡VI BIEN EL CARTEL!



ACTUALIDADES GRAFICAS



PICTORICAS.—Con asistencia del embajador de los Estados Unidos, señor Mossersmith, y su señora, fue inaugurada con mucha exlta en el Musco Nacional de Bellas Artes una exposición de acuarelas de pintores norteamericanos, cedidas por la Gallery of Art, de Washington.



DISTINCION.—El gobierno de Francia ha otorgado recientemente el grado de caballero de la Legión de Honor al Dr. Juan Carlos Palacios, como premio a la labor que viene realizando en favor de las relaciones entre nuestro país y la República Francesa.



LETRAS.—Ha sido muy bien recibido por parte de la crítica y del publico en general el libro de poemas titulado "Plojo Solo", obra del joven escritor Alberto Gurr, en quien se confirman así los juicios elogiosos que merecieron anteriores producciones suyos.



CONFERENCIA.—En la sede de la Asociación de Ex Alumnos "María Curie", el conocido escritor y periodista Sr. José Luis Lowasa pronunció una conferencia en torno a "Algunos impresos sobre Chopin", con éxitos en el piano del Sr. Humberto Urbico.



ANIVERSARIO.—La Asociación Tucumana celebró el 136° aniversario del nacimiento de Alberdi con diversos actos. Uno de ellos tuvo lugar en la Sociedad Científica Argentina, en el que tomaron parte, en números de concierto y declamación, los señores Dora H. de Bizzuelo y Lucila Caporale de Marzario. Intervinieron, además, el presidente de la asociación, Dr. Emilio Terán Frias, y el Sr. Vicente P. Cocuri.



DE AVIACION.—Con motivo de cumplirse el 6° aniversario de la creación de las Lineas Aereas del Estado (L. A. D. E.) se llevaron a cabo varios actos para celebrar lo hecho. Uno de ellos consistió en la entrega de una placa recordatoria a los directores, comandantes José Bodin, E. Abraham y Oscar Muratorio por parte del personal de la empresa.



LITERARIAS.—Sobre el tema "Aunque es de noche... (Evasión Lirica)", el des. tacado escritor y periodista Sr. Valentín de Pedra pronunció una interesante disertación en la Universidad Popular "Alejandro Korn", de La Plata.



MUSICALES.—Eugene Ormandy, prestigioso músico inglés, director de la Orquesta de Filadelfia, que se encuentra en nuestra ciudad para conducir una serie de conciertos, los primeros de los cuales han sido ya muy olopidados y elogiados por la prensa.



DISERTACION.—El profesor francés André Siegfried pronunció en el Instituto Popular de Conferencias una brillante disertación acerca de "La educación cívica y la enseñanza de la ciencia política", acto que contó con una nutrida concurrencia.



PUBLICACION.—El famoso dibujante Ramón Columbo, ex director de Requireros del Senado, que ha dado a publicidad un "Manual Sintético de Taquigrafía", fruto de la experiencia de sus cuarenta años de labor en el Congreso Nacional.

APLAUDIDO.—El distinguido grieta español Nicom Zabeleto, cuya magnífica actuación en uno de nuestros principales teatros ha sido elogiada y comentada en los círculos musicales de esta capital.



No es inflamable
No forma aureola
No deja olor

URATOL

3 Gotas... y
se va la mancha
No Contiene Nafta ni Bencina

PRODUCTO NORTEAMERICANO, FRACCIONADO POR LA QUIMICA DEL SOLVENTE

Garay 1901 U. T. 23-3568 - Bs. As.

EL PRINCIPE

FINALIZABA el mes de noviembre; con un tiempo frío, húmedo y brumoso, el tren de Varsovia dirigíase a toda velocidad a San Petersburgo.

La niebla era tan densa que, a las nueve de la mañana, apenas se veía, a derecha e izquierda de la vía resultaba muy difícil distinguir los objetos a través de las ventanillas.

Entre los viajeros figuraban algunos procedentes del extranjero; pero los coches que iban más ocupados eran los de tercera clase, cuyos viajeros, gente humilde, procedían de los pueblos cercanos. Iban cansados, transidos; sus ojos denotaban pesadez a consecuencia de haber pasado la noche sin dormir. La niebla daba a sus rostros una palidez amarillenta.

En uno de los coches de tercera hallábase desde el alba, sentados uno frente al otro, cerca de una de las ventanillas, dos viajeros, jóvenes omños, vestidos con descuido, con rostros igualmente atrayentes, y deseosos de entablar conversación.

Si cada uno de ellos hubiera sabido lo que su vecino ofrecía de particularmente curioso en aquel momento, habríase sorprendido, sin duda, de la extraña circunstancia que los había colocado frente a frente en un vagón de la línea de Varsovia a San Petersburgo.

Uno de ellos, de unos veintisiete años, era de pequeña estatura y tenía el cabello espeso, casi negro, y ojos grises, pequeños y vivaces. Su nariz era achatada y los pómulos salientes; en sus labios delgados vagaba constantemente una sonrisa burlona y maligna; pero la frente, ancha y bien modelada, hacía olvidar la desagradable



IDIOTA

la célebre novela de
FEDOR DOSTOIEWSKI

TAPA E ILUSTRACIÓN DE RAUL VALENCIA

impresión producida por la parte inferior del rostro. Lo que más llamaba la atención en aquella cara era su palidez cadavérica, que le daba cierto aire de agonizante, a la par que algo de dolorosamente apasionado, incompatible con la sonrisa descarada de sus labios y con la atrevida y jactanciosa expresión de su mirada.

Envuelto en una larga pelizza de piel de cordero, el frío glacial de la noche no había hecho presa de él, mientras que tenía helado a su vecino, el cual, evidentemente, no había tomado precauciones para resistirlo.

Este último cubríase con una especie de capote provisto de capucha, pero sin mangas, como suelen usarlo los viajeros que visitan en invierno la Alta Italia y Suiza.

Mas si aquel capote era bueno para viajar por esos países, en Rusia resultaba muy insuficiente.

Este era de estatura algo superior a la media, cabellos rubios y espesos, mejillas hundidas y barba puntiaguda y casi blanca. Tenía los ojos grandes y azules; en su mirada, dulce, pero pesada, advertíase esa peculiar expresión que revela al observar un individuo sujeto a ataques epilépticos.

Sus rasgos fisonómicos eran agradables, finos

y delicados, pero tenía el rostro pálido y, en aquel momento, un poco anorotado a causa del frío.

Sobre sus rodillas descansaba un atado de ropa, probablemente todo su equipaje, envuelto en un pañuelo de seda muy descolorido. Calzaba zapatos de gruesa suela y usaba polainas, otra particularidad contraria a las costumbres rusas.

El de la pelizza de piel de cordero examinó a su vecino, como distraído, de arriba abajo, y finalmente le dirigió la palabra:

—¿Es usted friolento? —le preguntó, levantando ligeramente los hombros.

—¡Sí! ¡Muy friolento! —respondió con precipitación extraordinaria el interpelado—, y eso —añadió— que estamos en la época de la fusión de las nieves. ¡Qué sería si helase! Yo nunca creí que nuestro país fuese tan frío... Me había des-acostumbrado a este clima.

—¿Viene del extranjero, sin duda?

—Sí, de Suiza.

—¡Ah!

El de los cabellos negros se puso a silbar y luego a reír.

La conversación continuó. Con sorprendente anabilidad el joven rubio contestó a todas las



preguntas de su interlocutor, sin reparar que algunas de ellas estaban fuera de lugar.

Para satisfacer la curiosidad del preguntón, dijo que desde hacía cuatro años no pisaba el suelo de Rusia; que su estado en el extranjero se debía a hallarse atacado de una afección nerviosa caracterizada por estremecimientos y convulsiones, algo así como la epilepsia o el baile de San Vito.

Oyéndolo, el joven de los cabellos negros sonrió varias veces, sobre todo cuando a su preguntón: «¿Y le han curado?», contestó su vecino: «No, nada de eso».

—Y, sin duda, le habrán hecho gastar mucho dinero inútilmente... ¡Aquí tenemos demasiada confianza en esos médicos! — exclamó con acritud el viajero de la pellica de color.

—Eso es la pura verdad — apoyó otro individuo, mal trajado, que ocupaba un asiento cerca de ellos —, es exactísimo. No hacen más que absorber, sin ninguna ventaja para nosotros, todo el dinero de Rusia.

El que de tal suerte intervino en la conversación era un hombre con aspecto de curial, robusto, de unos cuarenta años, con la nariz roja y la cara llena de granos.

—Ah, pues por lo que a mí respecta, se engaña usted! — repuso con acento dulce y conciliador el partulario de la medicina suiza —. Indudablemente, no puedo relatar sus palabras, porque ignoro los motivos que mi médico casi se ha quitado el caso de la cabeza para que le he guiado para facilitarles los medios de regresar a Rusia, después de haberme mantenido casi dos años a sus expensas.

—¿Cómo? ¿No tenía usted nadie que le pagase? — preguntó el viajero de los cabellos negros.

—No; el señor Pavlichevich, que creía a mi sostenimiento en Suiza, murió hace cerca de dos años; escribí luego a la esposa del general Epantchine, que es parienta mía, aunque lejana, y no obtuve respuesta. Por eso decidí regresar a mi patria.

—¿Y adónde se dirige usted ahora?

—Yo mismo no sé.

—De modo que no sabe adónde irá a parar? — Y de nuevo el viajero de los cabellos negros se puso a reír, acompañado esta vez por el hombre de la nariz roja.

—Estoy casi seguro de que ese pañuelo contiene todo su equipaje, ¿no es cierto? — preguntó el primero.

—Apostaría cualquier cosa a que, lo ha adivinado usted — repuso el segundo con aire satisfecho —. Sin embargo, la pobreza no es un vicio...

La hipótesis era acertada, y el joven rubio no vaciló en confirmarla.

—Ese bulto que lleva usted no carece de cierta importancia — continuó el de la nariz roja, después que se hubieron reído cuanto les vino en gana —; yo cosa digna de ser notada, aquel de quien se burlaban, acabó por asociarse a la hilaridad de ambos, lo que hizo que las carcajadas menguasen! — pero pudo apostarse que los cartuchos de napoleones y de fedéricos (!) brillan por su ausencia... Pero si dispone usted de una parienta como la esposa del general Epantchine, es muy fácil que el contenido de ese pañuelo se cambie pronto de una manera sorprendente. Claro está que esto en el caso de que la generala Epantchine sea realmente parienta de usted, y no se empiqueque a afirmarla, por distracción...

—¿Oh! También esta vez ha adivinado usted — interrumpió el viajero rubio —; porque, en efecto, esa señora apenas si es parienta mía. Por esta razón no me ha sorprendido su silencio; me lo esperaba.

—A lo menos, es usted franco e ingenuo, lo cual es digno de alabanza. Conozco al general Epantchine, porque, ¿quién no lo conoce! También conocí al señor Pavlichevich, el que proveyó a su sostenimiento en Suiza... — dijo, si se le ha referido usted a Nicolás Andreievich Pav-

lichevich, puesto que había dos primos hermanos del mismo nombre — también lo he conocido. Uno de ellos vive aquí, en Crimea; pero Nicolás Andreievich ha muerto; era un hombre muy estimado, contaba con grandes relaciones y poseía cuatro mil siervos...

—¿Es el mismo? — exclamó el joven, mirando sorprendido a aquel hombre que todo lo sabía.

Suelen encontrarse estas personas tan bien informadas, en ciertas clases sociales.

Durante aquella conversación, el joven de los cabellos negros miraba negligentemente por la ventanilla, bostezando a menudo, y mostrábase impaciente por llegar al término de su viaje. Parecía distraído, muy distraído, casi inquieto, y su actitud denotaba estrechez a sus compañeros.

—¿Será indiscreción preguntarle con quién tengo el honor de hablar? — dijo de pronto a la de la cara granujera al dueño del envoltorio.

—Con el príncipe León Nikolaievich Muichkine — contestó éste.

—¿El príncipe Muichkine? ¿León Nikolaievich? No le conozco. Ni siquiera he oído hablar de él — dijo el preguntón mientras reflexionaba —; no me refiero al nombre, que es histórico, y se puede hallar en la historia de Kalmánzine, sino a la persona, No se encuentra ya en parte alguna a los príncipes Muichkine, y la fama ha dejado de ocuparse de ellos.

—Oh, lo creo! — repuso con viveza el joven —; sé el único príncipe Muichkine que existe, y mucho me temo que sea el último.

En cambio a mis antepasados, fueron, durante varias generaciones, nobles provincianos. Mi padre fue suboficial del ejército, y no acierto a explicarme cómo puede ser también princesa Muichkine la generala Epantchine, pues ella también es la última de su género... (!)

—¿La última de su género! ¿No está mal! — exclamó, riendo, el hombre con aspecto de curial.

A la frase había hecho también aflorar la sonrisa a los labios del joven de cabellos negros.

Comprendiendo que sin querer había hecho un juego de palabras de bastante mal gusto, el príncipe apresurase a decir:

—Les aseguro, señores, que no era mi intención...

—¿Se comprende, se comprende! — repuso el de la nariz roja.

—¿En Suiza estudiaba usted con algún profesor? — preguntó, de pronto, el otro viajero.

—Sí... estudiaba...

—¿También yo, pero nunca aprendí nada! — Tanpoco yo adquirí muchos conocimientos.

—¿Entonces el príncipe como queriendo excusarse — El estado de mi salud no me permitía estudiar muy seguido.

—¿Conoce usted a los Rogojne? — preguntó de nuevo el joven de cabellos negros.

—No. No los conozco. Aunque a decir verdad, no conozco a nadie en Rusia... ¿Es usted, acaso, un Rogojne?

—Sí, Parfenio Rogojne.

—¿Parfenio?... Será usted, por casualidad, uno de los Rogojne?... empecé a decir el curial con gravedad exagerada.

—Sí, uno de ellos — respondió con impaciencia el joven, sin dar tiempo al de la nariz roja para que le corrigiera la frase. Por otra parte, durante el curso de la conversación no se había dirigido una sola vez a él, pues sólo hablaba el príncipe.

El curial, suspicaz, abriendo tamaños ojos, asumió una actitud de respeto servil y temeroso.

—¿Cómo! — prosiguió —; ¿acaso es usted hijo de Senén Parfenovitch Rogojne, el burgués que murió hace un mes, dejando un capital neto de dos millones y medio?

—¿Cómo has logrado saber que dejó dos millones y medio de capital neto? — interrogó el joven de cabellos negros, sin dignarse aún mirar al curial; y añadió, haciéndole un guiño malicioso al príncipe: — Todavía no sabe quién soy

y ya me ofusca... La verdad es que mi padre ha muerto y que yo, tras una permanencia de treinta días en Pskov, vuelvo a mi casa vestido miserablemente. Ni el hijo de mi hermano ni mi propia madre se han tomado la molestia de mandarme nada; no he recibido dinero ni avisos... ¡No se hubieran portado peor con un perro! La fiebre me ha obligado a permanecer en Pskov un mes entero...

—Pero ahora recibirá usted, de un solo golpe, un millón, por lo menos, ¿Oh, señor! — exclamó el hombre de la nariz roja, frodándose las manos.

—Y ¿qué puede importarle a éste eso? Le niego que me lo explique — exclamó Rogojne, mirando nuevamente al curial con un gesto de desdén.

—No te daría un copek — añadió —, aunque caminases delante de mí a cuatro patas.

—Precisamente es lo que voy a hacer.

—¿Habrá visto cosa igual! Pues bien, aunque estuvieras bailando una semana entera, no habría de darte nada.

—¿No me dé nada? ¿Es lo que yo quiero! Pero yo bailaré. Haré abandonar de mi mujer y mis hijos, y vendré a bailar delante de usted...

—¿Puf! — exclamó el joven de los cabellos negros, escupiendo con gesto de asco, y añadió dirigiéndose al príncipe —: ¡Fíjese usted; hace cinco semanas, cuando fui de la casa paterna para ir a Pskov, a la de mi tía, no llevaba yo más equipaje que un bulto de ropa, como el saco.

Allí caí enfermo, y durante mi ausencia fallé mi padre de un ataque apopléctico. Dios lo sabe en su santa gloria... que hizo cuanto pudo para que yo le precediera en el otro mundo a fuerza de langostas. ¿Lo creerá usted, príncipe? Si no hubiera huido de su casa, me habría matado, seguramente.

—¿Qué hizo usted para excitar así su cólera?

—preguntó el príncipe, que contemplaba con curiosidad a aquel millonario tan pobremente vestido.

Por su parte, el joven gustaba de hablar con el príncipe, pero lo hacía, más que por efusión, por hallar un calmante a la agitación de que estaba poseído.

En cuanto al curial, estaba pendiente de los labios de Rogojne, contentando hasta la respiración para recoger, cual si fueran diamantes, las palabras que salían de aquella boca.

—Acaso no le faltaban motivos para estar furioso — prosiguió Rogojne —, pero fue mi hermano quien me indignó... con él. De mi hermano quien me indignó... con él. De mi hermano quien me indignó... con él. De mi hermano quien me indignó... con él.

—¿También yo, pero nunca aprendí nada! — Tanpoco yo adquirí muchos conocimientos.

—¿Entonces el príncipe como queriendo excusarse — El estado de mi salud no me permitía estudiar muy seguido.

—¿Conoce usted a los Rogojne? — preguntó de nuevo el joven de cabellos negros.

—No. No los conozco. Aunque a decir verdad, no conozco a nadie en Rusia... ¿Es usted, acaso, un Rogojne?

—Sí, Parfenio Rogojne.

—¿Parfenio?... Será usted, por casualidad, uno de los Rogojne?... empecé a decir el curial con gravedad exagerada.

—Sí, uno de ellos — respondió con impaciencia el joven, sin dar tiempo al de la nariz roja para que le corrigiera la frase. Por otra parte, durante el curso de la conversación no se había dirigido una sola vez a él, pues sólo hablaba el príncipe.

El curial, suspicaz, abriendo tamaños ojos, asumió una actitud de respeto servil y temeroso.

—¿Cómo! — prosiguió —; ¿acaso es usted hijo de Senén Parfenovitch Rogojne, el burgués que murió hace un mes, dejando un capital neto de dos millones y medio?

—¿Cómo has logrado saber que dejó dos millones y medio de capital neto? — interrogó el joven de cabellos negros, sin dignarse aún mirar al curial; y añadió, haciéndole un guiño malicioso al príncipe: — Todavía no sabe quién soy

—¿Cómo has logrado saber que dejó dos millones y medio de capital neto? — interrogó el joven de cabellos negros, sin dignarse aún mirar al curial; y añadió, haciéndole un guiño malicioso al príncipe: — Todavía no sabe quién soy

—¿Cómo has logrado saber que dejó dos millones y medio de capital neto? — interrogó el joven de cabellos negros, sin dignarse aún mirar al curial; y añadió, haciéndole un guiño malicioso al príncipe: — Todavía no sabe quién soy

—¿Cómo has logrado saber que dejó dos millones y medio de capital neto? — interrogó el joven de cabellos negros, sin dignarse aún mirar al curial; y añadió, haciéndole un guiño malicioso al príncipe: — Todavía no sabe quién soy

(1) Napoleón: monarca francés de plaza. Poderoso: antiguo monarca prusiano de oro.

(2) La palabra rusa *rod*, que significan a la vez *gobierno* y *castigo* (como la latina *gravis*), se presta a un juego de palabras intraducible en castellano.

(3) Macrólogico es de cristianos griegos. (4) Fanáticos religiosos.

he tomado el tren, y aquí me tiene, camino de San Petersburgo, aunque no repuesto del todo. ¡Qué sorpresa se va a llevar mi hermano Senén Semenovich cuando me vea! El me indispone con el difunto, lo sé. Pero también es cierto que si en aquella ocasión mi padre se puso furioso conmigo, no fue a causa de manjcos suyos, sino por intrigas de Anastasia Filipovna. ¡La culpa, pues, fue toda mía y me llevaré mi merecido!

—A propósito de Anastasia Filipovna... — murmuró servilmente el curial, a quien este nombre pareció recordarle algo.

—¡No irás a decir que también la conoces! — exclamó Rogojine, impaciente.

—¡Pues sí que la conozco! — repuso con aire de triunfo el de la nariz roja.

—¡No lo creo! Hay muchas mujeres que responden al nombre de Anastasia Filipovna. ¡En verdad que eres fresco! ¡Estaba seguro — añadió, dirigiéndose al príncipe — que este individuo trataría de acercarse a mí de cualquier modo que fuese!

—No es de extrañar que yo la conozca — repuso el curial — porque Lebedeff tiene muchas relaciones. Vuestra Alteza me injuria... pero, ¿y si lo demuestro que digo la verdad? Esta Anastasia Filipovna, por la cual le ha dado a usted sin padre unos fatigazos, se llama en realidad Barachkoff, y, en su clase, es una noble señora, una especie de princesa. Tiene relaciones íntimas con cierto propietario llamado Atanasio Ivanovitch Totzky. Este Totzky es un opulento capitalista, miembro de varias sociedades financieras que, por esta causa, tiene relaciones de negocios con el general Fpanchine...

—¡Díantre! ¡Pues parece que la conoce realmente! — exclamó Rogojine, sorprendido.

—Lebedeff lo sabe todo, no ignora nada! Durante dos meses he viajado por todas partes con Alejo Likhatcheff, que también había perdido a su padre y no podía dar un paso sin mí. Actualmente se halla preso por deudas, pero entonces tuve ocasión de conocer a muchas de ellas: Armancia, Coralía, la princesa Patzky, Anastasia Filipovna...

El joven palideció, sus labios tornáronse pálidos y un estremecimiento agitó su cuerpo.

—¿Anastasia Filipovna? ¡Ha estado, acaso, con Likhatcheff? — preguntó, lanzando una mirada cólera al curial.

—No, no — se apresuró a contestar éste —. Likhatcheff le ha ofrecido una fortuna, sin obtener nada de ella. Su único amante es Totzky; pero, por la noche, se la ve en su palco del Gran Teatro o del Teatro Francés, y los oficiales que allí concurren murmuran entre sí, pero sin poder probar nada.

—Así es, en efecto — observó Rogojine con aire sonrioso —. Esto está muy de acuerdo con lo que en cierta ocasión me dijo Zalioueff. Atravesaba yo la avenida Nevsky, envuelto en un abrigo desechado por mi padre, en el momento que salía ella de una tienda y subía a su carruaje. De pronto sentí como una flecha de fuego que me traspasaba el corazón. A los pocos pasos me tropecé con Zalioueff; su indumentaria no tenía ni parecido con la mía; iba elegantemente vestido y usaba monóculo, mientras yo calzaba zapatos de cuero ruso.

—Esa mujer no es de tu clase — me dijo —; es una princesa; la llaman Anastasia Filipovna Barachkoff y vive con Totzky. Ahora éste quisiera desembarazarse de ella a toda costa, pues, a pesar de sus cincocientos rublos, aspira a casarse con la primera beladad de San Petersburgo. Zalioueff añadió que si iba yo aquella noche al Gran Teatro a la representación del "ballet", vería a Anastasia Filipovna.

En mi familia no era considerado correcto, asistir a los "ballets"; por lo tanto, exponíame a ser molido a golpes por mi padre. Sin embargo me arriesgué, y fui al teatro, donde estuve más de una hora contemplando estasiado a Anastasia.

—Mi padre, al día siguiente, me entregó dos títulos de renta del cinco por ciento, que representaban un valor de cinco mil rublos cada uno.

—Véndelos — me dijo —; ve luego a pagar una cuenta que tengo pendiente con Andreieff y vuelve en seguida con el resto del dinero. No te distraigas por el camino, pues te espero.

—Negocié los títulos, pero en vez de ir a casa de Andreieff, entré en la joyería inglesa, compré unos pendientes de brillantes, cuyo valor pasaba de cuatrocientos rublos, superior a la cantidad que yo llevaba en los bolsillos; pero al darme a conocer, el joyero me fió el resto.

—Seguientemente fui a encontrar a Zalioueff, y le dije:

—Ven conmigo a casa de Anastasia Filipovna.

—No podría referir lo que me sucedió en aquellos momentos; sólo me acuerdo de que cuando me encontré frente a ella, en el salón de su casa, permanecí mudo e inmóvil, sin darme a conocer, y Zalioueff, haciendo una reverencia, ofreció el obsequio.

—De parte de Parfenio Rogojine — dijo —, en recuerdo del encuentro de ayer; le ruego que lo acepte.

—Ella abrió el estuche, miró los pendientes y sonrió.

—Dé usted gracias a su amigo el señor Rogojine, por su amable atención — dijo luego, y, haciendo una reverencia, se retiró.

—¿Por qué no caí muerto en aquel momento? Al asumir aquella responsabilidad, habíame dicho a mí mismo: "¿Qué importa! ¿No he de volver vivo!"

Belleza... Salud... Alegría

Acentúe sus encantos
con el deporte de moda



**RALEIGH
EMPIRE
NORMAN
LITTORIA
SPEEDSTER**

•
¡Preferidas por los
ciclistas exigentes!

Nada mejor que el ciclismo para mantener la salud... para modelar sin esfuerzo una espléndida silueta. Entre nuestra calificada selección, usted hallará la bicicleta superior que satisfice plenamente sus gustos y exigencias... el modelo que le aseguro...

- * Procedencia 100 x 100 inglesa
- * Hermoso diseño
- * Impecable terminación
- * Positiva economía

ESPECIAL AL AGENTE DE SU LOCALIDAD

AGAR CROSS & Co^{ltd}

DE ALBES - ROSARIO - E. BLANCA - TUCUMAN - MENDOZA

**LA
UNICA**



—Lo más irritante para mí, era verme celoso por aquel animal de Zahoieff. Con mi pequeña estatura y mi pobre traje, yo conservaba un silencio embarazoso, imitándole a contemplarla abriendo tamaños ojos; él, por el contrario, vestido como un pisaavere, perfumado, rizado, y con la desenvoltura de un hombre de mundo, ponía de manifiesto mi ridiculez.

—Cuando estuvimos en la calle, le dije:

—Desde ahora, no quiero que me acompañes, ¿entendés?

—Muy bien — me contestó riendo —; pero dime, ¿cómo te las compendrás para ajustar cuentas con Senén Parfenovitch?

—Confieso que en aquel momento me sentía más inclinado a tirarme de cabeza al río que a volver a casa de mi padre; pero me dije: ¡Bah! ¡Sea lo que Dios quiera! y, y regresé a mi casa como un condenado.

—Lo sucedido no tardó en llegar a oídos de mi padre; verdad es que Zahoieff había apresurado a preguntarlo a los cuatro vientos. El viejo me hizo subir al último piso de la casa y, después de encerrarse conmigo en una habitación, me dió una zorra que duró por lo menos una hora.

—Esto no es más que un pequeño anticipo — me dijo —; esta noche volveré para darte el resto.

—¿Qué eres usted, príncipe, que hizo luego? Aquel hombre de cabellos blancos fue a casa de Anastasia Filipovna, la saludó con una profunda reverencia y, le suplicó, llorando... Finalmente, ella fue a buscar el estuche y se lo arrojó diciendo:

—Toma, hijo avaro, ahí tienes tus pendientes, a pesar de que ahora tienen para mí muchísimo más valor, porque sé a lo que se ha expuesto Parfenio para ofrecérmelos. Dale las gracias y salúdame en mi nombre.

—Entretanto, yo, de acuerdo con mi madre, pedí prestados varios rublos a Sergio Protodiev y me fui para Pskov, adonde llegué presa de la fiebre.

—Aquí gasté el dinero en hebillas alcohólicas. Al salir de una taberna, rodé por el suelo completamente borracho, quedando allí toda la noche. Al día siguiente deliraba y costó no poco trabajo hacerme recuar el conocimiento.

—Vaya, vaya! ¡Ahora podremos hacer grandes fiestas con Anastasia Filipovna! — exclamó el conde restregándose las manos —. ¿Qué importan ya aquellos pendientes? ¡Ahora, señor, le regalaremos otros!

—Después de mostrar para nada a Anastasia Filipovna, cruzó la cara, aunque hoyagase sido compañero de Lelchefe! — exclamó Rogojine, asiendo violentamente por el brazo a Lebedeff.

—Si me abofeteas, será señal de que no me rechazas — repuso éste tranquilamente —. Pégame, pues; los golpes son prenda de posesión. Y cuando se le pega a alguno, es una marca que se le pone... Pero, ¡ah!, hienos, llegado.

En efecto, el tren llegaba a la estación.

Aunque Rogojine había dicho que todos ignoraban su viaje, varios individuos esperábanlo, y al verle, comenzaron a gritar, agitando los gorros.

—¡Ajá! ¿También está Zahoieff! — murmuró Rogojine, mirándole con mezcla de orgullo y de malicia.

Luego, bruscamente, añadió, dirigiéndose a Muichkine:

—Príncipe, no sé por qué te he cobrado afecto... Tal vez sea porque te encontré en una situación parecida a la mía. Sin embargo, también he tropezado con este — añadió señalando a Lebedeff — y no me inspiró simpatía. Ven a verme; te quitaré esas polvas y te regalaré un abrigo de marra de lo mejor; conseguiré para ti los trajes que quieras, de sociedad, con cha-lleo blanco o de color, a tu gusto. Te llenaré los bolsillos de dinero e iremos juntos a ver a Anastasia Filipovna. ¿Vendrás, sí o no?

—¡Tóme la palabra, príncipe León Niko-

laievitch! — dijo solemnemente el conde —. ¡No pierda tan buena ocasión!

El príncipe Muichkine incorporóse a medias en su asiento y extendió la mano cortésmente a Rogojine, respondiéndole con amabilidad:

—Iré a verle con mucho placer y le quedo reconocido por la amistad que me brinda. Quizá vaya hoy mismo a su casa si tengo tiempo. Le doy las gracias anticipadas por el abrigo y los trajes que me ha prometido y que muy luego habré de necesitar, pues en estos momentos apenas poseo un copek.

—Esta misma tarde tendrás dinero; no debes de venir.

—La misma tarde tendrá usted dinero! — repitió como un eco el conde.

—Éres amante del bello sexo, príncipe? ¡Dímelo con franqueza!

—¡No!... Escuche... Quizá no lo crea usted, pero lo cierto es que, a causa de mi enfermedad congénita, no conozco ninguna mujer.

—¡Bien, príncipe! — exclamó Rogojine —. Eres un verdadero *urodivich*, y Dios aya a los hombres que son como tú.

—¡El Señor los aya! — exclamó a su vez el conde.

—¡Té, zángano, sígueme! — dijo Rogojine a Lebedeff, mientras descendían del tren.

Lebedeff había logrado, finalmente, su objeto. En seguida toda aquella gente se puso en marcha en dirección a la plaza de Voznesensky.

Muichkine tenía que ir hacia la Liteinaya.

El tiempo era húmedo.

El príncipe interrogó a los transeúntes, y cuando supo que tenía que recorrer tres veredas para llegar al punto de su destino, decidióse a tomar un carruaje.

II

El general Epantchine habitaba en una casa de su propiedad, situada a poca distancia de la Liteinaya, cerca de la fortificación.

Ayuda de este inmueble considerable, del que alquilaba cinco departamentos, el general sacaba muy buena renta de otra casa mucho más grande que posaba en Sadovaya.

Además, era propietario de una fábrica en el distrito de San Petersburgo y de un dominio, que producía bastante, sito en las mismas puertas de la capital.

Decíase que era riquísimo y que gozaba de gran influencia.

Tenía la habilidad de hacerse necesario en ciertos asuntos, especialmente en los domésticos, y era muy inteligente.

No obstante, nadie le ignoraba que Iván Fedorovitch Epantchine era de mediocre educación y que había comenzado su carrera como soldado.

Indudablemente, comparando estos humildes comienzos con su actual fortuna, podía mostrarse orgulloso; pero el general, hombre de buen sentido, tenía sus debilidades y no gustaba de que le recordasen ciertas cosas; por eso sabía siempre ocupar el lugar que le correspondía.

¿Qué hubieran dicho los que le juzgaban por este su proceder si hubiesen podido leer en el fondo de su corazón?

En casos como el que sí bien a una gran experiencia de vida facultades extraordinarias, Iván Fedorovitch fingía obrar, no tanto por sus aspiraciones personales, cuanto por obedecer a la voluntad ajena. Añadamos que la fortuna no cesaba de favorecerle, incluso en el juego, en el que arriesgaba cuantiosas sumas.

La sociedad que frecuentaba era, sin disputa, muy heterogénea, pero compuesta exclusivamente de personajes importantes.

El general Epantchine tenía cincuenta y seis años, la edad en que, propiamente hablando, empieza la verdadera vida.

En su persona, nadie reconocía, de compleción robusta y de salud a toda prueba; no carecía de frescura su tez, y sus dientes, aunque negros, estaban muy firmes.

Si por la mañana aparecía de mal humor ante

sus empleados, por la noche, ante la mesa de juego o en casa de Su Alteza, sonreía continuamente.

Formaban la familia del general su esposa y tres hijas.

Cuando no era más que subteniente, Epantchine casóse con una señorita de su misma edad, que no poseía belleza ni instrucción y cuya fortuna reduciase a una pequeña renta. Sin embargo, nunca se le oyó al general quejarse de haber hecho un mal casamiento, cediendo a los transportes inconsistentes de la juventud; tenía para su mujer un respeto rayano a la veneración del temar, equivalente a un amor verdadero.

Pertenecía la generala a la familia principescas de los Muichkine, casa poco ilustre, pero antiquísima, y estaba orgullosa de su estirpe.

Cierto personaje influyente de aquel tiempo, uno de esos protectores que protegen sin hacer intervenir para nada su bolsillo, se dignó interesarse por el enlace de la joven princesa, y una palabra deslizada en su oído por Iván Fedorovitch bastó para arreglar el asunto. Durante más de veinticinco años, los dos esposos vivieron en la más perfecta armonía.

Como último retóno de una noble estirpe, y tal vez también en virtud de sus cualidades personales, la esposa del general habíase conquistado, desde su juventud, la benevolencia de muchas damas de la alta sociedad. Más adelante, cuando su marido llegó a la cumbre alcanzando los más altos grados en el ejército, comenzó a figurar en primera línea en el gran mundo. Entretanto, las tres hijas del general llegaron a la edad núbil. Poseía cada cual una espléndida dote, y su padre podía aspirar a asegurarles un porvenir brillantísimo, tanto más, cuanto que las tres eran de una belleza notable, incluso la mayor, Alejandra, que había cumplido ya el quinto lustro.

La segunda, Adelaida, tenía 23 años, y la tercera, María, contaba ya 20. Esta última era la más bella de las tres y empezaba a llamar la atención en los círculos sociales.

Pero hay más: las tres señoritas se distinguían por su instrucción, por su inteligencia, por su talento. Era notorio que se prestaban mutuo apoyo, y se hablaba también de supuestos sacrificios que se habían impuesto las dos hermanas mayores en favor de la tercera, que era el idolo de la familia.

En sociedad no procuraban brillar; antes al contrario, mostrábanse con excesiva modestia. Nadie podía tacharlas de orgullosas o de arrogantes; sin embargo, nadie sabía que eran altivas y se estimaban en su justo valor.

Alejandra era amante de la música; Adelaida cultivaba la pintura con bastante acierto, y, no obstante, nadie pudo saberlo durante varios años, y aun el descubrimiento debióse a una casualidad.

En una palabra, la voz pública hacía los más calurosos elogios de las tres hermanas. Verdad es que también eran objeto de ciertas murmuraciones; hablábase con horror de la gran cantidad de libros que leían. No mostraban prisa por contraer matrimonio y no apreciaban sino muy relativamente la esfera en que vivían.

Serán más o menos las once cuando el príncipe Muichkine vino a la guerra del general.

Un criado de librea abrió la puerta, y el príncipe hubo de entrar en engorrosas explicaciones con aquel hombre que lo examinaba de arriba abajo, con aire de desconfianza.

Finalmente, después de haber repetido muchas veces que era, en realidad, el príncipe Muichkine y que tenía absoluta necesidad de ver al general para un asunto muy urgente, el criado le hizo pasar a una pequeña antecámara, donde lo dejó en manos de otro sirviente. Era éste un hombre de unos cuarenta años, vestido de frac, y tenía el especial encargo de anunciar las visitas a Su Excelencia.

—Pase inmediatamente al salón, pero deje aquí ese envoltorio — le dijo, sentándose en una butaca con acompañada gravedad, al mismo tiempo que con mirada inquisitiva examinaba al príncipe, el cual, sin abandonar su equipaje, habíase

sentado en una silla, junto a la buroca del sirviente.

— Si me lo permite — dijo —, esperaré aquí, en su compañía; ¿qué quiere que haga yo ahí solo?

Puesto que viene de visita, no debe permanecer en la antecámara — repuso el criado —. ¿Es al general en persona a quien desea usted hablar?

— Si, para un asunto... — comenzó a decir el principe.

No le pregunté de lo que se trata — interrumpió el criado —; mis funciones se limitan a anunciarle, pero le advierto que antes habrá de verse con el secretario.

El sirviente desconfiaba cada vez más; el principe, con su mala actitud, difería en su gusto con los visitantes habituales de aquella casa.

Por lo tanto, el avisado sirviente no se determinaba a asumir semejante responsabilidad, y pensó que era mejor dar intervención al secretario.

— Pero es realmente cierto que usted... viene del extranjero?

No tuvo valor para formular la verdadera pregunta que se le venía a la lengua, o sea: "¿Es usted realmente el principe Muchkine?"

— Si — contestó el interpelado — desde la estación he venido aquí directamente. Crea, sin embargo, que usted quiera preguntarme si en efecto soy el principe Muchkine, pero la corteja se la ha contenido.

— ¡Oh! — exclamó el sirviente, sorprendido.

Le aseguro que no le he mentado y que no se acarrea usted ninguna responsabilidad por mi causa. No hay razón para maravillarse de que me presente vestido de esta manera y llevando este bufo en las manos, pues mi situación actual no tiene nada de brillante.

— Oh, no es eso lo que me preocupa! Yo estoy aquí para anunciarle y el secretario no tardará en salir... Sólo que... ¿me permite preguntarle si viene como postulante de algún sueldo?

— De ningún modo! A ese respecto, puede usted estar tranquilo; es otro el objeto de mi visita.

Perdone mi indiscreción, motivada a que creí — juzgando por su aspecto... — Esperé usted al secretario. En este momento el general está ocupado con un coronel; luego verá llegar al secretario de la... Compañía.

Si la espera ha de ser larga, le ruego me indique un sitio donde yo pueda fumar una pipa.

— Fumar! — exclamó el criado con indignación, pareciendo que no quería dar crédito a sus oídos... — ¡No, usted no puede fumar aquí!

— ¿Se que aquí no se puede fumar; por eso le pedí me indicara donde podía hacerlo. He aguardado esta costumbre, y ya llevo tres horas sin fumar. Sin embargo, me anularé a lo que usted disponga. Hay un proverbio que dice: "Allá donde fueres..."

Pues bien — barbotó involuntariamente el doméstico —, ¿en qué concepto debo anunciarle? Como visitante, no es éste su sitio, sino el salón, y permaneciendo en la antecámara me expongo a que me den una reprimenda... Piensa usted en quedarse a vivir con nosotros, no es verdad? — añadió lanzando otra mirada oblicua al extranjero, que era lo que más le daba que pensar.

— No, ni sueño con eso. Y aunque ellos me lo propusieran, tampoco aceptaré quedarme aquí. El único objeto de mi visita es conocer personalmente a los dueños de esta casa.

Esta respuesta pareció tranquilizar mucho al desconfiado sirviente.

— ¡Cómo! ¿Conocerles personalmente? ¿No me había dicho que venía para tratar de negocios?

— Quizás me he excedido al usar esa frase. Ciertamente es, sin embargo, que vengo a hablar de un negocio, pero no en el sentido que da usted a la palabra: es un consejo lo que vengo a pedir, y me interesa más que nada presentarme a la familia de Epanchine, porque la señora general es también una Muchkine, y ella y yo somos los últimos descendientes de este linaje.

Estas palabras devolvieron la tranquilidad al doméstico.

— Así que resulta que son ustedes parientes? — preguntó con cierta vacilación.

— Si, algo... En verdad, existe ese parentesco, pero es tan lejano que puede considerarse nulo. Estando yo en el extranjero, escribí una carta a la generala, sin obtener contestación. A pesar de eso, una vez de regreso en mi patria, me he creído obligado a presentarle mis respetos. Le doy estas explicaciones para disipar sus dudas, pues me doy cuenta de su inquietud. Anuncie al principe Muchkine, y en cuanto algún pronunciar este nombre comprenderán cuál es el objeto de mi visita.

Mientras más se esforzaba el principe por parecer sencillo y bueno a los ojos del criado, más perdía en el concepto de éste.

El sirviente no podía dejar de reconocer que una conversación oportuna y conveniente entre personas de igual condición está fuera de lugar entre un visitante y un criado; por eso le dijo

en un tono imperioso que no había usado hasta entonces.

— Es preciso que pase usted al salón. — De haberme sentado ahí, no me hubiera sido posible darle las explicaciones que acabo usted de oír — repuso el principe con una amable sonrisa — y estaría usted aun bajo la influencia de las prevenciones que han despertado en usted mis ropas y el bufo que llevo en las manos. Ahora quizá juzgue inútil esperar al secretario y no vacilará en anunciarme.

— No puedo anunciar una visita como la suya sin oír primero el parecer del secretario. Además, hace un momento, el general ha prohibido que se le moleste, por inciviliencia que sea, excepción hecha de Gabriel Ardalionovitch, para el que no reza la consigna.

— Es algún funcionario?

— No, está al servicio de la Compañía... Pero, a lo menos, deje usted ese envoltorio.

— Es lo que estaba desciendo, y ya que me lo permite... ¿Y si me quitase el capote?

— Sin duda, no puede llevarlo puesto para presentarse delante del general.

En todo tiempo, y lugar



Licor "LA RABIDA",
creación exclusiva
de alta calidad y de
múltiples propiedades
que favorecen a la
salud

LICOR LA RABIDA

HISPARGENT, S. R. L. (Cap. \$ 60.000.00) D'ONOFRIO 130-Ciudadela, F. C. O.

El príncipe se levanta, y después del capote, debajo del cual levanta un saco de buen corte, aunque algo deteriorado. Sobre el chaleco descubierto una cadena de acero; el reloj era de plata, de fabricación ginebrina.

Aunque el criado continuase teniendo por un idiota, acabó por comprender que contravenía las leyes de la buena educación hablando, tan familiarmente como lo hacía, con un visitante.

Sin embargo, agradáble el carácter del príncipe, si bien, desde otro punto de vista, le produjo gran indignación.

—¿Quién recibe la generala? — preguntó Michukine, sentándose nuevamente.

—Esa no me concierne. Sus horas de recibir varían según las personas. Sin embargo, Gabriel Ardalionovitch es recibido también en cualquier momento.

En el invierno — observó el príncipe — la temperatura de las habitaciones rusas es mejor que la del extranjero. Allí el aire exterior es más templado que en Rusia, pero las casas son inhabitables, durante el invierno, para los compatriotas nuestros que no estén habituados a aquel clima.

—¿No hay calefacción?

—Sí, pero las casas no están construidas como en Ginebra, es muy diferente el sistema de estufas y ventanillas.

—¿Estuvo usted mucho tiempo en el extranjero?

—Cuatro años, pero casi todo ese tiempo lo pasé en el mismo lugar; vivía en mala alea.

—Le parecerá ahora que se encuentra fuera de su centro.

—Es cierto, y me sorprende no haber olvidado la lengua rusa. Mientras estamos conversando no digo a mí mismo: "¿Estaré hablando bien?, ¿me entenderá?" Quizá sea por esto por lo que hablo tanto. Desde ayer siento una necesidad imperiosa de residir usted aquí en San Petersburgo?

—¿En San Petersburgo? Sólo estuve de paso! — ensuó el príncipe. — Entonces yo no conocía nada de Rusia, y ahora, según me han dicho se verificaron tantos cambios, que se ven obligados a estudiarlos de nuevo aquellos que la conocen. En la actualidad se habla mucho de las instituciones judiciales...

—Sí, es cierto, tenidos instrucciones judiciales — interrumpió el criado —; ¿quién administrará la justicia en el extranjero mejor que nosotros?

—No lo sé. He oído hablar muy bien de nuestros tribunales. Aquí, por ejemplo, no existe la pena de muerte.

—¿A qué en el extranjero, si?

—En Lyon, ciudad de Francia, donde me llevé Schindler, presencié una ejecución. El condenado era un tal Legros, un hombre inteligente, intrépido, que se hablaba en todo el vigor de la edad. Pues bien, créame a mí, en el momento de subir las gradas del patíbulo, estaba más blanco que el papel y lloraba como un niño. ¿No es esto espantoso? ¿Quién es el que flora de miedo? Creía que el terror no podía arrastrar lágrimas más que a los niños; pero a un adulto, a un hombre de cincuenta y cinco años, que no había llorado jamás, lo creía imposible. ¿Qué pasaría en su alma durante aquel minuto? ¿De qué, inmensa tristeza? Aquello era mi más ni menos que un atestado comercio contra su alma. ¡El Evangelio dice "no matarás", y porque un hombre ha matado, le matan también! Eso me debiera ser permitido. Hace más de un mes que asisto a semejante espectáculo, y aun no he conseguido apartarlo de mi imaginación. ¡He soñado con él cinco veces!

A medida que hablaba, el príncipe, aunque sin levantar la voz, se iba exhalando un muy ligero carrujín colorado su palido rostro.

El criado lo escuchaba con visible interés.

—A lo menos, con esa clase de suplicio no se sufre mucho tiempo — observó.

—Eso es lo que todo el mundo dice — repuso el príncipe —, y, con objeto de no prolongar los sufrimientos, inventaron la guillotina. Pues bien, mientras asisto a esa ejecución, decíame a

mí mismo que aquella rapidez de la muerte la hacía más cruel. Acaso le parezca a usted ridícula o absurdista esta reflexión; pero semejante idea eriza por nuestra mente, a nuestro pesar, en tales momentos. Imagínese usted, por ejemplo, un hombre al que le están dando tormento: tiene el cuerpo lleno de heridas y, por consiguiente, los dolores físicos le distraen de los sufrimientos morales, de suerte que, hasta que sucumbe, sus heridas constituyen su único suplicio. Ahora bien, lo más insportable tortura, aun es por ventura la ocasionada, no por las heridas, sino por la convicción de que el calor de una hora, de pocos minutos quizá, de mi instante, el alma se separará del cuerpo, dejando de ser una criatura viva? ¿No es más horrible, es esa certidumbre! ¿Se momento fatal, en que el reo, con el cuello encogido espera la caída de la cuchilla! ¡No, ni es lícito someter a este suplicio a los seres humanos!

El criado no hubiera podido exteriorizar sus sentimientos en la forma expuesta por el príncipe; pero su semblante revelaba la enoación de que estaba embargado.

—Si realmente no puede usted pasarse sin fumar — dijo —, hágalo sin reparo, pero procure despachar pronto, porque puede ser llamado de un momento a otro. Salga por esa puerta; al lado de una pequeña escalera, verá usted una habitación, allí puede fumar una pipa; tenga la precaución de abrir la ventana, para que no se perciba el olor del tabaco.

Pero el príncipe no tuvo tiempo de ir a fumar. En aquel momento apareció en la antecámara un joven que llevaba unos papeles en la mano.

El criado le ayudó a sacarse el abrigo.

El joven dirigió a Michukine una rápida mirada.

—Gabriel Ardalionovitch — dijo el sirviente en tono confidencial, casi familiar —, este individuo se le ha presentado bajo el nombre de príncipe Michukine y dice que es pariente de la señora. Acaba de llegar del extranjero, según afirma, y solamente trae un pequeño envoltorio de ropa...

El príncipe no pudo oír más, porque el criado siguió hablando en voz baja. Gabriel escuchaba atentamente y dirigía de vez en cuando miradas de curiosidad al príncipe.

—¿Es usted el príncipe Michukine? — dijo, volviéndose hacia el sajero y haciendo gala de una cordialidad fingida.

Era un joven de veintiocho años, bastante bien parecido, rubio, de estatura mediana, barba recortada en punta, y porte elegante. Unicamente la anabilidad de su sonrisa parecía fingida; en vano afectaba bondad y alegría; su mirada era fija y escurridora.

—Este debe tener otro aspecto cuando está solo, y quizá no me ríe jamás — pensó el príncipe.

Y se apresuró a dar cuantos informes podía de sí propio, repitiendo, poco más o menos, lo que había dicho al criado y a Rogojine.

—¿Es usted el que, hace cerca de un año, escribió, desde Suiza, una carta a Isabel Prokofievna? — preguntó Gabriel, evocando sus recuerdos.

—Sí.

—Entonces aquí se le conoce y seguramente será usted recibido. ¿Desea ver a Su Excelencia? Vaya a anunciarle... Dentro de un momento el general podrá esmerarse. Pero es, en sí, aquí, como en el salón, donde habrá de esperar. Por que no lo ha pasado antes? — añadió en tono severo, dirigiéndose al criado.

—Creo haberle dicho a usted que se abstino en permanecer aquí...

En aquel momento abrióse bruscamente la puerta del despacho, apareciendo un militar que llevaba un cuaderno bajo el brazo, y se iba voz alta despedida del dueño de casa.

—¿Estás ahí, Gania? — preguntó una voz desde el interior del despacho. — Entra, entra.

Gabriel Ardalionovitch saludó con una ligera inclinación de cabeza y apresuró a obedecer la indicación que acalaban de hacerle.

Dos minutos después volvía a abrirse la puerta del despacho, y se dejaba oír la voz sonora del secretario.

—Tenga la bondad de pasar, príncipe — dijo cortésmente.

III

Cuando apareció el visitante, Iván Fedorovitch Epantchine, que se hallaba de pie en el centro del despacho, lo examinó con profunda curiosidad y aun avanzó dos pasos hacia él.

El príncipe, saludando al general, dióse a conocer.

—Bien — dijo el dueño de casa —, ¿en qué puedo servirle?

—No me trae aquí ningún asunto urgente; el objeto único de mi visita es el de conocer a usted... Sentiría importunarle, pues ignoro sus horas y días de recibir... Acabo de llegar de Suiza y desde la estación he venido directamente aquí.

El general sintió deseos de sonreír, pero la reflexión le contuvo y tras un momento de silencio que empleó en examinar por segunda vez al visitante, desde la cabeza hasta los pies, le indicó con un gesto rápido que tomase asiento, al mismo tiempo que lo hacía el un poco de costado y mirando de un modo inquisitivo al príncipe, como si quisiera adivinar el motivo de aquella visita.

Entretanto, Gania, de pie, examinaba unos papeles que estaban esparcidos sobre la mesa de trabajo.

—No dispongo de mucho tiempo para hacerme de nuevas relaciones — dijo Iván Fedorovitch —; pero como supongo que habrá usted venido por algún motivo...

—Había supuesto — interrumpió el príncipe — que atribuía usted mi visita a algún fin particular, pero le aseguro que, excepto el de tener la satisfacción de conocerle personalmente, no me ha ocurrido aquí ningún otro interés.

—No es menos intensa mi satisfacción — repuso el general —, pero usted comprenderá que no me es posible distraerme, pues obligaciones penosas reclaman toda mi atención... Por otra parte, hasta ahora no acierto a comprender que existan nada de común entre usted y yo, es decir, que haya alguna causa para...

—Es muy cierto, no véle nada, ninguna causa... Porque yo soy un Michukine y su esposa de usted pertenece a la misma familia, no hay razón para que suponga que existe algo de común entre nosotros, lo comprendo muy bien. Sin embargo, como usted me ha dado un nombre tan peculiar me guía a creer a verle. He pasado más de cuatro años en el extranjero, y sólo Dios sabe en qué situación me encontraba cuando salí de Rusia! Sufría una enfermedad mental... no conocía a nadie... Ahora me sucede lo mismo, o quizá algo peor... ¿Leongo necesidad de hallar personas honradas, gestiones muy asadas y no sé a qué puerta llamar. En Berlín decía para mí: "Son casi parientes, me dirigiré a ellos, pues tal vez me podrán ayudar y yo a ellos, si son personas correctas". Y tenía entendido que usted lo era.

—Muy agradecido! — exclamó el general, extrayendo del bolsillo un pequeño cuaderno y diósele a leer.

—En ninguna parte, por ahora.

—¿Ergo, desde la estación ha venido aquí directamente? ¿Y... con su equipaje?

—Mi equipaje se compone de un pequeño envoltorio de ropa interior que he dejado ahí afuera. De aquí a la tarde, tengo tiempo de buscar alojamiento.

—¿Piensa usted alquilar alguna habitación?

—Sin duda.

—Por sus palabras, yo creí que esperaba instalarse en mi casa.

—Para ello hubiera sido preciso que usted me lo ofreciera; pero confieso que, en este caso, tampoco aceptaría. No es que tenga motivos para rechazar el ofrecimiento, sino que... a ello se opone mi carácter.

—Siendo así, he hecho muy bien en no invitarle. Permítame, príncipe, que deduzca la conclusión de esta entrevista: usted y yo hemos reconocido que entre nosotros no existe parentesco, aunque ello sería muy halagüeño para mí, por consiguiente...

—Por consiguiente, debo marcharme, ¿no es

— interrumpió el principe, levantándose sonriente y alegre, a pesar de que su situación era crítica en extremo—. Le aseguro, general, que, a pesar de mi inexperiencia de la vida de San Petersburgo, presenta que nuestra entrevista había de acabar así. Pues bien, quizá sea mejor que esto haya sucedido... Por lo demás, tampoco mi carta fué contestada... Vaya, adiós, y perdone que le haya molesto!

— Usted sabe, principe, que si bien es cierto que yo no le conozco, tal vez Isabel Prokofievna, por la identidad de apellidos, tenga interés en conocerle... ¿Puede esperar un momento, si no tiene mucha prisa?

— ¡Oh, puedo disponer de cuanto tiempo me plazca! — contestó el principe, dejando al punto sobre la mesa su abollado sombrero—. Se lo confieso francamente: confiaba en que quizá Isabel Prokofievna recordara haber recibido una carta mía. Hace un momento, mientras esperaba en la antecámara, su criado me tomaba por un pordiosero que venia a pedir una limosna. No pasó inadvertido eso para mí y supuse que la servidumbre de esta casa ha recibido órdenes muy rigurosas sobre este particular. Le aseguro, empero, que se han equivocado, pues, vuelvo a repetir, no me ha traído otro motivo que el de conocer a usted. Desgraciadamente, observo que le he molestado.

— ¡Oiga lo que voy a decirle, principe — repuso el general —; si es usted realmente lo que parece, tendré mucho gusto en que se estrechen nuestras relaciones; pero usted se hará cargo de que soy un hombre muy ocupado. En este momento, tengo aún que leer y firmar varias cartas; luego iré a saludar a Su Alteza y de allí, a la comandancia militar. Así, pues, no obstante el placer que experimento conversando con una persona de sus méritos..., pues no dudo de su exquisita educación y... ¿Qué edad tiene usted, principe?

— Veintiséis años.
— ¡Ah! Lo suponía más joven.

— Sí, todos dicen que no represento la edad que tengo. Bueno, procuraré no molestarle en lo sucesivo, pues no gusto de fastidiar a nadie. Además, me persuado de que entre nosotros no puede haber nada de común, y que, a juzgar por las apariencias, nada podrá acercarnos. Con frecuencia nos parece que existen ciertos puntos de contacto donde no puede haberlos... La pereza humana hace que no lo echemos de ver... Empiezo a aburrirme, ¿verdad? Sin embargo, asegúrame que usted...

— Tengo que decirle aún dos palabras — interrumpió el general —; ¿posee usted algo de fortuna o piensa dedicarse a algún trabajo? Perdóne que le hable con tanta franqueza.

— ¡Bah! Su pregunta es muy natural y me la explico perfectamente. Por ahora carezco de fortuna y también de ocupación, y a fe que lo necesito. Hasta hoy, han sido personas extrañas las que han procurado a mi sustentamiento. Al abandonar Suiza, el profesor Schneider, a cuyo cuidado estaba, me entregó escasamente el dinero necesario para el viaje, de manera que apenas me quedan algunos copeques...

— Entonces, ¿cómo piensa usted vivir? ¿Cuáles son sus intenciones? — interrumpió el general.

— Quisiera trabajar, no importa en qué...
— ¡Oh, veo que es usted filósofo! Sin embargo, creo que tendrá usted aptitudes especiales, que poseerá algunos conocimientos que le permitan ganarse el pan de cada día... Vuelvo a rogarle que me dispense.

— Nada tengo que dispensarle. Creo que no poseo conocimientos de ninguna clase ni aptitudes especiales; todo lo contrario, pues a causa de mi salud delicada, mi instrucción ha sido incompleta. Pero, en cuanto a ganarme el pan, me parece...

El general interrumpió de nuevo a su interlocutor, haciéndole varias preguntas acerca de su pasado. El principe volvió a hacer el relato de su vida, y supo que Iván Fedorovich había oído hablar de Pavlicheff; es más, que le había conocido personalmente.

— Muchísimo ignoraba por qué se había encargado éste de su educación, a menos de atribuirlo a la amistad que le unía a su padre.

— Quedó huérfano en edad muy temprana y le criaron en el campo, porque su salud exigía aires libre y sanos.

— Pavlicheff le confió a unas señoras, acaudadas, parientes suyas y propietarias, las cuales le pusieron primero una institutriz y luego un preceptor.

— Mas, aunque lo recordase todo, declaró el principe que no podía explicar satisfactoriamente muchas cosas que eran aún muy oscuras para él. Los repetidos accesos de su enfermedad habíanle dejado idiota casi por completo.

— ¡Idiota! Ésta es la palabra que él mismo empleó.

— Finalmente — prosiguió el narrador —, Pavlicheff tropezóse un día en Berlín con el doctor Schneider, médico suizo especialista en la enfermedad que yo padecía, el cual ha establecido en el cantón de Valais un sanatorio psiquiátrico, en el que trata el idiotismo y la locura por medio de la hidroterapia y la gimnasia. Hace cosa de cinco años que Pavlicheff me hizo ingresar en dicho establecimiento, y tres que murió repentinamente mi protector. Sin haber tenido tiempo para poner en orden sus asuntos. Esto no impidió, sin embargo, que el doctor Schneider me retirase dos años más con él, y gracias a los cuidados que me ha procurado, estoy bastante mejor, pero no curado por completo. A pesar de esto yo tenía grandes deseos de regresar a Rusia y, como sobrevino un accidente de mucha importancia, el doctor se vio obligado a dejarme partir.

— Este relato impresionó hondamente al general.

— ¿Y no conoce usted a nadie en Rusia?

— ¡Todavía no; mas espero... He recibido una carta...

— ¡A lo menos — interrumpió el general, que no había entendido bien

La Esmeralda

**MAS encantadoras que nunca!
con una permanente onda
al frio, (pluma, croquiñole)**

**La Ondulación Permanente al frio y semifrio,
aclamada en todo el mundo, es maravillosa.**



MANICURAS.
Servicio Impecable
ambien como calco y
buen esmalte, \$ **2.-**
SIN PROPINAS

**MAQUILLAJE Y
BAÑO FACIAL**
atendidos en camerinas indi-
viduales, \$ **2.50**
SIN PROPINAS

PEINADOS ULTRA MODERNOS

**PERMANENTES
las más BELLAS**

al vapor, "Auto termo" \$ **6.50**
Roberts y Electricos, \$ **6.50**
SIN PROPINAS

**TINTURAS colores
GENIZA**

las más hermosas, tonos impe-
cables, \$ **8.-**
SIN PROPINAS



PERMANENTE ONDA AL FRIO

para cualquier clase de cabello, largo, corto, ondas y rulos; es lim-
pia, sencilla, segura, cómoda y natural; es la más bella de las
Permanentes.

Señores Profesionales, consulten sobre la permanente onda al frio

LA ESMERALDA

(LA MEJOR Y MAS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)

Casa Central: C. PELLEGRINI 425 - U. T. 35-6645 - 1231

Casa Matriz: PIEDRAS 79 - U. T. 34-1019 (Casi esquina Avenida de Mayo)

SUCURSALES:

Lanrole 735 | Rivindnia 7150 | Rivindnia 2579 | Cabildo 2342 | Boedo 783 | Mar del Plata
31-5720 | U. T. 66-0030 | U. T. 48-2267 | U. T. 76-4017 | 45-4160 | Sta. Fe 1746

PRODUCTOS NOBLES GUILLERMINA SCHWARTZ
LAS CANAS

**DAN ASPECTO DE VEJEZ; TINTURAS "POLICROM" dan aspecto
juvenil. Es una tintura impecable, en tonos casi naturales. Facilita
la ondulacion permanente. De resultados positivos. "POLICROM" es
la tintura de La Esmeralda y de los buenos profesionales. En tama-
ños de \$ 2.-, \$ 3.50 y \$ 6.-. Al interior, contra reembolso.
En venta en Laboratorios "La Esmeralda", C. Pellegrini 425, y Franco Inglesa.
CONSULTA sobre estetica y belleza, dirígase a GUILLERMINA SCHWARTZ,
directora del Instituto de Belleza "La Esmeralda".**



Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", con la que usted puede obtener fácilmente hasta \$ 300.— mensuales. Lo compramos las medias bajo control y le enseñamos a tejer su manga. Vistámoslo o solicite folletos ilustrados. Venta de hilados y medias.
THE KNITTING MACHINE CO
Salta Nº 482 Buenos Aires

Dr. ROBERTO UBALLÉS (H)
ABOGADO. ESTUDIO JURÍDICO. SUCESIONES FAMILIAR.
SOCIEDADES, Corresponsables en Europa. Disp. R. 5. Peña 1139
8-Esc. 401 - Bs. Aires - Abonos para comerciantes.

"MEDIA HORA CON MARIBEL"

Una audición distinta destinada a las lectoras y a los hogares de todo el país, brindada por MARIBEL, la revista de la mujer argentina.

Canciones, música y poesía en espacios animados por las más populares figuras del cine, el teatro y la radio. Sintonicé todos los LUNES, MIÉRCOLES y VIERNES, de 15 y 30 a 16 horas, por L. R. 3 Radio Belgrano, el interesante y ameno programa que le ofrece la revista Maribel, en sus audiciones.

las últimas palabras del príncipe — a lo menos habrá usted aprendido algo, y su enfermedad no le impedirá desempeñar algún empleo fácil en la administración, ¿no es cierto?

— ¡Oh, seguramente! Y mi mayor deseo es hallar ese empleo, pues quiero saber de qué soy capaz. Durante los cuatro años que residí en Suiza he estado, aunque no de una manera sistemática, siguiendo un método propio del doctor Schneider. Además, tiene ocasión de leer muchos libros rusos.

— ¿Libros rusos? Así, pues, ¿sabe usted leer y escribir correctamente?

— Desde luego.

— ¡Muy bien; ¿tiene usted buena letra?

— ¡Magnífica. En esto soy un verdadero genio, un calígrafo consumado, puedo decirlo sin jactancia. Déme los útiles necesarios y se lo probaré al punto — dijo el príncipe con calor.

— Con mucho gusto; es más, lo creo necesario — contestó el general.

— ¡Oh, bueno! ¿por qué está usted de ojitos de escritorio? Plumas, lápices, papel excelente, torsi y fuerte... Realmente es magnífico este despacho.

— ¡Ganó — dijo el general dirigiéndose al secretario —, déle papel al príncipe. Aquí tiene plumas; le ruego que se sienta ante aquella mesa.

— ¿Qué es eso? — preguntó luego el general a su secretario, el cual había sacado de su cartera un retrato y lo mostraba a su jefe. — ¡Hola! Es Anastasia Filipovna... ¿Le lo ha dado ella misma? — añadió con viva curiosidad. — Sí, me lo entregó hace un momento, cuando fui a felicitarla. Tiempo ha que se lo había pedido... y quien sabe si lo ha hecho para darme una lección por haberme presentado, en un día como hoy, con las manos vacías, sin ningún regalo — añadió el secretario con una amarga sonrisa.

— ¡Oh, qué susceptible eres! — replicó el general. — ¿Cómo puede suponer semejante cosa, siendo Anastasia tan desinteresada? Además, ¿qué hubiera podido regalarle, fuera de lo retirado? Y, a propósito, ¿le lo pidió?

— ¡No, todavía no... ¿Cree que no se habrá olvidado usted de la velada de esta noche? Ha sido invitado muy especialmente.

— ¡No, no lo olvido, y concurriré, con toda seguridad. ¡Un cumpleaños, un vigésimoquinto aniversario! Bien, Gania, me decidí a revelarle un secreto... Escucha: nos ha prometido a Anastasia Ivanovitch y a mí que esta noche tomará una resolución definitiva, ya está avisado. ¿A ver cómo te portas?

— ¡Gania palideció intensamente y sin estremecimiento agitó su cuerpo.

— ¿Es cierto eso?

— ¡Nos lo prometió anteayer, accediendo a nuestros ruegos. Pero nos pidió que no te dijéramos nada.

El general no apartaba su mirada de Gania, cuya turbación le causaba viva inquietud.

— Recuerde usted, Iván Fedorovitch — repuso con visible agitación el joven —, que ella me ha dejado en entera libertad para tomar una resolución hasta que ella misma lo hiciera y que solo en este último caso podré manifestar mis propósitos.

— ¿Y qué has resuelto?

— Nada puedo decir.

— ¿Te portas así con nosotros?

— No me niego... quizá no me he expresado bien.

— ¡Solo faltaría eso, que te negaras! — interrumpió el general, dando libre desahogo a su irritación. — Amigo mío, no se trata ya de rebular, sino de aceptar con premura y alegría...

— ¿Qué es lo que ocurre en tu casa?

— En mi casa no hay más voluntad que la mía. Allí padre sigue haciendo las extravagancias de costumbre. Yo ya no le hablo y guardo las distancias que marca el respeto, aunque, a decir verdad, de no ser por mi madre, le hubiera pedido que se fuera de casa. Naturalmente, mi madre no hace más que llorar y mi

hermana está cada día más insufrible; de suerte que me he visto obligado a decirles sin rodeos que sólo yo soy el llamado a resolver o dar mi porvenir, que en casa no hay más amo que yo y que quiero ser obedecido. Todo esto se lo dije a mi hermana, pero mi madre estaba presente.

— ¡Pues yo, amigo mío, sigo sin entender una sola palabra — repuso el general con aire pensativo... No hace mucho que la propia Nina Alexandrovna vino a lamentarse ante mí. ¿Te acuerdas del día de su visita? — ¿Qué te pasa? — le pregunté. Me contestó que consideraba ese matrimonio como un deshonra para la familia. — ¿Qué deshonra puede haber en esto, si me es lícito preguntarlo? — replicó... ¿Qué se puede reprochar a Anastasia Filipovna y quién puede decir, con fundamento, la cosa más insignificante en contra suya? ¿Que ha sido amante de Torkzky? ¡Bah! Esto es absurdo, sufrir todo si se tienen en cuenta ciertas circunstancias... ¿De dónde daría usted por comprender a amiga a sus hijos? — interrumpió. — ¡Oh, ésta sí que es buena! — replicó... Nina Alexandrovna, se ve que no quiere usted comprender... —

— Su posición — interrumpió Gania, terminando la frase del general... La comprendo, sí, está tranquila por este lado. Además, aquel mismo día le di una buena reprimenda para que no volviera a mezclarse en los asuntos de los otros.

El príncipe oyó toda esta conversación desde el sitio donde se hallaba escribiendo. Cuando hubo terminado, acercóse a la mesa-escritorio para entregar al general la muestra de sus aptitudes caligráficas.

— De modo que ésta es Anastasia Filipovna? — preguntó, examinando el retrato con curiosidad... ¡Es de una belleza asombrosa! — añadió con calor. Y no exageraba.

Anastasia Filipovna aparecía en aquella fotografía enmarcada con negligencia. Sus ojos eran de mirar profundo, y la frente espaciosa. Su rostro, fino, delicado y pálido, reflejaba la pasión con cierta arrogancia.

El general y Gania dirigieron al príncipe una mirada de sorpresa.

— ¡Cómo! ¿Acaso conoce usted a Anastasia Filipovna? — preguntó el general.

— ¡Sí, no hace más veinticuatro horas que me encuentro en Rusia y ya conozco esa helada — contestó el príncipe.

Y refirió su encuentro con Rogojine y lo que éste le había contado.

— ¡E aquí otro contratiempo! — murmuró el general, que había escuchado con interés el relato del príncipe y trataba ahora de escudriñar el alma de Gania.

— Es muy probable — observó éste, algo turbado también por lo que acababa de oír — que sólo se trate de una broma. El hijo del mercader es muy divertido... Oí hablar de él.

— Y yo también, amigo mío — repuso el general... Anastasia nos contó esa historia de los pendientes. Pero ahora han cambiado las cosas y están en juego un millón... una gran pasión. Aun admitiendo que esa pasión fue la de un muchacho alegre, no por eso sería menos violenta, y ya se sabe de lo que es capaz un joven enamorado. ¡Ah! ¡Ojalá que el asunto no traiga cola! — concluyó el general con inquietud.

— ¿Tiene usted por el millón? — preguntó Gania.

— ¿Y en mi?

— ¿Qué le pareció Rogojine, príncipe? — preguntó de pronto Gania, dirigiéndose a Muichkine... ¿Le tiene usted por un hombre serio o por un charlatan? ¿Qué impresión le causó?

Mientras Gania hacía estas preguntas, una nueva idea abrasaba su cerebro, haciendo brotar rayos de sus ojos.

— ¡No sé qué decirle — respondió Muichkine —, amor sincero, me parecía observar en él un amor sincero, que constituye una especie de enfermedad. Por otra parte, no hay duda de que aun sufre mucho y tal vez se verá obliga-

familia con la que va a habitar.

—Puesto que es usted tan bueno, debo decirle que tengo un asunto...

—Perdone, amigo — interrumpió el general —, no puedo perder ni un momento más. Voy a anunciarlo a usted, esposa, y si ella conviene en recibirle en seguida (le hablaré en términos que la induzcan a hacerlo), le aconsejo que se aproveche de la ocasión y procure agradarle, porque Isabel Prokofievna puede servirle de mucho; además, también es una Muichkine. Si se niega a recibirle, no insista usted; otra vez será... Tú, Gania, entretanto, revísta estas cuentas.

Dicho esto, Iván Fedorovich abandonó su despacho, sin que el príncipe pudiera, a pesar de sus intentos, explicarle en qué consistía el asunto que traía entre manos.

Gania encendió un cigarrillo y ofreció otro al príncipe; éste, atreviéndose a romper el silencio, con temor de molestar al secretario, se puso a examinar el apósito.

De pronto, el secretario acercóse al príncipe, que en aquel momento contemplaba de nuevo el retrato de Anastasia Filipovna.

—¿De manera, príncipe, que le gusta esa mujer? — preguntó bruscamente, mirándole con ojos escrutadores.

Aquella pregunta envolvía un sentido que no podía alcanzar el interrogado.

—El rostro es precioso — contestó Muichkine —. No sé si sepa usted una mujer vulgar... Si cara es alegre, pero ha debido sufrir horriblemente ¿no es cierto? Su mirada lo dice; fíjese en esos hoyuelos, en esos dos puntos bajo los ojos, al comienzo de las mejillas. Ese rostro es arrogante, altivo, y me pregunto si ella es buena. ¡Ah, si fuese buena, todo se habría salvado!

—¿Se casaría usted con una mujer semejante? — insistió Gania, que no apartaba del príncipe su llameante mirada.

—Ya no puedo casarme con mujer alguna; estoy enfermo.

—Si, por ejemplo, se casaría con ella?

—Si, creo que sí, y mañana mismo, si fuera posible, por la asincronía entre de ocho días.

Al oír estas palabras, Gania se estremeció tan violentamente, que el príncipe pudo a duras penas contener un grito.

—¿Qué le pasa? — le preguntó asiendo de su brazo.

—¡Álzese — dijo en aquel momento un criado —, el general le ruega que pase a las habitaciones de Su Excelencia Isabel Prokofievna.

El príncipe siguió al doméstico.

IV

Las señoras Epantchine eran de constitución robusta y gozaban las tres de excelente salud; tenían espaldas muy desarrolladas, magnífico busto, y músculos casi varoniles.

A esta vigorosa organización correspondía, como es natural, un estomago exigente; y la madre, Isabel Prokofievna, quedábase a veces con la boca abierta, como se podía decirse, viéndolas comer con apetito devorador y desenfado sin igual.

Pero como, a pesar del respeto que exteriormente le testimoniaban sus hijos, hacía mucho tiempo que éstas habían perdido la costumbre de inclinarse ante sus ideas, la generala creía que, por propia dignidad, debía abstenerse de hacer observación alguna.

Por lo demás, el apetito de la generala nada tenía que envidiar al de sus hijas. A las doce y media en punto tenía la costumbre de sentarse a la mesa, con sus hijas, ante un copioso almuerzo, servido en un reducido comedor contiguo a las habitaciones de Isabel Prokofievna.

El propio general, cuando sus ocupaciones se lo permitían, participaba de aquellos almuerzos íntimos.

Había en la mesa café, manteca, queso, miel, carne, chuletas y ciertas nadas a las que Isabel era muy afecha.

La mañana en que comienza nuestra historia, toda la familia, reunida en el pequeño comedor, esperaba al general, que había prometido acompañarlas.

Al acercarse a su mujer para darle los buenos días y besarle la mano, Epantchine notó algo inquietante en la expresión de su rostro.

Desde el día anterior había presentado que en aquel momento encerraría algo, y por la noche, antes de dormir, notó en vano su mente para conjeturar qué podría ser ese algo; sin embargo, el caso, no por previsto, le alarmó menos.

Las jóvenes ahrazaron a su padre; y si bien no le demostraron enojo, parecían notar también en ellas algo insólito.

Cierto es que varias circunstancias habían hecho al general sospechoso ante su familia; pero, como padre astuto y esposo experimentado, tomó sus medidas.

A riesgo, empero, de alterar el orden de nuestros relatos, tenemos que abrir un largo paréntesis, para explicar la situación de la familia Epantchine en el momento en que comienza nuestra historia.

Aunque en general no hubiese hecho estudios especiales, y se hubiese instruido, según decía, por sí mismo, era esposo experimentado y padre astuto.

Mientras la mayor parte de los hombres a quienes el ciclo ha concedido larga descendencia femenina piensan en casarla lo antes posible, Iván Fedorovich, por el contrario, no inclinaba a sus hijas al matrimonio, no ejercía presión sobre ellas. Dejóles enteramente libres, las jóvenes pondrían ellas mismas manos a la obra cuando creyeran llegado el momento de casarse, y entonces el asunto se deslizaría por sí solo.

Entonces la tarea de los padres se limitaría a prevenir una elección mal hecha o una inclinación fuera de lugar, mediante una vigilancia estrecha y lo más disimulada posible.

Además, era de tener en cuenta que la fortuna y la importancia social de la familia aumentaban cada año en proporción geométrica, y, por consiguiente, a medida que pasaba el tiempo, las señoras Epantchine eran cada vez más espléndidas y más poderosas.

Pero, mientras el general razonaba de esta manera, se produjo un hecho que era fácil de prever y que, sin embargo, fue una sorpresa para todos: la hija mayor, Alejandra, cumplió los veinticinco años.

Casi al mismo tiempo, Atanasio Ivanovich Totzky manifestó sus deseos de contraer matrimonio, a pesar de sus cincuenta y cinco años. Pertenciente al gran mundo, inmensamente rico, de maneras elegantes y de gustos refinados, Totzky quería hacer un buen casamiento, en el que ganara por mucho la belleza de la novia.

Y como desde hacía mucho tiempo había formado amistad con Iván Fedorovich, socio suyo en varias empresas financieras, le confió sus intenciones y, sin pretexto de pedirle un consejo de amigo, preguntóle si podía aspirar sin temor a la mano de una de sus hijas.

De éstas, la más bella era Aglae, la menor de las tres. Pero el mismo Totzky, a pesar de su egoísmo, comprendía que por ese lado nada tenía que esperar, pues era muy difícil que Aglae le fuera concedida. Cegada, tal vez, por una ternura excesiva, Alejandra y Adelaida sufraban por ello, al ideal de la felicidad terrestre.

Esto no lo ignoraban sus padres, por lo tanto, cuando Totzky expuso sus propósitos matrimoniales, creyéronse poco menos que seguros de obtener el consentimiento de Alejandra o de Adelaida.

Profundamente versado en la ciencia de la vida, el general había acogido desde un principio, con la atención que merecían, las proposiciones de Totzky. Y como éste, por razón de circunstancias especiales, habíase insinuado con cierta circospección, limitándose, por decir así, a intentar acurrir los paces, el general se comunicó el caso a sus hijas, tuvieron cuidado de dejarlas en la incertidumbre.

La respuesta que obtuvieron no fue tampoco muy concreta; sin embargo, bastó para convencerlos de que, en el momento preciso, Alejandra mostraríase sumisa a sus deseos.

Era Alejandra una joven agraciada, de carac-

ter resuelto, pero en extremo indiferente; buena y razonable, se casaría con Totzky sin repugnancia, y si empezaba su palabra, mantendría lealmente. Enemiga del escándalo, en vez de atentar contra la tranquilidad del marido, procuraría su reposo y bienestar. ¿Qué más podía desear Totzky?

Sin embargo, el asunto iba para largo. De común acuerdo, Totzky y el general habían decidido que, de momento, no contrarían ningún compromiso irrevocable.

Los padres, por consiguiente, no se atrevían a encargar con resolución el asunto ante sus hijas. De pronto, en el matrimonio comenzarían a surgir disencuentros: la generala mostraríase disgustada, y esto era un mal síntoma.

Existía una circunstancia enojosa o, como decía Totzky, un caso "enlazarador", susceptible de convertirse en obstáculo insalvable.

Para explicar este obstáculo, es preciso que retrocedamos dieciocho años.

En aquella fecha, en una provincia del centro de Rusia, donde Totzky poseía uno de sus mejores dominios, tenía por vecino un modesto hacendado llamado Aleje Alexandrovich Brachoff. Éra éste un antiguo oficial que pertenecía a una buena familia, de mejor cuna que Atanasio Ivanovich, pero perseguido implacablemente por la mala suerte. Agobiado de deudas, había conseguido al fin, tras inauditos esfuerzos, poner en orden sus cosas.

Con el corazón henchido de esperanza, fue, por algunos días, a la capital del distrito, para hablar con uno de sus principales acreedores y tratar de convenir un arreglo.

Mas, a las cuatro y ocho horas de haber llegado, recibió la visita de su administrador, quien había ido a galope tendido y con el rostro lleno de quemaduras, para darle una terrible noticia: el día antes, a las doce, había sido declarado un incendio en la habitación de Brachoff, tomando tales proporciones el fuego, que destruyó por completo el departamento en que se alojaban las llamas y salvándose las hijas milagrosamente.

Esa catástrofe colmaba la medida; por acostumbrado que estuviese a los golpes del destino, éste no pudo soportarlo: se volvió loco y tres meses después falleció.

Los acreedores se apresuraron a reclamar la venta de sus propiedades; y Atanasio Ivanovich Totzky hizo cargo generosamente de las niñas, la mayor de las cuales contaba siete años, y seis la pequeña. Las hizo educar junto con las hijas del administrador, antiguo empleado suyo.

De las dos huérfanas, pronto quedó sola la mayor, Anastasia; la otra murió de los terrores.

Totzky, que se acordaba muy bien del extranjero, no tardó en olvidarse de las niñas; pero cinco años después ocurriósele visitar su dominio y echó de ver al punto, en la rústica caba, entre los hijos de su administrador, una graciosa muchacha de doce años, avispada, inteligente, que prometía ser una mujer encantadora.

En esto, Atanasio Ivanovich poseía un ojo infalible.

Si estaba en la hacienda fue corta, pero tuvo tiempo de tomar ciertas disposiciones. En la educación de la niña se operó un cambio radical: fue confiada a los cuidados de una institutriz suiza, la cual, durante los cuatro años que tuvo a su lado a la discípula, le enseñó el francés y los conocimientos indispensables para una señorita bien educada.

Totzky poseía también, en otra provincia lejana, un dominio de escasa importancia, en el que había hecho construir y anechar con cierto hijo una casa de madera. Como hecho de propósito, el lugar se llamaba *Otradnoé* (El consuelo).

A una venta de la casita vivía una propietaria, viuda de su hijo.

Cuando Anastasia terminó sus estudios, esta señora, convenientemente instruida, y con plenos poderes de Atanasio Ivanovich, fue a hacerse cargo de la joven, la condujo a *Otradnoé* e instaló con ella en la tranquila casita. Totzky puso, además, al servicio de Anastasia una anciana cocinera y una experta y joven doncella.

Quince días después, Totzky llegaba a la modesta casita y, desde entonces, pareció colarle cariño a aquel rincón perdido entre las estepas, y cada verano pasaba allí dos o tres meses.

Así transcurrieron cuatro años en un ambiente de paz y de alegría. Un día de principios de invierno, entróse Anastasia Filippovna, por ser notorio en el lugar, que Atanasio Ivanovitch estaba a punto de casarse en San Petersburgo, con una bellísima joven, según decían, de gran fortuna.

Esa noticia produjo una revolución radical en la existencia de Anastasia Filippovna. La joven reveló de pronto una audacia insólita y una firmeza de carácter inesperada. Sin vacilar un instante, abandonó su casa de madera y trasladóse a San Petersburgo, yendo a caer como una bomba en casa de Atanasio Ivanovitch.

Estupefacto, Totzky quiso levantar la voz, pero desde las primeras palabras hubo de bajar el tono: su lenguaje de otro tiempo ya no producía efecto; su lógica, antes tan persuasiva, no daba ningún resultado.

Frente a él hallábase sentada una mujer muy diferente de la que había conocido hasta entonces y que el mes de julio anterior viera tan tranquila en la aldea de *Oranovské*. En primer lugar, esta nueva mujer sabía y comprendía muchísimas cosas.

Totzky tenía ahora ante sí a una criatura extraña que le miraba con desprecio, le agobiaba con sus anargos sarcasmos y le declaraba abiertamente que nunca había sentido por él sino desdén, porque a la sorpresa del primer momento había sucedido una repugnancia que le producía náuseas.

Totzky podía casarse en seguida, tomar por esposa a quien le viniese en gana, pues a ella, personalmente, la tenía en su cuidado; pero ella había ido a San Petersburgo para impedir ese matrimonio por nialdad, porque así lo quería. Obrando de este modo, Anastasia no perseguía otro fin que el de divertirse a costa de Totzky; una vez a cada uno, dice el proverbio. Y ahora le tocaba reír a ella.

Mientras la nueva Anastasia Filippovna hablaba con ese lenguaje inusitado, Totzky reflexionaba sobre el incidente, tratando de coordinar sus ideas. Trabajo le costó lograrlo. Durante quince días no supo qué partido tomar. Finalmente se decidió.

Totzky, que a la sazón tenía cincuenta y cinco años, era muy bien visto en la alta sociedad, pues hacía mucho tiempo que su posición social descansaba sobre bases muy sólidas.

No amando ni apreciando más que a sí mismo, a su reposo y bienestar, no podía sufrir el más leve atentado contra todo esto.

Sin embargo, él sabía que con su fortuna y relaciones podíase cometer impunemente alguna pequeña ilegalidad para librarse de estorbos.

Además, no había duda de que en el terreno judicial, por ejemplo, Anastasia Filippovna ningún daño podía causar, ni era de temer un grave escándalo, pues ése, al primer anárgo, sería prontamente ocultado. Pero estas consideraciones no devolvían la tranquilidad a un hombre tan, clarivamente como Atanasio Ivanovitch: él había leído en los ojos llameantes de Anastasia Filippovna que ella se daba perfecta cuenta de su impotencia en el terreno judicial y que acortaba otro proyecto, aunque éste la perdiese y se viera deportada a Siberia.

Atanasio Ivanovitch no había disimulado nunca que era un poco miedoso, por mejor decir, conservador en sumo grado de las normas establecidas en la buena sociedad, y enemigo a muerte del escándalo.

Ahora bien, Anastasia había adivinado esto, sin dejarlo traslucir; Totzky ignoraba que le había estudiado profundamente, que le conocía a maravilla y que, por consiguiente, sería fácil encontrar el punto vulnerable. En resúmenes cuentas, Atanasio Ivanovitch renunció al matrimonio que tenía en proyecto.

Otra circunstancia influyó también en su determinación. Era muy difícil imaginarse cuál diferente era de la otra, físicamente considerada, esta nueva Anastasia. Antes no era más que una muchacha bonita, y ahora... Totzky estuvo disgustado durante mucho tiempo consigo mismo por haber sido niopo durante cuatro años.

Por otra parte, no olvidaba que ya antes habían cruzado por su mente extraños pensamientos motivados por los negros y misteriosos ojos de la joven.

Hacia dos años que Atanasio venía observando, con sorpresa, que se operaba un cambio sensible en el rostro de Anastasia; cada día estaba más pálida, y esta palidez realzaba su belleza.

Totzky, al principio, le dio escasa importancia a aquella conquista; y sólo acabó por preguntarse si su manera de ver no era equivocada.

De todos modos, la primavera última había pensado en casar lo más pronto posible a Anastasia, dándole y eligiéndole un marido razonable y digno de ella.

Mas ahora, al descubrir en aquella mujer una nueva belleza, Totzky evió que era una tontería entregarla a otro, y, en consecuencia, decidió retenerla en San Petersburgo, donde la instaló con todo lujo y comodidades.

Desde entonces transcurrieran cinco años, durante los cuales habían tomado carácter definitivo muchas cosas no resueltas aún.

La situación de Atanasio no tenía nada de envidiable, pues no lograba deterrar sus primeras inquietudes, que le atormentaban cruelmente. Tenía miedo sin saber de qué: temía sencillamente a Anastasia.

Durante los dos primeros años, supuso Totzky que ella abrigaba el deseo de ser su esposa, y que, si lo ocultaba, era por un exceso de amor propio, esperando que fuese él quien le propusiese su enlace.

Esa idea le llenaba de terror, haciéndole forjar mil quimeras angus-

Impongas SU PEINADO!

oleo shora
el peinado que enamora

FRASCO DESDE \$0.90

DISTRIBUIDORES: LABORATORIOS ERYX
FABRICA: J. J. BIEDMA 1068
ESCRITORIOS: J. J. BIEDMA 1048

Rep. Resp. Ltda. - Cap. \$ 210.000
U. T. 59-6798
U. T. 59-2790

FABRICA

Homedes y Matilla

PRESENTA

SUS MODELOS

Art. 221. Pantufla Pannina, suela de goma, en cinco colores; la misma en suela.

Art. 124. Pantufla de cuero, suela de goma, cinco colores; la misma en suela.

Un producto de **HOMEDES y MATILLA**

Representante en Tucumán: Calzados "Boston" Malpá 137

Art. 116. Chinelas de cuero, taco pinet, en cinco colores.

Ventas al por mayor en la capital y pedidos al interior, dirigirse directamente a sus fabricantes.

OLAVARRIA 1921 - U. T. 21-2347 - Bs. As.

tosos. Pero su sorpresa fue inmensa y — razas del corazón humano — experimentó luego disgusto cuando, cierto día, pudo convenirse de que Anastasia Filipovna no le quería por marido.

No sabía a qué atribuir el extraño proceder de la joven, una sola explicación era admisible: aquella mujer "activa y romántica" llevaba su orgullo más allá de la posición brillantísima que podía esperar, y prefería la vana satisfacción de manifestar su desprecio con una negativa.

Pero debido de desventuras, Anastasia era inaccesible a las seducciones vulgares; el interés no existía en ella, y si bien aceptó las comodidades que le brindaron, vivía con relativa modestia, y durante aquellos cinco años no hizo ningún alboroto.

Atanasio Ivanovitch recurrió a un medio bastante ingenioso para romper sus cadenas: rodeó hábilmente a la joven de los tipos más a propósito para influir en su imaginación de mujer; y sin dejar traslucir sus proyectos, la puso en relaciones con príncipes, militares, secretarios de embajada, poetas, escritores y hasta con socialistas.

Pero todo fue en vano: parecía que Anastasia tenía una piedra en el lugar del corazón y que toda sensibilidad había muerto en ella. Vivía retirada, ocupándose sólo en leer, estudiar y tocar el piano; sus relaciones eran muy restringidas.

Por la noche sólo le acompañaban en sus veladas cinco o seis personas, entre ellas Torkzy, que era el más asiduo, y el general Epantchine, que, no sin trabajo, había logrado ser admitido en estas reuniones.

Pero lo que tan difícil fue para el general, había sido sencillísimo para un joven empleado, llamado Fedyetchenko, que se tenía por gracioso y no era, en realidad, más que un vulgar bufón.

Los otros asiduos de la casa eran Gabriel Ardalionovitch y un extraño joven llamado Iván Perovitch Putzine, perteneciente a la clase media y que en la actualidad ejercía la profesión de prestamista.

Anastasia Filipovna habíase creado una notoriedad singular; todo el mundo elogió su extraordinaria belleza y la vivacidad de su genio, pero de allí no era posible pasar; nadie podía decir, sin calomniarla, algo que le fuera desfavorable o pusiera en tela de juicio su conducta.

Tal era la situación cuando Torkzy habló al general de sus proyectos matrimoniales. Hízole en su confidencia una confesión sincera, sin omitir detalle, y le declaró que estaba firmemente resuelto no retroceder ante *ningún* obstáculo, con tal de recobrar su libertad; pero que si Anastasia se limitaba a prometerle que lo dejaría tranquilo al fin, no podría creerla si esa promesa no se traducía en hechos.

Los dos hombres resolvieron proceder de común acuerdo. Conviniéron en emplear medios suaves y persuasivos, tratando de hacer vibrar "las nobles fibras del corazón".

Con este objeto, procuraron ambos en el domicilio de Anastasia Filipovna, y Torkzy comenzó a exponer sin preámbulos cuán espantosa era su situación; cargó sobre sí todas las culpas; dijo francamente que no tenía perdón la conducta que había observado con ella; se acusó de ser un libertino empedernido, incapaz de resistir a sus pasiones, pero que deseaba casarse para poner fin a su vida licenciosa; que el matrimonio que proyectaba, tan conveniente para todos, estaba en manos de ella, y que, finalmente, para verificarlo, hacía un llamamiento caloroso a sus nobles sentimientos.

El general Epantchine, que inmediatamente tomó su palabra, en su calidad de padre, empleó un lenguaje razonable, evitó ser patético, limitándose a decir que reconocía sin rebozo el derecho que asistía a Anastasia para decidir de la suerte futura de Torkzy. Haciendo con suma habilidad alarde de una modestia que estaba muy lejos de sentir, díole a entender que el porvenir de sus hijas, y quizá también el de las

otras dos, dependía de la firme resolución que tomase Anastasia.

Y como preguntara ésta qué se deseaba de ella, Torkzy, con la misma franqueza empleada durante el tiempo en que fuera su amante, le respondió diciendo que durante los últimos cinco años la había tenido de tal modo, que sólo le tranquilizaría en el caso presente el matrimonio de la propia Anastasia. Y apresuróse a añadir que semejante pretensión sería absurda aun para el mismo, si no tuviese sólidos motivos para formularla.

En efecto, dijo que un apuesto joven, perteneciente a ilustre familia, Gabriel Ardalionovitch, el cual no era desconocido para Anastasia puesto que le recibía en su casa, la amaba con locura y daría gustoso la mitad de su vida por ser correspondido. El propio Gabriel habíale hecho la confidencia de su amor, después de haberlo declarado a Iván Fedorovitch, que era su protector.

Finalmente, si él no se engañaba, Anastasia había notado el amor de que objeto y no miraba al joven con malos ojos.

Anastasia no contestó, sin duda, el menos indicado para hablar de semejante asunto; pero, empero, si Anastasia se dignaba creer que, aparte del desecogista de asegurar su propia felicidad, guiáble el interés de ella, comprendería que no podía ser insensible a la vida de retraimiento y de soledad que hacía. ¿Por qué ese desapego a todas las cosas, esa incredulidad respecto a la vida, que en el amor y en la familia podía renacer más bella aún y encontrar un nuevo objeto? Molestar las dotes brillantísimas que poseía era una especie de romanticismo indiano, a la vez, de la inteligencia privilegiada y del mal corazón de Anastasia Filipovna.

Y después de repetir que era el mismo indicado para tratar un asunto tan delicado, Torkzy terminó diciendo que abrigaba la esperanza de que Anastasia no respondería con el desprecio al ofrecimiento que, para asegurar su porvenir, osaba hacerle de setenta y cinco mil rublos.

A guisa de explicación añadió que desde hacía tiempo pensaba entregarle esa suma, que no representaba una indemnización, sino simplemente un deseo, muy natural y perdonable, de descargarse en algo su conciencia.

La respuesta de Anastasia sorprendió grandemente a los dos amigos. El lenguaje de la joven no dejaba traslucir la animosidad violenta, el esmero odioso que hacía renudar a Torkzy. Al contrario, con una sonrisa, triste al principio, pero que poco a poco fue alegrándose, dijo que nada había que lamentar sino el pasado, pues el tiempo había modificado su manera de ver, y si bien su corazón no había cambiado, comprendía la necesidad de reconocer la fuerza de los hechos consumados. Así, pues, a lo hecho, pecho. Por lo tanto, consideraba injustificada la constante inquietud de Atanasio Ivanovitch.

Luego, dirigiéndose al general, le dijo en tono respetuoso que había oído hablar a menudo de sus hijas, que experimentaba por ellas profundo y sincero afecto y que el solo pensamiento de que podía serles útil en algo, le hacía dichosa y le prestaba con amor. Anastasia, en realidad, la situación actual le era muy penosa y que la soledad en que vivía comenzaba a aburrirle.

Atanasio Ivanovitch había adivinado sus sueños; ella quería renacer, sino al amor, a lo menos a la familia, y deseaba que su vida tuviese algún objeto; pero en cuanto a Gabriel Ardalionovitch, era muy poco lo que podía decir.

Efectivamente, parecía que la amaba, y tal vez le correspondiera ella, si tuviera oculto de convencerse de la sinceridad de su cariño, pero había otra cosa que la hacía vacilar: Gabriel era el mismo joven. Además sabía que tenía madre y hermana, y faltaba saber si ella le recibían en su familia. En fin, Anastasia no se quería a contrar aquel matrimonio, pero exigía que le dieran tiempo para reflexionar y no la molestasen con insistencias continuas.

Respecto a los setenta y cinco mil rublos, los aceptaba sin reserva. Agradecía a Torkzy la de-

licadeza de que había dado pruebas no hablando con nadie de sus generosos proyectos, ni aun con Gabriel Ardalionovitch, a pesar de que éste no debía ignorarlo, para que si ella entraba a formar parte de la familia Ivólvine, no tuviese que avergonzarse de la procedencia de su dote.

No se casaría con Gabriel Ardalionovitch sin estar segura de que ni él ni los suyos abrigaban ningún oculto pensamiento sobre lo que a ella concernía.

Y como, al fin y al cabo, Anastasia no se podía imaginar ninguna falta, era mejor que Gabriel supiese en esas condiciones había ella vivido en San Petersburgo durante cinco años.

Habríase en esta manera, Anastasia Filipovna se animaba extraordinariamente, cosa por otra parte muy lógica, y esa vivacidad causó inmenso placer al general, que daba el asunto por terminado; pero Torkzy, que no olvidaba tan fácilmente el primer suceso, no fué del mismo parecer, y durante algún tiempo tenía alguna represalia.

Anastasia, mientras tanto, se puso al habla con Gania; cambiaron, empero, pocas palabras, como si su conversación resultase violenta y penosa para el pudor de la joven. Aan permitiéndole a Gania que le amase, seazole saber que a nada se comprometía en adelante, el derecho de decir no hasta el momento en que celebrase la coronación del casamiento, y reconocía la misma libertad a su prometido.

La casualidad hizo que Gania no tardase en saber que Anastasia conocía la oposición que la familia del joven haría a su matrimonio; pero en vano esperó que su prometida abordase un tema tan esbozado.

Además, circulaban ciertas murmuraciones más o menos vagas. Decíase, por ejemplo, y llegó a oídos de Atanasio Ivanovitch, que a espaldas de los convives Epantchine, habíabse entablado relaciones de índole se ignoraban, entre Anastasia Filipovna y las hijas del general.

Pero esta especie era, sin duda, falsa, completamente infundada. En cambio, Torkzy no podía por menos que prestar fe a otro rumor que le alarmaba sobremanera. Habíale dicho que Anastasia estaba perfectamente enterada de los fines que perseguía Gania; que si se casaba con ella, era por sí dotes que poseía un alma negra, violenta, sordida, envidiosa y un amor propio indecible; y que, después de haber desecado ardientemente hacer de Anastasia su amante, la detestaba desde que el general y Torkzy, explotando su pasión, en beneficio de ambos, trataban de imponerle como esposa legítima.

Anastasia Filipovna, decíase, estaba muy bien enterada de esto y maquinaba secretamente su plan. Esta noticia espantó de tal modo a Atanasio Ivanovitch, que no se atrevió siquiera a comunicar sus impresiones al general Epantchine.

Sin embargo, quétese un terrible peso de encima y se forjó las más bagueñas ilusiones cuando Anastasia le prometió, ante Epantchine, que el día de su cumpleaños daría una respuesta definitiva.

Pero el más extraño, el más inverosímil de los rumores puestos en circulación, el que se refería al honorable Iván Fedorovitch, era, por desgracia, el más verosímil. A primera vista, la especie propagada pareció el colmo de lo absurdo. ¿Cómo era posible que al declinar de su existencia respetada, pudiese Iván Fedorovitch alentar un capricho rayano con la pasión amorosa? ¿Con qué contaba en este caso? Tal vez con la complacencia de Gania.

A lo menos, Torkzy sospechaba que entre el general y su secretario existía uno de esos pactos tácitos que se establecen entre personas que se entienden con medias palabras.

Síbase que, con motivo del cumpleaños de Anastasia Filipovna, el general quería ofrecerle un collar de magníficas perlas de un valor enorme. Aunque él sabía que el regalo de la joven le concedía gran importancia a su regreso, le dio cuatro horas antes de entregarlo, sentíase invadido por la agitación, a pesar de la habilidad con que fingía estar perfectamente tranquilo.

La general había oído hablar de aquellas

Indudablemente, habituada como estaba a las infidelidades de su esposo, Isabel Prokofievna no le hubiera dado importancia; pero en el caso de ahora era imposible cerrar los ojos: lo que le habían dicho de las perlas le había interesado vivamente.

Iván Fedorovitch lo advirtió a tiempo; el día anterior habían llegado a sus oídos ciertos rumores sobre el particular y, presintiendo una escena violenta, tenía miedo.

«Le aquí por qué, la mañana en que comienza nuestro relato, mostrábase poco dispuesto a almorzar con su familia. Desde antes de aparecer el príncipe, había resuelto ya alejarse, pretextando un asunto cualquiera que no admitiese demora.

Y, de pronto, apareció el príncipe, como si hubiera sido llamado de intento, para salvar la situación.

«El ciclo me lo envía!», pensó el general, mientras se dirigía a las habitaciones de su esposa.

V

Isabel Prokofievna estaba orgullosa de su estirpe. ¿Qué no pasaría, pues, por ella, cuando de pronto, sin preparación alguna, le anunciaron que el último representante de su linaje, aquel príncipe Múchkin, del que ya había oído hablar en otra ocasión, no era más que un desgraciado idiota, un poltre joven que vivía de limosnas?

El general había premeditado este golpe teatral: teniendo un interrogatorio acerca de las perlas, quiso desviar la atención de su esposa para fijarla en otro objeto impresionante.

De ordinario, en las circunstancias excepcionales, Isabel Prokofievna abría desmesuradamente los ojos y, echando el cuerpo hacia atrás, miraba vagamente sin profecía palabra.

En su juventud había tenido la debilidad de creer que su mirada producía un efecto extraordinario.

«Recibirlo? ¿Dices que debo recibirlo ahora mismo?»

Y diciendo esta, la generala hacía rodar sus ojos lo más posible, mirando a su marido, que iba y venía delante de ella.

«Oh, no te enojes, querida mía! —se apresuró a rogar Iván Fedorovitch— lo recibirás únicamente si así lo tienes por conveniente. Es un verdadero chiquillo, y un chiquillo digno de compasión... Sufre accesos de cierta enfermedad... Acaba de llegar de Suiza, y desde la estación ha venido directamente aquí... Viste de una manera rara, un poco al modo alemán, y, lo que es peor, no posee ni un copek; no exagera, tiene casi lágrimas en los ojos. Le he entregado veinticinco rublos y le procuraré un empleo en nuestra cancellería. Os ruego, queridas, que le des algo de comer, pues me parece que tiene hambre...»

«Es increíble! —repuso, sin cambiar de tono, la generala—. Tiene hambre y padece accesos... ¿Que clase de accesos son esos?»

«Oh, no le dan con frecuencia?... Además, es como un niño y ha recibido muy buena educación. Quisiera rogaros que le sometierais a un examen —añadió el general dirigiéndose a sus hijas— es conveniente saber de que es capaz.»

«Someterle a un examen? —repitió la generala con voz quejumbrosa.

«Oh, querida mía, no des a este asunto tanta importancia! Haz como te plazca. Mi único objeto era tratarlo con benevolencia y presenciarlo, creyendo hacer una buena acción.

«Presentármolo? ¿Y viene de Suiza?»

«Que tiene? que ver que venga de Suiza? Sin embargo, repito que solo se hará lo que tu quieras. Creí que, como individuo de la familia, tendrías en ti algún interés.

Naturalmente, mamá! —dijo Alejandra—.

Llegó el extranjero, tiene hambre y no sabe donde ir, ¿por qué no darle le comer?»

«¡Vamos, mamá! basta de hacerte la interesante, te lo ruego! —intervino Aglae con visible desprecio.

Adelaida, que era de carácter alegre, lanzó una carcajada.

«¡Lálmalo, papá! —dijo Aglae—; mamá lo permite.

Iván Fedorovitch tocó la campanilla, dando orden de que fuera introducido el príncipe.

Pero a condición de que se atará una servilleta al cuello cuando se siente a la mesa —declaró la generala—; será preciso encargarse a Fedor y a Marcos que se pongan detrás de su silla y le vigilen durante la comida. ¿A lo menos no son violentos sus accesos? ¿No hace gestos raros?»

«Al contrario, está muy bien educado y sus maneras son distinguidas, aunque a veces algo sencillas... Pero, ahí lo tenéis en persona...

Pase usted... Os presento, hijas mías, al último príncipe Múchkin, un homoncillo de mamá y papá muy posible también un pariente... Lo recomiendo a vuestra benevolencia. Príncipe, las señoras se disponen a sentarse a la mesa; le ruego que les dispense el honor de acompañarlas... ¡Ah, perdonenme que no me detenga un momento más! Llegaría tarde.

«¡Ya me imagino adónde vas! —replicó con tono significativo Isabel Prokofievna.

«Me marchó, me marchó, querida; ya me he retrasado... ¡Ah!... Os recomiendo presentar al príncipe vuestros albines para que escriba alguna cosa. Veréis qué talento tiene! Es un calígrafo admirable!... Me voy a casa del conde; está impaciente, pues hace rato que tendría que estar allí. Hasta la vista, príncipe!

Y el general abandonó apresuradamente el aposento.

«¿Ya sé quién es el conde que te espera! —dijo con tono áspero Isabel Prokofievna, clavando sus ojos llenos de ira en el rostro de Múchkin... Y bien —significó diciendo la irascible generala, simulando hacer un esfuerzo mental—, ¿de qué hablabamos? ¡Ah, sí! De que es un calígrafo muy bueno.

«¡Dejenos ahora! —exclamó—, mamá —dijo Alejandra—. Lo mejor que podemos hacer es ir a almorzar, pues tenemos apetito.

«Sea —repuso la generala—. Vaya, príncipe, acompañenos, pues supongo que también usted tendrá apetito.

«Si, ahora comerá con mucho gusto, y le quedo muy reconocido.

«Es una gran cosa ser educado... Observo que no es usted tan... original como me habían dicho al anunciarme su visita. Síntese ahí, príncipe, frente a mí —añadió la generala, cuando estuvieron en el comedor; y no quiero perderle de vista. Alejandra, Adelaida, cuídenlas vosotras del príncipe. ¿Verdad que no parece muy cierta la presunción de... que está enfermo? Me parece que será innecesaria la servilleta... Diganle, príncipe, ¿le sientan una servilleta debajo de la barba cuando come?»

«Creo que lo hacía en otro tiempo, cuando era niño; más ahora acostumbro a ponérmela en las rodillas.

«¿Si se hace, pero, ¿y sus accesos?»

«¿Sus accesos? —repitió el príncipe, sorprendido—. Ahora me dan muy de tarde en tarde. Sin embargo, me dijeron que el clima de Rusia me será perjudicial.

La generala seguía acompañando con movimientos afirmativos de cabeza las palabras de Múchkin.

«¡Hija, yo estoy muy educado! —dijo por lo bajo a sus hijas y a su madre sorprendida. Ya veis que, como de costumbre, no he dicho una sola palabra de falsedades y mentiras. Como usted, príncipe —añadió en alta voz—, y cuídenlos su vida. ¿Dónde nació? ¿En qué país fue educado? Quiero saberlo todo, pues me está resultando muy muy interesante.

El príncipe le dijo las gracias, y mientras comía romo bastante apetito, repitió el relato que había hecho varias veces aquella mañana.

La generala se mostraba por momentos más

QUÉ GRACIA!...
con una cocina
eléctrica, yo
también hago
ricos postres!



Dr. MANUEL ENRIQUE BELLO

ENFERMEDADES DEL PULMON
Ex Médico del Hosp. Nuzil

NUMBERTO 1, 1947 U. T. 26 - 1420

Dr. ANGEL E. DI TULLIO

MEDICO CIRUJANO
Enfermedades de Oídos, Nariz y Garganta

NUOVA YORK 4020 U. T. 50 - 4278

LOS DOS TOMOS ENCUADERNADOS DE

“La Buena Mesa”
DOS MIL RECETAS EN CADA TOMO



REVISTA MENSUAL DE ARTE GASTRONOMICO

En una oferta especial a sus lectores, ofrece: El tomo del primer año, a \$ 15.— el ejemplar. El del segundo año, a \$ 10.— el ejemplar.

UNA JOYA PARA SU HOGAR
Los Interesados del Interior podrán adquirirlo enviando su importe por giro o bono postal a lo orden de

LA BUENA MESA
Los Dos Tomos: \$ 20.-

La Buena Mesa
LAVALLE 1473 Bs. Aires U. T. 38-1440

satisficiera las eschioritas le escuchaban con suma atención.

El príncipe conocía perfectamente su ascendencia, y después de analizar minuciosamente su árbol genealógico, hubo de admitir que, en caso de serlo, el narcesio era muy lejano.

Esta árida conversación satisfacía sobranteramente a Isabel Prokofievna, la cual gustaba hablar de sus antepasados, si bien casi nunca tenía ocasión de hacerlo.

Por consiguiente, estaba de excelente humor cuando se levantó de la mesa.

—Vámonos todos a nuestro salometo —dijo—; allí tomaremos el café. Tenemos un aposento común —añadió mientras abandonaban el comedor—; es mi salometo, en el que nos reunimos cuando estamos solas y cada cual se ocupa de lo suyo: ¡dejadme la mano de mis hijas, toca el piano, lee o borda! Adelaida pinta paisajes o retratos, sólo que nunca es capaz de concluirlos; en cuanto a Aglae, se lo pasa sin hacer nada, lo mismo que yo, porque el trabajo se me escapa de las manos... Bien, ya estamos aquí; ¡séntese, príncipe, junto a la chimenea y cuéntenos algo. Veamos si es usted un buen narrador, tengo interés en saberlo, y cuando vea a la anciana princesa Bielokosky le hablaré de usted. Quiero recomendarle a todas mis amigas... Empecé, pues.

—Pero, mamá, es muy difícil contar así como así, sin saber de qué se ha de hablar —dijo Adelaida, preparando su caballete.

Alexandra y Aglae se sentaron en un mismo sofá, y cruzándose de brazos, dispusieron a escuchar la conversación. El príncipe notó que era objeto de la atención general.

—Yo no diría una palabra, si me lo ordenaran de este modo —dijo Aglae.

—¿Por qué? ¿Qué tiene ello de particular? Vámonos a ver: ¿por qué no puede hablar? ¿A eso no tiene lugar? Yo quiero saber cómo habla —repuso vivamente la generala, y añadió—: Que usted siempre sea, por ejemplo, sobre su estado en Suiza, cual fue su primera impresión.

—Mi primera impresión fue fortísima —comenzó a decir el príncipe Muichkine—. Cuando me condujeron al extranjero, recuerdo que no hacía ninguna pregunta acerca de lo que veía en las ciudades de Alemania que visitaba; limitábase a mirar en silencio. Sufría entonces frecuentes y violentos ataques, y el efecto de cada ataque, como toda recrudescencia de mi enfermedad, era sumirme en una estupidez completa. Perdía la memoria, la mente seguía trabajando, pero, por decir así, el desarrollo lógico del pensamiento quedaba interrumpido, sin que me fuera posible coordinar las ideas. Cuando pasaban los accesos recordaba con la salud la lucidez, como en este momento. Recordó que experimentaba una angustia indecible; sentía imperiosa necesidad de llorar y estaba siempre aturrido e inquieto, y el salometo rodeado de cosas extranjeras hacía más vivos mis sufrimientos. Pero todo eso desapareció en cuanto llegué a Suiza, y lo más extraño es que debí mi casi curación al rechazo de un asno que vi en la plaza del mercado de Basilea. Aquel asno me impresionó tal modo, me produjo tal placer, tal sin saber por qué, que mi cerebro subitamente recobró toda su lucidez...

—¿Un asno! ¡Es curioso! —exclamó la generala—. Sin embargo, no es tan raro como parece; aquí en esta casa también hay algo que se ha enamorado de un asno —añadió mirando coléricamente a sus hijas, que habían soltado la risa—. Esto sucedía ya en los tiempos mitológicos. Continúe usted, príncipe.

—Desde entonces quiero entrañablemente a los asnos. Entre ellos y yo se estableció una especie de simpatía. Cuando ya estubo en la casa los desconocí por completo, y me tardé en comprobar que son animales utilísimos, trabajadores, fuertes, pacientes y económicos. En una palabra, aquel asno me hizo cobrar cariño a Suiza entera, de suerte que como por encanto desvanecíase mi melancolía.

—¿De qué me ríes, Aglae? ¿Y tú, Adelaida? El príncipe habla muy bien de los asnos, porque

los ha visto con sus propios ojos. ¿Y tú, que es lo que has visto? ¿Estuviste en el extranjero?

—Yo he visto asnos, mamá —repuso Adelaida.— Y yo los odio de rebotar —añadió Aglae.

De nuevo dejáronse oír las alegres carcajadas de las tres jóvenes, a las que hizo oír el príncipe.

—¿Hacen ustedes muy mal —dijo Isabel Prokofievna—; discípulas, príncipe; a pesar de eso, son muy buenas. Yo las ríño continuamente, pero las amo con ternura. Son así, algo ligeras, atolondradas, locuelas...

—¿Por qué dice eso? —replicó, sonriendo, el príncipe—. Yo, en su lugar, también hubiera aprovechado la ocasión y me hubiera reído. Pero mantengo el elogio del asno: es el asno un ser bueno y útil...

—Se viene aquí por bueno, príncipe? Lo pregunto por curiosidad —dijo la generala.

Estas palabras provocaron un nuevo acceso de hilaridad.

—¿Otra vez han vuelto a pensar en el dichoso asno! —exclamó Isabel Prokofievna—. ¡Yo lo había olvidado por completo! Crea usted, príncipe, que mis palabras no envolvían ninguna...

—¿Alusión? —¿Oh, lo creo sin esfuerzo alguno! —repuso Muichkine, riéndose de buena gana.

—¿Hace usted bien en reírse, ya veo que es un buen muchacho —dijo la generala.

—No siempre —contestó el príncipe.

—Pues yo sí —replicó vivamente Isabel Prokofievna—, y no recuerdo un solo momento haber dejado de ser buena; es mi único defecto, porque la bondad constante suele ser perjudicial. Me irrita demasiado a menudo contra mis hijas y, sobre todo, contra su padre; pero lo extraño del caso es que, cuando estoy irritada, soy la mujer más buena del mundo. Hace poco, antes de llegar usted, estaba encolerizada, fingiendo que no comprendía o que no quería comprender nada. A veces me sucede esto, soy como una niña. Verdad es que todo esto no significa nada. No soy tan tonta como pareceo o como mis hijas quieren hacer creer. Soy mujer de carácter y no me avergüenzo de mi misma... Continúe usted, príncipe; tal vez recuerde algo más interesante que lo de los asnos.

—Repuso —observó Adelaida— que no sé como se puede hablar sólo por hablar, a tonas y a locas... Confieso que yo me vería en un apuro.

—Pero el príncipe no, Muichkine es muy inteligente, por lo menos diez o doce veces más que tú. Así pues, espero que le escucharé con atención. Demuéstrele usted que no me he engañado, príncipe. Pero deje usted a un lado el asno. ¿Qué más ha visto en el extranjero, aparte de eso?

Muichkine prosiguió:

—Llegamos a Lucerna y me hicieron pasar por el lago. Yo admiraba la soberbia belleza del paisaje, pero sentía el corazón oprimido.

—¿Por qué? —preguntó Alexandra.

—No sabría explicarlo; pero lo cierto es que me siento oprimido e inquieto al ver por primera vez un paisaje; me entran y me trastornan a la vez. Así pues, no hay que olvidar que en esa época yo estaba enfermo.

—¿Pues yo deseo ardientemente conocerlos! —exclamó Adelaida—. La verdad es que no comprendo por qué no vamos nunca al extranjero. Hace ya dos años que en vano busco el asunto. Indíqueme usted el tema, príncipe.

—Yo no entiendo de eso. Pero me parece que basta mirar y pensar después.

—¿Y no se ríe más?

—¿Qué lenguaje enigmático es éste? —exclamó la generala—. No les entiendo. ¿Yo no sé mirar?...

—¿Qué quiere decir? ¿Entonces oyes, y basta con oírlos? ¿Pero si no sabes mirar, tampoco lo aprenderás en el extranjero. Que nos ciente el príncipe, antes de nada, cómo ha mirado él.

—Sí, será mejor —repuso la joven artista— a mirar.

—Lo ignora —replicó Muichkine—; el hecho cierto es que recobré la salud, pero no sé si he aprendido a mirar. Por lo demás, fui muy

feliz todo el tiempo que allí he residido.

—¿Feliz? ¿Sabe usted cómo se puede ser feliz? —exclamó Aglae—. ¿Por qué dice, pues, que no ha aprendido a mirar? Debe usted estudiarlo. ¿Los médicos usted, por favor? —apoyó Adelaida, riendo.

—Nada puedo enseñarles —repuso el príncipe, riendo también—. Durante mi permanencia en el extranjero no abandoné la aldea suiza en que residía; mis salidas limitábase a alguno que otro paseo por los alrededores. ¿Qué podría enseñarles, pues? Al principio, sé únicamente de aburrirme; bien pronto recobré la salud, y después, cada día que pasaba, parecían más bella la vida... Me acostaba muy contento y los ataques seguían sorprendiéndome completamente felices. Mas, de pronto, sucedió lo que yo temo, esto es, la felicidad! Sería muy difícil decirlo.

—¿De manera que no sentía usted deseos de ir a parte alguna, no experimentaba ninguna necesidad de cambiar de ambiente? —preguntó Adelaida.

—Al principio, sí; mi espíritu era inquieto y vagabundo. Pensaba siempre en mí porvenir, quería probar suerte y en ciertos momentos aquella vida de quietud y casi de aislamiento me resultaba muy penosa. Ustedes no deben ignorar que eso sucede muy a menudo en los momentos de salud. Cuando yo lo había conseguido, una pequeña cascada o, por mejor decir, un chorro de agua que desde la montaña caía perpendicularmente; era un agua rumorosa, llena de espuma... Encontrábase el torrente a media versta de nuestra casa, pero a mí me parecía que sólo estaba a cincuenta pasos. De noche gozaba oyendo aquel rumor y, a veces, apocírase de mi una gran agitación. De vez en cuando sucedíame que, sin saber cómo, me hallaba solo, al mediodía, en las montañas. Veíame rodeado de grandes y seculares pinos, que exhalaban un fuerte olor a resina; en el alto de una colina divisábale las ruinas de un antiguo castillo feudal; nuestra aldea, perdida en el valle, apenas se distinguía; el sol era brillante, ardía el cielo y en derredor reinaba profundo silencio. Pues bien, era allí donde experimentaba un vivísimo deseo de viajar; parecíame que si hubiera seguido camino adelante y traspasado la línea en que el cielo se confunde con la tierra, habría encontrado la solución del enigma: una vida nueva, mil veces más accidentada que la nuestra; soñaba con una gran ciudad como Nápoles, llena de rumores, de rumores, de agitación, de vida... Sí, tenía muchas piraciones, pero en seguida pensaba que hasta en la prisión se podía encontrar mucha vida.

—Es hermoso pensamiento lo leí en mi *Creatividad* a los doce años —observó Aglae.

—¿Filosofía pura! —repuso Adelaida—. Es usted filósofo, y ha venido a instruirnos, príncipe.

—¿Quizá tenga usted razón —dijo Muichkine, sonriendo—. Soy filósofo, en efecto, y quien sabe si podrá sugerirles algunas ideas... Es posible, sí, muy posible...

Y su filosofía —replicó Aglae— es idéntica a la de la familia Nikolaievna, la vida de un empujador, que suela a cada cuatro años en un parvato. Para ella, todo el problema de la vida se reduce a comprar barato, a gastar lo menos posible. No habla más que de coques, y no cree que es poltre, sino una picara comidre. Lo mismo puede decirse de la mucha vida que, según usted, puede hallarse en una prisión y aun de la felicidad que afirma haber gozado durante sus cuatro años de residencia en una aldea suiza, felicidad por la cual ha vendido usted su ciudad de Nápoles y, a lo que parece, con ganancia, aunque esa felicidad no valga un centavo.

—Por lo que a la prisión se refiere, discrepo de su parecer —replicó el príncipe—. He conocido a un hombre que estuvo doce años preso; a la sazón se hallaba en la casa de salud del médico que me cuidaba a mí. Sufría frecuentes ataques, veíase a menudo agitarse y llorar a mares y en cierta ocasión trató de suicidarse. Su vida carcelaria era muy triste, indudablemente, pero valía más de un coque. Todas sus

reales y amistades se reducían a una única constancia muy extraña, sumamente extraña. Mas prefiero hablar de otro hombre a quien conocí el año pasado. En su caso hay una constancia muy extraña; sumamente extraña, porque se produce muy raras veces. Este hombre había sido conducido al suplicio, donde debía ser ejecutado por delitos políticos. Veinte minutos antes, entre la lectura de la sentencia y los preparativos, y en ese interín llegó la conmutación de la pena. Durante ese intervalo, el desventurado creyó firmemente que moriría al calor de pocos instantes. Yo ardía en deseos de saber cuáles habían sido sus impresiones, y más de una vez le interrogué sobre el particular. Las recordaba con una precisión extraordinaria, asegurando que jamás podría olvidar nada de lo que experimentó en aquellos terribles momentos. A veinte pasos del suplicio, que rodeaban los soldados y el pueblo, alzándose tres postes, porque eran varios los postos, formó ante aquellos desgraciados el piquete que debía ejecutar la sentencia. El hombre de quien hablo figuraba en el octavo lugar de la lista de los condenados, por lo tanto debía ser ejecutado en la tercera serie. Un sacerdote, llevando un crucifijo en la mano, se acercó, sucesivamente, a cada uno de los tres reos que estaban sujetos a los postes. Les pedían cinco minutos de vida, todo lo más. Decía mi amigo que estos cinco minutos habían representado para él una eternidad; pareciale que contaban tantas vidas, que ni se le ocurría pensar en el último momento. Había dividido el tiempo en la siguiente forma: dos minutos para despedirse de sus compañeros; otros dos minutos para recogerse en sí mismo, y uno para lanzar la última mirada en su derredor. Recordaba perfectamente haber tomado estas disposiciones supremas. Iba a morir a los veintiseis años y en la plenitud de su vida. Recordaba que, al despedirse de sus amigos, había dirigido a uno de ellos una pregunta indiferente y olvidado la respuesta con bastante interés. Terminados los adiós, llegaron los dos minutos que había destinado al recogimiento; había de ahorrarse lo que había de pensar, y el objeto de sus meditaciones: "Ahora vivo, pero dentro de tres minutos, ¿dónde estaré, qué será de mí?" Tales eran las cuestiones que se proponía resolver en aquel insignificante espacio de tiempo! No lejos de allí había una iglesia cuya cúpula dorada resplandecía a los rayos del sol. Se acordaba de haber tenido obsesivamente fija la mirada en aquella cúpula y en los rayos que reflejaba no podía apartar los ojos de ella; pareciale que aquellos rayos fuesen su nueva naturaleza, que al cabo de tres minutos se confundiría con ellos... La incertidumbre, el horror a lo ignoto que venía tan próximo, eran, sin duda, espantosos; sin embargo, decía, nada le atormentaba tanto como este pensamiento: "¿Y si no muriese? ¿Y si me hiciesen gracia de la vida? ¿Qué eternidad! Y sería mía... ¡Oh, entonces cada minuto sería una existencia nueva, no perdería ni uno, contaría todos los instantes de mi vida, para no malgastar ninguno!..." Finalmente, la obsesión de esta idea le desesperó de tal modo, que hubiera querido ser fusilado antes de que le llegara el tiro.

El príncipe se detuvo; sus oyentes creyeron que continuaría el relato, pero Muichkine guardó silencio.

—Ha concluido usted? —preguntó Aghe.

—Que si he concluido? —murmuró el príncipe, que se había quedado pensativo.

—Pero ¿por qué nos contó eso?

—Por nada... Porque se me vino a la memoria... y como una idea se enlaza con otra... Su relato es incompleto, príncipe —repuso Alejandro—; quizá usted trataba de demostrar que no hay momento que no valga un segundo y que, a veces, cinco minutos son más preciosos que un tesoro. Este pensamiento es muy laudable... pero permítame una pregunta: al amigo que le contó sus angustias le fué conmutada la pena, le fué conmutada esa "vida eterna", pues bien, ¿qué complica hizo de semejante tesoro? ¿Ha vivido llevando la cuenta de cada minuto para

no malgastar ninguno inútilmente, conforme se había prometido?

—¡Oh, no! Yo le pregunté si había cumplido sus promesas; y él mismo me confesó que le fué imposible llevarlas a cabo, y que había perdido muchos, pero muchos minutos.

—Pues ahí tiene usted una prueba incontestable. Eso demuestra que no se puede vivir llevando la cuenta de los minutos que pasan.

—¿Es imposible!

—Sí, es imposible —repuso el príncipe—; eso pensé yo también en seguida... No obstante, ¿por qué no creerlo?...

—¿Pretende usted vivir con más inteligencia que todos los demás? —interrogó Aghe.

—Sí, a veces tuve esa idea.

—¿La tiene usted ahora?

—Ahora... también —repuso el joven.

Hasta aquel momento, Muichkine había contemplado a Aghe con sonrisas dulces y tímidas; pero, dichas estas palabras, se puso a reír y rió rebotado a la joven.

—No se puede ser más modesto —dijo ésta con acierto desdenoso.

—¿Qué valores son ustedes, a pesar de todo! —exclamó el príncipe—. Se rien de un relato que me impresionó hasta el punto de haber soñado repetidas veces con aquellos cinco minutos...

De nuevo, pasó sobre sus oyentes su mirada seria y escrutadora.

—¿Se han enojado conmigo? —preguntó de repente, algo turbado, pero sin dejar de mirarlos fijamente.

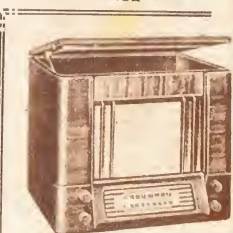
—¿Por qué? —exclamaron ellas sorprendidas.

—¿Porque como tengo aspecto de maestro... Las cuatro se echaron a reír.

—Les ruego que me perdonen —prosiguió el príncipe—; sé que he vivido muy poco y que tengo escasa experiencia de la vida... Con frecuencia digo simplezas...

Al final de esas palabras, el príncipe estaba visiblemente turbado.

—Siendo, como usted ha asegurado, tan feliz, ha vivido mucho tiempo; ¿por qué trata, pues de



Regio Combinado de Mesa, modelo 1946. Equipado con 8 válvulas, parlante superconvierto, elegante mueble enchapado de gran presentación. Onda corta y larga de alcance mundial, ambos corrientes y todos los adelantos técnicos de la postguerra.

Pida hoy mismo nuestro catálogo ilustrado, aprovechando las ofertas de venta-presentación.

Ya están en venta los famosos receptores Cleveland

RADIOS
1946
DESDE
\$ 125.- A
2.950.-

Sobervio receptor de onda corta y larga, ambas corrientes, equipado con válvulas americanas de último diseño. Una maravilla tonal, a prueba de ruidos. Modelo 1946.



GRANDES ESTABLECIMIENTOS UNIVERSAL

BME. MITRE 2587

BUENOS AIRES

Señor Gerente de Grandes Establecimientos UNIVERSAL
Bartolomé Mitre 2587 — Buenos Aires

Ruego me envíe catálogo ilustrado y lista de precios confidencial.

Nombre

Dirección

Localidad

Precisamos agentes activos. Solicite condiciones y lista de precios para recomendadores.

excusarse? — dijo Aglae con tono severo—. Por lo demás, no debe usted toniar ese aspecto de modesto triunfador, pues aquí no triunfa ni poco ni mucho. Con su carácter puede hacerse dichosa una vida, aunque dure cien años.

— Por qué te irritas siempre tan fácilmente? — preguntó la generala, que desde hacía rato escuchaba en silencio la discusión, observando a los interlocutores—. No comprenda tu enojo. El príncipe habla bien, sólo que no es muy divertido lo que cuenta. ¿Por qué lo atermosizas? Al comienzo de su relato, se reía, y ahora, miralo qué serip está.

—No te preocupes por eso, mamá. Es una lástima, príncipe, que no haya presenciado usted una ejecución capital; de ser así, yo le hubiera pedido una cosa.

—He visto una... repuso Muichkine.

—¿Que ha visto una? Exclamó Aglae—. ¿Había debido sospecharlo? Esto es un digno representante de su historia. ¿Cómo pudo usted vivir siempre dichoso haliendo presenciado una ejecución? ¿Es que nos ha engañado usted?

—¿Pero se ejecuta la pena de muerte en la aldea donde usted residía? — preguntó Adelaida.

—No, fué en Lyon, adonde me llevó Schneider. Quiso la casualidad que el mismo día de nuestra llegada ejecutasen a un reo, y asistimos al espectáculo.

—¿Y le agradó ese espectáculo? ¿Es edificante o útil? — interrogó Aglae.

—No podía agradarme, y a consecuencia de aquella terrible escena estuve algo enfermo; pero confieso que ejerció sobre mí una fascinación singular y que, a pesar de mis esfuerzos, no me era posible apartar los ojos del patibulo.

—Lo mismo me hubiera sucedido a mí, — observó Aglae.

—Cuéntenos la ejecución de que fué testigo — dijo bruscamente Adelaida.

Esta petición pareció embarazar al príncipe, cuyo rostro ensombrecióse ligeramente.

—Preferiría diferirlo para otra ocasión — contestó.

—Diríase que le falta valor para hacer ese relato, observó Aglae, en tono burlón.

—No, puesto que lo hice no hace mucho rato.

—¿A quién?

—A vuestro criado, mientras esperaba...

—¿Pero a cuál de vuestros criados? — preguntaron, a coro, las cuatro mujeres.

—¿A uno! A ese hombre de cabellos blancos y rostro encendido que estaba en la anticámara; conversé con él todo el tiempo que tardó en recibirme Iván Fedorovitch.

—¿Es sorprendente! — murmuró la generala.

—El príncipe es muy democrático — observó maliciosamente Aglae—. Bueno, puesto que se lo contó a Alejo, no puede negárnoslo a nosotras.

—¿Quiero oírlo a toda costa! — insistió Adelaida.

—En seguida — contestó el príncipe con animación y dirigiéndose a la joven—. Cuando hace un rato me pidió usted un asunto para su cuadro, se me ocurrió uno: el rostro de un condenado a muerte en los momentos que preceden a la ejecución, cuando sujetan al desdichado a la húscula de la guillotina.

—¿Cómo! ¿Solamente el rostro? — replicó Adelaida—. ¿Qué asunto tan original! De qué manera podría hacerlo?

—En este momento no acertaría a explicarme — replicó vivamente el príncipe—. No sé mucho, vi en Basilea un cuadro de este género... Otro día se lo describiré. Me causó gran impresión.

Otro día me hablará del cuadro de Basilea, de acuerdo — replicó Adelaida—; mas ahora, indíqueme cómo podría hacer el mío. ¿Puede usted explicarme los detalles tal como los ha visto? ¿Cómo era ese rostro?

—Sí, un minuto antes de la muerte — interrumpió el príncipe, que llevado de sus recuerdos parecía haber olvidado todo lo demás—, en el momento en que el condenado llega al último peldaño y pone un pie sobre la plataforma del patibulo. Sus ojos desdichados se dirigieron al lugar donde yo estaba; yo le miré

y leí en su rostro la terrible angustia que le dominaba... ¿Pero cómo describirlo? Describa usted, como usted, a cualquier pintor, mejor usted que otro, pintase ese cuadro. Después de aquel instante me hice cargo de que un lienzo semejante sería muy útil... Comprenda, que se trataría de representar todo lo que precedió a la ejecución, todo. El reo estaba en su calabozo y contaba que, si observaban todas las formalidades de rúbrica en tales casos, tendrían aun ocho días de vida por lo menos; pero, ignoro por qué causa, se abreviaron aquellas formalidades. Era a fines de octubre, hacía frío, y el reo dormía aún cuando a las cinco de la mañana, antes de que despuntase la aurora, el alcaide, acompañado de un carcelero, entró en el calabozo sin hacer ruido, y puso una mano en el hombro del desdichado.

—¿Qué ocurrió? — preguntó el condenado, al ver la luz de la lámpara.

—«Hoy, entre nueve y diez de la mañana, se cumplirá la sentencia — contestó el director.

«Medio adormilado aún, el preso no podía ercer la tremenda noticia, protestando que faltaban ocho días para la ejecución, pero cuando estuvo bien despierto, cesó de discutir y guardó silencio, después de haber dicho con profunda amargura:

—«Semejante comunicación hubiera debido hacérsela a buenos buscadores... pero, en fin, nada inventaré!»

«Después de esto, guardó silencio y no fué posible arrancarle una palabra más».

«Conocidos nos los trámites que siguen a aquellas tres o cuatro horas que le quedan de vida al reo: la visita del capellán, el desayuno, que se compone de carne de buey, vino y café... Después le obligan a montar en una carreta y le conducen al patibulo».

«Durante el trayecto, quizá el reo se dice para sí: «Tengo de vida lo que tardaremos en recorrer tres calles, o sea un buen rato».

«En derredor del carro se apila una turba numerosa, y, en la cabeza de ella, entre mil ojos que lo contemplan... Es preciso sufrir todo esto y especialmente soportar este pensamiento: «Hay aquí diez mil personas y, sin embargo, no matarán más que a una, y esa he de ser yo. ¡Yo sólo he de morir!»

«Una escalera da acceso a la guillotina. Al poner el pie en el primer tramo de esa escalera, el reo, a pesar de ser un hombre fuerte y de enérgico carácter, no puede contener las lágrimas, lágrimas que a nadie interencen porque quien las vierte ha sido un empuedernido criminal. El sacerdote, que no se ha separado del desde que montó en la carreta, sigue exclamando a la resonancia: «¡Me parece que el desdichado no le oye, aunque le escucha con atención. Finalmente, comienza a subir la escalera fatal; las cuerdas que le sujetan los pies le obligan a caminar a saltitos.

«Al pie de la escalera, el reo estaba ya palidísimo; ahora, al llegar a la plataforma, tiene el rostro más blanco que un papel. Indudablemente, se le doblan las piernas; tiene oprimido el corazón, le parece que un dogal le aprieta la garganta; la sangre, helada, se le paraliza en las venas...

«En aquellos momentos terribles, la razón, subsiste toda, entera, pero no ejerce ya su imperio.

«Viéndole en semejante estado de debilidad, el sacerdote, silenciosamente y con gesto rápido, aférrale a los labios el pequeño crucifijo de plata. A su contacto, el condenado parece reanimarse por contados segundos, abre los ojos y prosigue su marcha. El río lleva el crucifijo con la avidez y la precipitación del hombre que, en el momento de partir para un largo viaje, teme olvidar algún objeto que luego ha de echar de menos; pero es de creer que toda idea religiosa está ausente de su conciencia. Y así sigue, hasta el momento en que le atan a la húscula...»

«¡Es extraño que en momentos tan horribles no se produzcan los síncope sino muy raras veces! Por el contrario, la cabeza conser-

va una vida intensísima, y trabaja, sin duda, con fuerza asustada, como una máquina en movimiento. Supongo que toda clase de ideas se entrecruzan en el cerebro, ideas confusas y ridículas, tal vez ajenas a la situación. Sin embargo, tiene conciencia de todo, no se olvida de nada. En aquel cerebro siempre hay una idea, un punto fijo, que es imposible olvidar ni rechazar, y todo gravita alrededor de ese punto. ¿Y pensar que esto dura hasta el último cuarto de segundo, cuando, sujeta la cabeza por la media luna, comienza a caer la cuchilla! De improviso siente la fría lluvia que le cerebra en la nuca. Porque, sin duda, la siente y la oye... Si no estuviese acostado sobre el tablado, aguzando el oído para escuchar el sonido... ¿Cuánto no llega su duración a la décima parte de segundo, pero lo percibiría...»

«¿Figúrense ustedes, señoras, que hasta ahora no se ha podido poner en claro si durante el primer segundo que sigue a la ejecución, la cabeza tiene conciencia de que ha sido separada del tronco... ¡Qué horror! ¿Y si tal estado persiste durante cinco segundos?

«Puede usted, pues, el patibulo de modo que sólo queda a la vista el último peldaño de la escalera; el reo ha subido ya al tablado; está blanco como una hoja de papel; y el sacerdote acerca la cruz a sus descoloridos labios, él mira y... la sabe toda. Una cruz y una cabeza: he aquí el cuadro; el sacerdote, el verdugo y sus ayudantes; en el fondo las figuras de algunos espectadores; pero todo esto puede dejarse, por así decir, en última fila, entre una muchedumbre; es algo accesorio. ¡Así concibo yo el cuadro!

El príncipe guardó silencio, y miró a sus oyentes.

—Esto no es, seguramente, la calma tranquila del preso — dijo Alejandra, como hablando consigo misma.

—Ahora, príncipe, cuéntenos sus amores — dijo Adelaida.

—Al instante la miró sorprendido.

—«Escuche — añadió la joven con precipitación—, luego nos describirá el cuadro de Basilea; ahora quiero oír la historia de sus amores... No niegue, príncipe, que usted ha estado enamorado. Por otra parte, en cuanto comience a hablar dejará de ser filósofo.

Se ha avergonzado usted del relato que acaba de hacernos — observó Aglae—. ¿Por qué es eso?

—¿Qué necia eres! — dijo la generala, envolviéndolo a su hija en una mirrada de reproche—. No le haga usted caso, príncipe, ni lo tome a mal — prosiguió Isabel Prokofievna. «Habló impecablemente y su conducta actual no responde a la educación que ha recibido. No crea que pasa inadvertido para mí, que lo están fastidiando. Sóloamente lo hacen para sacarlo de sus casillas; pero en el fondo le aprecian, lo leen en sus rostros.

—Ya también lee en sus rostros — repuso el príncipe, recalando las frases para dárles un significado especial.

—¿Cómo es eso? — preguntó Adelaida, intriga por el tono equivoco en que se había expresado Muichkine.

—«Es lo que usted lee en nuestros rostros... ¡insinúen las otras dos hermanas.

Peró el joven, que se había puesto pensativo, no contestó en seguida, como ellas esperaban.

—Más tarde lo diré — repuso, al fin, en voz baja y en tono grave.

Evidentemente trataba usted de excitar nuestra curiosidad — exclamó Aglae—. ¿Qué serio se ha puesto!

—Bueno, bueno — intervino vivamente Adelaida—, siendo usted tan buen fisonomista, sin duda ha de haberse enamorado alguna vez; por consiguiente, cuéntenos.

—No estuve enamorado jamás — replicó el príncipe, al mismo tono bajo y severo—. Yo... yo he sido dichoso, pero de otro modo.

—¿Cómo? ¿Dichoso!

—Pues bien, voy a complacerlas.

A juzgar por su semblante, el príncipe parecía entregado a hondos pensamientos.

—Ahí va el relato de mis amores.

"Allá, en la aldea suiza donde yo residía, había siempre niños, un verdadero ejército de escolares, con los que yo pasaba todo mi tiempo. No les diré que los instruí, no; tenían su maestro, un tal Julio Thibaut. Más bien, yo aprendía de ellos, aunque sólo buscaba su compañía. Así transcurrieron los cuatro años que permanecí en la aldea.

"Yo se lo decía todo, nada les ocultaba. Esto acabó por acarrearme la aversión de las familias, pues los niños no podían pasarse sin mí, y me rodeaban continuamente. Como es natural, el maestro fue el primero que se declaró enemigo mío. Malquisté con muchas personas, siempre a causa de los niños; el propio Schneider me hizo muchos reproches por lo mismo. ¿Qué era lo que tenían? A los niños se les puede decir todo, ¡absolutamente todo! Me sorprende la falsa idea que los adultos tienen de los pequeños, a quienes ni sus mismos padres comprenden. No es preciso ocultar nada a los niños so pretexto de que son pequeños y tontos, a su edad se deben ignorar ciertas cosas. ¿Qué triste y pernicioso rutina! Los niños se percan de que sus padres los consideran como muñecos, a pesar de que lo comprenden todo.

"Mas la causa de la enemistad que me acarree en el pueblo, hay que atribuir a otra circunstancia... El odio de Thibaut era sencillamente envidia, o, por mejor decir, celos. Al principio movía la cabeza, sorprendido de que los niños comprendieran todo lo que yo les decía, mientras él no conseguía hacerse entender jamás. Luego se burló de mí cuando le dije que yo éramos nosotros los que enseñábamos a los niños, sino éstos a nosotros. ¿Cómo pudo estar celoso de mí y calumniarme viviendo con los niños? El trato con los niños cura las enfermedades del alma.

Entre los enfermos que trataba Schneider, había un hombre desgraciadísimo. No creo que pueda existir desventura igual a la suya. Había ingresado allí como enfermo mental, mas para mí no era un loco, sino un hombre que sufría horriblemente, y en eso consistía toda su enfermedad. Pues bien, ¡si ustedes supieran los que los niños llegaron a ser para él!... Luego hablaré de este enfermo; ahora quiero contarles cómo nació el amor que yo sentí por las criaturas.

"Al principio, los pequeños mirabanme con muy poca simpatía; es más, se burlaban de mí... Como fui siempre poco avisado, bastante torpe y no poco loco... Por añadidura, era extranjero. Así, pues, los chiquillos de la aldea divertíanse haciéndome mil burlas y travessuras, y acabaron por arrojarme piedras el día que me sorprendieron abrazando a María... No la abracé más que una vez. ¡No, no se rían ustedes! — añadió el príncipe en respuesta a las sonrisas de sus oyentes —; ¡Aquel abrazo era casto, el amor no entraña para nada en aquella expansión!

"Si hubieran ustedes conocido a aquella desventurada joven, también la hubieran compadecido como yo...

"Era una muchacha de la aldea; vivía con su madre en una pobre casita de dos ventanas. La vieja vendía cintas, hilo, tabaco, jabón y otros artículos en un mostrador que ponía en una de sus ventanas. Éste comerciante le producía algunas monedas, que bastaban para su subsistencia. Escaba enferma, y tenía los pies hinchados, lo que la obligaba a estar todo el día sentada en una silla.

"María, su hija, tenía veinte años y era de constitución muy débil. La risa habíale ya declarado vicio, no obstante, iba a las casas pudientes de la localidad para fregar los pisos, barrer, lavar la ropa y cuidar de los animales domésticos.

"Un viajante francés la sedujo, llevándola consigo, para abandonarla al calor de ocho días.

"Abandonada en un camino, lejos del pueblo, vióse obligada a pedir limosna para poder regresar a su casa, a la que llegó suya, cubierta de andrajos y descalza... Había caminado durante ocho días, descansando durante la noche en los campos abiertos y soportando grandes fríos. Los pies le sangraban; tenía las manos llenas de sabañones y de grietas. Su aspecto inspiraba piedad; amor, era raro que lo hubiera desperdiciado, pues no tenía de buena más que sus ojos sonadores e inocentes. Además, era en extremo taciturna.

"Recuerdo que una vez, antes del incidente de que he hablado, la oyeron cantar mientras lavaba, y la sorpresa que causó fue tal, que quienes la oyeron no pudieron por menos de exclamar entre grandes risas: "¿Qué milagro! ¿María ha cantado!" La pobre joven, turbada y confundida como si la hubieran sorprendido cometiendo un delito, se encerró desde aquel día en un mutismo obstinado.

"Entonces la trataban con alguna benevolencia; pero cuando, después de su falta, regresó a la aldea, andrajosa, hambrienta, descalza y con los pies sangrando, nadie tuvo la menor compasión de ella. ¿Por qué el corazón humano es tan duro en estos casos? ¿Por qué esa horrible severidad?

"La madre de María fue la primera en lanzar su desprecio y su ira en contra de la infeliz muchacha. "Me la deshonró!" — le dijo—. Y la expuso a los insultos de la muchedumbre. Cuando en la aldea se espació la noticia del regreso de María, viejos y niños, hombres y mujeres, todos corrieron a verla; la población entera invadió la chuzza de la vieja.

"Desfallecida de hambre, vestida de harapos, estaba María tirada en el suelo, a los pies de su madre, deshecha en un mar de llanto, tratando de substraerse a las miradas de los curiosos.

POMADA MAN ZAN

Descongestiona las Venas
Hemorroidales.
Calma la comezón.
Antiséptica.

EN POMOS PROVISTOS DE UNA
CÁNULA ESPECIAL QUE PERMITE
UNA LIMPIA Y FÁCIL APLICACIÓN



LA VOZ AMIGA

LA 3



En una renovación de afectos,
en la cita cordial de

"MEDIA HORA CON MARIBEL"

Dirección: José María Villone
Un programa dedicado a todas
las mujeres y hogares del país,
con la intervención estelar de las
más calificadas figuras del cine,
la radio y el teatro.

DE MARIBEL

Escuche todos los
lunes, a las 15.30
horas, "A solas
con mi conciencia",
estampas humanas
de un corazón de
mujer que se inte-
rroga a sí mismo,
escritas por Diego
Carlos Herrera e
interpretadas por
MARÍA LUISA RO-
BLEDO y RICARDO
ARGENTI.



Espacios auspiciados por
EDITORIAL SOPENA
ARGENTINA, editora de
"Maribel", "Leopón",
"Chabela", "Aquí Está",
para su revista MARIBEL.



Sintonice lunes,
miércoles y vie-
rnes a las 15.30
horas L R 3,
Radio Belgrano.

Pepo

"Los aldeanos la rodeaban, contemplándola como a un monstruo; los viejos ceñurabanla con las frases más duras; los jóvenes hacíanle bifa, y las mujeres la colmaban de injurias, haciendo gestos de repugnancia, como si estuvieran ante una araña.

"La madre, sentada en medio del aposento, lejos de oponerse a aquellas manifestaciones, las provocaba con sus palabras y sus ademanes.

"Ya entonces la anciana hallábase gravemente enferma, y dos meses después falleció, sin haber querido perdonar a su hija.

"No le hablaba jamás, hacía dormir en el patio y apenas le daba alimento. María, sin embargo, prodigándole los más solícitos cuidados, que la vieja aceptaba sin proferir palabra alguna de afecto.

"La joven lo soportaba todo con resignación, y más adelante, cuando trabó relación con ella, observé que aprobaba todo lo que le hacían, pues se consideraba como la última de las criaturas.

"Cuando murió la madre, el pastor evangélico no tuvo reparos en villipiar públicamente a María en la propia iglesia. Vestida con sus amarillos harapos, estaba arrodillada junto al féretro y lloraba desconsoladamente. La curiosidad había llevado mucha gente a la fúnebre ceremonia: prometíase un gran espectáculo viéndola llorar siguiendo el cadáver.

"El pastor evangélico, hombre joven aún y que cifraba toda su ambición en llegar a ser un gran predicador, se dirigió a la multitud y señalando a María, la acusó de todo.

"Todos los presentes escucharon con brutal placer las palabras insensatas del pastor protestante; pero en seguida se produjo un hecho imprevisto: todos los chiquillos asumieron la defensa de la joven, porque estaban ya de mi parte y comenzaban a compadecerse y a querer a María.

"He aquí la razón de este cambio. Yo deseaba ayudar de algún modo a la desgracia de la muchacha. Mucha necesidad tenía ella de dinero, pero durante todo mi permanencia en Suiza no fui nunca dueño de un solo copeque. Pero, en cambio, podía un afiligr de corbata con un diamante y lo vendí a un ropavejero que recorría aquellos lugares. Me dió ocho francos por un objeto que valía cuarenta.

"Transcurrieron varios días antes de que yo pudiera hablar a solas con María. Por último, conseguí tener una entrevista en las afueras de la aldea, en un sendero, detrás de un árbol. Le entregué los ocho francos recomendándole que no los malgastara, pues en lo sucesivo me sería imposible darle más dinero. Después la abracé.

"—No me atribuya ninguna mala intención — le dije—. La abrazo, no porque esté enamorado de usted, sino porque me inspira profunda compasión. Desde el primer momento vi en usted una desventurada y no una culpable.

"Cuando acabé de hablar, me besó la mano; yo toné la suya y quise besarla, pero ella la retiró vivamente. De pronto aparecieron ante nosotros todos los escolares. Supe después que hacía tiempo que nos vigilaban.

"Los muchachos comenzaron a reír, silbar y aplaudir, y María huyó desparovida. Quise hablarles, pero en vez de atenderme, descargaron sobre mí una lluvia de piedras. El mismo día, enterose toda la aldea de lo sucedido, y la maledicencia pública enseñóse aún más en la pobre María. Oí decir que se había pensado en infligirle un castigo; pero, gracias a Dios, desistíase de llevar a cabo semejante idea. En cambio, los niños no dejaban en paz a su víctima, y con animosidad creciente la insultaban, arrojándole puñados de barro.

"Este deplorable suceso me impidió dedicarme más al estudio y a la lectura con objeto de enseñarles a los niños lo que yo aprendía en los libros, y no me aparté de esta regla de conducta en los tres años siguientes.

"Cuando Schneider y otros me reprendían porque hablaba a los niños como si fueran hombres, sin ocultarles nada, yo les contestaba que era vergonzoso enseñarles. "Por lo demás — añadía yo —, a pesar de todas las precauciones que ustedes adopten, ellos sabrán lo que ustedes quieran que ignoren; sólo que lo aprenderán de un modo que pervertirá su imaginación, mientras que con mi sistema no hay que temer ese peligro. Cada cual, que interroge los recuerdos de su infancia".

"Pero este razonamiento no convencía a nadie.

"Fue quince días antes de la muerte de la madre de María cuando abracé a ésta.

"Los niños estaban ya de mi parte, como he dicho, en el momento en que el pastor evangélico pronunció su sermón. En lo que más me empujó puse, fuér en hacérsles ver el odioso e ineficaz enseñanza de aquel hombre contra una indefensa criatura. Todos, pues, se sublevaron, llegando algunos a exteriorizar su indignación rompiendo a pedradas los cristales de la casa del pastor.

"Les di a comprender que habían hecho mal; sin embargo, se esparció por la aldea la especie calumniosa de que había sido yo el instigador de semejante desafuero, y me acusaron de pervertir a los escolares. Toda la aldea notó en seguida la predilección de los niños por María y renació la inquietud; pero la joven era dichosa.

"Los padres perdían lastimosamente el tiempo prohibiendo a sus hijos que se tratasen con ella, pues éstos iban a encontrarla secretamente cerca de una alquería, donde ella les esperaba y guardaba las vacas — distante de la población media versta — unos, para llevarle regalos y otros, por el solo deseo de abrazarla y decirle: "Te queremos mucho, María". Lugo volví en toda rapidez.

"Poco faltó para que dicha tan inesperada biciese perder el juicio a María. Ella no había visualizado jamás cosa semejante, ni siquiera en sueños, y estaba trastornada de confusión y de júbilo. Los niños, y especialmente las niñas, estaban de ir a verla para decirle que yo la amaba y que les hablaba mucho de ella.

"Luego venían a mi encuentro, y entre mil graciosas nueces me contaban lo que habían visto y me daban recuerdos de María.

"Al atardecer iba yo a la cascada de que ya les he hablado. Allí había un sitio oculto a la vista de la aldea por los altos álamos que lo rodeaban; en aquel paraje iba yo, a los atardeceres, la visitas de los niños. Casi venían a escondidas.

"Parece que a ellos les causaba vivo placer el amor que, a su juicio, sentía yo por María, y sólo en esto engañé a mis amigos en todo el tiempo que permanecí con ellos. Yo les dejaba creer que estaba enamorado de María, aunque sólo experimentaba por ella profunda compasión; pero, viendo que esta idea les era agradable, me guardé muy bien de desencañarles, dejándoles creer que habían sorprendido mi secreto.

"También yo iba de vez en cuando a escondidas a visitar a María.

"Agravase de tal modo, en su enfermedad, que apenas podía tenerse en pie. Finalmente hubo de dejar el servicio de la alquería, pero continuó guardando las vacas. Sentábase en una roca y allí permanecía inmóvil hasta la hora de conducir el ganado al establo.

"Aniquilada por la tisis y respirando con dificultad, se pasaba todo el día en una especie de somnolencia, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en una roca. Su rostro demacrado parecía el de un esqueleto y el sudor bañaba continuamente su frente y sus sienas. En semejante estado la encontraba siempre que iba a visitarla, y permanecía a su lado un momento, porque tampoco yo quería ser visto.

"En cuanto me acercaba a ella, María se estremecía; alfriendo los ojos, apresurábase a besarme las manos, sin que yo me opusiera, pues esto le agradaba. En todo el tiempo que estaba a su lado, no cesaba de temblar y llorar, a veces sollozaba también, pero era difícil entenderla, por el aspecto de una boca tan comioida y exaltada estaba.

"A veces llegábamos juntos, los niños y yo, y en ese caso manteníanse a cierta distancia, para que nadie pudiese sorprenderme hablando con María. Ese papel de centinelas era lo que más les gustaba.

"Una mañana no pudo conducir a pacer el ganado y permaneció sola en su pobre vivienda. Supieronlo los niños y aquel día le hicieron varias visitas; estaba en cama y no tenía a nadie que la cuidase. Durante dos días los niños le prestaron los cuidados necesarios, estableciendo turnos de enfermeros entre ellos mismos.

"Por último, cuando se supió en la aldea que María estaba moribunda, algunas ancianas campesinas se colocaron a su cabecera. Parecía que en la población comenzaba a sentirse alguna compasión por la pobre joven; dejaban a los niños que se acercaran libremente a ella, y no la insultaban ya como antes.

"La enferma seguía en estado comatoso; tenía el sueño agitado y tosía de un modo horrible. Entonces, y en vista de tal gravedad, las ancianas prohibieron a los niños que entrasen en la habitación, pero ellos se encaramaban a la ventana aunque no fuese más que por el tiempo necesario para decirle: "Buenos días, María, estás mejor".

"Ella, en cuanto los divisaba ni oía sus voces, se reanimaba y, sorda a las observaciones de sus enfermeras, se incorporaba penosamente en el lecho y daba las gracias a sus amigos con ligeros movimientos de cabeza.

"Gracias a ellos, se lo aseguro a ustedes, la pobre joven murió casi dichosa, olvidando su desventura y considerándose en cierto modo perdonada, pues hasta el último momento tenía por una gran culpa.

"Murió la joven antes de lo que yo pensaba. El día anterior al de su muerte yo le dije, antes de la caída del día, ella pareció recomermse y yo le estreché la mano por última vez. ¡su mano descarnada! A la mañana siguiente me anunciaron el fallecimiento de María.

"Entonces, a pesar de todas las prohibiciones, los niños entraron en la casa, cubrieron de flores el cadáver y le pusieron una corona en la frente.

"En la iglesia, el pastor evangélico respetó la memoria de la que había insultado en vida. Por otra parte, no valía la pena lucir sus brillantes dotes oratorias ante aquel reducido cortejo fúnebre.

"Los niños hubieran querido transportar el ataúd, pero, como sus fuerzas no se lo permitían, limitáronse a seguirlo llorando.

"Después del entierro de María fué cuando especialmente se desencadenaron contra mí las iras de toda la población por mis relaciones con los escolares. Los promotores de esta nueva agitación fueron, en primer lugar, el pastor evangélico y el maestro de escuela. Llegaron hasta a prohibirles que me saludaran y Schneider les prometió que me vigilaría estrechamente. Mas, a pesar de todo, nos habíamos desahogado por saludar y me mandaban caritas.

"Más tarde cambiaron las cosas, con gran contento de mi parte. Esta persecución contribuyó a estrechar aún más mi intimidad con los niños.

"El año próximo pasado me reconcilé con Thilant y con el pastor evangélico; pero, en cambio, las discusiones entre Schneider y yo eran frecuentes, debido a sus reproches a lo que él llamaba "perniciosa sistema con los niños", como si yo hubiera tenido algún sistema.

"Finalmente, el día anterior a mi partida, manifestéme la extraña opinión que se había formado de mí:



DESPUES DE CASEROS...

"Muchos años después de 1852 —dice HECTOR PEDRO BLOMBERG, el escritor argentino cuya firma es familiar para los lectores de

LEOPLÁN

— vivían aún muchos de los principales personajes de la época de Rosas. Gran parte del personal de la Federación subsistía, unos tolerados y otros estimados por la corrección que se impusieron. Otros, los menos, aislados en el silencio severo del repudio, hasta que la pluma del periodista apasionado y del folletinista popular los arrancaba de la penumbra para recordar sus reales o supuestas demasías y crueldades. Hombres y mujeres de distinta clase social prolongaban el dramático recuerdo de la dictadura en los barrios céntricos y el suburbio. Alcanzaron la ancianidad sin perder la memoria y la emoción de los sucesos que presenciaron en su juventud y en su madurez, viviendo en un retiro que no era inaccesible a una justificada curiosidad.

¿QUE FUE DE ELLOS?..."

Pues bien, HECTOR PEDRO BLOMBERG irá resucitando en sucesivos envíos, con el poder evocativo de una pluma argentina y de lo argentino enamorada, los hombres y las cosas de esos tiempos, tan lejanos y tan cercanos a la vez, que la leyenda hizo suyos y todavía la historia no los ha alcanzado plenamente...

DESPUES DE CASEROS...

comenzará en LEOPLÁN desde el PROXIMO NUMERO



—Estoy plenamente convencido — me dijo — de que no es usted ni más ni menos que un niño, pero niño en el verdadero sentido de la palabra. De adulto no tiene usted sino la estatura y el rostro; en cuanto al desarrollo de la inteligencia y del carácter, y quizá también de la fuerza física, es usted todavía un niño, y es muy posible que continúe así, aunque viva sesenta años más. —Estas palabras me hicieron reír muchísimo. Evidentemente, Schneider se engañaba. ¿Tengo yo, acaso, aire de niño? Sin embargo es lo cierto que no me hallo en mi centro entre los hombres, o entre personas mayores, y será, sin duda, porque no los conozco. Díganme lo que quieran y por más que extremen su bondad para conmigo, su conversación y su trato no me satisfacen, y me resulta penosa la compañía de ellos.

—¿Qué! La sociedad con los hombres no tiene reservadas muchas faustas y bizarrías; pero he tomado la determinación de ser consistentemente honrado, cortés y sincero con todos; no se me puede pedir más. Es posible que no nie tengan aquí, como en Suiza, por un niño, aunque eso me sería indiferente.

—¿Creen todos que soy idiota; es verdad que estuve enfermo, y tenía la apariencia de tal; mas ahora poseo toda la lucidez de mi inteligencia, como lo demuestra el hecho de que noto quienes son los que por idiota me tienen.

—Cuando recibí en Berlín algunas cartas que mis amigos hablaban dirigido, comprendí cuánto les quería. La primera carta que se recibió causa siempre una impresión penosa.

—¿Qué tristes estaban todos el día que me despidieron!

—Un mes antes de mi partida, tomaron la costumbre de acompañarme a casa, y decían entristecidos a los que los encontrábamos por el camino: —¿León se va? ¿León se va para siempre!

—El día que emprendí viaje, todos me acompañaron hasta la estación, que quedaba a una versta de distancia de la aldea. Esforzábanse para disimular su emoción, pero por más que hicieran, muchos de ellos, las lágrimas especialmente, no pudieron contenerlas.

—Sólo al vagón, subió la locomotora y arrancó el tren en medio de los vítores y adiós de aquellos pequeñuelos, que permanecieron en el andén, como yo en la ventanilla, hasta que nos perdimos de vista.

El principe Muichkine hizo una pausa, y proseguió:

—Cuando, hace poco rato, entré en este salón, al contemplar los rostros de ustedes, que son muy bellos, por cierto — ahora observo mucho las fisonomías, y al escuchar sus primeras palabras, he sentido aligerado mi corazón, oprimido lo indecible desde que salí de Suiza. Me he creído realmente feliz; supongo que no era posible hallar persona alguna a la que desde la primera mirada se pudiese amar, y desde el momento que puse los pies en este aposento, se desvaneció mi error... No ignoro que no es costumbre hablar de los propios sentimientos, y he aquí que yo hablo de ellos sin ningún temor. Soy misántropo y quizá no vuelva por esta casa en mucho tiempo... Y no crean que digo esto porque haya recibido algún agravio o tenga motivo de queja... Ustedes me pidieron mi impresión de lo que leí en sus rostros; pues bien, se lo diré gustoso. Usted, Adelaida Ivanovna, tiene el aire de ser eternamente feliz; su rostro es el más simpático de los tres. Además, tiene gran personalidad, y al mismo tiempo un gran corazón, y al verla no se puede menos de decir: "He ahí una buena hermana". Con sus maneras sencillas y alegres, le usé pronto en el corazón de las gentes. Tal es la impresión que su rostro me ha producido. Usted, Alejandra Ivanovna, tiene un aspecto gracioso, pero alguna pena secreta la hace sufrir; si alina es, seguramente, buena si la has vivido, pero no está satisfecha. Éste es mi parecer acerca de usted; reflexión si es justa o erróneo... En cuanto a usted, Isabel Prokofievna, viéndoseos bruscamente, y encarándose con la generala —, en cuanto a usted, Isabel Prokofievna, su

rostro me hace suponer o, mejor dicho, me demuestra que, a pesar de su edad, es usted una niña, una verdadera niña, con todas las cualidades y todos los defectos que esa palabra implica. ¿No se enfadará conmigo si sigo habiéndole así? Usted no ignora el respeto y el cariño que me inspiran los niños... Y si me he expresado con tanta franqueza respecto a sus rostros, no crean que lo he hecho por ingenuidad, no; quizá tenga mis razones para ello.

VII

Quando el principe cesó de hablar, sus oyentes, incluso la propia Aglae, le miraron con aire satisfecho; pero la más contenta de todas era Isabel Prokofievna.

—¿Ya está el examen hecho! — exclamó ésta —. Pensaba vosotras, hijas mías, en proteger al principe como si fuese un pobre infeliz, y creo que podemos darnos por dichosas si él nos otorga su protección; y tuvo buen cuidado de decirnos que vendrá de tarde en tarde. ¡Nos hemos engañado de medio a medio, pero el que resultará más chascado de todos será, sin duda, Iván Fedorovitch, mi esposo! ¡Bravo, principe! ¡Figúrese usted, que antes de marcharse nos dijo que le soneteríamos a un examen!... Lo que he hecho es el deber de mi es perfectamente cierto: soy una niña, lo sé! Lo sabía antes que usted me lo dijera; con una sola frase ha expresado exactamente mi pensamiento. Creo que nuestros caracteres, desde todo punto de vista, son idénticos. Nos parecemos como dos gotas de agua. Sólo que usted es hombre y yo, mujer.

—¿No corras tanto, mamá! — exclamó Aglae —. El principe dijo que al hablar con la franqueza que lo ha hecho, no fué por ingenuidad, sino porque tiene sus razones para ello.

—¿Es cierto, es cierto! — confirmaron, riendo alegremente, las otras dos hermanas.

—No os riáis, hijas mías, porque el solo es más fuerte que vosotras tres juntas, va lo veréis. Díganme, principe, ¿por qué no nos dijo su opinión sobre Aglae? Ella la está esperando, y yo también.

—En este momento no puedo pronunciarme; lo dejo para otra ocasión.

—¿Por qué? ¿La encuentra usted más interesante que las demás?

—¡Oh, sí, interesantísima! ¡Es usted extraordinariamente hermosa, Aglae Ivanovna! ¡Tan hermosa, que da miedo mirarla!

—¿Es así todo? ¿Y el carácter? — insistió la generala.

—Es muy difícil juzgar la belleza — prosiguió el principe —. Yo, a lo menos, por ahora, no me considero capaz de hacerlo. La belleza es un enigma.

—Eso quiere decir que propone usted un enigma a Aglae — replicó Adelaida —. ¡Adivinalo, Aglae! ¡Pero la encuentra, realmente, tan hermosa como dice!

—¡Sí, muy hermosa! — repitió el principe, contemplando a la joven con arrobamiento —; casi tanto como Anastasia Filipovna, aunque los rostros sean diferentes...

Las cuatro mujeres se miraron recíprocamente con indecible estupor.

—¿Cómo puede? — exclamó, con alterada voz, la generala —. ¿Como Anastasia Filipovna? ¿Qué Anastasia Filipovna?

—Hoy, Gabriel Ardalionovitch enseñaba el retrato de esa joven al general, en el despacho de éste.

—¿Cómo! ¿Le trajo el retrato de esa mujer a Iván Fedorovitch?

—Para enseñárselo únicamente — repuso el principe —. Anastasia Filipovna le regaló hoy su retrato a Gania y éste lo trajo...

—¿Quiero verlo! — interrumpió vivamente la generala —. ¿Dónde está ese retrato? ¿Que hagamos venir en seguida a Gabriel Ardalionovitch!... Pero sus malicias las guías que tengo de verle...

—Querido principe, tenga usted la bondad de ir por el retrato... Dígale que quiero verlo, hágame este favor.

—Es un buen joven, pero demasiado... ingenuo — observó Adelaida, cuando el principe hubo salido del aposento.

—Sí, demasiado ingenuo — confirmó Alejandra —, y me parece que algo ridículo también. Ni una ni otra expresaban su verdadero pensamiento.

—Sin embargo — dijo Aglae —, hablando de nuestros rostros se la portado admirablemente; a todas nos losojé, incluso a mamá. "En verdad, he convertido una tontería hablando del retrato — pensaba sin arrepentimiento el principe Muichkine, mientras se dirigía al despacho del general —; pero quizá he hecho bien, después de todo..."

En su mente comenzaba a germinar una idea extraña, aunque muy confusa aún. Gabriel Ardalionovitch se encontraba todavía en el despacho de su superior, examinando unos documentos. Era evidente que la Compañía no le regalaba el suelo.

Quando el principe, por encargo de la generala, le pidió al retrato, Gania quedose un momento atrido.

—¿Qué necesidad tenía usted — rugió luego — de clarar sobre lo que aquí había visto u oído?

—Y murmuro por su colete — ¡Idiota! —. —Perdóneme usted — repuso Muichkine —, lo hice sin pensar...; se me escapó en el curso de la conversación, al decir que Aglae era tan hermosa como Anastasia Filipovna.

Gania pidióle que le contase todo lo que había sucedido, y el principe obedeció.

Mientras hablaba, el secretario le miraba con expresión burlona.

—Decididamente, Anastasia Filipovna ha ocupado por completo su imaginación — murmuró, y permaneció unos instantes silencioso y pensativo.

Su perplejidad era evidente. Muichkine volvió a hablarle del retrato.

—Escúcheme usted, principe — dijo, de pronto, Gania, como iluminado por una idea repentina —; tengo que pedirle un gran favor, pero, realmente, no sé...

No terminó la frase; su turbación iba en aumento; una lucha terrible se libraba, sin duda, en su interior. El principe le contemplaba en silencio. Gania le envió una vez más en una mirada penetrante, escrutadora.

—Principe — dijo, al fin, el secretario —, por lo que a mí se refiere... por una circunstancia rara... y ridícula... en la que no entro para nada... Bien, es inútil hablar de esto; en una palabra, las señoras parece que están enfadadas conmigo, de manera que, desde hace algún tiempo, no quiero entrar en sus habitaciones... Pero es el caso que en estos momentos tengo absoluta necesidad de hablar con Aglae Ivanovna. Con este objeto, le he escrito cuatro renglones (Gania tenía en la mano una carta), y no sé cómo hacerla llegar a sus manos... ¿Quiere usted, principe, encargarse de dársela de inmediato, y en su propia mano, a Aglae Ivanovna?

—No gustan muy poco estas comisiones — repuso Muichkine.

—Ah, principe, si pudiese cuánta importancia tiene esto para mí! — suplicó Gania —. Ella, quizá, responderá... Cree que se trata de un asunto urgente, urgentísimo, de lo contrario no me hubiera atrevido... ¿A quién recurrir en este momento?... No puede imaginarse la enorme importancia que esto encierra para mí...

Consternado por la negativa del principe, Gania le miraba con expresión suplicante.

—Sea, entregaré esa carta — dijo, al fin, Muichkine.

—¡Pero sin que nadie le vea! — insistió Gania, contentísima —. Cuento con su palabra de honor, principe.

—Esa le verá.

—La carta no está cerrada, pero...

El secretario se interrumpió, avergonzado de haber dejado traslucir una sospecha ofensiva para Muichkine.

—No la leeré, pierda usted cuidado — repuso, y, tomando el retrato, salió del despacho.

Cuando quedó solo, Gania tomóse la cabeza con ambas manos, murmurando:

—Una sola palabra de ella, y... romperé con todo!...

Entretanto el príncipe volvía, pensativo, a las habitaciones de las señoras Fipanchine. El encargo que le habían confiado le contrariaba vivamente, y no le resultaba menos penoso el hecho de que Gania escribiese secretamente a Aglae.

Antes de llegar a las habitaciones, Muichkine se detuvo bruscamente, como si alguna repentina idea hubiese cruzado por su imaginación; miró en torno suyo y acercóse a la ventana para examinar a su gusto el retrato de Anastasia Filipovna.

La primera impresión que le había causado continuaba fija en su imaginación y quiso someterla a una contraprueba. Contemplando de nuevo aquel rostro que sólo tenía de notable su rara belleza, el príncipe experimentó una sensación aún más fuerte que la vez anterior.

La belleza deslumbrante de Anastasia Filipovna tenía algo de extraordinario; un rostro pálido, mejillas casi hundidas y ojos ardientes; justo constituía una belleza bien extraña!

El príncipe contempló el retrato un momento y, después de asegurarse de que no podía ser visto, se lo llevó a los labios y besólo con precipitación.

Cuando, un minuto después, entró en la estancia, su rostro no delataba la emoción que experimentara un momento antes.

Al atravesar el comedor, encontró a Aglae, que estaba sola, junto a la puerta de otra pieza contigua al salón.

—Gabriel Ardalionovitch me ha rogado que entregue a usted esto — dijo el príncipe, presentándole la carta.

Aglae tomó el pliego y miró a Muichkine con expresión extraña. La fisonomía de la joven no delataba la menor confusión; todo lo más, cierto estupor producido únicamente por el papel poco afusto que estaba representando el príncipe.

La mirada tranquila y ávida de Aglae parecía preguntar a Muichkine cómo y por qué se hacía cómplice de Gania. Durante unos segundos permanecieron silenciosos, uno frente a otro; finalmente, Aglae rió con malicia y lo dejó plantado.

La generala examinó desdenosamente el retrato de Anastasia Filipovna, teniendo a distancia de sus ojos.

—Sí, es hermosa — dijo, al fin —; hasta muy hermosa. La he visto dos veces, pero desde lejos. ¿Así que le gusta a usted esta clase de belleza? — preguntó la generala con brusquedad al príncipe.

—Sí... me gusta... — respondió éste con cierto embarazo.

—Pero ¿esta precisamente?

—Sí, esta.

—¿Por qué?

—En ese rostro... se adivinan grandes sufrimientos... — articuló como involuntariamente el príncipe, que más parecía responderse a sí mismo, y no dirigirse a la generala.

—¿Bah! ¿Usted sueña! — replicó Isabel Prokofievna, y con gesto arrogante tiró el retrato sobre la mesa.

Alejandra lo tomó, Adelaida acercóse a ella y ambas se posieron a examinar atentamente el rostro de Anastasia.

En aquel momento entró Aglae en el salón, echó una rápida ojeada al retrato, hizo un mohín de desprecio y fué a sentarse en una butaca con los brazos cruzados.

La generala tocó el timbre.

—Diga a Gabriel Ardalionovitch que venga en seguida — ordenó al criado que se presentó.

—Pero, mamá! — dijo en tono significativo el criado.

La generala, cuyo mal humor iba en aumento, no hizo caso alguno de la exclamación de su hija.

—¿Quiero decir dos palabras!... ¡Basta!... — replicó con acento colérico... En mi casa, príncipe, no hay ahora más que secretos, siempre secretos! Son indispensables, así lo exige la buena educación... Pero el asunto de que voy a tratar requiere mucha claridad, franqueza y, sobre todo, mucha honradez. Los matrimonios que se tratan como un negocio, no me gustan nunca.

—Pero, mamá — insistió Alejandra —, ¿por qué dices eso?

—Es que te gustan a ti, por ventura, hija mía? ¿Qué importa que me oiga el príncipe! Somos amigos; por lo menos yo soy su amiga. Dios busca a los buenos, pero detesta a los malvados y a los caprichosos que hoy dicen una cosa y mañana sostienen otra. ¿Comprendes, Alejandra Ivanovna? Dicen mis hijas, príncipe, que soy muy original, pero sé discernir... Lo esencial es tener corazón; lo demás nada significa... La gracia, sin duda, es lo necesario, sino lo más esencial. No sonrías, Aglae... Eso es una gran verdad. Yo soy una tonta que tengo corazón y muy poco ingenio; ti, en cambio, eres graciosísima, pero no tienes corazón; sonris, pues, ambas desgraciadas, tanto sufrimos una como otra.

—¿Qué te hace tan desgraciada, mamá? — preguntó Adelaida, riendo, pues era la única que conservaba su buen humor.

—Me parece, sapientísimas hijas mías, que he dicho lo suficiente para hacerme comprender. Bastante hemos hablado ya. Venenos si vosotros dos (descarto a Aglae), sabéis salir del paso con la gracia y la facundia de que hacéis gala; ya venenos, Alejandra Ivanovna, si eres feliz con el

Un Hombre de 50 años

¿ES JOVEN?
¿ES VIEJO?

Cincuenta años marcan el justo medio de la vida; por eso en esta edad un hombre no es ni joven, ni joven, simplemente ha llegado a su plenitud. En esta época, aquetado el espíritu, libre el ánimo de oposicionamientos, cultivada la mente y educada la voluntad en la constante lucha, es cuando el hombre ve la vida serenamente. Con razón se ha dicho que éste es el más grato período de la existencia, y es en esta edad cuando los escritores y artistas han producido sus más bellos creaciones.

Pero la turbulenta juventud nos ha dejado su amargor y debemos compensar con exceso de cautela toda la imprevisión anterior. Después de ser excesivamente pródigos con nuestras energías y de haber expuesto la salud en más de una ocasión, seamos ahora avaros de tan imponderable bien.

Generalmente esta edad nos reclama moderación; la disminución de la actividad es causa de constipación crónica y no hay que descuidar el sistema circulatorio y la tensión arterial que hacen su mayor número de víctimas en esa edad.

Por eso, ¡qué bien hacen quienes tienen presente la Yodosalina, como auxiliar valioso de su bienestar! La Yodosalina es una asociación de principios terapéuticos tales como el sulfato de sodio, cuya misión es estimular las funciones hepáticas y combatir la atonía intestinal, eliminando de paso los toxinas. El Yodo, sabiamente adicionado, permite incorporar al organismo este valioso elemento, tan útil en los trastornos circulatorios y en la excesiva presión arterial.

Por eso nuestro consejo es: la visita periódica al médico y la pequeña dosis diaria de Yodosalina, como medios para prolongar el bienestar y la salud.

respetable señor... ¡Ah! — exclamó, viendo entrar a Gania —, he aquí otro matrimonio que se está negociando. ¡Buenos días! — añadió con sequedad, respondiendo al saludo del secretario, y sin invitarle a sentarse, le espetó a boca de jarro: — ¿Usted está negociando un matrimonio?

— ¿Un matrimonio?... ¿Qué matrimonio?... — balbuceó Gabriel Ardalionovitch, estupefacto. — El suyo, hombre, el suyo; ¿puedes que se lo diga así, sin tapujos?

— ¡Ah, no... yo... no...! — tartamudeó el secretario, rojo de vergüenza.

Seguidamente dirigió una rápida mirada a Aglae, que permanecía sentada, y que, fríamente, sin pestañear, observaba su torbellino.

— ¿Que no? ¡Ha dicho que no? — prosiguió la implacable generala. Está bien, recorda, que en el momento oportuno que a mí pregunta ha contestado usted que no. ¿Qué día de la semana es hoy?... ¿miercoles?

— ¡Cree que sí, mamá! — repuso Adelaida.

— ¿Ni siquiera estás segura del día en que viven? ¿A cuánto estamos del mes?

— ¡A veintiseis — contestó Gania.

— ¡Veintiseis? Bueno es saberlo. Puede retrasarse; tiene usted mucho que hacer, a lo que parece, y yo también; ya es hora de que me vista. Tome usted su retrato y salude en mi nombre a su padre madre. ¡Adiós! — exclamó el príncipe. Venga a visitarnos con frecuencia. Voy a casa de la vieja Bielodonsky expresamente para hablarle de usted. Escuche todavía este, estimado amigo; creo que es precisamente para favorecerme a mí por lo que Dios le ha enviado de Suiza a San Petersburgo. Tal vez le hayan traído aquí otros asuntos, pero el objeto principal le sido yo. ¡Así estaba escrito en los inescrutables designios de Dios! Hasta luego, hijas mías; ven conmigo, Adelaida.

Y la generala abandonó el salón.

Apresurada, furiosa y descomulgada, Gania tomó el retrato, que había quedado sobre la mesa, y se dirigió a Muichkine, esforzándose por sonreír.

— ¡Príncipe, cuando salga de aquí iré directamente a casa. Si no ha desistido usted de venir a habitar con nosotros, le acompañaré, puesto que no conoce nuestro domicilio.

— ¡Agnársele usted un momento, príncipe — dijo Aglae, abandonando vivamente su asiento. — Antes de marcharse, es preciso que escriba algo en mi álbum. Papá nos dijo que tiene usted una letra primorosa. Vuelvo en seguida.

Y desapareció.

— ¡Has la vista, príncipe; yo también me retiro — dijo Adelaida.

Estrechó cordialmente la mano de Muichkine, acompañando la presión con una amable sonrisa, y se retiró sin dignarse siquiera mirar a Gania. Este no esperaba otra cosa que hallarse a solas con el príncipe para desahogar su ira. Con el rostro encendido y los ojos llameantes se precipitó hacia Muichkine, interponiéndole con violencia, aunque en voz baja.

— ¡Ha sido usted — dijo, rechamando los dientes — que has hablado de mi matrimonio! ¡Charlatán!

— ¡Le aseguro que se engaña — repuso el príncipe con tono tranquilo y cortés —; ignoraba que pensara usted siquiera en casarse.

— Pero habrá usted oído decir al general que esta noche diría Anastasia Filippovna su última palabra, y la ha repetido aquí. ¡Usted niente! ¡Por quién iban a saber ellas eso! ¡El diablo me lleve, si no ha sido usted! ¡O le parece que la vieja no me ha hecho alusiones bastante claras?

— ¡Se cree usted que sus palabras encerraban esas alusiones, debe avergonzarse bien es que la ha informado, porque, vuelva a repetirle, yo no fui — repuso el príncipe, sin perder su calma habitual.

— ¡Ha entregado usted mi carta? ¿Y la contestación? — preguntó Gania, devorada por la impaciencia.

En aquel momento entró Aglae y Muichkine

no tuvo tiempo de responder.

— ¡Aquí viene, príncipe — dijo la joven, poniendo el álbum sobre la mesa —. Escoga usted la hoja que le parezca; yo escogí algo en ella. Aglae parecía no advertir la presencia de Gania. Pero mientras Muichkine se preparaba para escribir, el secretario acercóse a la joven — que, de pie junto a la chimenea, tenía al príncipe a su derecha — y en voz queda y suplicante le dijo:

— ¡Una palabra, diga usted una palabra no más, y estoy salvado!

El príncipe se volvió rápidamente hacia ellos y les miró con fijeza. El rostro de Gania expresaba la más viva desesperación. Aglae, en cambio, lo miraba con ese estupor tranquilo que el príncipe había notado cuando se encontró en la habitación contraria al comedor.

— ¿Qué quiere usted que escriba? — preguntó el príncipe.

— ¡Yo le dictaré — repuso la joven, volviéndose hacia él —. ¡Estámos? Pues bien, escriba: "Yo no acepto ese negocio". Ahora ponga usted la fecha arriba... Así... ¿A ver?

El príncipe le entregó el álbum.

— ¡Magnífico! ¡Está admirablemente escrito! Tiene usted una mano que vale una fortuna! Muchas gracias, príncipe, y hasta la vista...

¡Ah, no! — añadió, como si de pronto recordase algo que había olvidado —, venga conmigo, pues quiero darle un recuerdo mío.

El príncipe la siguió, pero cuando entraron en el comedor, Aglae se detuvo.

— ¡Lea usted esto — dijo a Muichkine, presentándole la carta de Gania.

Muichkine la tomó, mirando a Aglae de un modo indeciso.

— Sé que usted no la ha leído y que no es cómplice de ese hombre, Lea, quiero que la lea. La carta decía lo siguiente:

Hay un ha de decirle mi suerte, y ya sabe usted de qué suavera. Hoy he de dar una palabra irrevocable. No tengo ningún derecho a que usted se interese por mí, y yo me atrevo a almorzar exponiéndose alguna; pero en cierta ocasión usted pronunció una palabra, no solo, y esa palabra brilló en la noche de mi existencia. Fue para mí su rayo siempre luminoso. Repita una palabra semejante, y me habrá salvado. Dígome solamente: "Rompa con todo", y voy mismo corré libre. ¿Qué compromiso usted nos dejó aquí? Al principio solamente impugno de usted una señal de compasión, ¡honda más que esto! No me atrevo a arriesgar esperanzas, porque no ignoro que valgo muy poco. Pero si cede su respuesta favorable, volveré gustoso a la pobreza, aunque de repente me situación desesperada, afrontar la lucha con placer y decisión. Escríbame, pues, esa palabra de compasión, de compasión nada más, se lo juro! No se enoje con su desamparo ni le acuse de insolente por haber tenido el atrevimiento de hacer un supremo esfuerzo para substraerse a su perdición.

G. L.

Cuando el príncipe acabó de leer, dijo Aglae con airoso acento:

— ¡Aseguro que hombre que la frase rompa con todo no me compromete a nada, no me liga a él de ninguna manera; ya lo ve usted, esa carta es una garantía escrita. Observe usted cómo ha subrayado inocentemente algunas frases y con qué claridad trata de revelar sus íntimos pensamientos. ¡El sabe perfectamente que si renuncia con todo espontáneamente, sin esperar a que yo se lo ordene, sin decirme siquiera una palabra de esto, sin fundar en mí ninguna esperanza, él sabe, repito, que si obrase de este modo tal vez cambiarían mis sentimientos hacia él y que quizá sería amisa suya. ¡Si, lo sabe, no puede ignorarlo! Pero es de alma tan vil y miserable que, a pesar de saber esto, no se decide, exige garantías anticipadas, para renunciar a cien mil rublos, quiere que yo le autorice para esperar que un día llegará a ser su esposa. En cuanto a la palabra de que habla en esa carta y que dice que ha iluminado su vida, no es más que una imprudente mentira. Un día le demostraré únicamente cierta compasión; pero él es insolente y

presuntuoso, y sobre ello ha fundado sus esperanzas. Yo lo noto en seguida. Desde entonces no ha pasado un día sin que me escriba como el alba. Buenos, bastante hemos hablado ya de esto. ¡Tome, príncipe, la carta, y desenvólvela en cuanto estén en la calle, pero no antes, ¿entiende?

— ¿Que le he de responder, si me pregunta?

— Nada; qué más respuesta quiere que la devolución de su carta? Dígame, ¿va usted a hospedarse en su casa?

— ¡Así me lo recomendó su padre de usted — contestó el príncipe.

— Pues bien, andese con cuidado, porque lo prevengo que no me le perdonará jamás el que le haya devuelto su carta.

Aglae estrechó ligeramente la mano del príncipe, y se retiró sin dedicarle una sonrisa: estaba malhumorada.

— ¡Estoy a su disposición, permítame solamente recoger mi libro — dijo el príncipe a Gania, que le aguardaba en el despacho del general.

El secretario dio una patada en el suelo, devorado por la impaciencia y ciegos de ira.

Al fin, los dos jóvenes abandonaron la casa.

— ¡A la respuesta? — preguntó Gania en cuanto indicaron salida —. ¿Dónde está la respuesta?

— ¿Que le ha dicho? — él entregó usted mi carta?

— El príncipe le presentó, sin despegar los labios, la que Aglae le había devuelto. Gania se quedó mudo de estupor.

— ¡Cómo! ¡Si es mi carta! — exclamó al fin, presa de indecible furor —. ¡Maldito! ¿Por qué no se la entregó? ¡Debería haberlo sospechado!

— ¡Perdone — replicó el príncipe, impasible — se la entregué a los pocos momentos de haberme dado usted, y lo hice en la forma que me dio. Si alabiará, me lo pongo, me lo pongo a parpa Aglae Ivanovna me ha ordenado que se la devolviera.

— ¿Cuándo?

— Apenas acabé de escribir en el álbum las palabras que ella misma me dictó, díjome que la siguiera... ¿Pero no lo oyó usted? Entramos en el comedor, me dio la carta, hizo que yo la llevara y me ordenó después que la restituyera a usted.

— ¿Que se la hizo leer? — preguntó Gania —. ¿Y usted la ha leído...

— ¡Sí, lo he leído.

— ¡Pero fue ella misma la que se la dio para que la leyera?

— ¡Sí, ella fué, de lo contrario, jamás me hubiera arrevido a hacerlo.

Durante un minuto, Gania permaneció silencioso, esforzándose por reunir sus ideas; pero de pronto exclamó:

— ¡Pero algo le habrá dicho! ¿Qué hace usted, desgraciado, que no me repite sus palabras!

— ¡Al terminar yo de leer la carta, me dijo que usted le tenía un lazo, que trataba de comprometerla, que antes de renunciar a cien mil rublos quería usted ser recompensado por este sacrificio con su mano de esposa. Si eso le hubiera hecho sin comerciar con ella — añadió —, si hubiera rotto con todo espontáneamente, sin pedirle garantías anticipadas, tal vez le habría concedido su amistad... Creo que fué esto todo lo que me dijo.

Una cólera terrible apoderóse de Gania, haciéndole olvidar toda mesura.

— ¿De manera que así se desprecian mis cartas? — exclamó Gania, volviéndose hacia el príncipe.

— ¡Conque así se abusan de mis cartas! — exclamó Gania, que ya no venía a ninguna a pata que quisiera.

— ¡Todavía no le he quemado mi último cartucho!

Los dos jóvenes anduvieron unos minutos sin pronunciarse palabra.

Gania, sin hacer caso del príncipe, al cual no daba ninguna importancia, daba libre curso a su exasperación, como si estuviera solo en su cuarto. Y la paciencia con que Muichkine aguantaba sus continuas ofensas le exasperaba aún más.

— ¡Ella, ¡irascible joven, ya en el colmo de la ira, lo tiene ¡irascible! Entonces el príncipe, se puso de pronto.

— ¡Escuche, Gabriel Ardalionovitch: en otro tiempo sufrí una especie de idiotismo, a com-

secuencia de mi enfermedad; pero hace más de tres años que estoy curado por completo y me causa muy poca gracia que me llamen idiota. Es cierto que la ira provocada por el frasco que acaba de sufrir, pone en sus labios frases bastante molestas que hasta ahora he olvidado. Pero su cólera colma ya toda medida. Esto es intolerable. Por consiguiente, es mejor que nos separemos; puesto que nos encontramos en esta plaza, de la que parten varias calles, tome usted por la derecha, para ir a su casa, si gusta, y yo seguiré por la izquierda. Tengo veinticinco rublos y encontraré fácilmente un alojamiento.

Grande fue la confusión de Gania, que, hasta aquel momento creyó que estaba tratando con un imbécil. Reconociendo, pues, su error, enfrióse de vergüenza, y sustituyó súbitamente la insolencia de que había hecho alarde por la más refinada reserva.

—Perdóneme, príncipe — dijo Gania en tono suplicante —, ¡por el amor de Dios, perdóneme! Hágase cargo de mi desventura. Si supe que usted despreciaría soy, seguramente me compadecería, aunque no lo merezco.

—Nada tengo que perdonarle — interrumpió Muichkine —. Me hago cargo de su contradicción, y de lo de los hirientes frascos. Vámonos, pues, a su casa; le acompañaré con mucho gusto.

—Ahora es imposible dejarlo marchar — decidió Gania, mirando de reojo y con rencor al príncipe —. Este bribón me ha tirado de la lengua y luego se ha sacado la máscara... Conviene tenerlo en cuenta... ¡Nos veremos, amigos!... Bueno, todo quedará arreglado hoy.

Momentos después, llegaban a la casa de Gania.

VIII

Sin que la vivienda encerrase nada de extraordinario, notábase al pinto que no correspondía a la situación económica de un empleado, que, con dos mil rublos de sueldo, había de atender las necesidades de una familia algo numerosa.

La casa estaba dividida en dos departamentos por medio de un corredor que comenzaba en la antecala. De un lado estaban las tres habitaciones que alquilaban a personas "especialmente recomendadas"; además, al extremo del corredor, cerca de la cocina, había otro aposento, más reducido que los otros, ocupado por el general Ivolguine, el jefe de la familia, que tenía por lecho un ancho sofá. Para entrar y salir tenía que pasar forzadamente por la cocina, y no le estaba permitido usar otra escalera que la del servicio.

Aquella estrecha habitación servía también de alojamiento a Kolia, el hermano menor de Gania, muchacho de trece años; que hacía allí sus trabajos escolares y dormía sobre otro sofá estrecho y deteriorado. Pero el verdadero motivo de la casi continua permanencia de Kolia allí, era para vigilar a su padre, que cada día que pasaba era más extravagante.

Dieron, al príncipe la habitación del centro, situada entre la de Fordeyhtchenko, a la derecha, y otra, a la izquierda, que estaba aún desahogada.

Gania hizo pasar antes a Muichkine al departamento que la familia Ivolguine habíase reservado, compuesto de tres habitaciones: una sala, que se transformaba en comedor cuando era necesario; un saluquito, que de noche servía a Gania de despacho y de alcohol, y otro aposento, que permanecía siempre cerrado, en el que dormían Nina Alejandrovna y su hija. En una palabra, no era posible vivir muy estrechos.

Aunque Gania nunca mostrase respeto con su madre, observábase a primera vista que era el despoja de la casa.

Nina Alejandrovna no estaba sola en el salón; acompañábase su hija Bárbara y tenían una visita, Iván Petrovitch Pritizine.

Nina Alejandrovna representaba unos cincuenta años, tenía el rostro flaco y ajado y un círculo negro rodeaba sus ojos. Aunque su

aspecto era enfermizo y algo triste, su fisonomía y su mirada eran bastante agradables; a las primeras palabras descubríase en ella un carácter serio y digno. A pesar de su apariencia tímida, adivinábase en ella firmeza y resolución. Bárbara Ardalionovna tenía veintitrés años. Muy delgada y de mediana estatura, poseía uno de esos rostros que, sin ser precisamente bellos, tienen, sin embargo, el privilegio de agradar y aun de fascinar casi todo como la belleza perfecta.

Era bastante parecida a su madre, la mirada de sus ojos grises podía ser, en ocasiones, alegre y afable, pero, de ordinario, era seria y melancólica. Desde hacía algún tiempo, la fisonomía de la joven había tomado una expresión que delataba hondas preocupaciones.

La firmeza y la resolución leíanse en su rostro como en el de su madre; pero se adivinaba que el carácter de su madre era aún más enérgico y más emprendedor. Bárbara era pronta a la ira, y a menudo imponía pavor a su propio hermano Gania, cuando estaba encolerizada.

No le tenía menos Iván Petrovitch Pritizine, que se hallaba de visita en el salón de los Ivolguine en el momento que lo presentamos a nuestros lectores.

Este, que representaba unos treinta años, vestía con elegante sencillez, y sus modales eran agradables, aunque algo acompañados. Usaba barba recortada color castaño; hablaba con soltura y gracia. Saltaba a la vista que su estado allí no era, por cierto, por indiferencia hacia Bárbara Ardalionovna. Esta, por su parte, le trataba como un amigo, pero haciendo oídos sordos a ciertas sugestiones que éste había intentado poner sobre el tapete más de una vez. Esto, sin embargo, no desanimaba a Pritizine.

Nina Alejandrovna le acogía siempre con exquisita amabilidad y, desde hacía tiempo, había puesto en él gran confianza. Sabíase, además, que era prestamista.

Gania saludó secamente a su madre, no dijo palabra a su hermana, presentó al príncipe con poses, pero explícitas palabras, y abandonó seguidamente el salón, acompañado de Pritizine, mismo.

del que era íntimo amigo.

Nina Alejandrovna acogió amablemente a Muichkine, y viendo a Kolia en el hueco de la puerta, le mandó que condujese al nuevo huésped a la habitación del centro.

Era Kolia un muchacho de rostro surtido y muy agradable; su carácter franco e ingenioso, inspiraba confianza desde el primer momento.

—¿Dónde está su equipaje? — preguntó al príncipe.

—En la antecámara; es un pequeño envoltorio...

—Voy a buscarlo. La servidumbre de la casa está reducida a la cenicera y a Matrena, y, por lo tanto, yo he de hacer de camarero. Vaya (1) nos vigila a todos y no para ni un minuto de gruñir. Dijo Gania que ha llegado usted hoy de Suiza. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Es bonito aquello?

—Muy bonito.

—Voy a recoger su equipaje.

—Bárbara, entre en el apartamento.

—Matrena va a arreglarle todas las cosas — dijo al príncipe —. ¿Ha traído usted bañi?

—No; un pequeño envoltorio, que su hermano fué a buscar.

—¿Allí no había más que este fío de ropa? — exclamó Kolia, haciendo irrupción en la pieza —. ¿Y su equipaje?

—No traigo más equipaje que éste — contestó el príncipe tomando su pañuelo.

—¡Ah! Me tenía que Fordeyhtchenko lo hubiera hecho suyo.

—No digas necedades! — dijo severamente Varra, que hablaba también al príncipe en tono seco y poco cortés.

—Querida hermanita, podías hablarme con

(1) Diminutivo de Bárbara.

Yuyo
INCAICO
DIGESTIVO
LAXANTE vegetal MODERNO
GRATIS
Un sobre de muestra a quien lo solicite mencionando este aviso.
AGRADABLE
Yuyo Incaico en las comidas Libera el cuerpo de toxinas **PIDALO EN FARMACIAS**
DISTRIBUIDOR
SCODELSTERO 1432
SUÑEROS AÑES

ORO Y PLATA
SECAN COMO EL VIENTO
REPASADORES
ORO y PLATA
COLORES FIRMES
GARANTIZADOS

SOLICITADA

SOBRE UN ENGAÑO

En algunos comercios al por menor, propiamente del ramo de perfumería, habíase difundido la mala costumbre de desearse tarde a los clientes los productos de marca que solicitaban, para recomendarlos, en vez de los artículos similares, de dudosa calidad y meros imitaciones.

Muchas personas que sufrían con esta mala costumbre en demanda de una defensa a sus intereses. Nada puede hacerse en casos semejantes que no parte del propio interesado. Si tal se ve en una situación perjudicada, no vale en exigir la mano de su preferencia. En su línea de carácter encontrará el mejor modo ante esta situación. Se le admiten, en nombre de la



CAMPAÑA
PRO-COMERCIO LEAL

más consideración, pues ya sabes que yo no soy Pitzine.

—Sigue haciéndote el tonto, y todavía me veré obligada a darte una bofetada — repuso la joven, viéndose al príncipe añadió: — Para cuanto usted necesite, dirijase a Matrena. Almorzamos a las cuatro y media; puede almorzar aquí, o en el comedor con nosotros, a su elección. Vamos, Kolia, ven conmigo y no molestes.

—Ya voy! ¿Qué genio!

En el comedor tropezaron a Gania.

—¿Está papá en casa? — preguntó a Kolia.

El muchacho contestó afirmativamente, y Gania le susurró unas palabras al oído.

Kolia asintió con un movimiento de cabeza, y siguió a Bárbara.

—Dos palabras, príncipe — dijo el secretario de Fanchine, entrando en la habitación — se me había olvidado hacerle una recomendación sobre el asunto del que heues hablado en el calle. Si no le resulta muy molesto, le ruego que no cuente aquí lo que ha pasado entre Agla y yo, ni *allá* lo que, verá en esta casa, que, a decir verdad, son cosas sin mayor importancia.

—Le aseguro que soy menos charlatán de lo que usted se figura — contestó el príncipe con aire ofendido.

Las relaciones entre ambos jóvenes hacíanse por momentos más tirantes.

—¿Qué habitación tan fea! — exclamó Gania, desentendiéndose y paseando su mirada despreciativa por el aposento. — No se ve muy bien, que digamos, y las ventanas dan al patio... Por dondequiera que se mire, se ve que ha llegado usted a nuestra casa con poca oportunidad. Después de todo, esto no es de mi incumbencia. Yo no soy posadero.

Pitzine vino en busca de Gania. Este le siguió, pero se observaba que el secretario tenía algo más que decir al príncipe y que no se atrevía a abordar la cuestión por una especie de vergüenza que le retenía, y prefirió hablar de la habitación, hasta ver una oportunidad propicia para ello.

Muichkine apenas había tenido tiempo para asearse un poco, cuando se abrió bruscamente la puerta de su cuarto y apareció un nuevo personaje.

Era un hombre de unos treinta años, más bien alto que bajo y de anchos hombros que sostenían una cabeza enorme, coronada de cabellos rizados y rojizos; tenía el rostro carnoso y encendido, labios gruesos, nariz grande y achatada, y ojos pequeños y burlescos, como si constantemente guisasen a alguno; en una palabra, en su fisonomía dominaba la impudicia. La vestimenta de aquel individuo hacía juego con su cara.

—Soy Fedytchenko — dijo, fijando una mirada escrutadora en el príncipe.

—¿Y bien? — repuso este, casi risueño.

—Soy huésped de esta casa — añadió el visitante, sin apartar los ojos de la cara de Muichkine.

—¿Y quiere usted conocerme, ¿no es cierto?

—¡Bah! — profirió Fedytchenko, introduciéndose los dedos en los cabellos y mirando hacia la puerta—. ¿Tiene usted dinero? — añadió repentinamente.

—Un poco.

—¿Cuanto?

—Veinticinco rublos.

—Muéstrenlos.

El príncipe sacó del bolsillo del chaleco el billete de veinticinco rublos que le prestara el general Fanchine y lo presentó a Fedytchenko. Este lo desdobló, examinó atentamente por todos lados, y por último lo miró al trasluz.

—¿Es raro! — exclamó con aire misterioso —. No me explico por qué se ponen tan negros.

El príncipe guardó de nuevo sus veinticinco rublos.

Fedytchenko se levantó.

—He venido para advertirle que yo no presto dinero, pues ya me encargaré yo de pedírselo a menudo.

—Perfectamente.

—Piensa pagar su hospedaje aquí?

—Seguramente.

—Yo no; gracias. Ocupo la habitación de al lado, la primera puerta a la derecha. Procure no visitarme con demasiada frecuencia; yo vendré a verle a menudo, pierda cuidado. ¿Ha visto al general?

—No.

—¿Ni le ha oído?

—Tan poco.

—Pues bien, le verá y le oirá. ¡Figúrese que hasta a mí me pide dinero prestado! ¡Ojo, querido amigo! ¡Adiós! ¿Se puede vivir cuando uno se llama Fedytchenko?

—¿Por qué no?

—¡Adiós!

Y se dirigió hacia la puerta.

El príncipe puso más tarde que aquel individuo consideraba como un deber que todo el mundo quedara asombrado por su originalidad y su buen humor; desgraciadamente, no conseguía más que hacer el ridículo.

La impresión que causaba a algunos le era muy desfavorable; Fedytchenko lo deploraba sinceramente, pero no se ennuñaba.

Al salir del aposento, la casualidad le proporcionó un pequeño desquite.

Junto a la puerta se tropezó con un caballero, a quien el príncipe no conocía y que trató de entrar en su cuarto. Fedytchenko se hizo a un lado para dejarle pasar, al mismo tiempo que guiñaba los ojos a Muichkine de un modo significativo, como para ponerle en guardia contra el nuevo visitante.

Era un hombre de elevada estatura y corpulento, ojos grandes, casi a ras de la cabeza, rostro carnoso, encendido y adornado de espesas patillas y bigote blanco. Representaba tener cincuenta y cinco años por lo menos. Llevaba un albigiro viejo, descolorido y deshollado por los codos, y su camisa hacía muchos días que había dejado de ser blanca.

Al salir de él, se percató en seguida un repugnante olor a aguardiente; pero sus modales, de distinción algo estudiada, daban al inocente deseo de causar impresión adoptando cierto aire majestuoso.

Lentamente y con la sonrisa en los labios, el visitante se acercó al príncipe y tomando su mano la retuvo varios segundos sin pronunciar palabra, al mismo tiempo que examinaba el rostro de Muichkine, como si tratase de recordar los rasgos fisonómicos de alguna persona conocida.

—Sí, es él, no hay duda! — exclamó al fin, en tono solemne, pero sin levantar la voz —. ¡Me parece que le estoy viendo! He oído pronunciar un nombre conocido, el de un amigo queridísimo, y evocando un pasado que jamás ha de volver... ¿Es usted el príncipe Muichkine?

—El mismo.

—Yo soy el general Ivlgine, en situación de retiro forzoso y degradado. ¿Su nombre de pila es el mismo de su padre?

—Sí, me llamo León Nikoláievich.

—¿So es, eso es! ¡Es usted hijo de mi amigo, de mi compañero de la infancia, de Nicolás Petrovich!

—Mi padre se llamaba Nicolás Lvovitch.

—Sí, Lvovitch — rectificó el general, pero con calma y perfecta seguridad.

Sentóse en el sofá y obligó al príncipe a que hiciera lo mismo a su lado.

—Yo lo he tenido en mis brazos...

—¿Es posible? — repuso el príncipe. — Hace veinte años que murió mi padre.

—Sí, veinte años, veinte años y tres meses. Hicimos juntos nuestros estudios; después, a la salida del colegio, alacé la carrera militar.

—Mi padre también perteneció al ejército; fué subteniente en el regimiento Vasilkovsky.

—No, de Bielomirsky; perteneció a este regimiento hasta la víspera de su muerte. Yo me encontraba allí y le asistí en los últimos momentos. Su madre de usted.

El general se detuvo como para calmar la pena

que aquel doloroso recuerdo le ocasionaba.

—Mi madre murió seis meses después, víctima de una pulmonía — dijo el príncipe.

—No murió de una pulmonía, dice usted a este viejo... Yo estaba presente y asistí a su entierro. Lo que lo notó fué el dolor de haber perdido a su príncipe... ¡Sí, yo también tengo hondos recuerdos de la princesa!... ¿Cosas de la juventud! Por ella estuvimos a punto de matarnos el príncipe y yo, que éramos amigos de la infancia.

Muichkine comenzó a escucharle con cierto escepticismo.

—Yo estuve locamente enamorado de la madre de usted, antes de su matrimonio, cuando era la prometida de mi amigo. Este día cuenta y sufrió un gran trastorno. Prevéntese una mañana muy temprana y me desperté. Me vestí apresuradamente y en vano me preguntaba por el motivo de visita tan intempestiva. Los dos guardábamos silencio. Entonces lo comprendí todo.

El príncipe sacó del bolsillo dos pistolas. Convinimos en batirnos, sin testigos y separados únicamente por un pañuelo. ¿Qué necesidad había de testigos si en menos de cinco minutos nos habíamos de mandar al otro mundo? Cargamos las pistolas, extendimos el pañuelo y, mirándonos fijamente en la cara, aplicamos las armas uno al pecho del otro.

—En un momento, gruesas lágrimas brotan de nuestros ojos; las manos nos tiemblan y enonces... ¡los dos a la vez, los dos a la vez, bajamos las armas!

—En aquel momento, naturalmente, nos arrojamos el uno en brazos del otro, entendiéndose entre ambos un combale de generosidad.

—¿Es tuya! — exclamó el príncipe.

—No, tuya! — replicó yo.

—En fin... en fin... ¿Ha venido usted a hospedarse en nuestra casa?

—Sí, por alguna razón — contestó el príncipe con cierta vacilación.

—Príncipe, mamá desea hablar con usted — dijo Kolia extrayéndole la puerta.

Muichkine se levantó y dispónase a salir, pero el general le puso una mano en el hombro y con suave violencia le obligó a sentarse de nuevo.

—Como verdadero amigo de su padre — pronunció el anciano —, debo prevenirle. Ya lo ve usted mismo, he sufrido mucho a consecuencia de una entafesora... Nina Alejandrovna, mi esposa, es una mujer muy rara, y Bárbara Ardaíonovna, más rara aun que su madre. La necesidad nos obliga a algunas habitaciones amuebladas. ¡Ha sido una caída tremenda! ¡Yo que estaba a punto de ser nombrado general gobernadior!... En fin, experimentamos mi vivo placer en tenerle de huésped... Sin embargo, en esta casa se está desarrollando una verdadera tragedia.

Al oír estas palabras, el príncipe miró al general con ávida curiosidad.

—Están arreglando un matrimonio, un casamiento raro entre un joven de vida equivoca y un joven que podría ser gentilbombre de la Corte. Se piensan introducir a esa mujer en la misma casa en que habitan mi esposa y mi hija! ¡Pero no! ¡Mientras me quede un soplo de vida no entraré!...

—Príncipe, le ruego que tenga la bondad de acompañarme al salón — interrumpió Nina Alejandrovna, apareciendo en el umbral.

—Figúrate, querida mía, qué sorpresa! — exclamó el general—. ¡He llevado al príncipe en brazos, cuando era niño!

La señora de Ivlgine dirigió a su marido una mirada y salió de la habitación sin desgar los labios.

Muichkine la siguió.

Se dirigió al salón, y cuando estuvieron sentados ambos, Nina Alejandrovna trató de entablar conversación con el príncipe, hablando a voz baja; mas apenas había pronunciado las primeras palabras, el general entró bruscamente en la habitación.

Nina Alejandrovna, con visible disgusto, gu-

JARABE FAMEL

Preparación para las vías respiratorias

dó silencio e inclinó la cabeza sobre el trabajo que tenía en la mano.

El general notó, sin duda, la contrariedad de su esposa, pero se hizo el desentendido.

—¿Es el hijo de mi amigo! —exclamó, dirigiéndose a Nina—. ¡Un encuentro completamente inesperado! ¡Hace tiempo que había perdido la esperanza de encontrarle! Querida, quien sabe si te acordarás del difunto Nicolás Lvovitch. Lo viste en Tver.

—No recuerdo a ningún Nicolás Lvovitch —repuso Nina—. Era su padre? añadió, dirigiéndose al príncipe.

—Sí, pero tengo entendido que mi padre murió en Elisabethgrad y no en Tver —repuso finalmente el joven—. Así me lo dijo Pavlicheff.

—Fué en Tver —sostuvo el general—. Le trasladaron allí poco antes de su muerte, cuando estaba en sus comienzos la enfermedad que le llevó al sepulcro. No es posible que se acuerde usted de aquel niño, porque era muy pequeño. Pavlicheff se ha equivocado, seguramente, a pesar de ser un hombre de mucho mérito.

—¿La conocía usted también a Pavlicheff? —preguntó el príncipe.

—Era un hombre raro; no me explico cómo habiendo sido un testigo ocular... Yo recé ante su cadáver...

—Mi padre tenía que ser juzgado, en el momento que le sorprendió la muerte, aunque no he podido nunca averiguar de qué se le acusaba —replicó el príncipe—, y murió en el hospital.

—Ahí... Fue por el asunto del soldado Kolkapoff, y el príncipe hubiera sido absuelto, seguramente.

—¿SÍ? Luego usted sabe positivamente eso?

—preguntó Muchienko, excitado por las últimas palabras del general.

—¿Ya lo creo! —exclamó Ivlgumne, satisfecho—. El Consejo de Guerra se disolvió sin tomar ninguna determinación... Era un asunto muy difícil de resolver, demasiado misterioso. El capitán ayudante, Larionoff, que mandaba una compañía, murió repentinamente, y le sucedió el mundo el príncipe. Ahora bien, el soldado Kolkapoff hurtó a un empujado sus varios objetos que se apresuró a vender para gastar su importe en bebida. El príncipe —y esto ocurrió en presencia de un sargento mayor y de un cabo— reprendió severamente a Kolkapoff, amenazándolo incluso con hacerle apagar. Bueno; el soldado Kolkapoff vuelve al cuartel, se tiende en una cama de campaña, y un cuarto de hora después lo hallan muerto. El caso era raro, parecía imposible; sin embargo, entraron los soldados, el príncipe iba del parte de rigor y aquel fue hurto de las filas del ejército. Era lo único que cabía hacer, ¿no es cierto? Pues bien, seis meses después, cuando se pasaba la revista de la brigada, el soldado Kolkapoff fue descubierta, como si nada hubiera ocurrido, en la tercera compañía del segundo batallón del regimiento de infantería de Novozemlinskiy, perteneciente a la misma brigada y a la misma división.

—¿Es posible? —exclamó el príncipe, asombrado.

—Sí, sucedió así —dijo vivamente Nina Alejandrovna; mirándole con cierta ansiedad—. Mi marido se engaña —añadió en francés.

—Querida niña, es muy fácil decir "se engaña". Vamos, explícalo tú. Todo el mundo puede equivocarse. Yo sería el primero en decir "que se engañaron"; pero, por desgracia, fui testigo del hecho, formé parte de la comisión. Quélo plenamente demostrado que aquel soldado era el mismo Kolkapoff que fue enterrado seis meses antes con el ceremonial de costumbre y el redoble de los tambores. Claro está que el hecho es muy raro, inverosímil, pero...

—Papa, tiene usted ya servida su comida —anunció Bárbara Ardalionova.

—¡Ah, magnífico! Me estaba muriendo de hambre... Pero, el caso era verdaderamente psicológico...

—Se enfriará la sopa —insistió Varia.

—Voy en seguida, voy —repuso el general, abandonando el salón; se multiplicaron las investigaciones...

Estas últimas palabras las dijo estando ya en el corredor.

—Tendrá usted que perdonarme muchas cosas, príncipe, si continúa hablando con nosotros —dijo Nina Alejandrovna—. Sin embargo, no tendrá muchas ocasiones de molestarle; como solo. Reconocerá usted, seguramente, que cada cual tiene sus defectos... sus debilidades, y quizá las personas a quienes se las señala con el dedo son las que tienen menos. ¡Ah!, quisiera hacerle un ruego: si mi marido le pidiese el importe de su hospedaje, dígame que ya me lo ha abonado. No tengo necesidad de decirle que es igual que lo abone a mi hijo o a mí... ¿Qué pasa, Varia?

La joven entró en el salón presentando a su madre el retrato de Anastasia Filipovna.

La respetable señora se estremeció y durante unos instantes contempló la fotografía, mirando con espanto —luego, con una expresión de amargo dolor. Por último, alzó los ojos hacia su hija, como pidiéndole una explicación.

Fila misma se le ha regalado hoy —dijo Varia—, y esta noche quedará resuelto definitivamente el asunto.

—¿Esta noche! —repitió en voz baja Nina Alejandrovna con el acento de la desesperación—. ¡Ya no cabe duda, se ha desvanecido toda esperanza! Este retrato lo dice claramente... ¿Te lo ha enseñado él mismo? —añadió con aire de sorpresa.

—Ya sabe usted que hace más de un mes que no nos hablamos —repuso la joven—. Todo lo que pasa lo supe por Pitizne, y en cuanto al retrato, lo vi en el suelo, a los pies de la mesa, y lo recogí.

—Príncipe —dijo de pronto Nina Alejandrovna—, permítame hacerle una pregunta, pues sólo con este objeto lo he llamado aquí: ¿hace mucho tiempo que conoce usted a mi hijo? El dijo, si no he oído mal, que ha llegado hoy mismo al extranjero.

El príncipe dio ligeras explicaciones que las dos mujeres escucharon con la mayor atención.

—Crea usted que si le pregunto no es por el deseo de descubrir los secretos de mi hijo —dijo la anciana—. Si existe algo que él no quiera o no pueda confesarme, tampoco yo quiero saberlo por otra boca que no sea la suya. Sabe usted únicamente lo que Gania dijo en su presencia; pues bien, cuando solicé usted, contestó a las preguntas que le hice respecto a su persona: "El príncipe lo sabe todo; no hay que preocuparse por él". Y quisiera saber hasta qué punto...

Gania y Pitizne intervinieron en aquel momento y Nina Alejandrovna se interrumpió inmediatamente. El príncipe permaneció sentado junto a ella, pero Varia se retiró a un ángulo del salón.

El retrato de Anastasia Filipovna estaba de manifiesto sobre la mesa de Nina Alejandrovna. Al verlo, Gania, palido de ira, lo tomó con mano trémula y lo arrojó sobre su escritorio, que estaba en el extremo opuesto del salón.

—¿Será hoy, Gania? —le preguntó bruscamente su madre.

El joven se estremeció.

—¿Cómo hoy? —profrizó, mirando airadamente al príncipe—. ¡Ah, ya comprendo!... [Estando usted aquí... Oiga, príncipe: ¿es una enfer-

medad suya, eso que se le vaya la lengua tan fácilmente?... Pues bien, ahora...

—Aquí el único hablador he sido yo —interrumpió Pitizne.

Gania le miró estupefacto.

—Escucha, Gania... Quizá haya sido mejor, tanto más, cuanto que la cosa ya no tiene vuelta de hoja —murmuró Pitizne entre dientes.

Dicho esto, fué a sentarse junto a la mesa y sacando de su bolsillo un papel escrito con lápiz, se puso a examinarlo atentamente.

Gania estaba tan preocupado por la escena doméstica que le esperaba, que ni siquiera se le ocurrió disculparse con el príncipe.

—Si todo está ya convenido, Iván Petrovitch Pitizne ha hecho perfectamente en advertirnoslo —observó Nina Alejandrovna—. No frunzas el ceño ni te enfades, Gania, te lo ruego. No te haré ninguna pregunta sobre lo que tú no puedes decirme, y te aseguro que estoy resignada a todo; te ruego que permanezcas tranquilo.

—Pronunció estas palabras sin levantar la cabeza de su trabajo y con aparente calma.

Gania quedóse sorprendido; pero calló prudentemente, esperando que su madre se explicase con más claridad. Las rencillas domésticas le exasperaban lo indecible.

Nina Alejandrovna notó la conspcción de su hijo, y añadió con amarga sonrisa:

—Observo que no me eres, Gania; pero te repito que puedes estar tranquilo; por mi parte se acabaron ya los ruegos y las lágrimas; mi único deseo, tú lo sabes, es que seas feliz; me he sometido al destino y mi corazón será siempre el mismo para ti, vivamos juntos o separados. Naturalmente, yo respondo a ti, pero de Varia no puedo hacer lo mismo.

—¡Ah, todavía ella! —exclamó Gania; mirando desdenosamente a su hermana—. ¡Mamá, lo he jurado y vuelvo a repetirlo: mientras yo esté aquí, mientras yo viva, se la respetará a usted como yo quiero que sea respetada... Y toda persona, cualquiera que sea, que traspare nuestro mirral, tiene que prometerme el más grande respeto para usted...

—No tenía por mí, Gania, tú lo sabes —repuso Nina Alejandrovna—; no era por mí por quien tantas lágrimas he vertido y sufrido tanto... Dices que hoy quedará todo arreglado; ¿qué arreglo es éste?

—Ella ha dicho que esta noche manifestará si consiente o no en ser mi esposa —respondió Gania.

—Hace tres semanas que evitamos abordar este tema, y hacíamos bien. Ahora que el asunto está terminado, me permitiré únicamente hacerle una pregunta: ¿cómo ha podido aceptar tu ofrecimiento y regalarte su retrato, sin asegurarse de que tú no la anas? ¿Es posible que sea tan... tan...?

—Tan positiva, ¿no es cierto?

—No es eso lo que he querido decir. ¿Cómo has podido engañarla hasta tal punto acerca de tus sentimientos?

En estas palabras se traslucía una irritación tan repentina como violenta, y Gania, tras un corto silencio, respondió con acento sarcástico:

—Mamá, tampoco esta vez ha sabido usted contenerse, y de nuevo ha perdido la paciencia...

Quién le ha dicho que yo engañe a Anastasia Filipovna? En cuanto a Varia, que haga lo que le parezca. ¡Ea, se acabó!

A medida que hablaba, Gania se iba exaltando.

Cada vez que se abordaba este asunto, producía una tempestad en la casa.

— ¡He dicho que si esa mujer entra aquí, saldrá a por mí y yo la mataré — exclamó Varía. — ¡Por qué te obstinades! — gritó Gania—. ¿Es también por testarudez por lo que no te casas? ¿Por qué no miras con aire de reto? ¡Me río de tus retos, Bárbara Ardalionovna! Si llega el caso, no será yo el que me oponga a que realices tu propósito. ¡Así me librará de un estorbo! ¡Cómo! ¿Al fin se marcha—usted, príncipe? —añadió, viendo que Muichkine disponía-se a salir.

El príncipe, que había llegado a la puerta, se volvió para responder; pero el rostro alterado del hombre acababa de inclinarse le hizo ver que sólo bastaba una gota para que rebosara el vaso, y creyó oportuno alejarse sin replicar.

La discusión siguió sin curso con mayor animación y vocerío.

Para llegar a su cuarto, el príncipe tenía necesariamente que atravesar la sala, pasar por el recibimiento y seguir por el corredor.

Al llegar a la antecámara, frente a la puerta de entrada, observó que alguien estaba, desde afuera, grandes esfuerzos para llamar; pero, sin duda, habíase cortado la campanilla, pues la pesada pesa de moverse furiosamente, no producía ningún sonido.

El príncipe recorrió el corripio, abrió la puerta y retrocedió estupefacto: frente a él se encontraba nada menos que Anastasia Filippovna, a la que reconoció al punto, pues había examinado con sobrada atención su retrato...

Al ver a Muichkine, los ojos de Anastasia flamearon de ira. Entró apresuradamente en la antecámara, dió un violento empujón al príncipe y dió, encolerizada, mientras se despojaba del abrigo de pieles:

— ¡Ya que no eres capaz de arreglar la campanilla, debieras no moverte de aquí para abrir la puerta a quien llame... ¡Bueno, ahora deja caer mi abrigo en el suelo! ¡Qué torpe eres!

En efecto, el abrigo de pieles había caído al suelo, porque Anastasia, sin esperar a que la ayudasen, habíasele quitado por sí misma, soltándolo por detrás, antes de que el príncipe tuviera tiempo de recogerlo.

— ¡Mercederías que te despidieras! ¡Ve a anunciarme!

Muichkine quiso hablar, pero las palabras expiraron en su garganta, y con el abrigo sobre el brazo se dirigió hacia el salón.

— ¡Muy bien! ¡Ahora se lleva mi abrigo! ¿Por qué te lo llevas? ¡Jaja, tú debes de estar loco, ¿no es cierto? ¡Da, pa, ¡a!

El príncipe se volvió, mirando a Anastasia con estupor. Al verla reír, sonrió él también; pero la lengua seguía pegada a su paladar. En el momento de abrir la puerta a la joven, Muichkine había palidecido; más ahora, toda su sangre habíase aflojado al rostro.

— ¡Pero quién es ese idiota? — exclamó Anastasia golpeando, encolerizada, el suelo con el pie—. ¿Adónde vas? ¿A quién vas a anunciar?

— ¡A Anastasia Filippovna — balbuceó el príncipe.

— ¡Cómo! ¿Luego me conoces? — replicó vivamente la joven—. Pues yo te aseguro que es la primera vez que te veo... ¿Por qué gritas ahí dentro?

Están disputando —dijo el príncipe, y se encaminó al salón.

Cuando apareció en el umbral, la discusión tomaba tal cariz. Nina Alejandrovna estaba a punto de olvidarse por completo de que «se había resignado». Verdad es que defendía a Varía.

Prizine, que se había guardado en el bolsillo el papel escrito con lápiz, estaba también de parte de la joven. Esta, a la que no faltaba valor ni se intimidaba fácilmente, escuchaba impasible las injurias, que se veía más brutales, de su hermano. En casos semejantes, acostumbra guardarse bien de mirar a Gania con expresión burlona. Sabía que así le exasperaría más.

— ¡Anastasia Filippovna! — anunció el príncipe,

IX

Seguía a estas palabras un silencio general; todas las miradas se dirigieron a Muichkine, como si nadie le comprendiera o desearan no comprenderle. El terror había dejado a Gania clavado en su sitio.

La visita de Anastasia Filippovna, sobre todo en aquellos momentos, constituía para la familia un suceso extraordinario, inaudito, inquietante. Era la primera vez que se presentaba en casa de los Ivolkine.

La duda que se leía en todos los ojos fijos en el príncipe, no tardó en disiparse: Anastasia Filippovna apareció en la puerta del salón y entró resueltamente, apartando, sin violencia, a Muichkine.

— ¡Ahí he podido llegar hasta aquí...! ¡De qué sirve la campanilla de esta casa? — dijo alegremente, tendiendo la mano a Gania, que se había adelantado a su encuentro—. ¡Díjame que está usted asombrado de verme en su casa! ¡Vaya, presénteme a su familia, se lo ruego!

El joven, completamente aturrido, la presentó primero a Varía. Las dos jóvenes, antes de estrecharse las manos, miráronse en los ojos de un modo extraño. Anastasia, sin embargo, sonreía, esforzándose por parecer alegre; Varía, por el contrario, permanecía serena y grave, sin el más leve íbamos; sin que ni el asomo de una sonrisa de cortesía apareciera en su rostro.

Gania se sentía ntoro; pero aquel momento no era el más a propósito para suplicar; así que lanzó a su hermana una mirada tan amenazadora que la joven, comprendiendo en el acto la gran importancia que aquel minuto tenía para su hermano, esbozó una mueca que quería ser una sonrisa dirigida a Anastasia.

Hecha esta primera presentación, Gania presentó a Anastasia a su madre, o mejor dicho, presentó ésta a aquella, pues el joven estaba de tal modo aturrido que no sabía lo que se hacía.

Nina Alejandrovna mostróse muy cortés; mas apenas hubo pronunciado las primeras palabras de cumplido, Anastasia, sin escucharla, volvióse hacia Gania y sin esperar a que le ofrecieran una silla, se sentó en una butaca que estaba cerca de una ventana y le interpió con sonrisa maliciosa...

— ¿Cuál es su despacho? Y... ¿dónde están los huéspedes? Porque tengo entendido que aquí usted usaba habitaciones amuebladas, ¿no es cierto?

Gania enojóse hasta la raíz del cabello, al tiempo que balbuceaba una respuesta ininteligible.

— ¡Pero Gania, qué cara tiene usted! ¡Oh, Dios mío, si se vea lo raro que está!

Aquella histeria duró algunos instantes. En efecto, Gania no se parecía a sí mismo: su estupor y su cómico espanto habían desaparecido de repente, pero estaba horriblemente palido, sucesivas contracciones nerviosas crispaban sus labios y tenía los ojos fijos con expresión siniestra, en la joven, que no daba tregua a su risa.

El príncipe no había podido sacudir aún la especie de catalepsia que habíase apoderado de él al ver a Anastasia, y permanecía como petrificado en la puerta del salón. No obstante, la palidez y la alteración del rostro de Gania le impresionaron tristemente, y con un movimiento inconsciente que no fué dueño de contener, acercóse a él y le dijo en voz baja:

— ¡Béba usted un poco de agua y no me mire de esa manera...

Evidentemente estas palabras no encerraban doble sentido; habían salido espontáneamente de labios del príncipe, en un impulso compasivo; sin embargo, produjeron un efecto extraordinario.

Toda la cólera de Gania pareció reconocerse en Muichkine; le tomó de los hombros y, en silencio, como si la ira le hubiese privado del uso de la palabra, le envolvió en una mirada terrible de odio y de rencor.

Esto, produjo en el salón un movimiento de alarma.

Prizine, teniendo algún acto de violencia, acercóse a los dos jóvenes. Kolia y Fedytchenko, que llegaban en aquel momento, se quedaron empacados en la puerta del salón. Unicamente Varía permanecía impasible, de pie, algo separada de los demás y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Mas en aquel momento, Gania recobró el dominio de sí mismo, y cedió su cólera a una sonrisa nerviosa.

— ¡Pero, qué me está diciendo, príncipe? — exclamó, fingiendo gran regocijo—. ¿Le parece que será preciso llamar a un médico? ¡Me ha dado un buen susto! Anastasia Filippovna, que primero me lo preguntó: ¿Es un hombre excepcional, a quien conocí esta mañana?

Anastasia miró a Muichkine completamente atónita.

— ¡Príncipe? ¿Es realmente príncipe? Pues yo hace un momento, en el recibimiento, le tomé por un criado, y le mandé que viniese a anunciarme. ¡Ja, ja, ja!

— ¡Es uno de nuestros huéspedes — añadió Gania. Naturalmente, quería presentar al príncipe como un animal raro, pues su presencia le facilitaba el medio de salir de una situación embarazosa, y empujaba a Muichkine hacia Anastasia.

Dígame usted, ¿por qué me dejó en ese tan grande error, sobre su alcurnia, cuando le encontré en la antecámara? — preguntó Anastasia examinando de pies a cabeza al príncipe con curiosidad desconcertante y presumiendo que su respuesta disparataría hacia de divertir a todos los presentes.

— ¡Me quedé sorprendido al verla, así, de pronto, frente a mí... — balbuceó Muichkine.

— ¡Pero cómo la ha reconocido? — ¿Dónde le vió antes de ahora? — Sin embargo, yo también creo haberlo visto en alguna parte... dígame, príncipe, ¿por qué, hace un momento, clavado ahí en la puerta, me miraba de ese modo? ¿Encontró en mí algo que llamara su atención?

— ¡Ánimo, príncipe, ánimo! — dijo Fedytchenko alegremente, que se había agregado al grupo—. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no me habrán hecho a mí esa pregunta? Vamos, príncipe, hay que ser tanto de capote por no contestar en seguida. ¿Cuántas cosas le diría yo!

— ¡Pero, ¿cómo se le diría? — contestó Muichkine, riendo y mirando a Fedytchenko. Hace pocas horas —añadió dirigiéndose a Anastasia— su retrato me impresionó hondamente; luego hablé da usted a la familia Espantchine, y esta mañana, antes de llegar a San Petersburgo, Parfenio Rogojine, a quien conocí en el tren, me habló mucho de usted. Y... al abrir la puerta, mi pensamiento estaba ocupado por usted... y, de repente, como un sueño, la veo ante mis ojos...

— ¿Cómo pudo saber que era yo?

— ¡Porque habíase visto su retrato! Y...

— ¿Qué más?

— Porque responde a la idea que de usted me había formado... Me parece que yo también le he visto en otra parte...

— ¿Dónde? ¿Dónde?

— Sus ojos los he visto ayes, seguramente... Pero no, es imposible... No sé lo que me digo... Yo no he residido en San Petersburgo... Habrá sido en sueños...

— ¡Muy bien, príncipe! — exclamó Fedytchenko.

Muichkine había hablado con voz trémula, intermitente, como si le faltara la respiración. Su agitación era visible, y Anastasia Filippovna le miraba con curiosidad, pero ya no reía.

De pronto, tras el círculo que se había formado en derredor de la joven y del príncipe se dejó oír una voz sonora; el grupo se separó para dejar paso, y apareció el jefe de la familia, el general Ivolkine en persona. Vestía levita negra y camisa de impecable blancura, y habíase tendido el bigote y las patillas.

La aparición de Ardalión Alekseyevich fué un golpe terrible para Gania. El vanidoso joven,

LA VIDA DE LA HUMANIDAD EN UNA
OBRA ESCRITA PARA TODO EL MUNDO

Historia Universal

de CESAR CANTU



Estupenda creación de la historiografía moderna que resume, en su indiscutible jerarquía intelectual, todas las ventajas que puede exigir el lector de hoy: es una espléndida crónica del mundo a través de los siglos y hasta nuestra época, que posee el atractivo imponderable de la veracidad crítica, está ilustrada con generosa riqueza documental y escrita con destacable brillantez y colorido. Creada con admirable unidad de concepción y de método, esta obra, mundialmente célebre, ofrece un vastísimo y perdurable testimonio humano que instruye, reconforta y maravilla.

La HISTORIA UNIVERSAL de César Cantú es un precioso y completísimo documento de la vida de la Humanidad, en el que no se sabe qué admirar más: si su gigantesca labor de investigación, tan clogiada, o la gracia y plasticidad de su arrevente estilo. Desde las primeras páginas, el lector se siente ganado por la variadísima riqueza de información, y advierte, además de las notables cualidades del literato y del historiador, una maravillosa ponderación entre los elementos reales y artísticos.

También recogió Cantú, con la amplitud que exige su importancia y con la perspicacia de un cronista prolijo, las grandes efemérides, el progreso científico, artístico, filosófico, literario; las múltiples manifestaciones de cada pueblo y de cada época; es decir, ofrece al lector agudas síntesis del esfuerzo y del fruto de la inteligencia humana en los diversos ciclos de su desarrollo.

...Y, en suma, cuanto debe figurar en una historia del mundo que aspire a llenar la función informativa y crítica que exige el lector moderno, documentado y escrito todo con aménísimo estilo.

Principales características de esta edición de la Historia Universal, de César Cantú. Puesta al día, hasta los últimos acontecimientos, por el Prof. José D. Calderaro.

11 GRANDES TOMOS DE 640 PAGINAS C/U. (TAMARO 18x27 cm.), IMPRESOS A DOBLE COLUMNA, EN PAPEL ESPECIAL, CON LETRA SUMAMENTE LECIBLE, Y LIGERAMENTE ENCUADERNADOS EN TELA INGLESA, CON TÍTULOS Y ESTAMPACIONES EN ORO. ILUSTRADA CON 312 HERMOSAS LAMINAS EN NEGRO, REPRODUCCIONES DE CUADROS HISTÓRICOS, Y RETRATOS DE PERSONAJES CELEBRES. COMPLEMENTADA CON UN PRÁCTICO INDICE GENERAL QUE FACILITA CUALQUIER CONSULTA.

Solicite informes a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L.

Capital \$ 3.800.000 m/n.
ESMERALDA 116
U. T. 33-0063 - Bs. Aires

La HISTORIA UNIVERSAL puede adquirirse con un elegante mueble de pie, construido en finísimo roble americano, ilustrado a mano, y también con un práctico y lujoso mueble de sobremesa, de líneas sobrias y elegantes como el anterior.

Sírvanse enviarme Informes y folleto de la HISTORIA UNIVERSAL, de César Cantú.

Nombre.....

Dirección.....

Localidad.....

F. C. L. 296



cuyo amor propio rayaba en la necesidad, había tenido que soportar muchos bochornos en los dos últimos meses, y aun le estaba reservada esta otra humillación, la más cruel de todas. ¡Tenía que pasar por el suplicio de sonrojarse de su propio padre y en su propia casa! Sin embargo, una idea de resignación cruzó por su mente. «¿Para qué tanto ruido por tan poca cosa?» —pensó.

Diez minutos antes, cuando llegó Anastasia Filippovna, la turbación hizo olvidar completamente que el general podría presentarse de un momento a otro, y no tomó, por lo tanto, ninguna medida para impedirlo.

Y he aquí que, de improvisto, Ardalion Alejándrovich aparecía en el salón y, lo que es peor, hacia su entrada triunfal en traje de etiqueta, precisamente cuando Anastasia Filippovna solía buscarla una ocasión para escarmentar a Gania y a su familia.

El joven estaba persuadido de que tales eran las intenciones de Anastasia. ¿Qué otro objeto podía tener su visita? ¿Había ido a su casa para darse a conocer a su madre y a su hermana o bien para burlarse de ambas?

La actitud de esas dos señoras demostraba claramente que no le engañaban sus presunciones: Nina Alejándrovna y su hija permanecían a un lado de la sala, como personas extrañas, y Anastasia parecía haber olvidado que se encontraba allí en el salón.

Ferdychchenko apoderó del general y lo condujo a presencia de Anastasia. Volguine se inclinó sonriente, delante de la joven.

—Ardalion Alejándrovich Volguine — dijo gravemente, veterano y desgraciado militar, jefe de una familia que se felicita por la esperanza que acaricia de contar entre ella a una tan hermosa...

No pudo terminar. Ferdychchenko se apresuró a tomar una silla, en la que el general se dejó caer pesadamente, porque, después de comer, le quedaban las piernas algo vacilantes.

Sentoso, pues, frente a Anastasia y lentamente, con una gallardía, se llevó a los labios la diminuta mano de la joven. Ardalion Alejándrovich no se desconcertaba fácilmente. Aparte de cierta negligencia en el vestir, su aspecto era el de un hombre elegante, cosa que él no ignoraba.

Anastasia parecía muy contenta de ver al general, a quien, sin duda, conocía ya por su reputación.

—He sabido que mi hijo... —comenzó Ardalion.

—¡Sí, su hijo! Es usted muy cortés, papá —interrumpió la joven—. ¿Por qué nunca viene a mi casa? ¿Es que se oculta usted voluntariamente o que le molestas los hijos?

—Los hijos del siglo diez y nueve y su padre... —quiso explicar el general.

—Anastasia Filippovna, le ruego que permita a mi esposo que la deje por un instante —intervino en voz alta Nina Alejándrovna—, han venido a llamarle...

—Que me deje... —Perdone usted, había oído hablar mucho de él y tenía verdaderos deseos de conocerlo... ¿Qué asuntos pueden reclamarle? No está retirado del servicio? Usted no me dejará, general. ¿No es verdad que permanecerá aquí?

—El momento que volverá, pero en este momento —preciso que descanse.

—Oye usted, Ardalion Alejándrovich! Dicen que es preciso que usted descanse —exclamó Anastasia con el acento compungido de una niña caprichosa a la que privan de un juguete.

—¡Amiga mía, amiga mía! —profió el general en tono de reproche, volviéndose gravemente hacia su mujer y con la diestra sobre el corazón.

—No se moverá usted de aquí, mamá —preguntó en voz alta Bárbara Ardalionovna.

—No, Varía, aquí estaré hasta el final.

Anastasia oyó la pregunta y la respuesta, y precisó que por eso nosotros más repugnada y se puso a interrogar al general. Cinco minutos después, éste, que se había ido animando por momentos, peroraba en medio de la hilaridad

de todos los presentes.

—¡Llévese usted a papá! —suplicó Kolia al príncipe, tirándole con energía de la americana—. ¿Es posible que se prolongue más esta escena? ¡Lléveselo, usted, se lo ruego!

En los ojos del pobre muchacho brillaban lágrimas de despecho.

—¡Oh, maldito Gania! —murmuró luego, entre dientes.

El general seguía contestando a las preguntas de Anastasia.

—Efectivamente, he sido íntimo amigo de Iván Fedorovitch Epantchine. El difunto príncipe Nicolás Lvovitch Muichine, a cuyo hijo he podido abrazar hoy después de veinte años de no saber de él, Epantchine y yo, éramos inseparables, algo así como los tres mosqueteros Athos, Porthos y Aramis. Pero, ¡ay!, uno de los tres yace en la tumba, víctima de una enfermedad de una hora, y otro está delante de usted, luchando aún contra la calumnia y contra las malas...

—¿Contra las malas? —exclamó Anastasia.

—Sí, llevo aún dentro del pecho las que recibí en el asedio de Kars, y cuando el tiempo está nial me dan bastante que hacer...

—Papá, tengo que decirle algo importante —le interrumpió Gania, con temblorosa voz, poniendo inequalmente sus manos en los hombros del general. El odio más profundo se leía en los ojos del joven.

En aquel momento resonó un tremendo campanillazo. Habían tirado del cordón hasta romperlo. Aquello anunciaba una visita extraordinaria. Kolia corrió a abrir la puerta.

X

De pronto, oyóse un gran estrépito que partía de la antecámara, como si entraran a la vez varias personas alborotando y continuase la irrupción.

Los circunstantes se miraron unos a otros, preguntándose qué podía ser aquello. Gania se precipitó fuera de la estancia, pero varios individuos le cortaron el paso.

—¡Hola! ¿Aquí está Judas! —exclamó una voz que el príncipe reconoció en seguida—. ¡Buenas tardes, bribón!

—¿Es él? ¿Es él? —observó otra voz.

El príncipe no podía dudar ya: el que había hablado primero era Rogojine, y Lebedeff, el segundo.

Gania se quedó como petrificado en el umbral de la sala y miró en silencio aquella invasión, sin tratar siquiera de interceptar el paso a los diez o doce hombres que seguían a Rogojine.

La conitiva era muy heterogénea y había en ella diez individuos de muy estatura. El señor de verdad, no estaban completamente borrachos, pero sí bastante achispados, como si hubiesen buscado en el alcohol el valor para acometer aquella empresa. Parecía que tenían necesidad de apoyarse el uno en el otro y que ninguno hubiese atrevido a entrar aisladamente, de manera que avanzaban en columna cerrada.

El propio Rogojine se adelantaba con circunspección, a la cabeza de sus acompañantes. Su séquito componíanlo unos cuantos comparsas que había asalariado para que, en caso necesario, le prestasen fuerza avuda.

Entre esos figuraba, además de Lebedeff, el petimetre Zolofieff, que se había despojado de su subterfugio en la antecámara y afectaba una desenvoltura de hombre del gran mundo. Rodeándole dos o tres jóvenes de la misma categoría, hijos, sin duda, de honrados comerciantes. Señalamos también un estudiante de medicina, pelaco, amigo de enredos; un hombrecillo obeso que reía continuamente; otro individuo que, por el aspecto de su ropa, podía ser un militar, y no hombrachón de atleta "musculatura" que guardaba sombrío silencio, y que mostrábase ufano de ser uno de sus pinos.

En descansillo quedaron dos mujeres mirando hacia el interior, pero sin decidirse a

entrar; Kolia les dio con la puerta en las narices.

—¡Buenas tardes, bribón! —No esperabas la visita de Parfenio Rogojine!, ¿verdad? —dijo éste encarándose con Gania, que continuaba de pie en el umbral de la sala.

Cuando al mismo tiempo sus ojos tropezaron con los de Anastasia Filippovna, que estaba allí, a dos pasos de él.

Evidentemente Rogojine no combatía encontrarse con la joven, pues al verla palideció instantáneamente y le temblaron los labios.

—¿De manera que es cierto? —murmuró para sí, medio aturdo—. No hay remedio... ¡Yava, responde! —añadió mirando fijamente a Gania con los ojos llameantes de ira—. ¡Yamos!...

Se ahogaba; las palabras le salían a duras penas de los labios. Aquinalmente, trasapó el umbral, y cuando, de pronto, la presencia de las señoras Volguine, se detuvo algo confuso, a pesar de su apatite.

Lebedeff le siguió; el curial, que hallábase bastante borracho, no se separaba un momento de Rogojine, del que parecía su sombra. Tras de éste penetraron en el salón el estudiante, el atleta, Zolofieff, que iba saludando a derecha e izquierda, y por último, el hombrecillo obeso.

Todos se quedaron un momento perplejos y cubiertos en presencia de Nina Alejándrovna y Varía.

—¿Gino! ¿Tú también por aquí, príncipe? —dijo con tanto sorprendido—. ¿Siempre con tus polanías?

Pero pronto volvió a Muichine, y fijó su mirada en Anastasia, hacia la que avanzaba sin darse cuenta, como movido por una atracción magnética.

Por su parte Anastasia miraba a los recién llegados con curiosidad no exenta de inquietud.

Gania recobró, al fin, su presencia de ánimo, pasó una severa mirada por los intrusos y, dirigiéndose especialmente a Rogojine, le preguntó en tono áspero:

—¿Qué significa esto? Me parece, señores, que no han entrado ustedes en una cuadra: aquí están el señor padre y mi hermana!

—Las hemos visto bien —murmuró entre dientes Rogojine.

—Ésto salta a la vista —apoyó Lebedeff, por decir algo.

El atleta dejó oír un sordo gruñido.

—Sin embargo —prosiguió Gania, cuya voz cambió bruscamente de tono, alcanzando el más elevado—, en primer lugar, les invito a entrar en la sala, y, en segundo término, espero saber...

Rogojine no se movió de su sitio.

—¡Ah, él no sabe nada! —repuso en tono sarcástico—. ¿Así que no conoces a Rogojine?

—¿Quizá le haya visto en alguna parte, pero... —¿Pueden ustedes esto! No está seguro si me ha visto en alguna parte, pero no hace más de tres meses que me ganaste en el juego de documentos, que pertenecían a mi padre, el cual no se enteró de la pérdida, por haberle sorprendido la muerte. Tú me distabas mientras Kniff hacía fulleries con las cartas, que yo no podía notar.

—¿Te callas? Pruebe no me dejaré mentir, pues él era testigo. Bastaría que sacase ahora tres rúblus de mi bolsillo y te los enseñara, para que, si te lo ordenaba, anduvieras a cuatro patas por el bulevar Vasílievsky. ¿Así eres tú? ¡Así es tu hijo! Pues bien, vengo a comprarte enteramente...

—¿Tú me compras mis zapatos... Tengo muchísimo dinero, pero no quiero comprar enteramente con tu vida... ¡Y si yo quiero, puedo comprar a todos ustedes! —gritó Rogojine, en el que el vino iba produciendo sus efectos—.

—Anastasia Filippovna! —añadió, dirigiéndose a la joven—: no me desprecie, diga una sola palabra: ¿se casa usted con ese hombre, sí o no? Al hacer esta pregunta, Rogojine estaba tan turbado como si se dirigiese a una divinidad. Esperaba la respuesta, presa de mortal ansiedad. Anastasia le envolvió en una mirada altiva y desdén; pero al notar que Varía y Nina Alejándrovna tenían los ojos fijos en ella, cambió súbitamente de actitud, y contestó en tono bajo y serio, en el que se traslucía cierto esputor.

—Contésteme que si hermano no me gusta mucho.

—No me extraña! Después de lo que ha pasado...

—Tu hermana sí que me ha gustado mucho.

—[Varia es intrépida!... Pero, ¡ah!, hablando del lobo... ¡Ahí está Varia! Ya sabía yo que vendría; mi hermana es noble, a pesar de sus defectos.

—¿Qué haces aquí? — dijo la muchacha entrando en el cuarto—. Debieras estar al lado de papá, en vez de venir a molestar al príncipe.

—No me molesta; al contrario.

—Siempre estás gruñendo, Varia! — repuso Kolia—. Vea usted, príncipe, eso es lo malo que ella tiene. A propósito, me alegro que papa no fuera con Rogojine, pues a estas horas estaría atrepetándose. Voy a ver qué tal se porta — añadió el muchacho, saliendo del cuarto.

—Gracias a Dios que he podido llevarme a mamá y hacer que se acuerde! Afortunadamente, no se ha reproducido la escena. Gania está avergonzado y pensativo, ¡y a fe que no sin motivo! ¿Qué lección!... He venido, príncipe, para darle de nuevo las gracias y pedirle un favor. ¿No había conocido usted hasta ahora a Anastasia Filipovna?

—No, no la conocía.

—¿Cómo, pues, usted le ha dicho en su propia cara que no era lo que parecía? Confieso que a mí juicio, le ha dado. Es muy posible que sea lo que aparenta. Sin embargo, no me tomaré el trabajo de averiguarlo. Es indudable que a nuestra casa la trajó únicamente el propósito de ofendernos. He oído contar muchas extravagancias suyas. Si su intención era la de invitarnos a la fiesta que da esta noche, ¿por qué trató a mamá con tanta desconsideración? Piénselo, que la conoce a fondo, dice que no se explica su conducta... ¿Y con Rogojine? Una mujer que se aprecie en algo, no se permite ciertas conversaciones en casa de su... ¡Mamá está intranquila por lo sucedido entre usted y mi hermano!

—Pues no hay motivo para ello — repuso el príncipe encogiendo de hombros.

—¿Qué decía se ha mostrado Anastasia con usted?

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Sí, le dijo usted que debía avergonzarse de su conducta y en seguida cambió por completo. Usted, príncipe, ejerce una gran influencia sobre ella — añadió Varia, sonriendo levemente.

En aquel momento abrióse la puerta y, con gran sorpresa de ambos interlocutores, entró Gania.

La presencia de su hermana no le desconcertó; permaneció unos instantes en el umbral y dirigióse resueltamente a Muichkine.

—Príncipe, he cometido una villanía, ¡perdóname, querido amigo! — suplicó con voz trémula por la emoción.

Su semblante reflejaba un profundo sufrimiento. Muichkine le miró estupefacto, sin acortar a contestarle.

—Perdóname, se lo ruego! — añadió Gania — si me lo permite, le besaré la mano.

Hondamente conmovido, el príncipe, sin decir palabra, abrió los brazos a Gania, y un sincero beso selló su reconciliación.

—Estaba muy lejos de creerlo a usted capaz de semejante acción... — dijo, al fin, Muichkine, que respiraba con dificultad.

—¿De reconocer mis yerros? — interrumpió Gania—. ¿Por qué le habrá tenido un instante siquiera por idiota? [Observa usted a primera vista que a muchos pasa inadvertido! Con usted se puede hablar con frecuencia... pero es mejor no decir nada.

—Hay aquí alguien para quien ha sido usted culpable — dijo el príncipe, indicando a Varia.

—No, ella será siempre enemiga mía. Crea usted, príncipe, que le hablo por experiencia, que ciertas personas no perdanan nunca sinceramente — replicó Gania, y apartóse de su hermano.

—¿Pues sí, te perdono! — exclamó la joven.

—¿Irás esta noche a casa de Anastasia Filipovna?

—Iré, si tú me lo exiges, pero... no te parece que, a lo menos por ahora, no debo ir?

—Ella no es así. Esa mujer es un enigma! — repuso Gania, sonriendo amargamente. — [Todo es motivo de juego para ella!

—Ya sé que ella no es así, y que sólo se trata de un juego, ¡pero qué juego! Es cierto que ha besado la mano de mamá. Su insolencia era un juego, admitido; pero de lo que no hay duda, es de que se ha burlado de ti. Créeme, Gania; me parece que eso no lo pueden compensar setenta y cinco mil rublos. Tú eres aún capaz de sentimientos nobles, y por eso te hablo así. Tú mismo no deberías ir esta noche a su casa. ¡Ten cuidado! [Ese asunto no puede tener fin!

Dicho esto, Varia salió precipitadamente del aposento, presa de la más viva agitación.

—Siempre lo mismo, ya lo ve usted, príncipe — dijo Gania, sonriendo—. ¡Se imaginan que yo ignoro todo eso! Sé mucho más que ellos...

Mientras decía esto se sentó en el sofá, con el dedo evidente de prolongar la visita.

—Siendo así — aventuró tímidamente el príncipe —, ¿por qué se somete a semejante suplicio que, como usted sabe, no puede ser compensado con setenta y cinco mil rublos?

—No me refiero a eso — murmuró Gania —; pero, a propósito, quisiera conocer su opinión... Diga, ¿cree usted que setenta y cinco mil rublos valen o no la pena de imponerse semejante suplicio?

—A mi juicio, no lo valen.

—Conformes. Según usted, es una vergüenza casarse en estas condiciones.

—Una gran vergüenza.

—Pues bien, yo me casaré. Es una cuestión absolutamente resuelta. Hace poco vacilaba, pero ahora no. Déjese usted de observaciones, pues sé de antemano lo que me puede decir.

—Lo que yo le diría, no es lo que usted cree. Me sorprende mucho la seguridad con que habla.

—Al seguridad sobre qué?

—Sobre su matrimonio con Anastasia Filipovna. Pero, aun suponiendo que ese enlace fuese hecho, no creo que pueda usted estar absolutamente seguro de que los setenta y cinco mil rublos caigan en sus manos... Verdad es que ignora muchas cosas...

Gania se acercó al príncipe con un brusco movimiento.

—En efecto, usted sabe muy poco de este asunto — le dijo—. Si no fuera así, ¿cómo iba yo a pasar por lo que estoy pasando? Pero, en fin, ¿qué gen se funda usted para suponer que Anastasia pueda rechuzarse su mano?

—Únicamente en lo que visto; acaba usted de oír a Bárbara Ardalionovna.

—Las palabras de mi hermana no tienen importancia, no sabe lo que se dice. De quien Anastasia Filipovna se ha burlado, no lo dude usted, ha sido de Rogojine. Me he fijado bien. Confieso que al principio tuve miedo, pero ya sé de qué se trata y estoy tranquilo. Tal vez objetará usted que la conducta observada por Anastasia Filipovna con mi padre, con mi madre y aun con mi hermana...

—Y con usted también.

—Sea; pero ha obrado por despecho y nada más. Es una mujer terriblemente frías, ven a mí, muichkine, díjeme que se cree víctima de alguna injusticia, y tuvo el capricho de hacer vano alarde de desprecio hacia ellos... y hacia mí; pero, a pesar de eso, será mi esposa. No puede usted imaginarse qué comedias es capaz de representar el amor propio. Anastasia Filipovna me tiene por un bribón porque sabe que si me caso con ella es únicamente por interés; pero quien así piensa de mí es una mentecilla, una amante, que ignora que cualquier otro obraría aún con menos delicadeza que yo. Lo

que me perjudica a sus ojos es que no finjo en la medida que ella desea.

—¿Quizá la ha anadido usted antes de ahora observó el príncipe.

—Es cierto, al principio la amé; pero comprenda usted que ciertas mujeres son muy buenas para amantes, pero no para esposas. No quiero decir con esto que he sido amante de Anastasia Filipovna. Así, pues, si ella quiere vivir en paz conmigo, tendremos paz; si se pone fastidiosa y se subleva, tomo la puerta y me largo con el dinero. No estoy dispuesto a hacer el ridículo; esto es lo que quiero evitar a toda costa.

—Me parece que, como Anastasia no tiene nada de tonta, habrá tomado sus precauciones — repuso tímidamente el príncipe —, ¿y por qué, presintiendo las tribulaciones que la aguardan, iba a meterse ella misma en la trampa? Podría fácilmente casarse con otro. Eso es lo que me asombra...

—Es cuestión de cálculo — interrumpió Gania—. Usted no sabe lo que pasa, príncipe. A pesar de todo, Anastasia Filipovna cree que yo la amo con locura; y, por mi parte, tengo muy fundadas razones para creer que me ama, a su modo, desde luego. Ya conocí usted el proverbio que dice: "Quien bien te quiere te hará llorar". Durante toda su vida me tendrá por un hombre sin consideración y probablemente es un hombre así lo que le conviene; pero, a despecho suyo, me amará y como ella puede amar, a esto obedece su actitud; se está ensayando, pues tal es su carácter. Es una rusa de pura sangre, se lo aseguro; pero yo también le tengo preparada una sorpresa. Sin que fuese previsible, la escena ocurrida con Varia llegó a propósito para favorecer mis intereses. Anastasia Filipovna ha encontrado, si es que la buscaba, una prueba de cariño; ha visto que, por amor a ella, rompo con todos los vínculos de familia. ¡No crea que soy tan tonto como usted se figura! — No le parece que estoy hablando de demasiado? — Quizá no oire bien haciéndole estas confidencias... No obstante, como es usted el primer hombre de nobles sentimientos que me he echado a la cara, aprovecho la ocasión para "confiarle a usted". Sonríe usted, príncipe? Los bribones amán a las personas honestas, ¿no lo sabía usted? Y yo... Pero, al fin y al cabo, ¿qué soy un bribón? Dígamele francamente. ¿Por qué me llaman todos así, empezando por Anastasia Filipovna? Verdad es que yo, ante ellos y ante ella, me doy también el epíteto de bribón...

—Desde este momento — dijo Muichkine — dejaré de tenerle por tal. Poco ha le había tomado por un malvado; más ahora me ha proporcionado usted una gran alegría... Es una lección para demostrar que nadie debe ser juzgado a la ligera.

Gania sonrió desdenosamente al oír estas palabras.

—Le ha pedido dinero mi padre? — preguntó, de improviso.

—No.

—Se lo pedirá, pero el riesgo que no le haga caso. El también era un hombre importante, era bien recibido en la alta sociedad... ¡Pero qué pronto llega la decadencia para estos viejos caballeros! En cuanto sufren un revés de fortuna, se verifica en ellos una transformación completa. Antes no mentía jamás, aunque solía exagerar demasiado; en cambio, ahora, ya lo ha visto usted. Quizá sea por culpa del vino. ¡Sabe usted que también mantiene a una amante!

Y Gania lanzó una sonora carcajada.

—¿Por qué me mira usted así? — preguntó de pronto a Muichkine.

—Porque me sorprende verle reír tan francamente. En verdad, tiene usted aun una alegría infantil... ¡Hace un momento vino a reconciliarse conmigo y me dijo: "Si me lo permite le besaré la mano". Un niño hubiera hecho lo mismo. Luego, usted es capaz todavía de hablar y de obrar con la ingenuidad de los niños.

Pero he aquí que, de pronto, me habla de ese tenebroso proyecto, de esos setenta y cinco mil rublos... Realmente esto me parece absurdo, imposible.

—¿Que deduce usted de todo eso?

—Que se lanza usted tenebrista y locamente a realizar una empresa que debiera usted pensar y repensar antes de acometerla. Es muy posible que Bárbara Aradilónovna tenga razón.

—¡Oh! ¡No me salga usted ahora con sermones de moral! —replicó vivamente Gania—. Es muy bien que soy un chiquillo, y lo he de ser mostrando hablándole a usted de esas cosas. Pero sobre ese proyecto, le diré que lo persigo porque quiero ser rico, ya que el dinero confiere poder y fuerza... Pero bastante hemos hablado ya; Kolia asomó dos veces las narices por la puerta, eso quiere decir que la comida nos espera. Me voy; vendré a verle algunas veces. En nuestra casa no estará usted mal, porque le consideraremos como de la familia, por el cuidado con hacernos traidores! Me parece que usted y yo hemos de ser muy amigos o grandes enemigos. Dígame, príncipe, si yo le hubiese besado la mano, como estaba dispuesto a hacerlo de corazón, ¿no cree usted que desde ese momento me hubiera transformado en su enemigo?

Muchikine reflexionó un momento y repuso luego riendo:

—Lo hubiera sido, ciertamente, pero no por mucho tiempo; más tarde hubiera experimentado un sentimiento superior a otra pasión y me habría perdonado.

—¿Con usted hay que tener pies de plomo para hablar! —exclamó Gania—. ¿Quién sabe si es ya mi enemigo? A propósito —dijo saltando una carcajada—; quería hacerle una pregunta y ya me olvidaba: ¿sabe que me parece que a usted no le ha desagradado Anastasia Filippovna?

—Sí... me gusta...

—¿Está usted enamorado de ella?

—No...
—Se ha puesto usted como la grana, y además, parece causarle pena esta pregunta. Bueno, no me río más; basta. ¿Sabe que es una mujer honrada? Sin duda usted supone que es la amante de Totzky y en esto se engaña, pues hace mucho tiempo que rompieron sus relaciones. ¿Se ha fijado con qué facilidad pierde los nervios, y que por momentos se apodera de ella una gran turbación? Eso es innegable. No obstante, allí tiene usted una mujer amiga de ejercer el dominio. Hasta luego, príncipe.
Gania salió con más desveladura que cuando entró; había recobrado por entero su buen humor. Durante diez minutos el príncipe permaneció inmóvil, pensativo. Kolia volvió a entrar cerrando la puerta y asomó la cabeza.

—No comeré, Kolia; he almorzado más de lo que costumbre en casa del general Epantchine, y de lo que me da apetito.

El muchacho entró en el cuarto y entregó al príncipe una carta cerrada, que le enviaba Aradilón Alejandrovitch.

En el rostro de Kolia se leía claramente el disgusto que le ocasionaba el ser portador de aquella misiva. Después de haber leído la carta, Muchikine levantóse y tomó su sombrero.

—Está a dos pasos de aquí —dijo el muchacho con visible turbación—, bechimoto, como de costumbre. ¿Cómo ha podido abrirse crédito en ese establecimiento? No me lo explique, príncipe, le ruego que no diga a nadie que yo le entregué esa carta. He jurado mil veces que no volvería a hacer semejantes encargos, pero no tengo valor para negarles. De dos modos, le ruego que no se ande con demasiados miramientos; déle unos cuantos copes y asunto concluido.

—Precisamente quería ver a tu padre, pues tengo que hablarle... Vamos, Kolia.

XII

El príncipe no tuvo que ir muy lejos. Kolia condujo a un café de la Liteinaiá, donde

encontró a Aradilón Alejandrovitch, que estaba sentado ante una mesa sobre la que había una botella, y tenía en la mano *La independencia belga*.

Esperaba al príncipe y, en cuanto le vio, dejando el periódico, comenzó una explicación animada y prolija de la que Muchikine no pudo sacar nada en claro, porque el general tenía ya la lengua torpe a causa de las repetidas libaciones.

No puedo darle más que diez rublos —interrumpió el príncipe—. Aquí tiene veinticinco, cambie el billete y devuélvame el resto, pues, de lo contrario, será yo el que se quedará sin un copek.

—¡Oh, ciertamente, en seguida!

—Además, tiene que hacerle un ruego, general. ¿Estuvo usted alguna vez en la casa de Anastasia Filippovna?

El general ignora con orgullo.

—¿Que si yo estuve en la casa de Anastasia Filippovna? ¿A mí me pregunta eso? ¡Muchísimas veces, amigo mío, muchísimas veces! —exclamó con ironía triunfal—. Pero dejé de visitarla, porque no quiero prestarme a un colega que no puedo por menos de reprobar enérgicamente.

—Pues yo quería suplicarle que me presentara esta noche en casa de Anastasia Filippovna. Es absolutamente necesario que la vea yo hoy mismo, y no sé cómo podría llegar hasta ella. Claro está que le fui ya presentado, pero no se

recordaba, y pidió la tercera, que también vació, intercalando, como es de suponer, entre coja y copa un pedazo de su historia.

Finalmente, el príncipe se levantó diciendo que no podía esperar más. Aradilón Alejandrovitch apuró las gotas que le habían quedado en el vaso, y salió del establecimiento con pasos vacilantes. El príncipe estaba irritado contra sí mismo por haber puesto su confianza tan neciamente en aquel beodo.

En el fondo, del general no esperaba otra cosa sino que le introdujera en casa de Anastasia Filippovna, aun a costa de algún escándalo; pero veía ahora que el escándalo sobrepasaría a cuanto pudo imaginar.

Por fin llegaron a la Liteinaiá. El deshielo continuaba; en las calles soplaban un viento templado y malsano; los coches camaban sobre el barro, y por las aceras cruzaban melancólicamente los peatones, entre los que se veían algunos borrachos.

—¿Ve usted los balcones espléndidamente iluminados de esos primeros pisos? —dijo el general—. Pues allí viven camaradas míos; y yo, que he llevado más años de servicio que ellos y que he sufrido más que todos, y que cada uno de ellos, voy a pie hasta el Gran Teatro para visitar a una mujer de vida equivoca. ¡Un hombre como yo, que lleva trece balas en el pecho! ¿Lo creería usted? Espérese que le contaré...

—Lo que yo quisiera saber ahora, general —dijo el príncipe, desanimado—, es si puedo contar con usted o si debo ir solo a casa de Anastasia Filippovna.

—¡Si puede contar conmigo! ¡Ir solo! —dijo el príncipe, que esa visita es para mí esencialísima porque en ella se juega el porvenir de mi familia! ¡Ah, usted no conoce a Ivulgine! Decir Ivulgine, es decir "muro", así decían mis subordinados, cuando hablaban de mí, en el regimiento donde hice mis primeras armas. Pero antes entráramos, aunque solo sea por un minuto, en la casa donde, desde hace algunos años, mi corazón se ve por unos momentos libre de angustias y se consuela en el amor...

—¿Quiere volver a su casa?

—De ninguna manera. Lo que quiero es visitar a la señora Terentiev, viuda del capitán Terentiev, mi antiguo subordinado y amigo... En casa de esa señora, como a Ivulgine, quiero nuevas fuerzas para soportar las penas de la vida, los sinsabores domésticos. Y como precisamente llevo hoy un gran peso sobre mi corazón...

—Me parece —murmuró el príncipe— que he cometido una gran necesidad en molestar a usted hoy... ¡Adiós, general!

—¡Oh, eso si que no, mi joven amigo, eso sí que no! —Usted no partirá solo! —exclamó el general—. Es una vida, una madre de familia, que arrastra de su corazón acentos que conmueven todo mi ser. Una visita a esa señora es cuestión de cinco minutos; en esta casa gozo de plena libertad, es decir, estoy allí como en mi propia casa; quiero lavarme y afeitarme un poco; luego tomarémos un coche para ir al Gran Teatro. Créame, tengo necesidad de usted toda esta noche... Ya hemos llegado, es esa casa... ¿Cómo! ¿Qué hace aquí, Kolia? Dime, está en casa María Borisovna, o acabas de llegar?

—¡Oh, no, hace mucho rato que estoy aquí! —contestó el muchacho que se hallaba a la puerta de la casa cuando llegaron el general y el príncipe—. Estuve haciéndole compañía a Hipólito; anda bastante mal, no pudo levantarse esta mañana. Bajé para comprar naipes, María Borisovna le espera... ¡Pero, papá, en qué estado está usted! —añadió el muchacho observando el desorden del traje y el porte de su padre.

—Pues bien, vamos arriba.

El encuentro de Kolia determinó a Muchikine a acompañar al general al domicilio de María Borisovna, pero firmemente decidido a no permanecer allí más de un minuto.

Tomaron la escalera de servicio para subir a



ROPERO "ESSENTIAL"

Medida mt. 1.05 de frente, \$ 195.—

Muebles Barzi

Fábrica fundada en el año 1854

RIVADAVIA 2201

me invitó a la reunión de esta noche, que, por añadidura, tiene el carácter de íntimo. Sin embargo, estoy dispuesto a pasar sobre ciertas conveniencias. No me importa que se rían de mí con tal de que logre mi objeto.

—¡Muy bien dicho, joven, aplaudo sus ideas, en todo conforme con las mías! —replicó entusiasmado Aradilón Alejandrovitch—. Pero no ha sido por esta materia —añadió, guardándose el billete de veinticinco rublos en el bolsillo— por lo que le he llamado, sino con el objeto de pedirle que me acompañe en una expedición a casa de Anastasia Filippovna, y mejor dicho, contra Anastasia Filippovna... ¡El general Ivulgine y el príncipe Muchikine! ¿Qué sorpresa cuando oiga nuestros nombres! Su idea, príncipe, no podía ser mejor. Iremos a las nueve; todavía tenemos tiempo por delante.

—¿Dónde vive ella?

—Muy lejos de aquí, cerca del Gran Teatro, en el primer piso de la casa de Mytsovoff... No habrá mucha gente y, aunque sea su cumpleaños, se retirará temprano.

Hacia mucho que la noche había llegado, y el príncipe continuaba aún escuchando al general, que comenzaba un cuento tras otro sin acabar ninguno.

A la llegada de Muchikine habíase hecho servir otra botella, cumpliendo una hora en apu-

haya había regalado fueran recibidas con una amabilidad desconocida fría y con no escasa ironía.

De todos los contentillos, sólo Ferdychchenko se mostraba alegre; a menudo ría ruidosamente, sin que nada justificase aquella hilaridad, a no ser su deseo de mantener su papel de bufón.

Tortzy parecía no tenerlas todas consigo; él, que gozaba fama de ser un gran conversador y que en tales reuniones tenía siempre la palabra, guardaba ahora absoluto silencio. Los otros invitados eran un anciano profesor, un pobre diablo, al decir de los circinantes, y un joven desconocido, cuya timidez era tan grande que no le permitía decir palabra. En cuanto a mujeres, había una actriz, cuarentona, y una joven bellísima, vestida con admirable elegancia, pero extraordinariamente taciturna.

Lejos de animar la reunión, estas cuatro personas pasaban su tiempo pensando cómo hacer para decir alguna palabra.

Así, pues, el príncipe no podía llegar en mejor ocasión. El anuncio de su visita produjo una sensación de sorpresa, y sonrisas equívocas retorcían en sus de una boca, especialmente al observar, juzgando por la perplicidad de Anastasia, que ésta ni había soñado en invitarle.

Después, pasado el primer momento de estupor, la dueña de casa exteriorizó la más viva satisfacción, y la mayor parte de los allí reunidos se dispuso a hacer blanco en sus burlas al inesperado visitante.

—Es muy posible que sea efecto de su inocencia —dijo el general Epantchine— y si bien, en tesis general, es peligroso alentar semejantes inclinaciones, en el caso actual ha hecho muy bien en venir, por muy original que sea esta manera de presentarse. Por lo que podido observar, creo que nos divertiremos.

—Tanto más cuanto que es cuanto un invitado él mismo —apoyó Ferdychchenko.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó secamente el general, que detestaba al bufón.

—¿Que tendrá que pagar su entrada! —repuso el interpelado.

—El príncipe Muichkin no ha llegado todavía a ser otro Ferdychchenko! —replicó Iván Fedorovich.

Era algo que no cabía en la cabeza del general, y que no podía digerir, al encontrar a Ferdychchenko en un salón, codeándose con él.

Anastasia levantóse vivamente, fué a recibir en persona al príncipe.

—Siento en el alma —le dijo— no haberle invitado a esta reunión íntima; atribuyalo solamente a la precipitación con que salí de aquella casa... Y me congratulo de que me haya usted ofrecido ocasión para darle las gracias y aplaudir su resolución.

Mientras hablaba, no dejó de mirar los ojos del Muichkin, como si quisiera leer en ellos el motivo de aquella inesperada visita. Si el príncipe hubiera estado menos turbado, habría contestado cumplidamente a las amables frases con que fué acogido por Anastasia; pero estaba desconcertado y sus labios no pudieron emitir palabra alguna.

La joven pudo con íntimo placer el efecto extraordinario que había producido en Muichkin.

Tomando al príncipe del brazo, le condujo al salón. Mas en el momento que estaban uno a la puerta, Muichkin reaccionó, y deteniéndose bruscamente murmuró con voz agitada:

—En usted todo es perfección...; su delicadeza... su color pálido... Tenga tales deseos de venir a su casa... Perdóneme.

—Nada tengo que perdonarle —repuso Anastasia, sonriendo—; y si lo tuviera, perdería esta visita toda su originalidad. No se equivale lo que dicen que es usted un hombre extraño... ¿De manera que no ve en mí más que imperfecciones?

—Sí.

—Pues, a despecho de su penetración, se engaña usted. Volvaremos a hablar hoy mismo de esto...

Anastasia presentó a Muichkin a sus invitados, entre los cuales la mayoría le conocía ya. Tortzy acogió con exquisita amabilidad al recién llegado. La conversación, que languidecía, se reanimó al punto; todas las lenguas se desataron al mismo tiempo. Anastasia hizo sentar al príncipe a su lado.

—En resúmenes cuentas, ¿qué es lo que ven ustedes de sorprendente en el príncipe? —gritó Ferdychchenko, dominando con su voz todas las otras—; ¡el asunto es claro, y se explica por sí mismo!...

—El asunto es demasiado claro y se explica también demasiado por sí mismo —dijo bruscamente Gania, que hasta entonces había guardado silencio—. Hoy le observado constantemente al principio desde el momento en que atrajo sus miradas al retrato de Anastasia Filippovna, que vió por primera vez en el despacho del general Epantchine. Recuerdo que entonces me asaltó una sospecha que ha dejado de serlo para convertirse en absoluta realidad, confirmada, dicho sea de paso, por la confesión que él mismo me ha hecho.

Al terminar estas palabras, Gania quedó pen-



**PERCHA
"ESSENTIAL"**

Para conservar mejor la ropa. Indispensable en todo dormitorio. Precio excepcional... \$ 35.-

Remitimos contra giro

Muebles Barzi

Fábrica fundada en el año 1864

RIVADAVIA 2201

sativo y serio, cosa que extrañó a la concurrencia.

—Nada le he confesado —repuso el príncipe entrecorriendo— me limité a contestar a sus preguntas.

—¿Muy bien, muy bien! ¡Esto se llama tener franqueza! —exclamó Ferdychchenko—. ¡Es a la vez listo y franco!

Una explosión de carcajadas siguió a estas palabras.

—No grite usted tanto, Ferdychchenko! —dijo a media voz Pitziuz, molesto por el tono en que se expresaba el bufón.

—No esperaba de usted semejante proeza —observó Iván Fedorovich—. ¿Está usted seguro de haberse creado un rival? ¡Yo que le tenía por un filósofo! ¡Ah, pícarón!

—Viendo al príncipe entrecorrer como una señorita por una broma tan inocente, afirmé que es un noble joven en cuyo corazón sólo tienen cabida elevados sentimientos —observó inopinadamente el anciano profesor.

Era éste un septuagenario sujeto a un vicio de pronunciación a causa de haber perdido toda la dentadura. No había dicho aún media palabra, y nadie podía presumir que despreciaría al fin los labios aquella noche.

Las risotas fueron generales. Creyendo el vicio que la hilaridad había sido producida por sus frases ingeniosas, se asoció a ella ruidosamente, y acabó con un violento acceso de tos.

Anastasia Filippovna gozaba lo indecible oyendo a aquellos viejos extravagantes, y se apresuró a besar y a osequiar al profesor, sirviéndole otra taza de té. Cuando entró la criada, su ama le pidió un chal, en el que se en-

volvió, e hizo echar unos troncos en la chimenea.

—¿Qué hora es? —preguntó luego.

—Las diez y media —contestó la criada.

—Señores, quieren ustedes aceptar una copa de champagne? —propuso, de repente, Anastasia—. Eso quizá les alegre; vamos, les ruego que no gasten cumplidos.

La velada comenzaba a animarse, pero no se parecía en nada a las precedentes. Nadie rechazó el ofrecimiento, excepto Gania, que fué el único que no quiso tomar nada.

Anastasia acompañó a sus invitados, diciendo que aquella noche estaba dispuesta a apurar tres copas de champagne.

Ante estos arranques repentinos y extraños, nadie sabía qué pensar; en ciertos momentos veíasele pensativa y taciturna, casi triste, y repentinamente, sin causa alguna que lo justificase, prorumpía en carcajadas nerviosas. Algunos sospecharon que era presa de la fiebre; pero al fin notaron que esperaba algo, pues miraba a la vez en cuando el reloj con aire de impaciencia.

—Me parece que tiene usted un poco de fiebre —le dijo la actriz.

—Diga usted más bien que la fiebre me devora; por eso es por lo que me puse este chal —repuso Anastasia, cuya palidez iba en aumento y de vez en cuando tenía estremecimientos convulsivos.

Entre los contentillos se produjo un movimiento de inquietud.

—Debíamos retirarnos para que pudiera descansar —dijo Tortzy, mirando a Epantchine.

—¡Nada de eso, señores, señores! se lo ruego! La presencia de ustedes me es hoy más necesaria que nunca —repuso Anastasia en tono conminatorio y significativo.

Y como ninguno de los concurrentes ignoraba que la dueña de casa había prometido hacer aquella noche importantes revelaciones, estas palabras produjeron enorme sensación. El general y Tortzy cambiaron una mirada de inteligencia. Gania se agitó convulsivamente.

—Podríamos entretenernos con algún juego

—repuso la actriz.

—Yo sé un magnífico y enteramente nuevo —dijo Ferdychchenko—. Ha sido jugado una sola vez, y yo era de la partida.

—¿En qué consiste? —preguntó la actriz.

—Cierta día me encontraba en una reunión, y la verdad sea dicha, todos estaban algo ebrios. De pronto, uno de los invitados hizo la proposición siguiente: sin levantarse de la mesa, cada cual referiría en voz alta la acción más pecaminosa de su vida; era preciso ser sucesor; la primera condición era la sinceridad, no se debía mentir.

—¿Qué ocurrió? —observó el general.

—Muy extraña, sí, pero en eso precisamente estaba su atractivo.

—¿Es una idea ridícula! —añadió Tortzy—. Por lo demás, es un medio como otro cualquiera de singularizarse.

—¡En verdad que debe ser divertido! —exclamó Anastasia, animándose de repente—. ¡Hay que hacer la prueba, señores! ¿Quiza esto nos divierta, y anime así esta decadente reunión. Si cada cual quisiera referir algún hecho... bien entendido que de ese género... Pero, eso sí, han de ser espontáneamente, no se debe obligar a ninguno... ¿Qué dicen ustedes? ¿Les gusta, sí o no? La idea es, por lo menos, original.

—¡Originalísima! —exclamó Ferdychchenko—; por lo demás, las señoras quedan excluidas; únicamente los hombres han de confesarse; echáremos suertes, como hicimos allí. Escriban sus nombres, señores, en un pedacito de papel y pongánselos aquí, en mi sombrero; el príncipe sacará la suerte. La teoría del juego es muy sencilla: quien la acción más vergonzosa de la propia vida; es una cosa muy fácil, ya lo verán ustedes. Si a alguno le es infiel la memoria, yo le ayudaré.

Esa extraña proposición no fué recibida con mucho agrado por los concurrentes; unos frun-

cían el eco, otros sonreían entornando los ojos y algunos aventuraban objeciones, pero sin insistir demasiado. Entre éstos se distinguía Iván Fedorovich, que no se atrevía a combatir abiertamente un proyecto que agradaba a la dueña de casa. Si Anastasia Filippovna manifestaba un deseo, era preciso satisfacerlo a toda costa, aunque ese deseo fuese insensato, o perjudicial para ella misma. En aquel momento, la joven se estremecía como poscila de un acceso histérico, y reía nerviosa y convulsivamente, sobre todo, cuando Totzky hacía alguna observación.

Sus oscuros ojos brillaban como carbones encendidos, y en sus pálidas mejillas notábanse manchas de encarnado color. Tal vez su desdó de exacerbarla más y más al observar los semblantes sombríos de algunos de sus invitados; quizá esta idea la había seducido precisamente por su brutal cinismo. No faltaba quien sospechara que la joven perseguía algún fin oculto. Sin embargo, aprobaron el proyecto y se dispusieron a ponerlo en ejecución.

—¿Y cómo se demostrará que uno no miente? — interrumpió Gania—. Si niente, el juego pierde todo su interés. ¿Quién nos garantiza que nadie mentará? ¡Es así seguro que nadie dirá la verdad.

—Pues bien, por sí solo, ya será divertido ver cómo mientan las personas. Por otra parte, Gania, puedes ahorrarle el contarnos tu acción más fea, pues la conoce todo el mundo. Y fíjense ustedes en esto, señores —añadió Fedytchenko, riendo estrepitosamente—, ¿cómo qué cara nos hacen los unos y los otros, después de haberse contado esas cosas?

—Pero va esto en serio, Anastasia Filippovna? — preguntó Totzky con aire digno.

—¡Que tenga al lobo, que no vaya al bosque —repuso sonriendo la joven.

—Permítame que le diga, Fedytchenko —prosiguió Totzky, cada vez más alarmado—, ¿es posible hacer un juego de semejante cosa? Esto no puede resultar jamás. Usted mismo ha confesado que la vez anterior fué un completo fracaso.

—¡De ninguna manera! ¡Así que al juego, señores, al juego! Aquí están todos los hombres, el de usted también, Atanasio Ivanovich, y, por consiguiente, todos han aceptado el proyecto.

En silencio, metió el príncipe la mano en el sombrero; el primer nombre que salió fue el de Fedytchenko, el de Epantchine, Totzky, Muichkine, Gania, etc. Las mujeres se abstuviéron de tomar parte en aquella lotería.

—¡Dios mío, qué desilusión! —exclamó Fedytchenko—. Pensé que el primero sería el príncipe y luego el general. Me consuela pensar que detrás de mí viene Iván Petrovitch Piznize. ¡Es una consuelación! Bueno, señores, ¡vaya en la necesidad de dar un ejemplo alcedor! pero en este momento me confunde mi propia pequeñez; lo que voy a contar es muy insignificante. ¿Qué puede importar que Fedytchenko haya cometido una mala acción? Más que nada, quiero demostrar con esto, cómo estorban las riquezas mal adquiridas. Referiré un hurto, para demostrar a Atanasio Ivanovich que se puede robar sin ser ladrón.

—Y me demostrará usted también, señor Fedytchenko, que se puede hallar un placer embriagador contando las propias torpezas sin que nadie nos lo pida... Por lo demás... perdíame usted, señor Fedytchenko.

—Comience ya, Fedytchenko! ¡Hace dos horas que está hablando inútilmente! —exclamó Anastasia, encolerizada e impaciente.

Todos observaron que a su alegría febril había sucedido bruscamente un profundo mal humor; habíase tornado gruñona e irascible, sin poder por esto desistiese de su capricho. Atanasio Ivanovich sufrió un verdadero martirio, y se irritaba al ver la calma de Iván Fedorovich, que había champaña tranquilamente y se dispo-

nia, quizá, a contar su anecdota correspondiente, cuando le llegase el turno.

XIV

—¡Es que no tengo ingenio, Anastasia Filippovna; por eso, charlo inútilmente! —repuso Fedytchenko a guisa de preámbulo—. Si tuviera el talento de Atanasio Ivanovich o de Iván Petrovitch, estaría callado, como hacen ellos. Príncipe, permítame preguntarle su parecer; creo que el número de ladrones es muy superior al de los que no roban y que no existe un hombre, por honrado que sea, que no haya robado en su vida. Esta es una opinión, ¿no? Sin embargo, no quiero decir que toda la humanidad esté compuesta de ladrones, aunque a veces me siento inclinado a creer que sí. ¿Qué le parece?

—¡Déjese de tonterías! —interrumpió Daría Aleievna, la actriz—. No es posible que todo el mundo sea un ladrón. Yo nunca robé nada a nadie.

—Lo creo, mas ¿podría usted decirme por qué se ha puesto el príncipe más rojo que una cereza?

—Lo que usted ha dicho, quizá haya algo de verdad, pero ha exagerado mucho —repuso Muichkine, que, en efecto, estaba del color de la grana.

—De manera, príncipe, que tampoco usted ha robado jamás?

—¡Basta! ¡Es usted muy ridículo! ¿No podría usted, señor Fedytchenko, pensar un poco antes de hablar? —exclamó el general—. ¿Que para sea eso, puesto entre la espada y la pared, se avergüenza de contar lo que ha hecho y quiere unir al príncipe a su fechoría. Es una suerte para usted que sea el príncipe de tan buen carácter. —arguyó Daría Aleievna con sequedad.

—Fedytchenko, o habla usted para contar su caso o se lo guarda para usted solo, pues es capaz de hacer perder la paciencia a un santo —dijo con irritación la dueña de casa.

—Al momento, Anastasia Filippovna; pero dígame, si el príncipe ha confesado, porque para mí las palabras y el sonrojo del príncipe equivalen a una confesión, ¿qué diría, por ejemplo, cualquier otro (no me refiero a ninguna persona determinada) si quisiera ser sincero?

—Por lo que a mí se refiere, señores, con pocas palabras habré salido del paso.

—Hace dos años, un domingo, me encontraba en la casa de campo de Sándor Ivanovich Ichtchenko, que tenía convidados a su mesa. —Comenzó la comida, los hombres continuaron bebiendo vino, y a mí se me ocurrió la idea de ir a pedir a María Senevna, la hija de nuestro anfitrión, que tocase el piano.

—Al atravesar la sala contigua, vi un billete de tres rublos, sobre la mesa de trabajo de María Senevna; sin duda lo había puesto allí para pagar alguna cuenta de la casa.

—En la salita no había nadie; toné el billete y me lo guardé en el bolsillo. ¿Por qué? No lo sé.

—No puedo explicarme aún a qué inspiración obedecí. Perpetrado el hurto, volví apresuradamente al comedor y ocupé mi sitio en la mesa.

—Pensando en las consecuencias que podía tener la acción que había cometido, estaba agitado, habbaba hasta por los codos, reía a más no poder y, por último, fui a reunirme con las señoras.

—Al cabo de media hora notaron la desaparición del billete y en seguida interrogaron a la servidumbre.

—Las sospechas recayeron sobre una criada llamada Daría.

—Yo manifesté una curiosidad y un interés extraordinarios, y recuerdo que, mientras la pobre Daría, aturdida y confusa, no sabía qué responder, yo la exhortaba a que confesase su falta, asegurándole que únicamente así podría contar con el perdón de María Senevna.

—Todos tenían los ojos fijos en mí, y sentía un extraño placer al pensar que mientras la estaba predicando moral a la criada, el billete se hallaba en mi bolsillo.

—Aquella misma noche me bebí los tres rublos: entré en un restaurante y me hice servir una botella de Château-Lafite. Hasta entonces no me había ocurrido jamás que apurase una botella sin haber comido algo; pero tenía prisa por gastar aquel dinero.

—Ni en aquel momento ni después he sentido lo que suele llamarse remordimiento de conciencia. Realmente, no quisiera volver a hacer, lo; sin embargo, ese hurto, créalo o no, ¡a mí me ha preocupado. He dicho repugnante.

—Ésa no es, seguramente, su peor acción —dijo con acento desdichado Daría Aleievna.

—Es un caso psicológico, pero no un acto —observó Atanasio Ivanovich.

—¿Y la criada? —preguntó Anastasia Filippovna con marcado disgusto.

—La criada, naturalmente, fué despedida al día siguiente. En aquella casa no se puede jugar!

—¿Y permitió usted que la despidieran?

—¡Qué gracia! ¡Allá a denunciarle yo mismo! —exclamó con sorna, aunque algo desconcertado, Fedytchenko, pues no se le escapaba la desagradable impresión que había causado a sus oyentes el relato que acababa de hacer.

—Éso es repugnante! —exclamó Anastasia.

—¡Oh! ¿Quiere usted que un hombre le cuente la acción más fea de su vida, y, por añadidura, pretenda que sea edificante? Las acciones más feas son siempre las más repugnantes.

—¿Y Atanasio Filippovna? De esto podemos convenirnos cuando oigamos a Iván Petrovitch.

—¿Dejamos aquí el juego? —preguntó Atanasio Ivanovich.

—Me ha tocado el turno —dijo Piznize— y usando de la libertad que nos han dejado, no contaré nada.

—¿No quiere usted?

—No puedo, Anastasia Filippovna; además, no veo que este juego sea divertido.

—Ahora le toca a usted, general —dijo Anastasia, dirigiéndose a Iván Fedorovich—; si usted niega también, el juego caerá de interés, y a fe que lo sentiría, porque proponíame contar, al final, una anecdota "de mi propia vida". Pero no hablaré antes que Atanasio Ivanovich; quiero que su narración me sirva de estímulo —añadió sonriendo.

—¡Ah! En vista de esa promesa, estoy dispuesto a contar toda mi vida, pero, lo confieso, mientras llegaba mi turno, he ido preparando lo que tenía que contar.

—Basta mirar a Vluencia para adivinar con qué galanura literaria adornará su pequeña anecdota —observó el bufón.

Anastasia Filippovna dirigió una rápida mirada al general y una ligera sonrisa apareció en sus labios; pero cada minuto que pasaba hacíanse más evidentes su laxitud y su irascibilidad.

Desde que prometió ella contar una anecdota de su vida, Atanasio Ivanovich estaba como sobre ascuas.

—Me ha sucedido lo que a todos, señores: he cometido muchos actos reproables en el curso de mi vida —comenzó el general—; pero cosa rara, el que voy a contar es el que me parece peor de todos los cometidos por mí.

—A pesar de haber transcurrido desde entonces cerca de treinta años, siento, al recordar aquel hecho, cierto sufrimiento moral.

—En aquella época, acababa de ser nombrado abanderado; nadie ignora que un abanderado es un muchacho con la sangre caliente y un bolsillo vacío. Tenía por asistente a un cierto Nikifor, que se ocupaba con celo de todas las faenas domésticas. Era un hombre abnegado y muy honrado.

—Yo, naturalmente, era severo, pero justo. Tuvimos que residir por algún tiempo en una pequeña ciudad, y nos alojaron en el do-

milicio de la viuda de un antiguo subteniente, situado en uno de los barrios extremos. "Aquella mujer era octogenaria, o poco le faltaba. Vivía en una casa de madera, reducida, vieja y desmantelada, y su pobreza era tal que ni siquiera tenía una criada que la cuidara. En otro tiempo, habíase conocido una familia numerosa, pero, unos habían muerto, otros habíanse dispersado, olvidando a aquella pobre vieja. En cuanto al marido, hacía medio siglo que había fallecido.

"Algunos años antes, la viuda había tenido en su compañía a una sobrina suya, pero esta sobrina era, según decían, jorobada y más mala que una bruja, hasta el punto de que un día dióle a su tía un trechendo mordisque en un dedo. Llévose Dios a aquel ángel, quedando la pobre viuda sola. Yo me aburría más de lo regular en aquella casa, y, por añadidura, la vieja estaba medio chucha. Un día me robó un gallo. El hecho, hasta hoy, no se pudo poner en claro, pero todos los indicios la condenaban.

"Con motivo del hurto del gallo tuvimos un vivo altercado, y solicité que me cambiasen de alojamiento. A tres días, entonces al extremo opuesto de la ciudad, a casa de un comerciante, padre de numerosa familia, que ostentaba buena barba. ¡Me parece que le estoy viendo todavía!

"Nikifor y yo fuimos contentísimos a aquella casa, y nos despedimos de la vieja en términos poco amistosos.

"Tres días después, cuando regresé de las maniobras, me dijo Nikifor:

"—¡Ha hecho usted mal, señor, en dejar su soperá a la vieja; ahora no tengo en qué servir la soperá.

"Naturalmente, yo no comprendí lo que quería decirme.

"—¿Por qué razón tiene la vieja nuestra soperá? —le pregunté.

"Esta vez fué mi asistente el que me miró sorprendido.

"Cuando nos marchamos de su casa —me comentó, negándose a entregármela, diciendo que usted había roto una vasija de su propiedad y que, en compensación, habíale usted regalado la soperá.

"Es inútil decir que semejante mentira me hizo montar en cólera; hirvió en mis venas todo mi sangre de abanderado y en dos saltos me planté en casa de la vieja. Llegué, presa de la más viva cólera; desde la puerta vi a la viuda; estaba sentada en un pincón del vestíbulo, como para resguardarse de los ardientes rayos del sol, y tenía la mejilla apoyada en la palma de la mano.

"Sin tomar aliento, comencé a lanzarle las peores invectivas, en términos violentísimos.

"—Eres una tal y una cual...

"La vieja tenía los ojos demasadamente abiertos y fijos en mí; continuó mirándome, pero sin decir palabra; parecía, por lo vacilante, que se iba a caer de la silla. Finalmente se calma un infir, examino a la vieja, la interrogo, y ella no me contesta. No sé qué pensar; los moscardones zumban, el sol se pone, el silencio reina en la casa; en fin, me retiro bastante turbado.

"No volví directamente a mi alojamiento; el comandante había preguntado por mí; pasé por su casa, fui luego a dar un vistazo a mi compañía y cuando regresé a mi vivienda ya era bastante tarde.

"Las primeras palabras de Nikifor fueron estas:

"—¿Sabe usted, señor, que ha muerto la viuda?

"—¿Cuándo.

"—Esta tarde, al anochecer, hará una hora y media apenas.

"De manera que, mientras yo la insultaba, la pobre vieja entregaba su alma al Señor. Les aseguro que esta coincidencia me afectó hondamente y me costó gran trabajo volver a hacer gala de mi jovialidad. Aquella noche soñé con la difunta.



FUMAGALLI
1430 - Avda. de MAYO - 1430
CATALOGO GRATIS (ENTRÉPELO ALTO)



Silicones con rúdos, desde \$ 185.-
Silicones ordinarios..... \$ 90.-
Fajas de medio..... \$ 40.-
Bregucos, desde..... \$ 6.-

"Nunca le tendió prejuicios, pero al día siguiente asistí al entierro. En una palabra, a medida que pasaba el tiempo, pensaba más en aquella desgraciada vieja, y me decía:

"—Aquella mujer, aquella criatura humana, vivió largos años; tuvo hijos, marido, una familia, parientes; todo aquello agitébase alrededor de ella, como un círculo de sonrisas, y, de pronto, todo este desapareció, quedose sola como... una mosca, llevando consigo la maldición de la edad. Al fin, Dios la llamó a su lado a la puerta del sol en un dulce día de verano; y en vez de lágrimas para acompañarla en su postrer viaje, no tuvo más que insultos profundos por un joven abanderado que, con los brazos en jarra, la llenaba de improperios por causa de una soperá...

"Ahora, reflexionando aún con más sangre fría sobre el hecho, compadezco con mayor pena a la pobre mujer. La compadezco hasta el punto de que yo mismo me sorprendo de este sentimiento, pues, al fin y al cabo, no soy responsable de lo que sucedió. ¿Por qué se le ocurrió morirle precisamente en aquel momento?

"De todos modos, no pude callarme sus remordimientos sin fundando dos causas en un hospital para asegurar a dos ancianas enfermas el reposo y el bienestar durante los últimos días de su existencia terrenal.

"Esta fundación existe desde quince años ha, y tengo la intención de hacerla perpetua, y así lo dispondré en mi testamento.

"He concluido, señores. Repito que, sin duda, he cometido muchos otros actos reprochables, pero, en conciencia, es ése el que más me reprocho."

"—Lejos de ser la acción más vituperable de su vida, Excelencia, lo que nos ha contado constituye un alto exponente de su bondad. ¡Veuencia sea ha hurlado de Ferdýtchenko! —exclamó con cierta ironía el bufón.

"De veras, general, no imaginaba en usted tan noble corazón —dijo negligentemente Anastasia Ivánovna.

Iván Fedorovitch, satisfecho de sí mismo, apuró su copa de champagne.

Le tocaba el turno a Anatasio Ivánovitch, el cual había preparado entretanto su anecdota.

Tortzyk tomó la palabra con dignidad extraordinaria, que anonizaba muy bien con su aspecto imponente.

Era, digámoslo de pasada, un hombre de arrogante presencia, alto y bastante grueso; usaba dentadura posiza, tenía las mejillas encarnadas y algo colgantes, y la parte de su cabeza que no estaba calva embriaba cabellos blancos. Elegante y vestido, sus manos blancas y delicadas llamaban la atención. En el dedo índice de su mano derecha lucía una sortija, de diamantes.

—Facilita mucho la tarea que me he impuesto —comenzó diciendo en tono anable y sonriente Anatasio Ivánovitch—, la condición precisa de que he de referir el acto más vituperable de mi vida.

"En estos casos, la vacilación es imposible: la elección está pronto hecha, por poco que uno quiera dejarse guiar por la conciencia y por los recuerdos del corazón.

"Entre las muchas... ligerezas que me reprocho, hay una especialmente, cuyo recuerdo me es en exceso penoso.

"Se remonta el hecho a una veintena de años atrás. Me encontraba a sirón en la casa de campo de Platón Ordýtzeff, recién nombrado mariscal de la nobleza, y que había ido a

pasar una temporada de invierno a provincias con su joven esposa.

"Se acercaba el cumpleaños de Anísa Alexeievna y había que preparar los bailes. En aquel tiempo contrataba a buena gente la gran sociedad *La Dama de las Camelias*, de Dumas, hijo, esa deliciosa novela que, a mi juicio, será inmortal y siempre joven.

"El entusiasmo reinaba entre las señoras que la habían leído. La moda había adoptado las camelias; ninguna señora se resignaba a no ostentárselas. Ahora bien, cómo procurárselas en una localidad en que todo el mundo se las dispense?

"Petia Vorkhlovskaya estaba entonces locamente enamorada de Anísa Alexeievna, temora si había realmente algo entre ellos, es decir, si podía él alimentar alguna esperanza.

"El pobre joven quería a toda costa llevar algunas camelias a Anísa Alexeievna para que ésta las luciera en el próximo baile.

"Sabíase que Sofía Bezpaloff y la condesa Sotzyk —una viuda petersburguesa de la gobernadora— llevarían sendos ramos de las codiciadas flores, precisamente de camelias blancas. "La señora Ordýtzeff, por el contrario, y a efecto de destacarse de las demás, prefería las camelias rojas, y puso en campaña a su marido, el cual se empeñó en encontrarlas.

"Desgraciadamente, el día anterior, Catalina Alejándrovna Myrticheff, que estaba disgustada con Anísa Alexeievna, había adquirido todas las camelias. El resultado es fácil adivinarlo: ataques de nervios, desmayos de la joven y desesperación de Platón.

"Se comprendió también fácilmente, que si Petia era capaz de conseguirlo, lo que el marido no había podido, aquello se convertiría en una gran posibilidad para el logro de sus esperanzas. La gratitud de la mujer no conoce límites en casos semejantes.

"Petia se resolvía por todas partes como el diablo en el agua bendita, pero... ¿se necesitó decirlo?, todos sus esfuerzos resultaban infructuosos. La víspera del baile le encontré, casualmente, a las once de la noche, en casa de una vecina, Ordýtzeff, una tal María Petrovna Zuboff. Estaba radiante de júbilo.

"—¿Qué te pasa? —le pregunté.

"—¡Las he encontrado!; ¡Eureka!...

"—¡Me dejas aturrido, amigo mío! ¿Cómo? ¿Dónde?

"—En Elcheiská, a veinte verstas de aquí, en la residencia de un viejo y rico mercader llamado Trepaloff. Es un hombre casado y sin hijos. El y su esposa se dedican a la cría de pájaros y en el momento en que me disponía a acostarme acudí a mi mente una idea original.

"—Pero, ¿seguro estás de ello?

"—Me pondré de rodillas ante él, me arrojé a sus pies y yo no le levantaré hasta que las tenga en mi poder.

"—¿Cuándo vas a ir?

"—Mañana, a primera hora, a las cinco.

"—Pues que el Señor te acompañe.

"Aquello me alegró sobremanera por élv. Volví a casa de Ordýtzeff, después de la una de la madrugada, y en el momento en que me disponía a acostarme acudí a mi mente una idea original.

"Bajé a la cocina y desperté al cochero Savel.

"—Engancha los caballos de aquí a media hora —le dije, poniéndole quince rublos en la mano.

"Naturalmente, antes de que transcurrieran los treinta minutos, el coche estaba preparado. Me habían dicho que Anísa Alexeievna delia

siada importancia y, por añadidura, habíanlo preocupado ciertas frases de Anastasia Filippovna y no quería marcharse sin tener con ella una explicación. Así pues, Totzky decidió permanecer allí hasta el fin.

Únicamente el finiente, ofendido de un modo tan descorat al devolverle su valioso regalo, no estaba dispuesto a tolerar nuevas excentricidades.

Si momentos antes la influencia de la pasión había puesto al nivel de Pitútzin y de Ferdytchenko, ahora se despertaba en Iván Fedorovich el respeto de sí mismo, el sentimiento del deber, la conciencia de la posición social que ocupaba, y de su jerarquía en el ejército.

En un palatino, no podía menos de formular que un hombre como él no podía almorzar con Rogojine y sus acompañantes.

Rogojine le interrumpió en cuanto comenzó a hablar.

—¡Oh, general, no había caído en la cuenta! Pero está seguro de que había previsto este mal momento para usted. Si lo que está ocurriendo le desagrada, muy dueño es de retirarse, aunque, a decir verdad, en este momento hubiera deseado más que nunca tenerle a mi lado. De todas maneras, le quedo sumamente agradecido por su visita y, sobre todo, por su delicada atención... Pero, si tiene usted miedo...

—¿Se olvida usted, Anastasia Filippovna, que es conmigo con quien habla? —interrumpió, a su vez, Epantchine en un arranque de caballeresca generosidad—. Pues bien, sólo por afecto y consideración a usted no me moveré de este sitio, y si la amenaza algún peligro... Aunque a decir verdad, el único peligro que yo veo es que marchen y se alboracen con sus amigos algún objeto. De todas maneras, opino Anastasia Filippovna, que no debe recibir a esa gente, ¿Rogojine en persona? —murmuró Ferdytchenko.

—¿Qué piensa usted, Atanasio Ivanovitch? —preguntóle en voz baja el general—. ¿No le parece que se ha vuelto loco?

—Ya le he dicho, en otra ocasión, que era propenso a la locura —repuso en el mismo tono Atanasio Ivanovitch.

—Además, la fiebre...

Al salir de la casa de Gania, la partida de Rogojine se reunió almorzar con sus nuevos reclutas: un viejo libertino, ex redactor de un periódico escandaloso, y un subteniente retirado.

Respecto al primero, circulaba la anécdota de que en cierta ocasión empujó la dentadura postiza, para pagar los gastos de una orgía.

El subteniente, más que compañero, parecía un rival del hombrachón que tan orgulloso estaba de sus puños. Ninguno de los compañeros de Rogojine le conocía, y habíanlo encontrado en la avenida Nevsky.

Al principio, los dos antagonistas se miraron con manifestada animosidad. El arte de considerarse ofendido por la admisión de la banda de aquel mendigo; y, taciturno por naturaleza, le mitigaba a lanzar de vez en cuando un gruñido sordo y a contemplar con soberano desdén al desconocido mientras que éste, hombre de mundo, sin duda, y profundo político, se esforzaba por captarse su simpatía.

A primera vista notábase que el subteniente era uno de esos hombres que substituyen con la habilidad y el tacto su escasez de fuerzas; desde luego era más bajo y menos robusto que el otro.

Absorbo desde las primeras horas de la tarde en el pensamiento de la visita que tenía que hacer a Anastasia Filippovna, Rogojine había esforzado por calmar la excitación borbónica de sus compañeros, y en parte lo pudo conseguir. El mismo había recordado casi por completo el dominio sobre sí mismo; pero las emociones experimentadas aquel día, sin precedentes en su vida, habíanle casi trastornado el juicio.

Una sola idea persistía en su mente: la idea por cuya realización estaba sufriendo horriblemente todo aquel día. Finalmente tuvo en su

poder los cien mil rublos, pero a un interés exorbitante.

Como en casa de Gania, Rogojine abrió la marcha, seguido muy de cerca por sus satélites, los cuales, estallan, sin duda, penetrados del sentimiento de sus prerrogativas, pero no exentos de inquietud, pues Anastasia Filippovna les inspiraba miedo.

La mayoría de ellos estaban convencidos de que serían arrojados infortunadamente a la calle; entre estos poltrones se contaba el elegante e irrecusable Zoloff.

Debido a este temor instintivo, invadieron el salón en pos de su jefe; pero al ver al general Epantchine entre los invitados de Anastasia Filippovna, el *menajista*, el *alcide* y algunos otros, se desconcertaron comenzando a retroceder hasta que ganaron la sala más próxima a la puerta.

Pocos fueron los que no perdieron su aplomo; entre estos intrépidos estaba Lebedeff, que iba pegado a Rogojine, comprendiendo la importancia de un hombre que posee un millón de cuatrocientos mil rublos en dinero contante y sonante y que en aquel momento llevaba cien mil rublos en el bolsillo.

Rogojine, más animoso que sus satélites, penetró resoluteamente en el salón; pero en cuanto vio a Anastasia Filippovna, todo lo demás desapareció para él.

Palideció intensamente y se detuvo un instante; era evidente que su corazón debía latir con inmisericordia violencia.

Timidamente y con ojos de espanto, contempló a la dueña de casa, y de pronto, como si hubiera perdido la razón, avanzó hacia la mesa. Ciego, como estaba, tropezó contra la silla de Pitútzin y manócho con sus sucias botas; pero no se dio cuenta de nada y, sin pedir disculpas, continuó avanzando con un paquete que llevaba entre ambas manos y lo depositó sobre la mesa.

Hecho esto, Rogojine dejó caer las manos a lo largo del cuerpo, y esperó, con la cabeza baja, que pronunciasen su sentencia.

Lebedeff se detuvo a tres pasos de la mesa. Kaluza y Poucha, las dos crávidas de Anastasia, permanecieron a la espera de zozobra y medio ocultas tras de los cortinajes del salón.

La dueña de casa miró curiosamente a Rogojine.

—¿Qué es eso? —preguntó indicando con la vista el paquete.

—¡Los cien mil rublos! —respondió el joven, casi con misterio.

—¡Ah! ¿Cumplió su palabra! ¿Qué hombre!...

Sin embargo, se lo ruego, aquí, en esta sala; luego hablármelos... ¿Quién ha venido a verlo usted? ¿Los mismos de esta mañana? Pues que pasen y se sienten también en este sofá, o en cualquier otro... ¿Pero por qué no entran? ¿Qué les pasa?

Algunos de los satélites de Rogojine, verdaderamente atemorizados, habían emprendido la retirada y esperaban en la sala contigua. Los intrépidos que desde un principio entraron en el salón, con buen asiento, pero cuidando de hacerlo lo más lejano posible de la mesa y en los más apartados rincones de la pieza.

Rogojine tomó asiento en la silla que le habían indicado; pero en seguida se levantó y ya no se sentó más.

Poco a poco comenzó a fijarse en los visitantes. Al ver a Gania sonrió desdeseosamente y murmuró por lo bajo: «¡Ah! tiene!».

La presencia del general Epantchine y de Totzky no le causó la más ligera impresión; apenas se reparó en ellos.

Pero al percibir al príncipe junto a Anastasia, su sorpresa no tuvo límites y, a pesar suyo, no podía apartar sus ojos de Muichnik; aquel encuentro parecía algo inexplicable.

Momentos había en que se hubiera dicho que era presa de un verdadero delirio producido por la fiebre.

—Señores, escúen suyo paquete que ven sobre la mesa, contiene cien mil rublos —comenzó

dicendo Anastasia Filippovna, pasando por los concurrentes una mirada retadora, impaciente y febril—. Hace pocas horas que este joven se puso a gritar como un loco que esta misma noche me traerá cien mil rublos, y yo le esperaba.

Como si fuera cualquier cosa vendible, empezó por proponerme dieciocho mil rublos, sus cuales, como usted ve, por ahí, llegó hasta cien, que es la suma depositada en esa mesa. Ha cumplido su palabra... ¿Pero qué pálido está!

«Esto ocurrió esta mañana en casa de Gania, adonde fui para visitar a su madre y a mi futura familia.

«Allí, en la propia casa de Gabriel Ardanonovich su hermana me llamó "desvergonzado" y lanzó un salvaje en el rostro de su hermano. ¡Es una muchacha de carácter!

«Anastasia Filippovna! —exclamó el general en tono de reproche, pues comenzaba a hacerse cargo de la situación.

«¿Qué pasa, general! Estoy diciendo inconveniencias, ¿no es cierto? He terminado con los disimulos. Durante cinco años he representado a la virtud en mi palco del Teatro Francés; he rechazado a todos los que han solicitado mis favores; me he mostrado, en fin, de una virtud austera e inquebrantable. Pero ¡ah! ¡esta ha terminado! Ya ven a lo que he venido a parar después de tanta virtud y honestidad; ante sus ojos tienen ustedes los cien mil rublos con que Rogojine me compra, y seguramente está tan seguro de ello, que no espera ya el arriaje en la puerta! Rogojine me aprecia en cien mil rublos! Gania, ya veo que aquí estáis conmigo, pero dime, ¿es que has pensado de veras hacerse ingresar en tu familia? ¡A mi, a la amante de Rogojine! ¿Qué es eso, lo que ha dicho el príncipe hace un momento?

«¡Yo no he dicho que es usted la amante de Rogojine, porque no lo es ni lo fue nunca! —dijo el príncipe con alterada voz.

Darí Alexieva no pudo contenerse.

«Anastasia Filippovna, maldecida, basta ya, querida! —exclamó de pronto—. Si estás cansada, mándalos a todos a paseo. ¿Es posible que por cien mil rublos te vayas con semejante hombre? Verdad que cien mil rublos no son de despreciar; pues bien, quédate con el dinero, y ponlo a él en la puerta. ¡Ah, si yo estuviera en tu lugar! ¡En un momento limpiaría esto!

«No te alteres, querida mía —repuso Anastasia sonriendo—. En todo lo que he dicho, no había ni el más ligero agravio para nadie. Realmente no puedo comprender cómo he sido tan respetada para querir entrar a formar parte de tan tosca familia. Vi a su madre y le besé la mano. Si me hubiera mostrado insolente y burlesco, ¿qué hubiera sido? ¿Qué hubiera sido? ¡Pena fué, Gania, porque me hubiera dado una buena fura capaz de llegar. Pues bien, me dejaste sorprendida; yo esperaba mucho de ti, pero no tanto. ¿Hubieras consentido en casarte conmigo sabiendo que el día antes de la boda, por decir así, me habían regalado un collar de perlas que yo acepté? ¿Y de Rogojine, qué me dices? En tu propia casa, delante de ti, de tu madre y de tu hermana, quisos comprarme, y, a pesar de eso, viniste esta noche a pedir mi mano. ¿Y poco faltó para que trajeras también a mi hermana! ¿Teudría razón Rogojine cuando dijo que por tres rublos andarías a gatas por el linévar Vasílievsky?

«¡Si, marcharía a gatas! —afirmó Rogojine en voz baja, con acento de profunda convicción.

«Además, no contento con introducir en tu casa a una criatura deshonrada, te casarías con una mujer odiosa para ti, porque tú me detestas, Gania, lo sé muy bien. ¡Ah!, ahora comprendo que un hombre semejante sería capaz de avecer por dinero. La sed de dinero altera actualmente a la humanidad, que parece loca. Pues bien, tú eres un desvergonzado y yo también; pero tú eres más que eso... En cuanto al hombre de las camelias, no quiero decir nada...

«¿Es usted, Anastasia Filippovna quien habla así? —exclamó el general juntando las manos

con aire desolado... ¿Es posible que una mujer tan delicada, de ideas tan elevadas, se exprese de ese modo? ¿Qué lenguaje! ¿Qué palabras!

La joven lanzó una ruidosa carcajada.
—¡Hoy estoy embriagado, general! ¡Quiero divertirme! ¡Es mi cumpleaños! ¡Mi triunfo, tanto tiempo esperado! ¡Daria Alexievna, eres a ese amante de las flores, el caballero de las caucelias, que está ahí sentado riéndose con nosotros?

—No me río, Anastasia Filipovna; me limito a escuchar atentamente — repuso Totzky con dignidad.

—Pues bien, por eso mismo, en vez de devolvérme su libertad le he atornillado durante cinco años. ¿Mercedá él esto? Ha ocurrido lo que necesariamente tenía que ocurrir... No ignoro que dirá que soy una desagradecida, que vivo mucho por mí, que me dió una esmerada educación, que me inculcó como una condesa, que le costé mucho dinero, que en provincias quiso casarme con un hombre respetable y que, finalmente, aquí, en la capital, me encontró Gania... Hace cinco años que vivo separada de él y, sin embargo, continué recibiendo su dinero, persuadida de que debía hacerlo así. Pero estaba equivocada... Me dice, Daria Alexievna, que tome los cien mil rublos y plantee en la calle a quien me los regala, si es que me repugna ser su amante, es cierto, pero repugante. Hace mucho tiempo que hubiera podido casarme, y no precisamente con Gania, pero también me negué. ¿Por qué he pasado cinco años sufriendo tantas amarguras? Créelo o no, es lo cierto que, cuatro años ha, me pregunté muchas veces si me decidiría a casarme con mi Atanasio Ivanovitch. Pero pensaba esto con las peores intenciones del mundo. ¿Qué ideas más extrañas cruzaban entonces por mi mente! Sin embargo, créame, hubiera llegado a ser su esposa. Lo hubiera deseado, pero que yo mismo haciera semejantes proposiciones matrimoniales. Seguramente, no era sincero; pero estaba tan apasionado, que no hubiera vacilado en casarse conmigo, de ser ése mi deseo. Pero, gracias a Dios, pronto reflexioné que no era merecedor de tanto odio; y entonces experimenté tal asco hacia él, que de ningún modo hubiera consentido en ser su esposa. ¡Y durante cinco años he representado el papel de mujer virtuosa! No, es mejor rotas por las calles, pues ése es mi lugar, o irme, para vivir alegremente con Muehchine, si no, hacerme la vida desde mañana mismo, puesto que nada de todo lo que llevo encima me pertence. Al marcharme dejaré aquí hasta el último trapo, y cuando nada posea, ¿quién va a querer cargar conmigo? Pregunta a Gania si consentiría entonces en ser mi esposo. ¡Ni el mismo Fedytcheenko se atrevería a hacerlo!...

—Fedytcheenko quizá no se casaría con usted, Anastasia Filipovna — repuso el bufón —; yo soy un hombre franco. ¡He cambiado el príncipe si lo haría! ¡Píjese usted en él y deje de lamentarse!... Hace rato que le estoy observando.

Anastasia se volvió con curiosidad hacia Muehchine.
—¿Es cierto eso? — le preguntó.
—Sí — contestó él en voz baja.
—¿Me aceptaría usted así, sin poseer nada? — Sí, Anastasia Filipovna.
—¡Le dije otra anécdota! — exclamó el general, añadiendo: ¡Sin embargo, era de esperar! El príncipe fijó una mirada triste, severa y penetrante en la joven, que continuaba examinándolo.

—¿Ves? Ya he encontrado otro — dijo de pronto, dirigiéndose a Daria Alexievna. — Y lo dice de corazón, lo conozco. ¡He encontrado un protector! Pero, a decir verdad, me parece que tienen razón los que dicen que... no es un hombre como los demás. ¿De qué vivriremos, príncipe, suponiendo que estés lo bastante enamorado para casarte con la amante de Rogojine?

—Casándose con usted, Anastasia Filipovna, haré con una mujer honrada y no con la amante de Rogojine.

—¿Soy yo esa mujer honrada? — Sí.

—Eso sólo existe en las novelas, son antiguas teorías, querido príncipe; ahora el mundo es más razonable y todo eso es absurdo. Además, ¿por qué piensas en casarte? ¿Necesitas una niña tan bien que una esposa?

El príncipe se levantó y con voz trémula y tímida, pero con la expresión de un hombre profundamente convencido, replicó:

—Yo no sé nada, Anastasia Filipovna, no he visto nada, tiene usted razón; pero me tendría por honrado con su elección, lejos de suponer que era yo el que la honraba traíndola por esposa. Yo no sé más sino que ha sufrido atrocemente y que salió pura de semejante infamia, y eso es mucho para mí. ¿De qué se avergüenza usted entonces y por qué quiere irse a Rogojine? ¡La febre la ha delirado! Ha rechazado usted los sesenta y cinco mil rublos que le ofrecía Totzky, y ha manifestado su propósito inquebrantable de dejarle todo lo que esta casa encierra... Nadie sino usted sería capaz de hacer otro tanto. Yo... Anastasia Filipovna... ¡yo la amo y daría gusto mi vida por usted! No permitiré a nadie decir una sola palabra de usted... Si somos pobres, trabajará para los dos, Anastasia Filipovna...

Al oír estas últimas palabras, Fedytcheenko y Leopoldo lanzaron una carcajada; el propio general no pudo por menos que exteriorizar su mal humor con una risa que parecía un cloqueo. Los demás se quedaron estupefactos.

—Pero quizá, en vez de la pobreza, nos espera la fortuna — prosiguió el príncipe con la misma timidez. — Aun no sé nada positivo sobre el particular y es lástima que en todo el día no haya dado con una persona que pueda facilitarme los informes que necesito. El hecho es que, estando en Suiza, recibí una carta de Moscú, fincada por cierto en Salazhine, según la cual había hereditado una considerable fortuna. Aquí está la carta.

Y esto diciendo, el príncipe sacó una carta del bolsillo.

—¿Estará loco este hombre? — exclamó el general. — ¡Esto es una casa de orates!

Hubo un instante de silencio.

—¿Dice usted, príncipe, que esa carta se la ha enviado Salazhine? — preguntó Pitizine. — Es un hombre muy conocido y como agente de negocios de gran reputación, y si ese aviso puede de él, puede dar por seguro que la herencia es cierta. Afortunadamente conozco la letra de Salazhine, pues estos últimos tiempos estuve en relaciones comerciales con él. ¿Me permite que eche una ojeada sobre ese papel?

El príncipe, con mano temblorosa, alargó la carta sin decir palabra.

—¿Pero cómo? — exclamó el general mirando a todos con aire de estupor. — ¿Es posible que exista esa herencia?

Todas las miradas estaban fijas en Pitizine mientras éste leía la carta.

Este incidente, sobrevenido después de tantas circunstancias enigmáticas, había excitado extraordinariamente la curiosidad de todos los concurrentes.

XVI

—Se trata de una cosa seria — declaró al fin, Pitizine, doblando la carta y devolviéndola a su dueño. — En virtud de la respuesta en regla, otorgada por una tía suya, debe usted aceptar, sin dificultad alguna, en posesión de una cuantiosa herencia.

—¡Eso es imposible! — exclamó el general a pesar suyo.

El asombro se dibujó de nuevo en todos los rostros.

Pitizine explicó entonces lo siguiente, dirigiéndose en modo especial a Iván Fédorovitch:

—Cinco meses antes, el príncipe había perdido a una tía suya, a la que no había conocido, pero que era difunta, hermana mayor de la madre del príncipe, era hija de un comerciante de Moscú, Papuchine, el cual, después de haber hecho quiebra, murió en la mayor pobreza. Pero

el hermano mayor de Papuchine, muerto también hacía poco tiempo, era un comerciante riquísimo.

—Pero antes habíanselo muerto, en el intervalo de un mes, sus dos hijos únicos, y fué tal el dolor que por estas pérdidas experimentó el anciano, que no tardó en seguirlos a la tumba.

—Era viudo y, por lo tanto, toda su fortuna pasó a su sobrina, la tía del príncipe.

—Pero en el momento que la pusieron en posesión de la herencia, esta mujer estaba gravemente enferma de hidropesía; tuvo tiempo, empero, de otorgar testamento en favor de su sobrino y encargó a Salazhine que averiguase el paradero de éste.

—Un día pareció al príncipe ni el médico con quien vivía Muehchine en Suiza quisieron esperar el aviso oficial, y sin pérdida de tiempo habíase puesto éste en camino.

—No puedo decir más — concluyó Pitizine dirigiéndose al príncipe —, sino que el hecho es exacto, porque lo afirma Salazhine, y que puede estar tan seguro de esa herencia como si lo estuviera ya en su poder. Felicito, pues, a usted, príncipe; recibirá, por parte baja, un millón y medio de rublos. Papuchine era muy rico.

—¡Muy bien! — ¡Viva el dueño de Muehchine! — gritó Fedytcheenko.

—¡Viva! — repitió con voz agudamente Lebedeff.

—¡Y yo que le he prestado veinticinco rublos como a un pobre diablo! ¡Ja, ja, ja! ¡Es algo extraordinario! — exclamó el general, estupefacto. — Pues bien, le felicito cordialmente.

Y, abandonando su asiento, estrechó al príncipe entre sus brazos.

Los demás se levantaron también, rodeando a Muehchine para felicitarle calorosamente. Hasta los compañeros de Rogojine que se habían quedado en la sala contigua apresurarse a entrar en el salón. Todos gritaban y gesticulaban pidiendo champaña, reñando por un momento un gran desorden.

En aquellos instantes Anastasia Filipovna quedó olvidada; sus invitados no pensaban que se hallaba ya en su casa.

Poco a poco, empero, comenzaron a recordar que el príncipe le había prometido casarse con ella, y a consecuencia de este incidente, la escena tomó un aspecto más extravagante.

La joven se le había movido de su sitio; pasaba por los concurrentes extrañas miradas de asombro como si no comprendiera la situación y tratase de explicársela. Luego, de pronto, volvióse hacia el príncipe y, frunciendo el ceño, con expresión amenazadora, se puso a examinarlo atentamente; pero fué sólo por un instante; tal vez había cruzado por su mente la idea de que se trataba de una broma, y si así fué, bastóle mirar al príncipe para desengañarse. Quéjóse un momento pensativa y una sonrisa incoherente erró en sus labios.

—¿De manera que soy princesa? — murmuró como hablando consigo misma en tono de burla, y mirando de pronto, a Daria Alexievna, estalló en carcajadas. — El desenlace es inesperado... ¡ja, ja, ja! No me lo había figurado así... ¿Pero por qué están ustedes de pie, señores? — Sintense, se lo ruego, y felicitemos por mi enlace con el príncipe... Me parece haber oído que alguien ha pedido champagne... Fedytcheenko, vaya a traer que traigan champagne... Katia Pachina — añadió, viendo a sus dos criadas en la puerta del salón —, vengan acá. ¿Saben que me voy a casar? ¿Y con un príncipe! El príncipe Muehchine, que posee un millón y medio de rublos, me toma por esposa.

—Pues bien, nadremita, que Dios te asista; ya era tiempo, ¡no hay que dejar escapar la ocasión! — exclamó Daria Alexievna, conmovida por tan inesperado suceso.

—Pero ¡síntate aquí, a mi lado, príncipe — prosiguió Anastasia Filipovna —, así, junto a mí; ¡qué traigan el champán! ¡Espero sus felicitaciones, señores!

—¡Viva! — gritaron algunas voces. Rogojine contemplaba la escena como si fuera

nea—. ¡Cien mil rublos! ¡Cien mil rublos! he visto hacer el paquete con mis propios ojos! ¡Matueba, misericordioso! ¡Mándame que me tire al fuego y lo haré de cabeza! ¡Una mujer enferma, parálitica, trece niños huérfanos, un padre enterrado hace unos días, un hombre que muera de hambre...» ¡Anastasia Filipowna, te lo suplico!

E hizo ademán de acercarse al fuego.

—¡Atrás!— vociferó la dueña de la casa apartándole de su lado—. ¡Quiero todo el mundo! Gania, ¿qué haces ahí plantado como mi poste? ¿No te da vergüenza? Recoge ese paquete que es tu felicidad...

Pero ya aquel día Gania había sufrido demasiado y no estaba preparado para soportar esta nueva prueba.

Los circunstantes retrocedieron, dejándole solo frente a Anastasia Filipowna, que a tres pasos de distancia le miraba con ojos llameantes. Gania, vestido de frac, enguantado y con el sombrero en la mano, contemplaba en silencio el fuego con los brazos cruzados.

Una rara y casi imperceptible sonrisa se insinuaba en su rostro; no podía, en verdad, apartar sus ojos del paquete que iba a ser pasto de las llamas; más parecía que algo nuevo produciase en sí misma; diríase que se había propuesto sufrir hasta el final aquella tortura y estaba como clavado en su sitio. A los pocos segundos, todos estaban convencidos de que dejaría arder el paquete de dinero.

—¡Mira que el fuego lo va a consumir!— exclamó Anastasia—. ¡Ahora te contiene el amor propio y luego cuando ya sea tarde, harás una barbaridad!

La caída del paquete sobre los tizones pareció que iba a extinguir el fuego; pero una pequeña llama azul salió de uno de los costados corriendo rápidamente a toda la altura del paquete y provocando un vivo resplandor. Un grito se escapó de todos los pechos.

—¡Matueba!— suplicó de nuevo Lebedeff, haciendo ademán de acercarse una vez más a la chimenea; pero Rogojine le apartó con violencia.

El príncipe guardaba silencio y observaba la escena con aire entristecido.

—Que me den solamente mil rublos y sacó ese paquete con los dientes—dijo Ferdychitchenko.

—Yo también lo haría!—rugió el atleta con acento desesperado—. ¡Vaya si lo haría! ¡El diablo me lleve! ¡Ya está ardiendo!...—añadió aterrorizado, viendo brillar la llama.

—¡Se quemá! ¡Se quemá!—repitieron a coro los demás, haciendo ademán de acercarse al fuego.

—Gania, déjate de melindres; te lo dijo por última vez.

Ferdychitchenko, sin poder contenerse más, acercó al joven diciéndole al tiempo que le tiraba vivamente de la manga:

—¡Anda, sácalo! ¡Cobardé! ¡No ves que se quema, estúpido!

Gania rechazó con violencia a Ferdychitchenko, y, girando sobre sí mismo, dirigióse a la puerta; pero apenas hubo dado unos pasos, comenzó a vacilar y cayó pesadamente al suelo.

—¡Se ha desmayado!—exclamaron los presentes.

—¡Matueba, se quemá!—gimió Lebedeff.

—¡Cien mil rublos perdidos inútilmente!—repitieron los demás.

—¡Katia, Praga, traigan agua y vinagre para Gania!—ordenó Anastasia, y, seguidamente, tomando las tenazas retiró del fuego el paquete.

Habíase quemado casi toda la envoltura, pero el dinero estaba intacto gracias a la gran cantidad de papel usado para envolverlo.

—¡Sólo se han perdido mil rublos!—dijo Lebedeff, con la misma emoción que se le trataba de la salvación de una persona.

—¡Toda esta suma le pertenece, es para él, ¡han oído ustedes, señores!—dijo Anastasia en alta voz, colocando el paquete junto a Gania—,

No lo ha retirado, ha sabido vencerse a sí mismo, demostrando que en él es más fuerte el amor propio que la codicia... No es nada, pronto volverá en sí... De no haberle ocurrido esto, quién sabe si no me hubiera matado... Miren ustedes, ya se recobra... Estos cien mil rublos pertenecen a Gania, yo se los doy en concepto de indemnización por... no importa por qué. Ustedes se lo dirán, cuando los encuentre a su lado, al volver en sí. Rogojine, ¡vamos! Adiós, príncipe, tú eres el primer hombre que he encontrado en mi camino... Adiós, Ataiasio Ivanovitch; gracias por todo.

Toda la banda de Rogojine preparó para la partida, en pos de su jefe y de Anastasia Filipowna. Ésta encontró en la sala a sus criadas, que le pusieron el abrigo de pieles; la cocinera abandonó sus quehaceres para despedirse de su ama.

—Me voy al arroyo, Katia, pues ése es mi lugar...—

El príncipe salió apresuradamente de la casa, mientras, a la puerta, Rogojine y los suyos se agrupaban en torno de cuatro trincos adornados con profusión de cesebeles, que los aguardaban.

El general logró alcanzar a Muichkine en el descansillo.

—Príncipe, sé razonable, te lo ruego; déjala—le dijo, agarrándole por un brazo—. Ya ves qué clase de mujer es tú. Te hablo como un padre.

El príncipe le miró, sin proferir palabra, y desprendiéndose de él bajó de cuatro en cuatro las escaleras.

En el momento en que la comitiva se ponía en marcha, observó el general que Muichkine, subiendo en su coche, gritaba al cochero que siguiese a la caravana hasta Ekaterinoff.

Seguidamente, Iván Fedorovitch, montando en su coche tirado por un caballo tordo, hizo conducir a su casa, llevando consigo el magnífico collar de perlas.

Por el camino, acariolaba nuevas esperanzas, formaba nuevos proyectos para el porvenir, pero sin que pudiera apartar de su mente la imagen seductora de Anastasia Filipowna.

—¡Es una lástima—se decía—, una verdadera lástima!... ¡Una mujer perdida, una mujer local!... Afortunadamente, el príncipe puede vivir muy bien sin ella... En fin, más vale que todo haya acabado así.

Atanasio Ivanovitch, que marchaba al lado de Pitizine conversando sobre los extraordinarios sucesos, lanzó un profundo suspiro y dijo estas palabras:

—¡Esa mujer le hace perder la cabeza a cualquier!

XVII

Dos días después, el príncipe se trasladaba a Moscú para entrar en posesión de su inesperada herencia.

Dijose que eran otras las causas que precipitaban su partida; pero los informes que tenemos sobre este punto son muy incompletos, así como los referentes al género de vida que el príncipe llevó en Moscú durante los seis meses que estuvo ausente de San Petersburgo.

Los que, por una u otra razón, no podían ser indiferentes a su suerte, estuvieron mucho tiempo sin bien noticias suyas.

Naturalmente, en ninguna parte se interesaban tanto por el príncipe como en casa de Epantchine, aunque se había ausentado sin despedirse de aquella familia.

En honor a la verdad, debemos consignar que el general le había visto dos o tres veces después de los sucesos de que hemos hablado en el capítulo precedente, y había tenido largas conferencias. Pero Iván Fedorovitch mantuvo a su familia ignorante de tales secretas entrevistas.

Al principio, es decir, durante el primer mes de ausencia de Muichkine, habíase convenido, en casa del general, que no se hablaría de él.

Isabel Prokofievna, fué, cuando, la primera en quebrantar esta regla, diciendo que "Se ha-

bía engañado cruelmente al juzgar al príncipe".

Dos o tres días después añadió, pero esta vez en términos generales, sin mencionar a nadie, que "la particularidad más característica de su vida era la de engañarse siempre que juzgaba a las personas".

Por último, algunos días más tarde, tras una violenta escena que tuvo con sus hijas, pronunció estas palabras: "¡Hemos cometido ya bastante errores; en lo sucesivo será otra cosa!".

Aquí es preciso consignar que, desde hacia algún tiempo, no era paz precisamente lo que reinaba en la familia Epantchine.

Las relaciones entre unos y otros habíase enfriado de modo tal, que apenas se cambiaban las palabras absolutamente necesarias. Todos estaban ceñudos y taciturnos.

Si en la casa hubiese habido algún observador, sólo a una conclusión hubiera llegado: que el príncipe había dejado una impresión muy honda en la mente de los Epantchine, a pesar de no haberle visto más que en una oportunidad.

Tal vez esto podía explicarse simplemente por la curiosidad que hubiera despertado en ellas ciertas aventuras del príncipe. Sea como fuere, la impresión subsistía.

Poco a poco, comenzaron a circular por la capital rumores que fueron haciéndose confusos e imprecisos.

Se decía que un príncipe, idiota (nadie podía decir con exactitud cómo se llamaba), que había heredado inesperadamente una enorme fortuna, habíase casado con una célebre bailarina parisiense que residía en San Petersburgo.

Otros afirmaban que el heredero había sido un general y que el marido de la bailarina era un comerciante ruso.

Pronto, empero, dejaron de ocuparse en estos asuntos y cesaron las habladurías ante la imposibilidad de poner algo en claro.

Por ejemplo, los amigos de Rogojine, algunos de los cuales hubieran podido facilitar datos precisos, habían seguido a su jefe a Moscú, después de haberse divertido durante ocho días en el Waux-Hall de Ekaterinoff.

Anastasia Filipowna había asistido a esta orgía monstruosa, y por informes particulares se supo que había desaparecido al día siguiente.

Se supuso que habíase refugiado en Moscú, y la creencia pública confirmó la partida de Rogojine y su familia.

Respecto a Gabriel Ardalionovitch Ivolguine se supieron también no pocas especies en las esferas en que era conocido.

Pero una circunstancia imprevista hizo callar bien pronto a las malas lenguas: Gania cayó gravemente enfermo y no se le volvió a ver ni en la sociedad ni en su oficina.

Su enfermedad duró un mes. Al recobrar la salud, presentó la dimisión de su empleo, y la Compañía de que era secretario vióse obligada a poner otro en su lugar.

Por el despacho del general Epantchine tampoco se dejó ver, y aquél también le reemplazó de inmediato.

Los enemigos de Gania hubieran podido suponer que no se atrevía a presentarse en ninguna parte a causa de lo avergonzado que estaba por las humillaciones que había sufrido.

La enfermedad, que a juicio de muchos, fué fingida, habíale vuelto taciturno, lipocondriaco, irritable.

Aquel mismo invierno, Bárbara Ardalionovna contrajo matrimonio con Pitizine. Los que conocían bien a la familia Ivolguine, atribuyeron aquel precipitado casamiento al hecho de que Gania no podía subvenir a las necesidades de la casa; antes al contrario, habíase convertido en una carga para ella.

Entre los Epantchine no se hablaba jamás del joven, como si para ellos no hubiese existido nunca.

Si, empero, todos habían sabido—pues la noticia llegó antes que a ninguna parte—un hecho—y curioso: después de su desagradable aventura en casa de Anastasia Filipowna, Gania, de vuelta en su domicilio, no se acostó en

seguida, sino que con afechada rapidez esperó el regreso del príncipe.

Éste, que había ido a Ekaterinhoff, no volvió hasta las siete de la mañana.

Gania entró de inmediato en el cuarto de Muichkine, y depositando sobre la mesa el dinero que Anastasia dejó a su lado mientras estaba desmayado, le rogó que lo devolviese a la joven en la primera ocasión que tuviese.

Cuando entró en la habitación, Gania iba animado de sentimientos hostiles y casi desesperados, pero estas disposiciones se modificaron en cuanto hubo cambiado algunas palabras con el príncipe, en cuya compañía pasó dos horas, sollozando siempre, y al separarse le hicieron como amigos.

Ese hecho, del que toda la familia del general tuvo conocimiento, era rigurosamente exacto.

Había transcurrido un mes desde la partida del príncipe, cuando la generala recibió una carta de la anciana princesa Bielokonsky, que hacía quince días hallábase en Moscú, adonde había ido para abrazar a su hija mayor, que residía allí con su marido.

Isabel Prokofievna guardó para sí lo que su amiga le comunicaba; pero, por ciertos indicios, veíase que aquella carta le había causado muy viva inquisición.

De pronto rompió el silencio que guardaba con sus hijos, hablándoles de cosas que no venían a cuento; era evidente que quería explicarse y no se atrevía a hacerlo.

El día que recibió la carta, colmó de caricias a sus hijos, abrazó a Aglae y a Adelaida y, por último, les hizo una especie de confesión de la que, sin embargo, no comprendieron nada ni una ni la otra.

Llegó la generala en su entusiasmo, a ponerle buena cara a su marido, a quien desde hacía un mes trataba con gran rigor.

A fin de semana llegó otra carta de la princesa Bielokonsky, y esta vez Isabel Prokofievna decidió a hablar, y dijo gravemente que la "vieja Bielokonsky" (no llamaba de otro modo a la princesa) le daba buenas noticias de la aquélla... de aquel ente *original*... del príncipe, en fin.

La "vieja" le había buscado en Moscú y obtenido muy buenos informes a su respecto; finalmente, el príncipe acabó por visitarla y le causó tan buena impresión, que le invitó a ir todos los días de una a dos a su casa, y la "vieja" no se había cansado aún de sus visitas.

Añadió la generala que la princesa había presentado a Muichkine a dos o tres familias de la buena sociedad.

—Me alegro —terminó diciendo— de que no viva como un lobo y no sea tan tímido como un idiota.

Las señoras de Epantchine sospechaban que su madre les ocultaba la mayor parte del contenido de aquella carta, tal vez porque estaban mejor informadas que ella por medio de Bárbara Ardalionovna, que a su vez, recibía las noticias de su marido.

Pitruine, en efecto, por sus ocupaciones, era el más indicado para saber de las andanzas del príncipe.

Esto fue un motivo de rencor por parte de Isabel Prokofievna contra Varja. De todos modos, ya estaba roto el hielo y se podía hablar de Muichkine. Por otra parte, esta circunstancia revelaba una vez más el vivísimo interés que el príncipe había despertado en todos los individuos de la familia Epantchine.

La generala quedó sorprendida de la impresión que habían producido en sus hijas las noticias recibidas de Moscú.

En cuanto al general, también hizo sus comentarios, y éstos giraron alrededor del "positivo".

Sintiendo gran interés por los asuntos del príncipe, había hecho que le vigilaran, y especialmente a Salzkyne, su agente de negocios; encargo de esta misión a dos señores de Moscú, que merecían toda su confianza.

Todo lo que se había dicho de la herencia era exacto, en el fondo, aunque la voz pública había exagerado bastante.

Los asuntos de Papuchine estaban muy embrollados; habíase comprobado que, al morir, dejó algunas deudas y que eran varios los que se disputaban la herencia. Por añadidura, el príncipe, sordo a los consejos y observaciones, había procedido como una persona sin ninguna noción de lo que era la vida.

Realmente, el general desaba de todo corazón que el príncipe tuviese el mis franco éxito, y se complacía en manifestarlo así, ahora que el "hielo estaba roto", pues si bien "aquel jovencito" era bastante original, merecía que la fortuna le sonfiese.

Pero en aquella ocasión, Muichkine había cometido torpezca sobre torpezca. Muchos acreedores del difunto comerciante sostenían sus reclamaciones con documentos dudosos y sin valor legal alguno; otros, sabiendo que se las habían con un hombre demasiado bueno, no se tomaban la molestia de presentar las pruebas que justificasen sus pretensiones. Pues bien, a pesar de que le decían sus amigos que todos aquellos documentos eran nulos, y que no les asistía ningún derecho, el príncipe había obstinado en pagar a casi todos los acreedores, únicamente porque así parecía que algunos habían sufrido a causa de sus créditos.

La generala apoyó las afirmaciones de su marido, diciendo que la "vieja Bielokonsky" habíale escrito en el mismo sentido, llamándole "tonto, tontísimo". La imbecilidad es un mal incurable —añadió Isabel Prokofievna, pero la expresión de su rostro delataba la viva satisfacción que sentía por el proceder de aquel "imbecil".

A final de cuentas, el general hubo de percibir que su esposa se interesaba por el príncipe como si se tratase de un hijo y observó al mismo tiempo que se mostraba más amable que nunca con Aglae, por lo cual creyó oportuno mantener su actitud de "hombre positivo", por lo menos durante algún tiempo.

Pero aquella bella disposición de espíritu no duró mucho tiempo.

Dos semanas después, el general recibía una noticia sorprendente: Anastasia Filippovna, que al fin había aparecido en Moscú, se había vuelto a exiliar, sin duda, en provincias, y con la desaparición de la joven había coincidido la del príncipe Muichkine, que abandonando bruscamente a Moscú, dejó todos sus asuntos en manos de Salzkyne.

—Se han marchado juntos o ha ido el príncipe a reunirse con ella? —preguntábase el general—. Esto no me lo dicen, pero, seguramente, aquí hay algo raro".

Estas noticias coincidían completamente con las que había recibido Isabel Prokofievna.

Al cabo de dos meses de su partida, nadie hablaba ya del príncipe en San Petersburgo, y en casa de Epantchine se había vuelto "a romper el hielo".

Las señoras, sin embargo, continuaban muy bien informadas, gracias a los buenos oficios de Bárbara Ardalionovna.

Durante el invierno, la familia Epantchine había decidido pasar el próximo verano en el extranjero. Esta resolución la tomaron exclusivamente la generala y sus hijas; el general pretextó que no podía perder tiempo en "vanas distracciones".

Pero hubo de ceder a los ruegos de sus hijas, las cuales estaban persuadidas de que sus padres no querían llevarlas al extranjero, porque se les había metido en la cabeza encontrarles marido a toda costa.

Digamos de paso que no se había vuelto a hablar del casamiento de Totzky con Alejandra; las negociaciones que nuestros lectores conocen habían llevado a cabo sin que mediase ningún compromiso formal por parte de Atanasio Ivánovich.

El fracaso de aquella proyectada unión llenó de júbilo a Isabel Prokofievna; en cambio, el

general tardó mucho tiempo en consolarse.

Poco después pudo Iván Fedorovich que una francesa perteneciente a la alta sociedad, una marquesa legítima, había conquistado a Totzky, y que éste, en breve, iba a contraer matrimonio con la bella extranjera, con la que visitaría a París para establecerse luego en Breña.

—¡Es hombre al agua! —dijo por todo comentario Iván Fedorovich.

Mientras las señoras Epantchine hacían los preparativos para pasar el verano en el extranjero, sobrevino un suceso que cambió por completo la faz de las cosas, con gran satisfacción de los padres, y el viaje quedó aplazado.

Llegó a San Petersburgo, procedente de Moscú, un cierto príncipe Chitch, que gozaba de envidiable reputación.

Era uno de esos honrados y modernos amantes del progreso, que desean sinceramente hacerse útiles a sus semejantes, trabajan con fe y se distinguen por una facultad preciosa: la de encontrar siempre algo que hacer.

De treinta años de edad, hombre de gran mundo, adorna a sus notables dotes naturales una fortuna "seria e indiscutible", como decía el general, el cual, habiendo conocido al príncipe en casa del conde, su superior jerárquico, había entablado relaciones con él.

Era muy agradable para el príncipe Chitch estrechar lazos de amistad con "hombres de negocios" como esos.

De aquí nació su conocimiento con la familia Epantchine.

Adelaida Ivánovna le causó una impresión agradabilísima y, al final del invierno, pidió su mano.

El pretendiente no degradó a Adelaida ni a su madre, y en cuanto al general, no cabía en sí de gozo.

Naturalmente quedó diferido el viaje y convino en celebrar la boda en la próxima primavera.

Por otra parte, Isabel Prokofievna hubiera podido partir, con sus otras dos hijas, a medidos o fines del verano.

Entretanto, el príncipe Chitch presentó a la familia Epantchine un lejano pariente, llamado Eugenio Pavlovitch..., al cual le unían, además, íntimas relaciones de amistad.

Era un joven de veintiocho años, ayudante del zar, apuesto, elegante, instruido, de noble cuna e inmensamente rico.

Respecto a esto último, el general estaba siempre en guardia.

"En efecto —se decía—, parece que es hombre de fortuna, pero conviene asegurarse".

La "vieja Bielokonsky" había escrito desde Moscú, recomendando en los términos más calurosos al joven ayudante de campo, como "persona de gran porvenir". Sin embargo, Eugenio Pavlovitch habíase creado una celebridad al que echaba: la voz pública le atribuía una larga serie de victorias gloriosas. En cuanto vino a Aglae, empezó a frecuentar con gran asiduidad la casa de los Epantchine.

En realidad, nada se había dicho, aparte de algunas ligeras alusiones; sin embargo, los esposos Epantchine consideraron indispensable olvidarse por el momento del viaje al extranjero, a lo menos por aquel verano.

Aglae quizá no era del mismo parecer.

Eso sucedió poco tiempo antes de la recepción en escena de nuestro protagonista.

A juzgar por las apariencias, en San Petersburgo nadie se acordaba ya del pobre príncipe Muichkine, y si en aquellos momentos hubiese reaparecido, hubiéndolo tomado por un hombre caído del cielo.

Pero, para dar por terminado este resumen, debemos consignar un hecho de bastante interés en esta historia.

Después de la partida del príncipe, Kolia Ivánovich había continuado, al principio, haciendo la vida ordinaria; es decir, iba al colegio, visitaba a su amigo Hipólito, mantenía la vigilancia de su padre, y todo ello sin des-

cuidar la ayuda que siempre le prestó a Varía en los quehaceres de la casa.

Por los lineajes no tardaron en ocultarse; tres días después de los sucesos ocurridos en casa de Anastasia Filipovna, Pervykhentsev desapareció, y no se volvió a saber de él.

Alas tarde, cuando Varía se casó, Nina Alejandrovna y Gania se fueron a vivir con ella en la casa que Putzine poseía en Ismailovskiy-Polik.

Por lo que respecta al general Ivoguine, ha habido ocurrido, así al mismo tiempo, un percance desgraciado e inesperado: su amiga, la señora I. Irenchiff, a la que en diferentes épocas había suscitado dos mil rublos en pagares, le hizo encarecer por deudas.

Esta manera de proceder de su amiga causó profunda sorpresa al pobre Ardalion Alejandrovitch, "decididamente víctima de su limitada confianza en el corazón humano".

Putzine y Varía decían que la cárcel era su verdadero sitio, y Gania era del mismo parecer. Únicamente la pobre Nina Alejandrovna lozaba en secreto (cosa que sorprendía a los que la rodeaban) e iba a visitarle cuantas veces le era posible.

Después del "percance al general", como decía Kolia, o, mejor dicho, después del casamiento de su hermana, el joven se emancipó por completo; sus parientes apenas le veían por el día y eran muchas las noches que no dormía en su casa.

Según decía, hablaba hecho de muchas amistades y, aparte de eso, visitaba con mucha frecuencia a su madre, la cárcel de los presos por deudas.

En su casa se abstienen de preguntarle.

Tres meses después de la partida del príncipe, supo la familia Ivoguine, con la sorpresa que es de suponer, que Kolia había hecho comienzo con los Epantchine y que era muy bien recibido por las señoritas.

Varía fué la primera en enterarse. Kolia no se atrevió a pedir a su hermana que lo presentase, y lo hizo por sí mismo.

Desde aquel momento, los Epantchine fueron recibidos al principio, la general le acogió al afecto, con gran frialdad, pero en seguida agradable, porque "era franco y no la adulara".

Nadie más merecedor que Kolia de ser tenido en tan honroso concepto: el muchacho había sabido colocarse frente a sus nuevos amigos en una posición de igualdad e independencia completas; y si alguna vez leía a la general libros o periódicos, era porque le gustaba ser leído algo.

Sin embargo, poco faltó para que la general le retirase su amistad. En el curso de una viva disputa sobre "cuestiones de mujeres", Kolia tuvo el atrevimiento de decir a Kolia Prokofievna que era una déspota y que jamás se atreviera a pisar su casa.

Y, por inverosímil que esto parezca, al día siguiente envió la general una cartita, por medio de un criado, rogándole que volviese. Kolia no se hizo el caprichoso y obedeció.

Ahí era la única persona de quien no pudo ganarse las simpatías y siempre que le hablaba, hablaba con autoridad. Sin embargo, estaba escrito que también había de vencer a la orgullosa joven.

Cierta día, Kolia aprovechó un momento en que los dejaron solos y le presentó una carta, diciéndole que tenía orden de entregarla en sus propias manos.

Aglae miró con expresión amenazadora al "pequeño pilluelo", pero éste se retiró en seguida.

La joven abrió la carta y leyó la siguiente:

En cierta ocasión me honró usted con su confianza. Ahora, quizá me haya olvidado por completo. ¿Por qué lo escribió? No sé; pero no puedo resistir el impulso de hacérselo presente a ustedes, y a usted especialmente. Muchas veces he tenido gran necesidad de tenerlos a mi lado, pero de las tres, sólo a usted veo. Me es necesario, indispensable. Por lo que a mí se refiere,

nada que valga la pena tengo que contarle. Lo único que deseo de todo corazón es su felicidad. ¿Es usted feliz? Esto sólo en lo que quisiera saber su hermano

EL PRÍNCIPE L. MUCHIKINE.

Después de haber leído estas disparatadas líneas, Aglae sonrióse repentinamente y se quedó pensativa.

Habría sido imposible seguir el curso de sus pensamientos.

La primera pregunta que se dirigió a sí misma fué la siguiente:

"¿Debo enseñar esta carta?"

Sentíase como avenzada de haberla leído. Finalmente, sonriendo de una manera extraña, arrojó la carta en el cajón de su mesa.

A la mañana siguiente volvió a leerla y la colocó dentro de un libro, como solía hacer con las cartas que desalta tener a mano.

"¿Es posible —se dijo el príncipe— que haya elegido como confidente a ese pilluelo audaz? Y en todo caso, ¿será el único correspondal con que cuente aquí?"

Y, si bien con cierto aire desdichado, no pudo menos que interrogar a Kolia al respecto.

Este, susceptible siempre, en aquella ocasión finió no haber notado el desprecio de Aglae, y con tono breve y seco dijo que, en todo y para todo, había ofrecido sus servicios al príncipe, entregándole su dirección en el momento de partir y que ésa era la primera comisión y la primera carta que había recibido de Muchikine.

Y para afirmar la verdad de lo que decía, sacó del bolsillo una carta dirigida a él, y la presentó a Aglae.

Aglae no titubeó en leerla. He aquí lo que el príncipe le decía a Kolia.

Querido Kolia! Hezme el favor de entregar la carta que va incluida a Aglae Ivanovna.

Te deseo felicidad, tu afectuoso:

EL PRÍNCIPE L. MUCHIKINE.

—Sin embargo, es ridículo servirse de semejante granuja —dijo Aglae en tono injurioso, devolviendo a Kolia la carta; y, hecha esta bibrante observación, le volvió la espalda.

Kolia no pudo soportar este desdén, y se retiró de la casa cruelmente mortificado.

XVIII

Era a principios de junio y se gozaba en San Petersburgo de una temperatura excepcionalmente suave.

Los Epantchine poseían en Pavlovsk una espléndida quinta. Isabel Prokofievna sintió de repente vivos deseos de ir a pasar allí una temporada, junto con toda la familia; y, en efecto, dos días después se trasladaban al campo.

A los tres días de su partida, llegaba de Moscú el príncipe León Nikoláievitch Muchikine. Nadie le esperaba; sin embargo, al bajar del tren, el príncipe distinguió entre la muchedumbre de viajeros dos ojos flameantes que le miraban fíjamente, causándole viva impresión. Trató de recordar a quién pertenecían aquellos ojos, pero fué en vano.

A pesar de la rapidez de aquella visión, quedó desgraciadamente impresionado.

Por otra parte, el príncipe estaba ya triste y pensativo; era evidente que algo le preocupaba.

Su cochero le condujo a una fonda de ínfima categoría situada en las cercanías de Litsiainá. Muchikine alquiló dos pequeñas habitaciones oscuras y mal amuebladas; se lavó, mudó de ropa y salió a la calle.

Si alguna de las personas que le habían conocido seis meses antes, o, mejor dicho, el día que llegó a San Petersburgo, hubiérase visto en aquel momento, notaría al punto que se había verificado en él un cambio muy notable que le favorecía en extremo.

Sin embargo, no hubiese tenido razón para asombrarse.

La indumentaria del príncipe había sufrido, ciertamente, una completa transformación; iba vestido por uno de los mejores sastres de Moscú, pero al defecto de seguir la moda demasiado rigurosamente, usaba el hecho de no sentarse atavió lo llevaba un hombre que no tenía nada de lechuguino; por lo tanto, un observador propenso a la burla hubiera encontrado en el motivo de risa.

El príncipe se hizo conducir a las Arenas. En una de las calles de la Navidad encontró bien pronto la casa que buscaba.

Era una casita de madera, de atrayente aspecto, lo cual extraño sobrenatural al príncipe; rodeaba al edificio un lindo jardín muy bien cultivado, lleno de flores. Las ventanas que daban a la calle estaban abiertas y dejaban llegar afuera un incesante rumor de ruidosos expresiones, casi estridentes, como si alguien leyese en alta voz o pronunciase un discurso. Ruidosas carcajadas interrumpían de vez en cuando al que hablaba.

El príncipe atravesó el patio y subió la escalinata; una cocinera con las mangas remanadas hasta el codo le abrió la puerta. El visitante le preguntó por el señor Lebedeff.

—Ahí está —contestó la interpelada, señalando con el dedo el salón.

Cuando el príncipe entró, el señor Lebedeff, de pie en medio de la estancia, estaba de espaldas a la puerta.

A causa del calor, iba en mangas de camisa; peroraba dándose golpes en el pecho.

Sus oyentes eran un muchacho de unos quince años, de aspecto alegre y avisado, que tenía un libro entre las manos; una joven de veinte años, vestida de negro, con un niño de pecho en brazos; una niña de trece años, vestida también de negro, que reía a carcajadas; y, por último, un joven de unos veinte años, no mal parecido, que estaba tendido en el sofá.

Este último tenía largos y espesos cabellos oscuros, grandes ojos negros, y pañallas y barba.

Seguramente interrumpía a menudo al orador para contradecirle, y ésta era en apariencia la causa de la hilaridad de los oyentes.

Lukian Timofeitch, he, Lukian Timofeitch! ¿Qué barbaridad! ¡Mire hacia aquí, hombre de Dios! —bramó la cocinera, retirándose roja de ira.

Lebedeff volvió la cabeza y, al ver al príncipe, quedóse un instante como petrificado; luego avanzó hacia él, pero, antes de que se le acercara, el estupor le dejó clavado en su sitio.

—¡É-é-é-ten-ti-mo príncipe!... —exclamó girando casi a su pesar.

Y de pronto, como si aun no hubiese recobrado su presencia de ánimo, se precipitó hacia la joven que el príncipe le había abrazado; el movimiento fué tan rápido y brusco, que ella retrocedió unos pasos; pero Lebedeff cambió en seguida de dirección para correr hacia la muchacha de trece años, la cual, de pie, apoyada en la puerta del aposento, parecía hacer grandes esfuerzos para contener la risa. La chiquilla lanzó un grito y fué a refugiarse en la cocina. Lebedeff golpeó el suelo con el pie, y observando que el príncipe le miraba con aire atónico, murmuró a manera de explicación:

—Es por el respecto... ¿comprende?... —Hace usted mal... —comenzó a decir el príncipe.

—[Al momento, al momento, como un rayo!... —interrumpió Lebedeff, y salió del aposento como una exhalación.

El príncipe miró con estupor a los circustantes, los cuales se reían a carcajadas.

Muchikine no pudo menos que hacerles coro.

—Ha ido a terminar de vestirse —dijo, al fin, el muchacho.

—¿Con qué venid a molestar! Yo creía que... —dijieron, él...

—¿Creé usted que está ebrio? —preguntó el joven del sofá—. Pues se engaña; cierto que ha tomado tres o cuatro copitas, o quizá cinco, pero, ¿qué es eso para él? No se ha excedido del reglamento.

El príncipe iba a replicar, pero la joven se lo impidió con un gesto, para decir:

—Por las mañanas bebe muy poco; por lo tanto, si viene usted para hablarle de negocios, aproveche la ocasión, pues a la tarde ya está completamente borracho y se pasa las noches llorando y leyendo la Biblia, porque sólo hace cinco semanas que falleció nuestra madre.

—Ahora ha salido corriendo, porque con toda seguridad no sabe qué decirle —observó el personaje que estaba tumbado en el sofá.

—Lebedeff volvió corriendo de luto.

—Sólo hace cinco semanas, ¿no es más, que cinco semanas! —repitió sollozando al tiempo que se pasaba un pañuelo por los ojos—. ¡Muerfano!...

—¿Pero por qué se ha puesto ese traje tan estropeado? Ahí detrás de la puerta, tiene usted el nuevo, ¿no lo ha visto?

—¡Silencio, entrometida! —rugió Lebedeff!; ¡te voy a hacer polvo, sandañita! —añadió dando una patada en el suelo.

Pero cada vez, la joven lanzó una carcajada en respuesta a la cólera paterna.

—¿Pretende usted asustarme? ¡Bah!; yo no soy Tania y no echaré a correr como ella. Además, con tanto gritar, no va a conseguir otra cosa que despertar a Lubotchka y que le repitan las convulsiones.

—¡Bueno, bueno, se acabó! —dijo el dueño de casa, y, presa de repentina inquietud, acercóse a la criatura que sin hija tenía en brazos y la bendijo veintidós veces con aire de espanto. ¡Sentir, preservarla de todo mal! —añadió con cara compungida—. Esta criatura es pecón es mi hija Luboff —prosiguió, dirigiéndose al príncipe—, nacida de mi legítima esposa Elena, fallecida de resultados del alimbramiento... Esa que parece un pájaro asustado es mi hija Viera; y éste... éste...

—¿Por qué te interrumpes? —exclamó el joven del sofá—; vamos, vamos, habla sin reparos. Lebedeff—ahí— leido usted en los diarios el asesinato de la familia Jeramne? Pues bien, ¡fué él / no otro!...

—¿Qué es lo que está usted diciendo? —replicó asombrado el visitante.

—Hablo en sentido figurado; es el futuro asesino de la segunda familia Jeramne, si él la llega a encontrar... Ya está en avanzado...

Una carcajada general acentuó estas palabras. El príncipe suspiró que Lebedeff le hablaba, en efecto, de cosas que estaban por completo fuera de lugar, porque preservaba que le iba a hacer por venturas emborachas y a tratar de ganar tiempo.

—¡Es un faccioso, un conspirador! —vociferó Lebedeff, que parecía fuera de sí—; ¡lo que oye, Alteza; y a este deslenguado, a este libertino, a semejante monstruo, tengo que llamarle sobrino mío, porque es hijo único de mi difunta hermana Anisia.

—¿Te callarás, borracho! —exclamó el joven—. He dicho, príncipe, de lo que se trata. Yo soy, como he dicho, un sobrino, sin mentir, quizá por primera vez en su vida. Yo soy sobrino, no he terminado mis estudios universitarios, pero estoy resuelto a acabarlos y lo haré, porque soy un hombre de carácter. Entretanto, para proveer a mi sustento, he conseguido un empleo en el ferrocarril, retribuido con veinticinco rublos mensuales. No negaré que mi tío me ha ayudado en dos o tres ocasiones. Ahora bien, poseo ya veinte rublos y... los perdí en el juego. ¿Creea, príncipe, que he cometido la necedad, la vileza de irme a casa de dinero?

—El que te repito es un bribón a quien no debes pagar —replicó Lebedeff.

—Ciertamente, es un bribón, pero así, a mi modo de ver, no es motivo para no pagar una deuda, y, por lo tanto, le pagué —replicó el joven—. Ahora bien, para entrar en posesión del empleo de que le he hablado hace un momento, es indispensable que me asee un poco, pues ando vestido como un vagabundo; mire mis zapatos... no es posible presentarse así en una oficina; pero

es el caso que si transcurrió el plazo señalado sin que me posesione de mi empleo, se lo darán a otro, y solamente le pido a mi tío la irrisoria suma de quince rublos, empañando mis palabras de honor de que no volveré a molestarle en lo sucesivo y obligándole a restituírle en el término de tres meses el importe total de mi deuda. ¡Puede estar seguro de que cumpliré mi palabra! Mi sueldo, en esos tres meses, sumará sesenta y cinco rublos; añadiendo el dinero que ahora le pido a lo que le debo de antes, formará un total de treinta y cinco rublos; por lo tanto, permito que me cobre los intereses que desee. ¿Es que no me conoce, por ventura, el príncipe, si he dejado jamás de devolverle los préstamos que me ha hecho en otras ocasiones. Por qué, pues, se obstina ahora en negarme su ayuda? Todo sin enojo es porque le he pagado al ex oficial ese; no puede alegar otro motivo. ¡Ahí tiene, príncipe, cómo es mi tío; lo mismo que el perro del hotelero; ni come ni deja comer!...

—¡Y no se va! —vociferó Lebedeff—; ¡se ha instalado aquí y aquí se quedará!

—Te he repetido hasta el cansancio que no me moveré aquí hasta que no me hayas dado lo que te pido... ¿Por qué se sonrie usted, príncipe? Parece despreciar mis palabras...

—No me sonríe —repuso Muichkine con cierta mueca de repugnancia—, pero, en efecto, me parece que está usted algo fuera de razón al obrar así.

—Vamos, hablemos francamente; diga sin rodeos si no tengo ninguna razón. ¿Por qué es algo?

—Si usted quiere, le diré que no tiene ninguna razón.

—¿Si yo quiero! ¿Me place la ocurrencia? ¡Cree usted, acaso, que no me hago cargo de mi reprensible manera de proceder, y que pareciera que estoy haciendo a mi tío víctima de una extorsión? Príncipe, usted no conoce la vida... por eso habla así; pero sepa que a los tipos como mi tío, hay que darles una buena lección, para que aprendan, en conciencia, los perfectamente honrados y sencillos, que como conmigo no perderá un solo copek. Además, ha obtenido una gran satisfacción moral, al tener que rebajarse ante él. ¿Qué más puede desear? ¿Cómo puede llamarse bueno un hombre que es incapaz de hacer un favor? ¡Veá usted, príncipe, su manera de proceder! ¿Pregúntele a él mismo a cuánta gente ha engañado, y de qué medios se ha valido para conseguir lo que quiere! Me apostaría la cabeza sin ningún miedo de perderla a que, si todavía no le he engañado a usted, está pensando en este momento cómo hacerlo. ¿Sonríe de nuevo? ¿No cree...?

—Lo que yo creo es que todo eso no tiene nada que ver con el asunto que aquí se ventila —replicó el príncipe.

—¡Levo ya tres días viviendo en esta casa —contestó el joven desviándose de la observación—, ¡y cuántas cosas he descubierto en tan poco tiempo! Imagínese usted que sospecha de ese ángel, de esa pobre muchacha huérfana, primera hermana mía y hija suya, y todas las noches, antes de irse a dormir, entra en su habitación para asegurarse de que no esconde algo de plata... Además, viene a menudo a este aposento y le registra cuidadosamente, hasta debajo del sofá que desde hace tres noches me sirve de lecho. La desconfianza le trasmata el juicio; no ve más que ladrones por todas partes. Se pasa toda la noche en vela, pues se levanta lo menos siete u ocho veces para asegurarse de que las ventanitas están bien cerradas y dar un vistazo a la chimenea. Este hombre, que defiende a ladrones y estafadores, viene a este aposento tres o cuatro veces durante la noche para hacer sus oraciones y pedir a Dios por todo el mundo. Se arrodilla, toca el suelo con la frente, y en sus oráculos de borracho se acuerda de personas que nunca ha conocido, y que ni siquiera son su época; ¡la otra noche rezaba por el eterno des-

canso del alma de la condesa Du Barry!... ¿Lo he oído yo con mis propios oídos? Kolia estaba también aquí. Está completamente loco.

—Ya está usted viendo, príncipe, cómo se mofa de mí —exclamó Lebedeff, rojo de ira y fuera de sí—. Yo puedo ser un borracho, un libertino, un malhechor, hasta si se quiere un ladrón; pero él es el menos indicado para estar en cara esas cosas; él ignora que cuanta vino al mundo, ¡fui yo el primero en haberlo y envolverlo en los pañales. Y si bien en mis rezos me acuerdo de personas a quienes no conocí, también he rogado por ti y por todos los insolentes y sinvergüenzas como tú; ahí tienes cómo rezo yo...

—¡Bah! Al final de cuentas, ¿qué me importa a mí de tus rezos? Sigue rezando por quien te da la gana; ¡y que el diablo cargue contigo! —interrumpió violentamente el joven.

—Yo no veo que su tío sea un hombre desprovisto de sensibilidad —rebató el príncipe, no sin cierta repugnancia, pues cada vez sentía más antipatía hacia el sobrino de Lebedeff. Y dirigiéndose al rey, agregó:— Escúcheme, Lebedeff: ¿usted sabe dónde puede encontrar a Kolia?

—Yo se lo diré, príncipe —repuso el joven.

—No, no, no! —apresuró a decir Lebedeff.

—Kolia —prosiguió el sobrino— ha pasado la noche aquí, pero a la mañana temprano, fué a reunirse con su padre, el general, a quien usted, Dios sabe por qué, le hizo poner en libertad, pagando sus deudas. Ayer, le conocí a Ardanov Alekandrovich que vendió a hospedarse aquí, pero no se ha dejado ver. Lo más probable es que se haya ido a dormir a la posada de La Balanza, cerca de aquí. Es casi seguro que encuentre allí a Kolia, a menos que se haya ido a Pavlovsk, a la quinta de los Epantchne, pues disponía de algún dinero y ya ayer hablaba de ir allí. Así, pues, si no lo encuentra en La Balanza, es porque ha ido a Pavlovsk.

—A Pavlovsk, a Pavlovsk... Vamos al jardín, príncipe, y allí tomaremos el café.

Y esto diciendo, Lebedeff salió la príncipe por un brazo y le arrastró fuera de la habitación. Atravesaron el patio, internándose en un bonito jardínillo que, gracias a la estación, estaba cubierto de flores y de árboles cargados de verdes hojas.

Lebedeff hizo sentar al visitante en un banco pintado de verde, ante una mesita del mismo color, entre dos sillas fijas en el suelo, y ocupó otro asiento frente a él.

A los pocos minutos sirvieron el café, sin que Muichkine lo rehusara.

El dueño de casa continuaba mirándole fijamente con apasionado servilismo.

—No conocía aún su casa —dijo el príncipe con aire distraído.

—¡Huérfanos! —comenzó a decir Lebedeff, dando a su fisonomía un profundo aire de tristeza, pero se interrumpió.

Muichkine miraba distraídamente delante de sí y sin dársele nada olvidado ya lo que acababa de decir.

Transcurrieron unos minutos más; Lebedeff esperaba, siempre con los ojos fijos en su visitante.

—Bien, ¿de qué estábamos hablando? —dijo al fin el rey, sacudiendo su soporte—. ¡Ah, sí... ya caigo! Supongo, Lebedeff, que no habrá olvidado el asunto por el cual yo estoy aquí; recibí su carta; puede hablar, le escucho.

El curul se turbó; quiso decir algo, pero sólo acertó a huscullar unas frases ininteligibles.

Muichkine le miraba sonriendo tristemente.

—Comprendo lo que le pasa, Lebedeff; usted no me esperaba, ciertamente; no creía que abandonase todo al primer aviso, me ha escrito por escrípulo de conciencia. Pero ya ve que se ha engañado. Déjese, pues, de subterfugios y de servir a las sombras. Estoy enterado de todo; Rogojine me contó un mes que está aquí. ¡Ha conseguido usted vendérsela como hizo la otra vez! ¿Diga la verdad!

—Ha sido él mismo, el monstruo, quien ha descubierto su retiro; él mismo...

—No le insulte; usted es el que más debe compadecerse de él.

—¡Me ha pegado, príncipe! ¡Me ha molido a palos! —protestó Lebedeff con extraordinaria vehemencia. En Álexei lanzó en mi persecución un perro, un feroz león en mi hazaña, y hasta el agotamiento.

—Me toma usted por un niño, Lebedeff? Vaya, dígame la verdad: ¿es cierto que ella ha salido de Moscú?

—Verdad, verdad, y ésta vez también la vispera de su casamiento. El contaba con ansia los minutos que faltaban, cuando ella estaba camino de San Petersburgo. Una vez aquí, vino a encontrarme en seguida y me dijo: "Luktan, bósame un asilo y no digas nada al príncipe...". Ella le tiene, príncipe, mucho más que al otro, y esto demuestra que tiene gran talento. Y él, diciendo esto, sonrióse con picardía, mientras se tocaba la frente con un dedo.

—¿Y ahora lo ha acercado usted uno al otro? —Excelentísimo príncipe, ¿cómo podía... cómo podía impedirlo?

—Basta, lo sabré todo por mí mismo. Dígame, solamente, dónde se encuentra ella; ¿está con él?

—¡Oh, nada de eso!... "Soy libre todavía", dice ella a quien quiera escucharla, y usted sabe cuán ufana está de su libertad. "Soy completamente libre", repite sin cesar. Continúa viviendo en la Peterburgskaia, en casa de mi cuñada, según le escribí...

—¿Estará allí en este momento?

—Seguramente, a menos que haya ido a Pavlovsk. Como hace tan buen tiempo, quizá haya decidido irse al campo, a casa de Daría Álexievna. "Soy enteramente libre"; éste es su eslogan. Ayer mismo insistió sobre esa libertad, hablando con Nicolás Arálovitch. ¡Mala señal! —añadió sonriendo Lebedeff.

—¿Kolia la visita con frecuencia?

—Es un muchacho aturdido, incomprensible, sin pizca de discreción.

—¿Hace mucho tiempo que no va usted a su casa?

—Voy todos los días.

—¿Así, pues, la vía usted ayer?

—No, hace tres días que no voy por su casa.

—Es una lástima que esté usted algo bebido, Lebedeff, pues quisiera hacerle algunas preguntas.

—Es verdad que estoy algo ebrio; pero pregunto lo que quiera, que le voy a escuchar con atención —repuso el curial, disponiéndose a oír.

—Dígame, ¿cómo estaba ella la última vez que la vía usted?

—Da la impresión de una mujer que buscase algo...

—¿Cómo es eso?

—Sí, tiene el aire de una persona que ha perdido algo. Lo único que la subleva es la idea de su próximo matrimonio; eso la repugna, pues se le ello a la fuerza. De él se ocupa tanto como si se tratara de una hornija; digo mal, ella piensa en él con temor, con verdadero espanto, y no quiere que se pronuncie su nombre en su presencia. Se ven únicamente por necesidad... y él sabe esto muy bien; ella está siempre inquieta, burlona, atolondrada, y, a veces, furiosa.

—¿Furiosa ha dicho usted, Lebedeff?

—Furiosísima. El otro día estuvo a punto de agarrarme del pelo, por lo que calaba que se me escapase involuntariamente. Pero yo le he propuesto curarla leyéndole el Apocalipsis.

—¿Cómo? —preguntó el príncipe, creyendo haber oído mal.

—Con la lectura del Apocalipsis. Esa mujer tiene la imaginación exaltada, y aun me parece haber observado que prefiere los temas de conversación sería, por indiferentes que sean. Yo me he dado cuenta de que esto la halaga. Ahora bien, yo soy muy ducho en la explicación del Apocalipsis, pues hace quinientos años que nos dio. Ella ha comprendido conmigo en que nos dio. Y ella tiene la época representada por el tercer caballo, el negro, y por el jinete que lleva en la mano una medida, puesto que en nuestro

siglo todo descansa sobre las molidas y los contratos; todos los hombres sólo buscan su derecho: "Una medida de trigo por un denario y tres medidas de cebada por un denario..." Y así pretenden conservar también una mente libre, un corazón puro, un cuerpo sano y todos los dones de Dios. Pero, con este género de vida, y pensando sólo en sus derechos, no lo conservarán y vendrá luego el caballo pálido, llamado de la muerte, y, por último, el infierno... Tal es el tema de nuestras conversaciones cuando estamos juntos, y ellas ejercen gran influencia en su espíritu.

—¿Pero cree usted realmente en esas cosas? —preguntó Muichkine, lanzando a su interlocutor una extraña mirada.

—Lo creo y quiero que lo crean los demás. El príncipe se levantó, y Lebedeff quedó hondamente sorprendido y aun contrariado al darse cuenta de que su visitante disponíase a marcharse.

—Se ha vuelto usted muy indiferente —aventuró con respetuosa libertad.

—Es que me siento indisputado; tengo la cabeza muy pesada y seguramente, a consecuencia del viaje —repuso el príncipe frunciendo el ceño.

—¿Y si se fuera a vivir al campo? —insinuó tímidamente Lebedeff.

Muichkine, distraído, pareció no oír.

—Mire, yo mismo me iré al campo con toda mi familia, dentro de tres días. Lá salud de la pequeña exige ese cambio, y, en nuestra ausencia, haremos en esta casa las reparaciones necesarias. Nos vamos también a Pavlovsk.

—¿Dijo usted a Pavlovsk? —preguntó bruscamente el príncipe—. ¿Pero qué quiere decir esto? ¿Todo el mundo se va a Pavlovsk? ¿Posee usted allí alguna casa de campo?

—No todo el mundo va a Pavlovsk. En cuanto a mí, Iván Petrovitch Prizhine me ha cedido una de las quintas que él ha comprado a bajo precio. El lugar es agradable y bastante poblado, situado sobre una eminencia rodeada de hermosos campos verdes; la vida allí no es cara, y si añade todo esto al placer de ir a la oficina, como entenderá por qué va tanta gente a Pavlovsk. Por mi parte, sólo ocuparé un pequeño pabellón, y la casa, propiamente dicha...

—¿La ha alquilado?

—No, no está aún resuelto.

—¿Puede alquirla a mí? —preguntó el príncipe de aquilarme.

Evidentemente, todo el trabajo que estaba haciendo Lebedeff era con la exclusiva mira de arrancarle esta proposición a Muichkine. Y cuando le preguntó el precio del alquiler, el curial le hizo un ademán con la mano, como no queriendo él hablar de aquella cuestión.

—No importa; ya me enteraré de lo que vale, pues no quiero que usted se perjudique —replicó el príncipe.

Ambos abandonaron al jardín.

—Si no le molesta... si quisiera escucharle... honorable príncipe, yo podría decirle algunas cosas muy interesantes —murmuró el curial, que, rebosante de satisfacción, redoblaba sus zalameas con Muichkine.

El visitante se detuvo.

—Daría Álexievna posee también una quinta en Pavlovsk.

—¿Y qué?

—Cierta persona está en íntimas relaciones con ella y quien sabe qué asunto se traerá entre manos, pues la visita con mucha frecuencia.

—¿Y bien?

—Me refiero a Aglaia Ivanovna.

—¡Oh, basta, Lebedeff! —interrumpió vivamente el príncipe con amargo acento, como si aquel nombre le hubiese producido un gran dolor—. Eso, no me interesa. Preferiría saber cuándo parte usted. Por mi parte, cuanto antes mejor, pues me he alojado en un hotel...

Hablando así, dejaron atrás el jardín, atravesaron el patio y, sin entrar en la casa, dirigieron a la puerta.

—Yo creo que lo mejor que puede hacer usted Álexeia es venirse desde hoy a vivir conmigo;

pasado mañana partirémos todos para Pavlovsk. —Lo pensará —contestó Muichkine con aire pensativo, retirándose acort continuo.

Lebedeff quedó observando cómo el príncipe se alejaba, extrañado de su distracción, pues se fué sin decirle siquiera adiós.

Este olvido causó aún mayor extrañeza, porque conocía a fondo la irreproachable cortesía del príncipe.

XIX

Era ya cerca de mediodía.

El príncipe sabía que el único miembro de la familia Epantchine que podía encontrar aún en la ciudad, y de ello tampoco estaba seguro, era el general, a quien asuntos del servicio le hacía retener en San Petersburgo.

Si tuviese la suerte de encontrar a Iván Fedorovich, tal vez lograra llevarlo consigo a Pavlovsk; pero, antes de ponerse en busca del general, tenía mucho interés en hacer otra visita: ir a la casa que tanto descaaba visitar. Por otra parte, en cierto sentido, esta visita era para él delicada en extremo, y vacilaba en dar un paso que lo parecía algo arriesgado.

Salía que la casa estaba situada en la calle de los Guisantes, no lejos de la Sadovaya, y se puso en camino, con la esperanza de que andando tomaría una resolución definitiva. Cuando se encontró en la intersección de las dos calles, sorprendido de su extraordinaria agitación, no había previsto que su corazón podía latir con tan inusitada violencia.

Una casa de la que aun estaba alejado llamóle la atención, probablemente debido a su particular aspecto.

Se dijo: "Indudablemente es aquella casa". Acercóse, presa de viva curiosidad por comprobar su conjetura, y teneros al mismo tiempo de haber acertado. Era un sombrío edificio de tres pisos, desprovisto de todo gusto artístico; entrecruzaba la mirada el color verde-sinico de su fachada.

En cuanto se acercó a la puerta, el príncipe vio un letrero que decía: *Casa Rogojine. Parfenio Rogojine, sucesor.*

Venciendo su vacilación, abrió la puerta de cristales, que se cerró tras de sí, ruidosamente, y subió al segundo piso por una escalera de piedra.

El príncipe sabía que Rogojine y su madre ocupaban todo el segundo piso de esta antipática casa.

El criado que salió a abrirle, hizoze pasar sin anunciarse, y Muichkine hubo de seguir a su guía durante largo rato. Finalmente llamaron a una puerta que abrió el propio Parfenio Semenovitch. Al ver al príncipe palideció intensamente y quedóse un momento como petrificado; su mirada tenía una fijeza rayana en el espanto, la sonrisa que crispaba sus labios denunciaba el colmo del estupor. Díjase que la presencia de Muichkine le producía el efecto de algo imposible, casi de un milagro. Su actitud sorprendió al príncipe, a pesar de ir preparado para algo por el estilo.

—Parfenio, creo que mi visita no es muy oportuna; en seguida me retiro —dijo Muichkine algo confuso.

—No, no, su visita es muy oportuna —repuso Rogojine, recorriendo su aplomo—. Pasa, te lo ruego.

Ambos se tuteaban.

En Moscú velábase con frecuencia, y los momentos que pasaban juntos les dejaban una impresión indeleble. Ahora se encontraba un freno al otro, tras una separación de más de tres meses. Rogojine seguía con el semblante pálido y contrariado. A pesar de haber hecho pasar a su visitante, continuaba presa de extraordinaria agitación.

Mientras invitaba al príncipe a que se sentase ante la mesa, éste volvió maquinalmente la cabeza y sorprendió en la mirada de Rogojine una expresión tan rara, que se quedó paralizado. Al mismo tiempo, un doloroso y sombrío recuerdo

acudió a la mente de Muichkine. De pie, inmóvil, contempló los ojos de Rogojine, que parecían brillar con destellos sin más vivos que el principio. Finalmente, Rogojine sonrió, pero todavía estaba algo turbado y confuso.

—¿Por qué me miras tan fijamente? —le preguntó—. ¡Síntate!

El príncipe obedeció.

—Parfeno! —repuso, con énfasis con franqueza: ¿sabías que yo había de llegar hoy a San Petersburgo, o no?

—Sospechaba que vendrías, y ya ves que no me he equivocado —respondió Rogojine sonriendo agraciado—, ¿pero cómo podía adivinar que llegarías hoy?

Y dijo esto con tal expresión de cólera, que el embarazo del príncipe aumentó.

—¿Y aunque lo hubieras sabido, ¿qué tiene eso de particular para que te enojas conmigo? —replicó dolientemente Muichkine.

—Y esa pregunta, ¿a qué viene?

—Porque, al descender del tren, distinguí entre la multitud unos ojos idénticos a los tuyos de hace un momento, cuando me volví para mirarte.

—¡Bah! ¿De quién podrían ser? —murmuró Rogojine, algo turbado.

Al príncipe pareció notar que se estreñecía. En cuanto él se iba entre la multitud, también puede ser debido a una alucinación mía, pues ahora estoy sujeto a alucinaciones que me atormentan. Me encuentro, amigo mío, en el mismo estado de hace cinco años, cuando sufría de ataques.

—Seguramente, habrá sido una alucinación —repuso Rogojine entre dientes.

A despecho de los esfuerzos que hacía para dar a su rostro una expresión agradable, la sonrisa que crepaba sus labios destruía el conjunto de su fisonomía.

—Entonces, volverás a irte al extranjero? —preguntó luego y apresuróse a añadir—. ¿Te acuerdas de nuestro viaje en tren, de Pskov a San Petersburgo, el otoño pasado? ¿Recuerdas aquel capar y aquellas polainas que usabas?

Y Parfeno Semenovich lanzó una carcajada francamente provocativa; dírase que con ella quería desfogar su cólera.

—¿Te has establecido aquí definitivamente? —preguntó el príncipe paseando su mirada por el interior.

—Sí, siendo esta casa mía, ¿dónde quieres que fuera a vivir?

—¿Hace tiempo que no nos vemos y he oído contar de ti cosas muy raras.

—¿Qué es lo que la gente no habla? —contestó secamente Rogojine.

—Has licenciado tu banda, no haces más calaveradas y vives en el hogar paterno. Eso me agrada. ¿A casa es tuya o la tienes en común?

—Es de mi madre; el pasillo separa sus habitaciones de las mías.

—Entonces, ¿dónde vive tu hermano?

—Mi hermano Senén vive en el pabellón.

—¿Está casado?

—Es viudo. ¿Te interesa todo esto?

El príncipe le miró sin contestar; habíase puesto, de pronto, pensativo, y es probable que no oyera la pregunta de Rogojine.

—Este no lo repetiré y esperó. Siguióse un corto silencio.

—Hace un momento, estando aún a cien pasos de esta casa, adviné que era la tuya —dijo el príncipe.

—¿Cómo es eso?

—No habría explicártelo bien; tu casa lleva el sello de la familia, de los Rogojine; no me preguntes cómo he llegado a esta conclusión, pues te repito que no podría decirlo. Sin duda, esto es a causa del delirio... Tengo miedo de lo que me está ocurriendo... Antes no hubiera podido siquiera imaginarme que habitabas en semejante casa; sin embargo, al ver este edificio, me he dicho al instante: "Aquí vive Parfeno".

—Realmente —dijo con una sonrisa Rogojine, que no había comprendido gran cosa del obscuro pensamiento del príncipe —fue mi abuelo

quien hizo edificar esta casa.

—¿Qué obscuro es esto! —repuso el visitante, examinando de nuevo el aposento—. No tiene nada de alegre tu casa.

Era una enorme habitación, de elevado techo, sombría y abarrotada de muebles, especialmente de mesas escritorios, pupitres y armarios llenos de libros comerciales y papeles. Un largo sofá de tafelate rojo servía probablemente de lecho.

Sobre la mesa, entre la cual estaba sentado el príncipe, vió éste dos o tres libros.

—¿Tu boda se celebrará aquí?

—Sí —repuso Parfeno, estreñeciéndose al oír esta pregunta inesperada.

—¿Y será pronto?

—Sabes perfectamente que no depende de mí.

—Parfeno, yo no soy enemigo tuyo, y, por lo tanto, no quiero estorbarte en nada. Te digo lo mismo que te dije en otra ocasión análoga a la presente. Cuando estabas por casarte en Moscú no fui yo y esto no lo ignores, el que impidió tu casamiento. La primera vez fué ella misma la que substraiga, por así decirlo, la corona (!) y vino a que la "salvara" de ti; repito literalmente sus palabras. Más tarde me tocó el turno de ser abandonado por ella, tú la encontraste y cuando estabas a punto de conducirla al altar volví a plantarte y vino a refugiarse a San Petersburgo, según creo. ¿Es esto cierto?

—¿Ciertamente he escrito... y por eso he venido. En cuanto a la reconciliación habida entre vosotros, lo supe ayer, en el tren, de boca de uno de tus antiguos amigos: Zoloféif. Mi venida a San Petersburgo tenía por único objeto decidirla a que marchase al extranjero, en beneficio de su salud, pues tiene el cuerpo y el alma muy enfermos, sobre todo el cerebro, y, a mi juicio, necesito muchos cuidados. No era, sin embargo, mi intención acompañarla, sino ocuparme de que realizara ese viaje. Esta es la verdad. Y si es cierto lo de vuestra reconciliación, no volveré a mostrarme en su presencia ni a visitarte si a ella quieres; ya sabes que mi intención es acompañarte y que siempre he obrado sinceramente contigo. No te he ocultado jamás mi manera de pensar en todo esto, y, por lo tanto, no puedo por menos de repetirme que semejante matrimonio entre vosotros será su perdición. También para ti será fatal... quizá más que para ella.

Si de nuevo hay una ruptura, estaré muy contento de ello; pero, por mi parte, no haré nada para disminuir. Tranquilízate y no desconfíes de mí. Muchas veces te he explicado que no es amor lo que por ella siento, sino compasión. ¿Qué expresión de odio hay en tu mirada! He venido para tranquilizarte, pues, a pesar de todo, te quiero, Parfeno, te quiero mucho. Ahora me marché, y lo volveré jamás. ¡Adiós!

El príncipe se levantó.

Rogojine no se movió de su asiento.

—No te vayas todavía —dijo con dulzura, apoyando su cabeza en la palma de la mano derecha—, ¡hace mucho tiempo que no te veía.

El visitante volvió a seguirlo unos dos permanecieron en silencio breves momentos.

—Cuando no estás delante de mí —dijo Rogojine—, siento hacia ti un tremendo odio, León Nikolaievitch. Durante los tres meses que pasó sin verte, estaba de continuo furioso contigo y de buena gana te hubiese convenado. Es la verdad. En cambio, ahora, no hace aún un cuarto de hora que estás conmigo, y ya todo mi odio se ha borrado y vuelvo a quererte como antes. Así, pues, quédate un momento más... —Cuando estoy a tu lado me crece; pero en cuanto vuelvo las espaldas, tu confianza se transforma en sospecha. Fíes el retrato de tu padre —terminó el príncipe sonriendo afablemente, y tratando de disimular la emoción que lo embargaba.

—Creo a tu vez cuando estamos juntos. Comprendo, no obstante, que no podemos ser colocados al mismo nivel...

—¿Por qué añades eso? Ya veo que todavía estás enojado conmigo —dijo el príncipe mirando a Rogojine con aire sorprendido.

—Pero aquí, amigo mío, no se pide a nadie su parecer, se obra sin consultar al interesado —continuó Parfeno, y tras una breve pausa añadió—: cada cual ama a su manera; es decir, que en todo nos diferenciamos tú y yo. Dices que el amor que sientes por ella es compasivo; a mí, en cambio, es muy distinto el sentimiento que me inspira. Por otra parte, ella me detesta cordialmente. Sueño con ella todas las noches y me parece estar viéndola siempre burlándose de mí con otro. Puedes creerlo, amigo mío. Pronto va a ser mi esposa, y se ocupa de mí tanto como del zapato que tira. ¿Lo creerás? Hace cinco años que no la veo porque no me atrevo a visitarla. ¿Para qué has venido?, me diría. Sería poco afirmar que me ha cubierto de oprobio...

—¿Qué te ha cubierto de oprobio? ¿Qué es lo que dices?

—¡No te hagas de nuevas!... Se escapó contigo justo en el momento en que iban a ceñirle la corona nupcial, según acabas de reconocer tú mismo.

—Pero ¿tú no habrás creído que...?

—Y acaso en Moscú me acordé mi nombre con un teniente, un tal Zentimkoff? Eso soy muy seguro de lo que te digo; hizo esto, después de fijar ella misma la fecha de nuestra boda.

—¿No es posible! —exclamó el príncipe.

—Yo lo sé positivamente —replicó Rogojine, con acento convencido—. Ella no es capaz de una cosa así, dirías; pero te engañas. Contigo no obraría de ese modo, con toda seguridad; pero hacerse eso a mí ya es otra cosa, yo soy para ella el último de los gusanos. Su asunto con Keller no fué más que un pretexto para burlarse de mí. ¿Tú no sabes las jugadas que me ha hecho en Moscú y el dinero que he tenido que gastar!...

—Siendo así... ¿cómo pretendes casarte con ella?...

—¿Qué harás una vez que sea tu esposa? —preguntó Muichkine con terror.

Una mirada siniestra fué la respuesta de Rogojine.

—Pero hoy son cinco días que no voy por su casa —continuó después de un corto silencio—. Tengo siempre que me ponga a la puerta de la calle. "Soy aún dueña de mí misma" —exclama en cuanto me ve— y si no me dejas tranquila, te dejo para siempre y me voy al extranjero" (ella también me ha hablado de irse al extranjero —añadió Rogojine como entre paréntesis, y mirando fijamente al príncipe con extraña expresión— a veces, sin embargo, se contenta con infundirle temores y reírse de mí. Cierta día que estube delante de su puerta haciendo de continué hasta bien entrada la mañana, creí descubrir algo extraordinario. Ella, en su parte, me vió por una ventanita. "¿Qué harías —me dijo— si descubrieses que te engañaba?" Yo no pude por menos que responderle: "¿Tú lo sabes muy bien".

—¿Y qué es lo que ella sabe?

—¡Ah! ¿Lo sé yo acaso? —repuso Parfeno con ardorosa sonrisa—. Durante nuestra estadía en Moscú, pues, copiarla mejor, sin sorprenderla jamás en una traición. Un día le dije: "Me has prometido casarte conmigo, y haciéndolo así entrarás a formar parte de una familia honrada, a pesar de lo que eres... ¿Sabes tú lo que eres?" —¿Y se lo dijiste?

—Sí.

—¿Qué contestó?

—No sólo no te quiero para marido, sino que lo pensaría mucho antes de tomarme como loca. "No importa —replicó—; de aquí no me he de ir nunca". Pues bien —repuso ella—, llámame a Keller para pedirle que te eche a la calle. Sin poderme contener, me lancé sobre ella y la moli a golpes.

—¡Esto es imposible! —exclamó el príncipe.

—Te digo la verdad —prosiguió con acento tranquilo Rogojine, cuyos ojos, sin embargo, seguían lanzando siniestros relámpagos—. Du-

(1) En Rusia se acostumbraba a poner una corona en la cabeza de los contrayentes en el momento de la ceremonia nupcial.

rante treinta y seis horas estuve así comer, sin beber y sin dormir; me dejó abandonar su habitación; me arrojé a sus plantas exclamando: «¡Prefiero la muerte, antes de irme de aquí sin tu perdón! Si mandas que me arrojen de tu casa, iré a tirarme de cabeza al río. ¿Qué sería de mi vida sin ti?» Durante todo ese día estuve como loco; ya lloraba, ya tomaba un cuchillo y quería matarme, para terminar colmándome de injurias. Llamé a Zalióief, a Keller, a Zemtúnikoff, y mostrándome como un bicho raro, me hizo avergonzar delante de todos ellos. «¡Señores, ¡dijo luego!, vámonos todos al teatro y dejémosle aquí, puesto que no quiere marcharse. ¡No será él quien me impida salir! Antes de hacerlo voy a ordenar que te sirvan el té, Párfenio Semenovitch; debes tener hambre, pues hoy no has comido nada.»

«¡Volvió solo del teatro. «No he visto hombres más cobardes ni tan flojos —comenzó diciendo—. Te tienen miedo y quieren asustarte a mí también. «No se irá —decían ellos— y no me acaban por asesinar a usted...» Pues bien, esta noche, al acostarme, dejaré abierta la puerta de mi alcohol; quiero que te enteres del miedo que me inspiras! ¡Has tomado el té?»

«No —contesté—, ni lo quiero. «¡Quieres hacerle pagar a tu estómago tu amor propio? Eso a nada conduce.»

«Como lo dijo, lo hizo: no cerró la puerta de su alcohol. A la mañana siguiente, en cuanto abandoné el lecho, me preguntó riendo:

«¿Te has vuelto loco, Rogojine? ¿Quiénes murieron de hambre?»

«—Perdóname!... «Ni te perdono ni me casaré contigo: mi resolución está tomada. ¿Es posible que hayas pasado toda la noche despierto en esa butaca?»

«No, no he dormido. Pasé la noche escuchando tu respiración; te moviste dos veces mientras dormías...»

«Y dime, ¿no pensaste en los golpes que me diste hacia unas horas? —replicó ella—. ¿No te acuerdas ya?»

«—Tal vez sí, no sé qué decirte. «—¿Y si yo sí no te perdono? ¿Y si me niego a ser tu esposa?»

«—Ya te lo he dicho: me mataré. «—Después de matarme a mí, ¿no?»

«Al decir esto quedé pensativo algunos segundos; luego, poniéndome furioso, salté apresuradamente de la estancia. Te lo hea después entré de nuevo; su rostro estaba sonrioso.»

«Párfenio Semenovitch —me dijo—, no porque te tenga miedo, sino porque no me importa perderme. ¡Lo mismo da esto que cualquier otra cosa! Toma asiento, te van a servir la comida. Y cuando sea tu esposa, te será fiel, no lo dudes. «¡Galló unas instantes y proseguí después:

«Al fin y al cabo, tú no eres un lacayo, como creí hasta hace poco.»

«A continuación fijó el día de nuestra boda para a los pocos días desaparecer y ir a pedirle cuentas a Lebedeff. Cuando la encontré en San Petersburgo, me dijo:

«—No creas que renuncio a nuestra boda; únicamente voy a esperar todo el tiempo que crea conveniente, para ser libre unos días más. Tú puedes hacer lo mismo, si es que te parece bien. «He aquí, pues, el estado de nuestras relaciones. ¿Qué piensas de todo esto, León Nikolaievitch?»

«—¿Y tú? —preguntó el príncipe con una gran expresión de tristeza retratada en los ojos. «Pero, ¿es que puedo yo pensar en algo? —exclamó Rogojine.»

Hubiera querido añadir algo más, pero guardó silencio, sin duda por no encontrar palabras para expresar el tormento que experimentaba.

El visitante se levantó con ánimo de retirarse. «De todos modos, no me interrumpiré en tu camino —dijo en voz baja.»

Estas palabras, pronunciadas con aire distraído, más bien que dirigidas a Rogojine, parecían responder a un oculto pensamiento del príncipe. «¿Sabes una cosa? —dijo de pronto Párfenio,

con vivísima animación y la mirada centelleante—. No puedo comprender que me la cedas así... sin más ni más. ¿Es que ya no la amas? Hace poco sufrías mucho por causa de ella, no me pasó inadvertido. ¿Por qué has venido, entonces, con tanta precipitación, a San Petersburgo? ¿Por compasión? ¡Ja, ja, ja!»

«—¿Crees que te engañó? —preguntó el príncipe. «No, yo te creo; pero no acabo de comprender. ¿A lo que me parece, tu compasión es más intensa que mi amor.»

La atención de su semblante no dejaba lugar a dudas de que la cólera le agitaba.

«El amor y el odio se confunden en ti —ohservó, sonriendo, el príncipe—; pero el amor pasará y entonces puede ocurrir algo peor. Yo creo, amigo mío, que...»

«Que la asesinará, ¿no es cierto?»

Mulchiline se estremeció. «Tú la odias violentamente a causa del amor que sientes por ella y de lo que te hace sufrir. Lo que me sorprende sobremanera es que aun está decidida a ser tu esposa. Ayer, cuando supe esto, me costó gran trabajo creerlo y la impresión que semejante noticia me causó no pudo ser más dolorosa. Son dos ya las veces que se ha negado a la realización de ese proyecto matrimonial, y en visperas de ser bendecida en tu union contigo, ha preferido fugarse...»

«Sin duda, —dijo el príncipe—. ¿Qué es lo que ahora la impulsa a concederte su mano? ¿Tú dincro? Eso es absurdo. Por la demás, creo que has debido morirva ya considerablemente tu patrimonio. ¿Por el simple deso de casarse? No, porque ella podía haber hecho otra elección. Cualquier otro sería para ella mejor partido que tú, puesto que eres capaz de llegar a asesinarla, y esto no lo ignora ella. El fuego de tu pasión? Tal vez sea por esto... He oído hablar de mujeres que gustan de ser amadas así...»

«El príncipe quedóse pensativo, sin terminar de expresar su pensamiento.

Párfenio escuchó hasta el fin, sonriendo amargamente, las palabras de su interlocutor. Su convicción parecía inquebrantable.

«¿Qué modo sombrío de mirarme, Párfenio! —exclamó Mulchiline, dolorosamente impresionado.

«¡Siéntate, o poner su codo bajo el cuchillo del material! —dijo Rogojine, al fin rompiendo su silencio—. Se está conmigo porque espera morir a mis manos! Posiblemente, príncipe, no has avanzado aún de quién es el triunfo...»

«No te comprendo... «—También es posible eso... ¡Vamos! Por algo se dice que no eres un hombre como los demás. El hecho es que ama a otro, y lo ama con la misma pasión que yo siento por ella. Ahora bien, ¿sabes quién es ese otro? ¿Tú? ¿Lo ignorabas?»

«—Yo!... «Esta pasión por ti, nació aquella noche en que celebraba la fiesta de tus cumpleaños; pero no crece posible casarse contigo porque piensa que te llenaría de vergüenza y sería la causa de tu perdición. «El sabe quién soy yo», dice. Hasta ahora su lenguaje sobre este particular no ha variado; me lo ha dicho sin rodeos. Por lo que a ti se refiere, teme perderte o deshonrarte; en cuanto a mí, todo lo tiene sin cuidado; pareciera más bien que ella me hace un honor en ser mi esposa.

«¿Cómo se explica, entonces, que huyera de ti para renunciar a ti y luego?...»

«—¿Huyese de ti para ir en mi busca? ¡Ah! ¿Es que no conoces todavía sus rarezas y caprichos? Actualmente se encuentra en una especie de estado febril. Un día me dice: «Para mí, el casarme contigo es lo mismo que si me tirara de cabeza al río; pues bien, ¿casémonos pronto!»

«Apresura los preparativos, fija el día de la ceremonia, y cuando se acerca el momento se asusta, nuevas y extrañas ideas cruzan por su mente, como los vientos del desierto; y al día siguiente, cuando le preguntas: «¿Por qué has venido a tu lado? Lo hizo porque te ama con

una pasión que la domina, que no es capaz de resistir. Decías hace poco que yo fui a buscarla a Moscú; pues bien, te engañas; para alejarse de ti es por lo que vino a refugiarse a mi lado. «¡Fija el día —decíame—, estoy pronta. ¡Y ahora, haz traer champagne! No a existir yo, tiempo ha que se hubiese arrojado al río, puedes estar seguro, y si no lo ha hecho, es porque soy más pedante que el río. Se casará conmigo por despecho...» si es que llega a casarse.

«—¿Y tú, a pesar de eso, tú!... —exclamó el príncipe, pero no pudo terminar la frase y se interrumpió mirando con expresión de terror a Rogojine.

Este sonreía. «—¿Por qué no acabas? —replicó—. ¿Quieres que te diga qué pienso en este momento? No lo niegues; te pides para sus adiós. «¿Cómo dejarás que se case con él? ¿Cómo no impedir esta boda? ¡Ya ves que no me equivoco!»

«Te repito, Párfenio, que no ha sido eso el motivo de mi viaje a San Petersburgo; y tampoco estaba pensando en lo que dices...»

«Admito que fuera otro el motivo de tu viaje, y también que fueran otros tus pensamientos de hace un momento, pero, ahora, no me negarás que lo estás pensando. ¿Por qué esa agitación? Vanus, hombre... ¿Te he abierto los ojos, ¿no es cierto? Verdaderamente, me asombraba que te enfermas de celos, angustia mía, y la fiebre te hace exagerar las cosas... —balbuceó el príncipe, presa en una agitación extraordinaria—. ¿Pero qué tienes?»

«—¡Deja eso! —exclamó Rogojine, y arrojándole vivamente de las manos un pequeño cuchillo que el príncipe había tomado de sobre la mesa, lo volvió a colocar en su sitio.

«Lo sospechaba —continuó Mulchiline—; cuando llegué a San Petersburgo tuve el presentimiento de que te casarías con ella. ¿No es así? ¿Dices que no quería venir a tu casa. Quisiera olvidarme de todo esto, extirparlo de mi corazón! Bueno, adiós... ¿Pero quieres decirme lo que te pasa?»

«Diciendo esto, Mulchiline, distraído, había tomado de nuevo el cuchillo con un movimiento maquinal, y Párfenio volvió a quitárselo y a arrojarlo sobre la mesa.

Aquel cuchillo no tenía nada de extraordinario; la hoja, fijada en un mango de asta de cerviño, más o menos pulgada de largo y el anillo de la proporción normal.

Observando que su persistencia en arrebatárselo de las manos había llamado la atención del príncipe sobre aquel objeto, Rogojine tomó el cuchillo con ademán cobarde, y poniéndolo encima de un libro entrecubierto, cerró éste y lo tiró sobre otra mesa.

«Te sirve para cortar las hojas de los libros, ¿no es cierto? —preguntó el príncipe, que parecía obsesionado por una idea fija.

«—Sí, para cortar las páginas, —dijo él. «No de los que usan los jardineros?»

«—Sí, no puedo cortar las páginas de un libro con un cuchillo de jardinero?»

«—Sí, pero... está tan nuevo...»

«¿Qué importa eso! ¿Es que, acaso, me está prohibido comprar un cuchillo nuevo? —replicó Párfenio, cuya cólera aumentaba a cada palabra pronunciada por su visitante.

El príncipe tuvo un estremecimiento; miró fijamente a Rogojine y, desechando preocupaciones, exclamó sonriendo:

«—¡Ah! qué horrible idea! Perdóname, amigo mío, cuando tengo la cabeza pesada, como ahora, experimento los síntomas de aquella enfermedad... ¡estoy sujeto a distracciones ridículas! No era eso lo que te quería preguntar...; me he olvidado por completo de la cuestión... Adiós...»

«—Por aquí, ven; yo te acompañaré. «—¡Ah, sí! me había olvidado. «—Por aquí, ven; yo te acompañaré.

XX

Rogojine caminaba un poco adelante y Mulchiline le seguía.

—Hace mucho tiempo que quiero hacerte una pregunta, León Nikolaievitch —dijo de pronto Rogojine, dándose vuelta de repente— ¿eres tú ruso?

—Vaya una pregunta! ¿Y qué manera de mirar!... —exclamó el príncipe.

Rogojine guardó silencio unos segundos. Habían llegado a la puerta de salida.

—¿Por qué me has preguntado si creía en Dios? —exclamó el príncipe, deteniéndose bruscamente.

—Por nada, pura curiosidad... Es una idea que se me ocurrió hace tiempo. Existen en la actualidad muchos incredulos; he oído decir que en Rusia hay más ateos que en todo el resto del mundo; ¿es verdad eso? Debes saberlo, puesto que residiste en el extranjero.

Rogojine, con una sonrisa hómida en los labios, una vez hecha su pregunta, abrió con violencia la puerta, y sin soltar el picaporte, esperó que su visitante se retirara.

Éste salió bastante sorprendido.

Rogojine le siguió hasta el rellano, cerrando antes la puerta de sus habitaciones. Durante unos segundos permanecieron silenciosos uno frente al otro, parecía que ignoraban dónde estaban y qué tenían que hacer.

—Adiós —dijo al fin el príncipe, tendiendo su mano a Parfenio.

—Adiós —repitió éste, estrechando con fuerza, pero maquinalmente, la mano que se le tendía.

El príncipe bajó un peldaño y se volvió.

—A propósito de fe —comenzó a decir sonriendo, pues era evidente que no quería dejar a Rogojine así—, la semana pasada tuve, en dos días, cuatro encuentros diferentes. Una mañana, viajando en ferrocarril, me encontré con un conpañero de vagón con el cual estuve hablando mucho de cuatro horas. Conocíale por referencias y había oído decir que era ateo. Trátese de un hombre muy instruido, y me felicité de poder platicar con aquel sabio. No creí en Dios, y me sorprendió que no pronunciase una palabra alusiva siquiera a esta cuestión. Análoga observación había yo hecho en todas las ocasiones en que, con anterioridad a este encuentro, pude conocer a algún incrédulo o leer sus libros; siempre me ha parecido que sus argumentos, aun los más espartanos, no respondían al tema de discusión. No tuve reparo en manifestárselo así a mi interlocutor, pero sin duda no supe explicarle con bastante claridad, y yo no me entendí. Aquella misma noche decidí pernoctar en una pequeña ciudad, cabeza de distrito, y en la posada donde me alojé no se hablaba de otra cosa que de un asesinado comido allí mismo la noche anterior. Dos campesinos, ya entrados en años, antiguos amigos del ateo y ambos a la bebida, tomaron juntos el té y se retiraron a la habitación que habían tomado para los dos. Uno de estos viajeros observó que su conpañero llevaba un reloj de plata con cadena de cuentas de vidrio, que jamás le había visto antes. Este individuo no era ladrón, sino un labrador honrado y que vivía con relativo desahogo; pero le gustó de tal modo aquel reloj, sintió tan vehementes deseos de adueñarse de él, que sin poder contenerse, tomó un cuchillo, acercóse cautelosamente aprovechando que su amigo estaba vuelto de espaldas, levantó los ojos al cielo, hizo la señal de la cruz con la derecha, y rezó con verdadera fe esta plegaria: «Señor, perdóname por los méritos de tu Hijo». Y acto seguido degolló a su conpañero como a un corderillo, y le quitó el reloj.

Rogojine lanzó una carcajada.

Había algo impresionante en aquella hilaridad repentina de un hombre que hasta entonces había estado tan sombrío y lúrico.

—¡Magnífico!... ¡Nunca oí nada parecido!... —exclamó con voz trémula y jadeante—; uno no cree en Dios y el otro cree tanto que reza una oración antes de asesinar a un persona... ¿Qué cosas se inventan, amigo mío! ¿Nunca oí nada parecido!... ¡Ja, ja, ja!

—A la mañana siguiente salió a pasear por la ciudad —prosiguió Muichkine cuando se hubo

calmado algo Rogojine— y me tropecé con un soldado ebrio que apenas podía tenerse en pie e iba haciendo caprichosas eses por la acera.

—Basta —me dijo—, cómprame esta cruz, es plana y te la doy por dos grivas. En efecto, tenía en la mano una cruz, que, sin duda, acababa de quitarse del cuello, con un cordoncillo azul; y reproducía fielmente el modelo de cruz bizantina. Saqué del bolsillo una moneda de dos grivas, se la entregué al soldado y tomando la cruz me la puse en el cuello. Por la cara de satisfacción que puso, me di cuenta de que estaba contento por haber engañado a un *barin* tonto, y sólo a gastarse aquel dinero a la taberna más próxima. Entonces, amigo mío, todo lo que yo experimentaba había casíbase honda impresión; antes no comprendía, no conocía en mí infancia vivir sin prestar atención a las cosas; más tarde, durante los cinco años que permanecí en el extranjero; los recuerdos que acudían a mi mente eran vagos y algo fantásticos. Continué pues, mi paseo, diciendo para mis adentros: «No, esperaré todavía antes de condenar a ese nuevo Judas. Sólo Dios sabe lo que hay en el fondo de un débil corazón de beodo». Una hora después, cuando regresaba a la posada, encontré a una alemana con un niño de pecho en los brazos.

La mujer era joven aun, el niño era lo suyo; tendría seis semanas, sonreía a su madre, por primera vez desde que vino al mundo. De pronto vi que la alemana hacía la señal de la cruz con gran respeto. «¿Por qué has hecho eso, amiga mía?» le pregunté. Entonces interrogaba yo incesantemente. «Porque la madre que ve sonreír a su hijo por primera vez, experimenta la misma alegría que siente Dios cuando contempla desde el cielo a un pecador que le eleva una plegaria.» Fue una mujer del pueblo, una alemana, quien me dijo esto; así en los mismos términos que yo he empleado expresó ella un pensamiento tan profundo, tan justo, tan verdaderamente religioso, en el que se encuentra toda la esencia del cristianismo, esto es, la noción de Dios considerado como padre y la idea de que Dios se alegra a la vista de un hombre como un padre al ver a su propio hijo: el pensamiento primordial de Jesucristo. ¡Una simple alemana! Verdad es que el soldado, ¡y quien sabe si la esposa de aquel soldado! —Escucha, Parfenio, he aquí mi respuesta a la pregunta que me hiciste en un momento: el sentimiento religioso, en su esencia, no puede ser destruido por ningún argumento, por ningún sofisma, ni siquiera por el crimen; hay algo que ignoramos lo que es, y que, a pesar de todos los embates, mantendrá incólume y eternamente esa llama invisible. Pero lo esencial es que ese hecho no se observa en ninguna parte tan bien como en el pueblo ruso, y de todo ello he sacado una consecuencia. Es la misma fuerza interior que he recibido a mi llegada a Rusia. Hay que hacer mucho, Parfenio, hay que hacer mucho en el ambiente que nos rodea. Acuérdete de las conversaciones sostenidas en ciertas épocas en Moscú... No quisiera volver a lo mismo. ¡Tan cierto es esto como que sabía que te iba a encontrar otra vez!... En fin, adiós, hasta la vista, y que el cielo te guarde.

Y volviéndole las espaldas bajó las escaleras —¡León Nikolaievitch! —gritó Rogojine desde el rellano, cuando ya el príncipe se encontraba casi en la calle— ¿Llévate contigo la cruz que compraste al soldado?

—Sí —contestó Muichkine, deteniéndose.

—Enséñame.

El visitante vaciló un momento; pero en seguida volvió a subir y, sin quitarse la cruz del cuello, se la mostró a Rogojine.

—Dámela.

—¿Por qué? ¿Es que tú...?

El príncipe hubiera preferido no desprenderse de la cruz.

—Dámela, yo, en cambio, te daré la mía.

—¿Quieres que cambie nuestras cruces? Sea; si se trata de eso, no te pregunto nada más; fratricidamente.

El príncipe entregó la cruz de estño a Rogojine,

y éste le dio la suya de oro.

Parfenio continuaba silencioso; había sido en vano aquella fraternidad. Muichkine observaba con pesar que el rostro de su amigo revelaba desconfianza y que, a veces, una sonrisa amarga, casi burlona, desdichosa, crispaba sus labios.

Finalmente, Rogojine, sin pronunciar palabra, tomó la mano del príncipe, y durante unos segundos pareció vacilar, pero, pronto, atreviéndose a hacerla, se la estrechó con voz casi ininteligible:

—Ven conmigo.

Atravesaron el descansillo del primer piso y llamaron a la puerta sinada frente a la que acababan de abandonar.

Una anciana muy encorvada, con un pañuelo negro anudado en la cabeza, abrióle la puerta; sin decir palabra se inclinó con una profunda reverencia ante Rogojine.

Este le hizo precipitadamente una pregunta y, sin esperar contestación, introdujo al príncipe en el departamento.

También las habitaciones de aquella parte del edificio eran téticas y glaciales.

—Sin hacerse anunciar, Rogojine entró con el príncipe en un saloncito dividido en dos por una manipara de caoba, tras la cual había, sin duda, una cama.

En un ángulo del aposento, junto a la estufa, hallábase en una banca una viejecita que no parecía haber llegado aún a la sexta centesaja. Su rostro, regordete y agradable, denunciaba que tenía buena salud; sus cabellos eran blancos y conocíase a primera vista que no estaba en su cabal juicio.

Vestía un traje negro, de lana; llevaba al cuello un gran pañuelo del mismo color y en la cabeza una cofia de deslustrante blanchura, adornada con cintas también negras.

Sus pies descansaban en un escaabel.

A su lado, haciendo suelta, encontraba otra anciana, de edad más avanzada y, como ella, vestida de negro y tocada con blanca cofia. Seguramente estaba allí para cuidar a la madre de Rogojine, y es muy probable que jamás cruzaran una palabra entre ambas.

Al entrar Parfenio con su acompañante, la primera anciana sonrió y, para demostrar su contento por la visita que le hacían, saludó repetidas veces con ligeras inclinaciones de cabeza.

—Madre mía —dijo Rogojine, después de haber besado la mano—, te presento a mi gran amigo, el príncipe León Nikolaievitch Muichkine, con el que acabo de cambiar mi cruz. En Moscú ha sido para mí un hermano y le debo mucho. Bendícelo, madre mía, como bendicirías a un hijo. Espera, mamá, dame la mano para que te junte los dedos...

Pero sin esperar a que Parfenio le tomara la mano, la anciana se levantó y, juntando tres dedos, hizo devotamente, por tres veces, la señal de la cruz sobre la cabeza del príncipe, acompañando esta bendición con otro afabilísimo saludo.

—Bueno, vámonos ya, León Nikolaievitch —dijo Rogojine—; te he traído aquí sólo por esto.

Cuando estuvieron en el descansillo, añadió:

—No creas que mi madre ha comprendido nada de lo que le dije, y mis palabras habrán sido, de seguro, letra muerta para ella; sin embargo, te ha bendecido, lo cual demuestra que tenía ganas de hacerlo... Y ahora, adiós; ha llegado el momento de separarnos.

—¡Adiós la puerta.

El príncipe dirigió a Parfenio una mirada llena de fieros reproches.

—Déjame, a lo menos, que te abraze antes de separarnos —dijo—. ¡Qué hombre tan raro!

—continué, abriendo los brazos.

Parfenio levantó también los suyos, pero al punto los dejó caer.

En su interior se libraba un terrible combate, y no queriendo abrazar al príncipe, esquivaba sus miradas.

—¿No tengas miedo! Aunque haya tomado tu cruz, no te asesinaré por un reloj —murmuró con extraña sonrisa.

Más, de pronto, una transformación completa

le alteró el rostro: se puso pálido como la cera, temblaron sus labios y sus ojos lanzaron llamas. Levantando los brazos, atrajo al príncipe contra su pecho y le abrazó éxtaticamente, exclamando con voz rouca:

— ¡Pues bien, tómalas, ya que así lo quiere el Destino! ¡Élla es tuya, te la cedo! ¡No te olvides de Rogojine!

Dicho esto, se apartó violentamente del príncipe y, sin mirarlo siquiera, entró en sus habitaciones, cerrando con estrépito la puerta.

XXI

A las dos y media llegó el príncipe al domicilio del general Epantchine. No lo encontró, y después de dejar su tarjeta, salió hacia *La Balanza* en busca de Kolliá, a quien dejaría unas letras, en caso de que no estuviese allí.

En *La Balanza* le dijeron que Nicolás Ardalonovich había salido por la mañana temprano para comer en Pavlovsk en compañía de la generala Epantchine.

Era un magnífico día de principios de verano. Durante un buen rato, Mitichine caminó sin rumbo fijo, pues conocía muy poco la ciudad. Con la mente inquieta y los nervios en tensión, experimentaba al mismo tiempo una imperiosa necesidad de estar solo; y lejos de hacer el menor esfuerzo para substraerse a este suplicio mortal, ansiaba la soledad para abandonarse a él pasivamente.

Le disgustaba sobrenaturalmente tener que resolver las cuestiones que se presentaban a su espíritu y a su corazón.

«¿Acaso tengo yo la culpa de todo esto?» — murmuró para sí, casi sin conciencia de lo que se decía.

De pronto se encontró en la estación del ferrocarril de Tzarskoye Selo, acercóse a la ventanilla y pidió un boleto para Pavlovsk. Deverbalmente la impaciencia por marchar. Mas en el momento en que ponía el pie en el estribo para subir al vagón, tiró de repente el boleto que había tomado, y pensativo y perplejo salió de la estación.

Unos instantes después y ya en la calle, una idea cruzó por su conciencia, y al punto tuvo conciencia de una ocupación a la que se abandonaba desde hacía ya tiempo y de la cual no se decía cuenta hasta entonces. Algunas horas antes, en *La Balanza*, y acaso aun antes de llegar allí, había estado de improviso a buscar algo en su derredor, pero en seguida se distrajo, y este olvido duraba una media hora cuando, con gran sorpresa suya, comenzaba nuevamente a lanzar a derecha e izquierda curiosas e inquietas miradas.

El príncipe conocía que su estado en aquellos momentos no era normal, sino análogo al que en otro tiempo precedía a sus ataques epilépticos. Sabía que durante este período precursor del acceso, estaba atozadamente distraído y a menudo producíase en su mente una confusión de las cosas y las personas, si no se fijaba en ellas con un esfuerzo supremo de especial atención.

Caminaba mirando a todos lados, con avidez, con el corazón oprimido por inexplicable angustia.

Pensó especialmente en un fenómeno que precedía a sus ataques de epilepsia, cuando éstos producíanse estando despierto.

En medio del abatimiento, del marasmo mental y de la ansiedad que experimentaba el enfermo, había momentos en que su cerebro se inflamaba repentinamente, por decir así, y todas sus fuerzas vitales alcanzaban de súbito un grado de prodigiosa intensidad.

La sensación de la vida, de la existencia consciente se declaraba en aquellos instantes tan rápidos como el relámpago.

Una claridad extraordinaria iluminaba su mente y su corazón; calmábanse todas sus agitaciones, disipábanse todas sus dudas y perplejidades, resolviéndose en una armonía superior, en una tranquilidad serena y alegre, perfectamente razonable y motivada.

Pero estos momentos radiantes no eran más

que el preludio de la segunda fase, a la que sucedía inmediatamente el acceso.

Llegó a un parque y se sentó en un banco. Serían alrededor de las siete, la soledad y el silencio reinaban en el parque. La temperatura sofocante presagiaba una tormenta.

Se levantó del banco y, abandonando el jardín, dirigióse a la Petersburgskia.

«Sin duda, ella está en Pavlovsk — se dijo — de lo contrario, Kolliá me habría dejado cuatro letras en *La Balanza*, según lo convenido».

Así, pues, si ahora iba allí, no era, sin duda, para verla.

Otro ímán era el que le atraía, una curiosidad trágica, punzante, una idea nueva que de pronto había cruzado por su mente.

Mas para él era ya mucho audaz y saber adonde se dirigía; sin embargo, a los pocos minutos perdió el rumbo y no supo hacia qué punto iba.

Evidentemente, progresaba el estado epiléptico. La tormenta que desde hacía largo rato se preparaba parecía próxima a estallar, anunciándose con lejanos truenos. El aire era pesado...

El príncipe no podía apartar de su imaginación el recuerdo del sobrio de Lebedeff, al que pocas veces se acordaba, y el de Rogojine.

«¿Exauría asociación de ideas! Representábase al joven, a su pesar, bajo el aspecto de un asesino: «¿Y en la casa de Rogojine un cuchillo que él mandó hacer? Pero... ¿es que ya está decidido que Rogojine tiene que matar? — exclamó el príncipe ptes de súbito estremecimiento —. Es un crimen, una bajeza de mi parte, atreverme con tal crimen a formar semejantes conjeturas...»

Al hacerse este cargo, Mitichine enrojeció violentamente, avergonzado de su sospecha, y permaneció, a causa del asombro, como clavado en el suelo.

Mil cosas acudíanle en tropel a la memoria. Suavizado en la desesperación y en el dolor, Mitichine quiso retroceder de inmediato, volver a su casa, a su alojamiento; se volvió, en efecto, y comenzó a desandar el camino recorrido; pero al cabo de un momento titubeó, se detuvo, reflexionó y de nuevo siguió su marcha en la dirección primitiva, y el de Rogojine.

Por otro lado, encontraba ya en la Petersburgskia y cerca de la casa donde vivía ella.

Y un recuerdo triste, punzante, atravesó de pronto el corazón del príncipe. Si, punzante. Recordó lo que últimamente había sufrido al notar en ella síntomas de locura. Sufrir aquella prueba era llegar casi a la desesperación. ¿Cómo pudo dejarla partir cuando se separó de él para reunirse con Rogojine? Hubiera debido corregirle de ella, en vez de esperar que le dicesen lo contrario.

«Pero, ¿es posible que Rogojine no haya visto que está loca? ¡Ah! Rogojine atribuye sus extravagancias a otra causa, a una pasión desenfrenada. ¿Qué celos tan insensatos! ¿Qué significa el proyecto de que me la ha hablado? ¿Qué ha querido decir?»

El príncipe se ruborizó, y algo así como un escalofrío estremeció su corazón.

«Mas, ¿qué pensar en esto? — continuó —. No sólo ella está loca. A duras penas podrías concebir que sintiese yo un amor apasionado por esa mujer; sería inhumano, excesivamente cruel. No, Rogojine se calumnia, está dotado de un gran corazón, capaz de sentir y de compadecer. Cuando sepa toda la verdad, cuando comprenda qué digna de lástima es esa pobre criatura enferma y privada de razón, no le perdonará todo lo pasado, todo lo que por ella ha tenido que sufrir. ¿No será entonces para ella un siervo, un amigo, un hermano, su providencia? ¡Ah, con cuánta razón me he turbado que injusto he sido con Rogojine! ¡Ah! He aquí la calle; número 16, «Casa de la viuda del secretario del colegio Filísov». Aquí es».

El príncipe llamó y preguntó por Anastasia Filíppovna.

La misma dueña de la casa, que le abrió la puerta, fue quien le dijo que la joven había salido por la mañana para Pavlovsk, donde tal

vez pasaría algunos días en casa de Daría Alekxéevna.

La señora Filísov era una mujercilla de unos cuarenta años, de rostro afilado y ojos penetrantes, cuya mirada desvelaba astucia. El príncipe la miró con aire distraído, retirándose en seguida, camino de su alojamiento. Pero al salir de casa de la señora Filísov no era ya el mismo que cuando llamó a la puerta.

Habíase operado en él un repentino y extraordinario cambio; de nuevo andaba pálido, débil, doliente; dolábansele las rodillas y una sonrisa vaga, extraviada, crispaba sus descoloridos labios. «¿Por qué aquel temor, el sudor frío que corría por sus frentes, el hielo que apesimaba el alma? ¿Por qué acababa de ver otra vez aquellos ojos?»

De pronto, el demonio le susurró al oído: «Si Rogojine te espía desde por la mañana y sigue tus pasos, no dejará de ir a la casa situada en la Petersburgskia; allí estará espionando, a pesar de tu juramento de esta mañana, bajo palabra de honor, de que no la verías y que no la habías venido a San Petersburgo con ese propósito».

Y ahora, cerca de la casa misteriosa, lo tenía allí, a cincuenta pasos de él, con los brazos cruzados, frente al hielo que apesimaba el alma? ¿Parecía haberse colocado allí para no pasar inadvertido. ¿Presentábase como acusador, como juez y no como... como qué? Entonces, ¿por qué en vez de encarsarse con él, el príncipe se alegró sin demostrar que le había visto, a pesar de haberse cruzado sus miradas?»

Así se desesperaba el príncipe mientras volvía de la Petersburgskia. Cuando hubo llegado al final de la penola y large calle, experimentó, de pronto, un vivísimo deseo de ir inmediatamente a casa de Rogojine y al oír que él se acercaba, recibió por el príncipe con los brazos abiertos y lágrimas en los ojos; se lo contaría todo y la paz y la amistad renarían de nuevo entre ellos... Pero había llegado a su alojamiento...

¿Qué mala impresión había causado aquella fonda, aquellos sombríos corredores, sus oscuras habitaciones, la casa toda?

«Pero, ¿qué me pasa? Estoy lo mismo que una mujer enferma: presto fe a toda clase de presencias que quisiera ver. ¿Por qué, al volver al tiempo que se detenía ante la puerta del hotel...»

Entre todos los incidentes del día, uno especialmente era el que en aquel instante ocupaba su mente; mas ahora lo consideraba con sangre fría, en la plenitud de un buen sentido y no bajo el influjo de una pesadilla. Acordábase del cuchillo que viera sobre la mesa de Rogojine.

«Pero, después de todo, ¿no es dueño, acaso, Rogojine de tener sobre su mesa todos los cuchillos que quisiera? ¿No es el príncipe, grandemente sorprendido de sus sospechas...»

Sofocado por la vergüenza, casi desesperado, permanecía como clavado en el suelo, cerca de la puerta.

«Sí, soy un hombre sin corazón, ¡un cobarde! — añadió con irritación, e hizo un movimiento para entrar, pero... se detuvo.

Bajo aquel portón, envuelto en la penumbra debido al mal tiempo, pues habíase desencadenado la anunciada tormenta y el agua caía a torrentes, vio Mitichine una sombra; que le pareciera figura humana, en el fondo del zaguán, al pie de la escalera. Aquella figura, que era, sin duda, la de un hombre, debía esperar seguramente a alguien, pero desapareció en seguida.

El príncipe no tuvo tiempo de examinarlo ni de reconocerlo; hubiérase sido muy difícil, sino imposible, detallar sus rasgos fisonómicos. No obstante, Mitichine se persuadió al punto de que aquel individuo no podía ser otro que Rogojine.

Si pensarlo más de un segundo, y con el corazón a punto de estallar, se lanzó tras él por la escalera, exclamando en tono de firme y extraña convicción: «¡Ahora lo aclararé todo!»

La escalera que con tanta precipitación subía, terminaba en los corredores del primero y el segundo pisos, a lo largo de los cuales estaban situados los cuartos de los huéspedes. Como en to-

das las casas antiguas, era una escalera de piedra, estrecha y oscura, que se desarrollaba en torno de una gruesa columna. Al nivel del primer piso, esta columna tenía una especie de hornacina en la que se podía ocultar perfectamente un hombre.

A pesar de la gran oscuridad, el príncipe notó, en cuanto puso el pie en el rellano, que alguien se había escondido en aquel hueco; y aunque habíanse formado el propósito de continuar adelante, sin mirar a la derecha, no pudo por menos de volver la cabeza, apenas hubo avanzado un paso. ¡Los ojos de siempre, los mismos que le perseguían desde su llegada a San Petersburgo, estaban allí obstinadamente fijos en él!

El hombre oculto en el hueco adelantó también un paso y durante un segundo permanecieron ambos frente a frente, tan cerca que casi se tocaban. De pronto, el príncipe, asiendo al desconocido por los hombros, lo hizo retroceder para examinar sus facciones a la escasa luz de la escalera. Sus presunciones no habían sido equivocadas. ¡Era Rogojine!

Un relámpago brotó de los ojos de Parfenio Semenovitch; su rostro tenía una expresión feroz, su sonrisa era horrible. Levantó el brazo, blandiendo algo que brillaba en la oscuridad, y el príncipe no pensó siquiera en sujetarlo.

Al pensar en ello más tarde, decidió para sus adentros:

«No le veo a Parfenio capaz...!»
Parfenio era que se descorría su alma. Eso le duró un día; una luz interior iluminó su alma. Eso duró escasamente un segundo, pero Muichkine conservó un recuerdo bastante preciso del principio de la escena, de los primeros gritos que escaparon de su pecho y que ningún esfuerzo hubiera podido contener. Y acto seguido perdió el conocimiento por completo.

Era el retorno a la enfermedad que creía haber dejado para siempre.

Salido es con qué rapidez se producen los ataques.

En un abrir y cerrar de ojos se transforma horriblemente el rostro; sobre todo, la alteración de la mirada es espantosa.

Fué, sin duda, esta impresión de espanto la que convulsó el brazo de Rogojine, ya levantado sobre el príncipe.

Este cayó pesadamente para atrás y rodó por las escaleras, golpeando con la nuca en los peldaños.

Rogojine, sin darse cuenta de lo ocurrido, presa de intenso terror, saltó de cuatro en cuatro los escalones, apartó el obstáculo humano que le impedía el paso y, como un loco, saltó precipitadamente de la fonda.

Sucedido por violentas convulsiones, el cuerpo del enfermo había rodado hasta el rellano de entrada. Cinco minutos después un compacto grupo de gente había formado en torno del desventurado príncipe, que yacía en el suelo, al parecer, sin vida.

Ante la abundancia de sangre que manaba de las heridas en la cabeza, lo primero que pensaron fué si se hallaban ante un accidente o un crimen.

Sin embargo, algunos de los presentes observaron en seguida que se trataba de un ataque de epilepsia, y uno de los huéspedes reconoció en el príncipe al viajero llegado aquella misma mañana. Gracias a una feliz coincidencia, pronto se puso todo en claro, lo que vino a desvanecer las presunciones de que pudiera tratarse de un crimen.

Kolia Ivoguine había vuelto de Pavlovsk. Inmediatamente se trasladó a la fonda donde Muichkine se hospedaba. No había regresado éste todavía y Kolia bajó al *buffet*, donde hizo servir el té para entretener el tiempo.

Absorto se hallaba Kolia oyendo las melodías del órgano, cuando, por casualidad, oyó cerca de él comentar el accidente ocurrido a una persona momentos antes, y guiado por un fuerte presentimiento, corrió al lugar donde se hallaba el herido y reconoció al príncipe.

Si pérdida de tiempo tomáranse todas las medidas necesarias, comenzando por transportar al

paciente a sus habitaciones.

Pronto volvió en sí, pero transcurrieron muchas horas antes de que pudiera explicarse lo ocurrido.

Apenas estuvo en condiciones de tenerse en pie, Kolia hizo subir al príncipe a un carruaje, conduciéndolo a casa de Ledebef, quien le acogió con las más vivas demostraciones de devoción y respeto.

A causa de este accidente, se anticipó el traslado a Pavlovsk de toda la familia.

XXII

La quinta de Ledebef era pequeña, pero cómoda y elegante.

En el estado de debilidad física y moral en que se hallaba el príncipe, aquella casa agradecida sobrenaturalmente.

Por otra parte, desde la mañana de su salida para Pavlovsk, esto es, al día siguiente del ataque epiléptico, había comenzado a adquirir poco a poco las apariencias de un hombre sano, aunque, en realidad, sufría aún.

Era ya tarde cuando llegaron a Pavlovsk, aquel mismo día, varios visitantes para enterarse del estado de salud del príncipe; entre ellos, Gania fué el primero.

Muichkine no le conoció de momento; tan cambiado y enflaquecido estaba.

Después llegaron Varia y Putzine, que también venían allí.

En cuanto al general Ivoguine, llegado el último, diríase que había tratado con él sus penas, pues no se movía de la casa de Ledebef ni a tres trinitas. Ledebef hacía todo lo posible para impedir que se acercase al príncipe, reteniéndole consigo.

Más no era sólo a Ardalion Alejandrovitch a quien el dueño de la casa trataba de alejar del príncipe, sino a sus propios hijos, desde que se trasladaron a la quinta. So pretexto de que su inquilino tenía necesidad de absoluto reposo, había establecido en su derredor una especie de cordón sanitario.

En vano protestaba Muichkine contra este lujo de precauciones; Ledebef daba una justificación en el suelo y ponía en fuga a sus hijos.

—En primer lugar — dijo a guisa de justificación ante una pregunta de Muichkine —, no le tendrían el respeto debido, estando tan a menudo en contacto con usted; en segundo lugar...

—¡Basta, Ledebef! — replicó, con energía el príncipe —. Sepa de una vez por todas que esa exagerada vigilancia y ese respeto me tienen fastidiado. Cuando estubo enfermo, me aburrió soberanamente, ya se lo he dicho infinitas veces, y usted mismo me aburre más que todo, con sus gesticulaciones y sus misteriosas idas y venidas.

Lo cierto es que Ledebef, tan celoso de la tranquilidad del príncipe con los otros, no le dejaba en paz un segundo, entrando a cada momento en sus habitaciones sin que nadie le llamase.

Kolia entraba libremente y cuantas veces le parecía en las habitaciones del príncipe, y esta preferencia sacaba de sus casillas al celoso Ledebef, el cual, con el ojo pegado a la puerta, se pasaba a veces hasta media hora escuchando lo que hablaban los dos amigos.

El muchacho, que un día lo sorprendió *in fraganti*, no pudo por menos que comunicarlo a Muichkine.

—¿Se ha creído usted que soy su esclavo y que puede tenerme encerrado bajo llave? — dijo el príncipe a Ledebef, y añadió vivamente airado — ¡Tenga presente que recibiré cuantas visitas tenga por conveniente, y que irá a donde me parezca, no lo olvido usted!...

—Supongo que no va usted a recibir al matrimonio Putzine, ni a Gabriel Ardalionovitch, y mucho menos al general Ivoguine...

—¿Por qué no? ¡Que pase todo el mundo! Le aseguro, Ledebef, que desde el principio he comprendido usted mal mi situación: yo no tengo por qué ocultarme de nadie — respondió alegremente el príncipe.

Viéndole reír, Ledebef creyó que estaba obligado a imitarle.

A pesar de estar agitado sobremanera, el curial no podía disimular su gran satisfacción.

De pronto aspercieron en la casa los Putzine, Gania y Ardalion Alejandrovitch. También llegó, algo más tarde, la familia Epantchine, que tuvo conocimiento por Kolia de la enfermedad del príncipe y de su traslado a la quinta de Ledebef.

El príncipe Chatch, que había ido a ver a Adelaida, accedió a acompañarlas.

Desde los comienzos de sus relaciones con la familia Epantchine, había oído a ésta hablar con frecuencia del príncipe Muichkine, a quien tenía muchísimo respeto de ver, pues se lo habían pintado como una persona muy interesante; y todo ello a pesar de conocerle ya personalmente, pues en cierta ocasión habíale tratado durante quince días en que residieron ambos en una pequeña ciudad.

Ya de entrada en la casa de Muichkine, sufrió Isabel Prokofievna la primera contrariedad al verle rodeado de tantas personas, entre las cuales había varias que no gozaban de su simpatía ni mucho menos.

A continuación, la generala, que esperaba encontrar a un moribundo, que diese altamente sorprendida al ver que se adelantaba hacia ella un joven sonriente, vestido con elegancia y, al parecer, gozando de perfecta salud.

Ledebef, Putzine y Ardalion Alejandrovitch se apresuraron a ofrecer sillas a las jóvenes.

El general ofreció asiento a Aglae, y Ledebef hizo lo propio con el príncipe Chatch, inclinándose hasta el suelo. Varia cambió algunas frases de afectuoso saludo con las señoras Epantchine.

—¡A la verdad, príncipe — dijo la generala —, creía encontrarle gravemente enfermo, de tal manera me exageraron tu estado, y que yo no deciría, al ver tu buen aspecto, me he indignado, pero sólo por un instante, pues no había tenido tiempo de reflexionar. Cuando reflexiono, hablo y me conduzco con sensatez; creo que lo mismo te sucede a ti. Verdaderamente, tu completo restablecimiento me ha causado más placer que si se hubiera tratado de un hijo mío. ¿Cuánto tiempo piensas permanecer aquí?

—¿Todo el verano o quizá más?

—¿Estás solo? ¿No te has casado?

—No, continúo soltero — respondió el príncipe, sonriendo ante la ingenuidad de la pregunta.

—¿Por qué sonríes? No sería eso una cosa del otro mundo. Hablemos de tu alojamiento; ¿por qué no has venido con nosotros? Tenemos un pabellón desocupado. En fin, haz como quieras. ¿Es ése el propietario de esta casa? — añadió en voz baja, indicando con un gesto a Ledebef —. ¿Por qué siempre anda haciendo muecas?

En aquel momento apareció Viera, que, como siempre, llevaba el niño en brazos. Ledebef, que andaba dando vueltas alrededor de las personas que estaban sentadas, sin atreverse a tomar asiento, en cuanto vio a su hija, se lanzó como una flecha hacia ella, haciéndole ademanes con los brazos para que se alejara de la terraza.

—¿Está loco? — preguntó, sorprendida, la generala.

—No, pero...

—Pero si borracho, ¿verdad? Ya veo que te has rodeado de muy distinguida compañía — añadió, después de haber paseado su mirada por todos los circunstantes —. ¡Qué hermosa muchacha! ¿Quién es?

—Es Viena Lukianovna, la hija de Ledebef — contestó el príncipe.

—¡Ah!, me muy graciosa...; quiero conocerla. Apenas oyó Ledebef el deseo de la generala, salió corriendo en busca de Viera para presentársela.

—¡Son hermosos! ¡Hermosos! — comenzó a decir con acento patético, acercándose a Isabel Prokofievna. — La niña que lleva en brazos es también hermosa; es su hermana, mi hija Luchoff, nacida de legítimo matrimonio de mi esposa Elena, que, por voluntad de Dios, falleció

hace tres semanas, de resultados del parto... Esta muchacha, a pesar de no ser más que una hermana, se porta con la criatura como una madre, sí, como una verdadera madre, más que una madre...

—Y tú, *bautchka*, no eres más que un imbécil, y perdóname la franqueza, a pesar de que tú mismo no lo ignores —exclamó la generala, presa de gran indignación.

Lebedeff se inclinó profundamente.

—¿Es la pura verdad! —repuso con el mayor respeto.

El príncipe expresó a la generala su deseo de haber ido a visitarlos no obstante su enfermedad y pese a lo avanzado de la hora.

Isabel Prokofievna contestó, mirando a todos los circunstantes, que ahora nada podría impedirle llevar a cabo sus propósitos.

Pitrine, persona muy educada, no tardó en iniciar la retirada hacia el pabellón de Lebedeff; su deseo hubiera sido llevar consigo al curial.

Varya, que hablaba entretanto con las señoras Epantchine, no se movió de su asiento.

Gania se retiró detrás de Pitrine.

Durante los pocos minutos que había permanecido junto las miradas de las señoras Epantchine, Gabriel Ardalionovitch había mantenido en su actitud modesta, pero digna, y sin dejarse amilanar por las severas miradas de Isabel Prokofievna, que, por dos veces, le examinó de pies a cabeza.

Los que le habían conocido en otro tiempo no podían por menos de notar el notable cambio que se había operado en el joven. Su comportamiento agredió mucho a Aglae.

—¿Es Gabriel Ardalionovitch el que acaba de salir? —preguntó de pronto.

—El príncipe —contestó Pitrine.

—Trabajo me ha costado reconocerle, ha cambiado de una manera extraordinaria y, justo es decirlo, en bien para él. Eso me satisface.

—Estruy muy satisfecho de ese cambio —dijo Muichkine.

—Ha estado gravemente enfermo —explicó Varya recalcando las palabras.

La observación de Aglae sorprendió y casi inquietó a su madre.

—¿En qué te parece que ha mejorado? —preguntó encorizada Isabel Prokofievna. —Yo no veo por ninguna parte ese cambio tan ventajoso; a mi modo de ver, no está mejor ni peor que antes.

Era evidente que estaba enojadísima.

El príncipe León Nikolaievitch quiso hablar, pero, temeroso, ni abrió la boca. Únicamente Aglae parecía dueña de sí, y aun contenta.

Siempre seria y grave, la joven se levantó inmediatamente y fue a colocarse en medio de la tarima frente al sillón en que estaba sentado Muichkine.

Todos los presentes la miraron estupefactos; sus hermanas, su madre y el príncipe Chetchev, veían con manifiesto desagrado aquel nuevo capricho rayano en la inconveniencia.

De pronto aparecieron, hablando en voz alta, dos nuevos personajes. Eran Iván Fedorovich y un joven. Ante su aparición, produjose entre los circunstantes cierto movimiento de curiosidad.

XXIII

De veintiocho años de edad, alto y bien formado, el acompañante del general Epantchine tenía un rostro hermoso e inteligente; sus grandes ojos negros revelaban ingenio y malicia.

Aglae, sin que al parecer se hubiese dado cuenta de la llegada de otras personas, no apartaba sus ojos de Muichkine.

El príncipe comprendió de inmediato que lo hacía con alguna intención. Su situación era para él ya incómoda, pero la llegada de los nuevos personajes le ayudó a modificarla.

En cuanto les vio, levantóse a medias de su asiento y dirigió de lejos un amable saludo al general.

La atención del príncipe se concentró en particular sobre el acompañante de Epantchine, sos-

pechando que aquel joven fuese Eugenio Pavlovitch Radomsky, de quien había oído hablar mucho y en el que se había pensado más de una vez. Una sola cosa le desconcertaba: tenía entendido que Eugenio Pavlovitch era militar, y el recién llegado iba vestido con ropa civil.

El general acercóse a Muichkine y lo saludó. Después presentóse a Eugenio Pavlovitch Radomsky, con estas palabras:

—Acaba de llegar de viaje, y sabedor de que venía yo a reunirme con mi familia...

—Y al enterarme de que usted también se hallaba aquí —interrumpió Eugenio Pavlovitch—, me apresuré a acompañarle, pues desde hace mucho tiempo deseara, no sólo conocerle personalmente, sino también estrechar las relaciones, si es que usted me lo permite. He oído decir que estaba usted enfermo. ¿Sigue mejor?

—Muy bien, y contentísimo de conocerle. Ya le conocía por referencias y aun yo mismo le había nombrado en varias conversaciones con el príncipe Chetchev —repuso León Nikolaievitch, tendiendo la mano a su visitante.

Después de aquel cambio de cumplidos de rigor, los dos interlocutores se estrecharon las manos, al tiempo que se lanzaban ambos una rápida y penetrante mirada.

La conversación no tardó en generalizarse.

El príncipe, cuya curiosidad iba en aumento, lo observaba todo, viendo lo que tal vez sólo existía en su imaginación.

No le pasó inadvertido que el traje civil de Eugenio Pavlovitch había intrigado a todos los que estaban allí reunidos. Evidentemente, este cambio de traje constituía un hecho de excepcional importancia. Adelaida y Alejandra, asombradas, interrogaban a Eugenio Pavlovitch.

El príncipe, por su parte, pariente del joven, parecía muy inquieto. Iván Fedorovich hablaba con cierta agitación.

Aglae fue la única que permaneció impassible, limitóse a mirar con cierta curiosidad a Eugenia, como para ver si aquella rosa le sentaba mejor que el uniforme militar, y volvió en seguida la cabeza a otra parte. Isabel Prokofievna se abstuvo de hacer pregunta alguna, a pesar de ser una de las más interesadas. El príncipe creyó observar que Eugenio Pavlovitch no gozaba de las simpatías de la generala.

—Yo he sido el primer sorprendido —decía Iván Fedorovich, contestando a todas las preguntas—. No podía creerlo cuando le encontré hace poco rato en San Petersburgo. ¿Cómo explicar una determinación tan repentina?

El propio interesado se apresuró a descifrar lo que para todos era un enigma, recordándole que mucho tiempo antes había anunciado su propósito de abandonar la carrera de las armas.

—Renuncié al servicio temporalmente, por unos meses, un año quizá —dijo, riendo, Radomsky.

—¿Jugar por lo que de sus asuntos conozco, no tiene usted motivo para una determinación semejante —dijo el general Epantchine, animándole por momentos.

—¿Y mis tierras? Usted mismo me aconsejó que las visitase, vez en cuando; además, quiero ir al extranjero...

La conversación tomó bien pronto otro giro, sin que por eso se calmasen la inquietud reinante.

El príncipe Muichkine, observador atento de todo lo que sucedía en su derredor, encontró demasiado exagerada esa inquietud por un hecho que, a su parecer, era tan baladí.

—¿Con toda seguridad, aquí se oculta algo raro? —dijose para sus adentros.

La hija de Lebedeff acercóse al príncipe, y le dijo:

—En el recibidor hay cuatro individuos que esperan hace mucho rato que usted los reciba; se presentaron gesticulando y maldiciendo, y por eso papá no quiso introducirlos en su presencia.

—¿Y quiénes son esos visitantes? —preguntó Muichkine.

—Lo ignoro. Dicen que vienen para tratar un asunto muy importante, y creo que si no se

les deja entrar son capaces de detenerse en la calle. Es mejor que los reciba usted, León Nikolaievitch, librándose de ellos lo más pronto posible. Gabriel Ardalionovitch y Pitrine están entre ellos, tratando inútilmente de haceros entrar en razón.

—¿Es el hijo de Pavlichtcheff. No vale la pena recibirle —dijo Lebedeff agitando los brazos—, no hay por qué hacerle pasar; no vale la pena que, Vuestra Alteza se moleste por ellos. Y además, no le conviene...

—El hijo de Pavlichtcheff! ¡Dios mío! —exclamó el príncipe visiblemente turbado—. Pero si yo me he encargado de Gabriel Ardalionovitch... y de él...

En aquel momento apareció Gania en la terraza, seguido de Pitrine.

De la estancia venía llegando un ruido de voces alteradas, entre las que se distinguía la del general Ivólvine, que, al parecer, pretendía gritar más que todos juntos.

Kolia se apresuró a intervenir entre los alborotadores.

—Esto es interesantísimo —dijo en voz alta Eugenio Pavlovitch.

—¿También está enterado de esto! —dijose para sus adentros el príncipe.

—¿Cómo! ¿El hijo de Pavlichtcheff? ¿Qué se le ha perdido aquí a ese joven? —preguntó sorprendido el general Epantchine, paseando su mirada por los circunstantes.

En efecto, la ansiedad se leía en los rostros y todos tenían el ánimo en suspenso. Aglae, mirando al príncipe, expresó:

—Es mejor que arregle usted mismo y en seguida este asunto; pero parafraseando estas presentes, este asunto... Quiéren deshonrarle, príncipe, y es preciso que su justificación sea un triunfo, y de ello me felicito por anticipado.

—Yo también deseo que se acabe de una buena vez con esta farsa y que la verdad resplandezca lo más pronto posible —exclamó la generala—. ¡Dales su merecido, príncipe! —No te andes con cumplidos! Tengo los oídos cansados de oír hablar tanto de ese asunto, ese dichoso Pavlichtcheff me tiene la sangre quemada por tu culpa.

Esa entrevista será muy digna de ver, hebre pensar; nosotros continuaremos aquí. Aglae ha tenido una feliz idea. ¡Ha oído usted hablar de esto, príncipe? —añadió, dirigiéndose a Chetchev.

—Ciertamente, señora, en su casa de usted —repuso el interpelado—, y siento curiosidad por verles la cara a esos jóvenes.

—Son nihilistas, ¿verdad?

—No, no —dijo Lebedeff, presa de gran agitación, acercándose a los dos interlocutores—; pertenecen a otro grupo, a un grupo especial. Según afirma mi sobriño, son de ideas más avanzadas que los nihilistas. Se equivocó. Vuestra Excelencia sí cree que los nihilistas no escasean los homicidios; entre los nihilistas no escasean los homicidios; incluso hasta sabios; pero éstos van mucho más allá, pues son hombres de acción... Por lo tanto, príncipe, yo le aconsejaré...

Pero Muichkine habíase levantado ya para abrir la puerta a los visitantes.

—Les calamita usted, Lebedeff —dijo sonriendo—, usted tiene siempre sobre su corazón la mala conducta de su sobriño. No le crea usted, Isabel Prokofievna. Sin embargo, no me agrada, pues, que una vez que se los ha presentado, me retire con ellos a otra habitación... Tengan la bondad de pasar, señores.

Era otra la idea que le inquietaba, atormentándole cruelmente: aquel asunto no era una jugada que alguien hubiese preparado? ¿Aquellos jóvenes no se presentaban aconsejados por alguien que les hubiese asegurado que de ese modo, ante tan numerosos testigos, la confusión del príncipe daría el triunfo?

Pero al instante Muichkine reprochóse amargamente a sí mismo "su pérdida y monstruosa desconfianza". Hubiera muerto de vergüenza si

alguno pudiese leer en su mente los pensamientos que le agitaban; y cuando entraron sus visitantes estaba persuadido de que valía infinitamente menos que cualquiera de las personas que le rodeaban.

Aparecieron en la terraza cuatro individuos, seguidos por el general Ivoguine, encendido como la grana y en vena de hacer alardes de elocuencia.

—Seguramente, ése está de mi parte —dijo el príncipe con una sonrisa.

Kolia, que se había unido al grupo, hablaba con gran vehemencia a Hipólito, que era uno de la partida y escuchaba a su amigo con expresión barluma.

El príncipe ofreció asiento a sus visitantes. Estos eran todos muy jóvenes, casi niños, y su extrema juventud hacía aún más insólita aquella visita.

Iván Fedorovitch Epantchine, que nada sabía de lo que pasaba, se indignó a la vista de aquellos jóvenes, seguramente hubiera protestado de algún modo, de no haberle contenido el apasionado interés, incomprensible para él, que se tomaba su esposa por todo lo que el príncipe se refería.

Acompañaba también a los jóvenes un antiguo conocido nuestro: el ex oficial del ejército, transformado en boxeador, que pertenecía a la banda de Rogojine.

Admirábase que se había unido a los jóvenes para prestarse su ayuda moral, y, si llegaba el caso, también material.

El que se proba por hijo de Pavlicheff, aunque ya había presentado bajo el nombre de Antipas Burdovsky, era un joven de veintidós años, rubio, alto y de extremada flacura. Distinguase por la pobreza de su indumentaria.

Al entrar hicieron todas algunas reverencias. Estaban cobhibidos, a despecho del aire imponente que se daban para disimular su turbación.

—Antipas Burdovsky —taramudeó precipitadamente “el hijo de Pavlicheff”, haciendo su propia presentación.

—Vladimiro Doktorenko! —dijo, recalcando mucho las sílabas y con cierto orgullo, el sobrino de Lebedeff.

—Keller! —exclamó el ex oficial.

—Hipólito Terentief —dijo el tísico con voz chillona.

Al terminar las presentaciones, tomaron asiento, formando fila ante el príncipe.

Todos deseaban hablar, y, sin embargo, ninguno despegaba los labios: esperaban con aire de reto.

—¡No, amiguito, tú no nos atraparás! —decían claramente aquellos rostros.

Era evidente que apenas empezara a hablar uno, todos lo harían al mismo tiempo.

XXIV

—Señores, no esperaba su visita —comenzó diciendo el príncipe—, he estado enfermo hasta hoy. Hace un mes —añadió, dirigiéndose a Antipas Burdovsky— puse su asunto, según le hice saber oportunamente, en manos de Gabriel Ardionovitch Ivoguine. Pero lo demás, yo no me niego a tener con usted una entrevista; pero le propongo que pasemos a otra habitación y siempre que no me haga perder mucho tiempo, pues, como ve, estoy atendiendo a unos amigos...

Sus amigos... eso es usted —interrumpió el sobrino de Lebedeff con brusquedad, pero sin levantar la voz—, me lia de permiir que le digamos que podía emplear un poco más de educación con nosotros; hace dos horas que esperamos en la antecala.

—Sin duda... procede como un príncipe —apoyó Antipas Burdovsky—. ¿Me la tomado... por su lacayo?

—¿Así proceden los príncipes! —chilló Hipólito. —Si esto le hubieran hecho conocido —refunfuñó el pugilista—, es decir, si hubiera sido asunto mío, yo, en lugar de Burdovsky...

—Señores, les aseguro que yo ignoraba que me

estuvieran esperando; acaban de decírmelo; puede usted creerme.

—No temen que sus amigos, porque estamos seguros de nuestros derechos —dijo el sobrino de Lebedeff.

De nuevo hizose oír la voz silbante de Hipólito.

—¿Con qué derecho trata usted de someter al juicio de sus amigos el caso Burdovsky? Nos negamos en absoluto a ello.

El príncipe estaba consternado; no le era permitido pronunciar ni una sola palabra.

—Si no quiere usted hablar aquí, señor Burdovsky, le recuerdo mi proposición de pasar a otro aposento; repito que hace sólo un momento...

—¿Usted no tiene derecho! ¡No señor, ningún derecho!... Sus amigos... ¡jiso éso! —taramudeó Burdovsky paseando su mirada desafiante por todos los concurrentes, exclamando a medida que se sentía menos seguro de sí mismo—. Repito cue...

Caló bruscamente, y adelantando el busto fijó en el príncipe la mirada interrogadora de sus grandes ojos míopes y surcados de pequeñas venas rojas.

—¡León Nikoláievitch! —dijo repentinamente la generala—; tonta, lea esto en seguida, ahora mismo; es algo que se refiere directamente a esta cuestión.

Y con brusco ademán tendió un periódico satírico, al tiempo que con el dedo le señalaba un artículo para que fijara en él la atención.

—¿No sería mejor que lo leyese luego solo, y no aquí, en voz alta? —balbuceó el príncipe, presa de gran turbación.

—No, no, no, Kolia, y en voz alta! —exclamó la generala arrebatando el periódico de las manos del príncipe para entregárselo al muchacho, y añadió: —No dejes de leerlo en voz muy alta, para que todo el mundo se entere!

Kolia desdobló el periódico y comenzó a leer en voz alta el siguiente artículo, señalado con lápiz por Lebedeff:

PROLETARIOS Y VÁSTAGOS: HISTORIA DEL FILLAGE DEL DÍA Y DE TODOS LOS DÍAS; ¡PROGRESO! ¡REFORMA! ¡JUSTICIA!

Sucedon cosas extrañas en nuestra Rusia, llamada suata.

Uno de los vástagos de nuestra difunta aristocracia (¿de profundis!) ha sido protagonista de una singular aventura.

Los abuelos de este vástago habíense arruinado en la ruleta y su padre se vió obligado a servir como oficial en el ejército, y menos mal que se le ocurrió morirse la víspera de comparecer ante un Consejo de guerra que lo había de juzgar por una inocente distracción de los fondos públicos.

Hace apenas seis meses, llegó nuestro protagonista a Rusia, en decir, en pleno invierno pasado, entrando palmeado como un extranjero y temblando de frío bajo un pobre abrigo.

Procedía de Suiza, donde había sido tratado con éxito de idiota.

Fuerza es confesar que la suerte ha prodigado con él sus dones, pues aparte de la curación de su importante enfermedad (¿a curable el idiota?), desde la cuna lo crió constantemente la felicidad.

Era un niño de pecho nuestro aristócrata cuando perdió a su padre, que, como hemos dicho, era el jefe del ejército, y murió en el momento que debía comparecer ante un Consejo de guerra por haber perdido en el juego todo el dinero de la caja de su compañía y por haber ordenado acotar de un modo inhumano a uno de sus subordinados.

El huérfano fué recogido por un rico propietario ruso. Este personaje, al que llamaremos P., era uno de esos holgazanes, de esos parásitos rusos, que llevan en el estriadero una vida depravada, y pasan sus vacaciones en los balnearios de moda y el invierno en París.

El desprecupado P. educó precipitadamente al huérfano, confundiendo a los estudios de propósitos e institutrices (honestas sin duda) traídos ex profeso del extranjero, con el aristocrático último vástago de una noble raza, era idiota.

Las institutrices perdieron lastimosamente el tiempo, pues el discípulo llegó a los veinte años

sin haber aprendido a hablar en ninguna lengua, ni siquiera en ruso.

Sin desmentir, por esto, P., tuvo una idea genial: creyó que la inteligencia era algo que se podía adquirir con dinero, y mandó a su protégido a Suiza, poniéndolo bajo la observación y los métodos de un célebre profesor. Allí permaneció el enfermo durante cinco años, contando millares de rublos que adquiriese las apariencias de hombre, ya que su imbecilidad era incurable. Entretanto, P., murió súbitamente, sin haber hecho nada, y dejando embrollados todos sus asuntos. Como resultado supieron multitud de gentes que un vástago de una familia de antiguos hacendados herederos, que no tuvieron ninguna consideración para con el vástago aristócrata, a expensas del difunto, trataba de curarse en Suiza en su idiota.

A pesar de su idiotez, el vástago principesco trató, consiguiendo, de espasmar al médico, y durante dos años más permaneció en la casa de salud, gratuitamente, ocultando el fulclemento de su imbecilidad.

Pero el profesor, que no era tonto, inquieto por la tardanza en recibir la paga de su discípulo, y movido por su gran apetito, le hizo calzar las palmas, le regaló un copito indio para su uso, y cuando en un vagón de tercera, lo mandó a Rusia.

Parecía que la fortuna le volvía las espaldas, pero no era así.

Casi al mismo tiempo que llegaba a San Petersburgo, su tío, el abuelo en pariente de su madre, un viejo convecido de la Rusia, que dejaba una herencia de varios millones de rublos, contenta y sonante, todo lo cual pasó a nuestro vástago, el aristócrata de las palmas.

En derrochando el dinero, que de buena o primera, era encomendado de una famosa mujer galante, no reúne rápidamente una multitud de amigos y parientes in-provincados; en mas, numerosos jóvenes de la nobleza se lo disputan por marido. ¡Podán, si en sueños, encontrar un marido superior! Aristócrata, millonario o idiota... Casi nada; el ideal de la mayoría de las mujeres...

—Esto es... nauseabundo! —expresó Iván Fedorovitch.

—No sigas, Kolia —suplico el príncipe.

De todas las bocas salían exclamaciones de asombro.

—¿Que lea, que lea, que lea, diga lo que diga! —exclamó Babá Prokofiévna, que hacía esfuerzos sobrehumanos para contenerse.

El muchacho, con el rostro encendido y trémula la voz, continuó la lectura del artículo:

Pero mientras nuestro joven millonario se encontraba en su gloria, sobrevino un suceso que le amarró al diablo.

Una mañana presentose en su casa un joven de rostro apacible y severo, de gran distinción a pesar de sus humildes vestidos.

Con lenguaje cortés, pero enérgico, expusole brevemente el estado de su familia. Era abogado, e iba en nombre de un cliente muy importante al hijo rico de P., que no lleva el apellido paterno.

El libertino P., había seducido en su juventud a una muchacha pobre y honrada. Apenas supo que su amante estaba casado, se apresuró a casarla con un hombre de noble carácter que desde hacía tiempo estaba enamorado de la joven. Al principio, ayudado con dinero a aquella familia, pero después, pronto hubo de renunciar a su protección, porque el marido, con su nobleza de alma, negóse a recibir, de él, sus auxilios.

Poco a poco, el desprecupado propietario olvidó a su antigua amante y el hijo nacido de aquellas relaciones, y murió, como hemos dicho, sin testar.

El hijo de P., nacido después del matrimonio de su madre, encontró un verdadero padre en el hombre generoso cuyo apellido llevaba. Pero, habiendo muerto el padre, el pobre huérfano se encontró solo para atender a su propia existencia y al de su madre enferma, que se había quedado paralizado de ambas piernas.

Mientras ella residía en una provincia lejana, el joven desahogado usó la capital a gran locación a domicilio, y así, con su trabajo titánico y penoso, logró hacer frente a todas las necesidades.

La muerte de la madre no alivió en gran parte la situación precaria del infortunado joven.

Ahora, ¿qué la cuestión principal! si este vástago fue un hombre de noble corazón, ¿cómo debía haber razonado?

Indudablemente, el lector creyó que lo hizo en la indignante forma: "Durante toda mi vida, P... me colmó de beneficios, gastando millares de rublos en educación y mantenerme en Suiza en una casa de salud. Ahora, empero, poco antes de mi muerte, me he visto obligado a abandonar Suiza, y el hijo del P... me ha expulsado de su patria libremente y despreciosamente, es más inútilmente joven de casa en casa para dar lecciones. En rigor de justicia, tanto el beneficio que he sido colmado hubieran debido ser dispensados a él. Los errores que he cometido por mi parte no me pertenecen; las he disfrutado por un error de la ciega fortuna, y lo natural y correcto sería que vuelvan a las manos de su hijo, pues es éste quien debía disfrutar de esos beneficios, y no yo. Así, pues, como hombre agradecido y noble, me pido y junto, yo debería erigir la mitad del mi herencia al hijo de mi bienhechor."

Pues bien, señores, esos vástagos de familias ilustres no razonan así.

El abogado, que sólo por la amistad que le une al joven, y así a su pesar, se encargó lo este asunto, invocó en vano todos los sentimientos de justicia, de deferencia, de honor y aun de simple consentimiento; el antiguo lacedey de la casa de salud se mostró irreductible.

Todo esto, empero, sería nada en comparación de lo que sigue, que es verdaderamente imperdonable y no halla excusa en ninguna perturbación mental: este millonario, ignorando no quiero que comprenda que el noble joven que está perdiendo su salud de tanto trabajar le pedía, no una limosna ni un socorro, sino algo que le pertenecía en justicia.

Con la tranquila inocencia de un rico joven paralizado detrás de sus millones, nuestro vástago sacó de su cartera un billete de cincuenta rublos y lo remitió al noble joven a manera de humillante limosna.

En largo que aquellas cincuenta rublas fueron devueltas a su magnánimo dador, o, mejor dicho, arrojadas a su rostro.

El asunto no es de la incumbencia de los tribunales y, por consiguiente, no queda otra que recurrir a la cometa de la gloria de la opinión pública. Yo sólo es lo que nosotros hacemos, respondiendo al lector de la exactitud de los hechos consignados.

Cuando Kolia hubo terminado, pasó vivamente el periódico al príncipe, y sin decir palabra fue a refugiarse en un rincón de la terraza, invadido de un inexplicable sentimiento de confusión y de vergüenza.

El resto de la tertulia no estaba menos impresionado.

Las señoras Epanchine sentíanse incómodas y abochornadas. Isabel Prokofievna, irrisadísima, El príncipe, como suele suceder a las personas ociosas, estaba tan avergonzado y sentíase tan humillado por sus visitantes, que en el primer momento no osó levantar los ojos hacia ellos. Prizine, Varía, Gania y el propio Lebedeff estaban también turbadiscos. Y, cosa realmente extraña, Hipólito y el supuesto hijo de Pavlicheff parecían algo sorprendidos; el disgusto del sobrino de Lebedeff era visible.

Únicamente el pugilista permanecía impassible, retorciéndose los bigotes con acompasada gravedad.

—Estas son cosas del diablo —refunfuñó Iván Fedorovitch—. No hay duda que se han tenido que reunir cincuenta heayos para escribir este artículo.

—Permita usted, señor, que le pregunte con qué derecho hace suposiciones tan injuriosas —dijo Hipólito, trémulo de ira.

—En primer lugar —dijo el general, dirigiéndose a Hipólito—, no le he autorizado para que me apee el tratamiento; y en segundo término, no tengo por qué darle ninguna explicación.

También estaba indignado con Isabel Prokofievna, por no dar señas de que pensara retirarse.

—Señores, señores! Déjenme hablar —exclamó el príncipe, agitado y zhelante—; les ruego que hablen de modo que podamos entendernos.

Dejo a un lado el artículo, limitándome a decir que es falso desde el principio hasta el fin, y esto lo dicen ustedes perfectamente. ¡Es una vergüenza! Me sorprende que uno de ustedes haya sido capaz de escribir semejantes calumnias.

—Yo ignoraba la existencia de semejante artículo, y lo desaprovecho —repuso Hipólito.

—Yo sabía que había sido escrito, pero no hubiera aconsejado su publicación, a lo menos por ahora —observó el sobrino de Lebedeff.

—Por mi parte... yo tenía el derecho... yo... —comenzó a balbucear Antipas.

—¿Cómo! ¿Fue usted el que redactó eso? —interrumpió el príncipe, contemplando con curiosidad a Burdovsky—. ¿Es posible?... Pero, en fin, oigan lo que quería decir; puesto que han dado a la publicidad este asunto, por qué se mostraron ofendidos cuando comencé yo a hablar de presencia de mis amigos.

—¿Al fin! —exclamó la generala.

Lebedeff, sin poder contenerse, precipitase en medio de los interlocutores, gritando:

—Se olvida, príncipe, de que si ha accedido a recibirlos ha sido por exceso de bondad, ya que no tenían derecho a solicitar semejante honor, desde el momento que Gabriel Ardalionovich ha asumido el encargo de arreglar este asunto, lo que, dicho sea de paso, ha sido otro tanto para fundar la parte de nuestra Alteza?

Dijo un solo palabra, y serán arrojados a la calle; yo, como dueño de casa, me encargo de ello.

—¿Muy bien dicho! —terció con voz entonada el general Ivoginein.

—Basta, Lebedeff, basta... —comenzó a decir el príncipe, pero un clamor de indignación apagó sus palabras.

—Usted perdón, príncipe; esto no puede quedar así —replicó el sobrino de Lebedeff, casi a gritos—; ahora es necesario poner este asunto en claro, pues es indudable que nadie lo entiende.

—A eso voy, señores —exclamó el príncipe—. Pero antes permítame que les diga que han equivocado el camino. Ustedes han publicado ese artículo, en la suposición de que yo niega a negar a satisfacer la demanda del señor Burdovsky; por lo tanto, han querido intimidarme y vengarse prematuramente de una supuesta negativa mía.

Pero, ¿cómo podían adivinar mis intenciones? ¿No era posible, también, que yo hubiera recelado de dar lo que me pedía el hijo de Pavlicheff? Pues bien, en este momento, declaro sin rodeos, delante de todos ustedes, que satisfaré...

—¡Por fin! ¡He aquí las palabras nobles e inteligentes de un hombre inteligente y noble! —exclamó el pugilista.

—¡Esto es intolerable! —refunfuñó el general.

—¡Dios mío! —exclamó involuntariamente Isabel Prokofievna.

—Permítanme ustedes, señores, que me explique —dijo el príncipe—. Hace cinco semanas, encontrándose con usted, recibí la visita de Techebaroff, abogado de usted, señor Burdovsky. Usted, señor Keller, que es el autor del escrito, ha hecho de este hombre un retrato demasiado lijoso en su artículo —prosiguió Muichkine dirigiéndose al pugilista—. Comprendi al punto que ese Techebaroff era el alma de esta intriga y el que, hablando con franqueza, señor Burdovsky, hablaba inducido a presentar su reclamación, abusando de su simplicidad.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

—¿Y usted? —exclamó la generala—. ¿Concedió, señor Keller, que usted regresara a San Petersburgo, encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Techebaroff fue únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asomado al observar que Antipas se indignaba y los otros se empezaban a protestar—.

cia y de su buen corazón, no puede substraerse a la ley común.

—Es posible, muy posible, pero no sé a qué ley común se refiere usted —repuso el príncipe—. Continúe, pero les ruego que den a mis palabras el verdadero sentido que yo quiero darles y no vean en ellas motivo de ofensa para ustedes, pues no entra en mis intenciones herirles en lo más mínimo. En primer lugar, quedé estupefacto cuando me dijo Techebaroff que existía un hijo de Pavlicheff que yo ese hijo se hallaba en la miseria. Pavlicheff fue mi protector y amigo de mi padre. ¡Ah! ¿por qué, señor Keller, imputa a mi padre hechos absolutamente falsos? Jamás malversé cantidad alguna perteneciente al ejército ni maltraté a ninguno de sus subordinados; de esto estoy completamente seguro. ¿Cómo pudo escribir tal calumnia? Igual cosa pudo decirse de sus afirmaciones respecto a Pavlicheff. De un hombre que era la nobleza personificada, dice que era un asesino, un sepa, señor Keller, que era el hombre más cínico que jamás haya existido sobre la tierra. En cuanto a su buen corazón y a sus nobles acciones, no tengo palabras para ensalzarlos bastante... Razón tiene usted para decir que yo era entonces un idiota y que nada podía comprender (el ruso, sin embargo, lo hablaba y lo comprendía); pero podía apreciar todo lo que hoy recuerdo...

—Permítame —exclamó Hipólito—, ¿no es demasiado sentimentalismo esto? No olvide que no somos chiquillos. Vaya, pues, derecho al asunto, pues son ya más de las nueve.

—Sea, no me detendré más —replicó el príncipe—. Al principio acéptese esta noticia con desconfianza; pero, pensándolo con más detenimiento, me dije que tal vez habíame engañado a mí mismo y que podía muy bien ser que Pavlicheff tuviese un hijo. Pero llamé poderosamente mi atención la facilidad con que ese hijo desbarbaba a su padre, pues yo, Techebaroff, en nuestra entrevista, me aseguré con la publicidad...

—El hijo no es responsable de los desórdenes de su padre ni la madre es culpable —añadió con vehemencia Hipólito.

—Razón de más para evitar... —observó con timidez Muichkine.

—¿Qué derecho tiene usted para...? —chilló Burdovsky.

—Ninguno, ninguno! —apresuróse a reconocer Muichkine—. Si he hablado de esto, señor Keller, fue porque me parece imposible que un hijo lance a la publicidad un secreto de tal naturaleza... Pues bien, señores, esto es precisamente lo que me ha convencido de que Techebaroff es un perfecto canalla, que impugna a este muchacho a cometer una tentativa de estafa.

—¡Esto es imposible! —exclamaron casi levantándose de sus asientos los visitantes.

—¡Cálma, señores! De aquí a una hora cuando el señor Burdovsky se sienta a una sencilla e indefensa, muy a propósito para servir de instrumento a ese ladrón; he aquí por qué me considero obligado aarle útil como a "hijo de Pavlicheff", empezando por arrancarle de las garras de Techebaroff, y constituyéndome en su guía leal y sincero; en fin, por eso he resuelto encargarle diez mil rublos, es decir, la equivalencia de lo que, a mi entender, ha gastado en mi Pavlicheff.

—¿Cómo! ¿Sólo diez mil? —exclamó Hipólito.

—Príncipe, ¿no está usted muy fuerte en aritmética o cabe demasiado; aunque yo creo esto último, a pesar de su aire bondadoso —dijo a su vez el sobrino de Lebedeff.

—No acépto diez mil rublos —declaró Burdovsky.

—¡Acéptalos, Antipas! —murmuró al oído Keller, que corrió a colocarse detrás de él al escuchar la negativa—. ¡Toma esto como un adelanto; de lo otro ya hablaremos más tarde!

—Permítame, señores Muichkine, señores Hipólito... ¡haga el favor de no tomarnos por imbéciles, a pesar de que sus amigos y estas señas

ras parecían convencidos de ello, pero sus miras sonriendo de una manera despreciativa...

—Todavía no me han comprendido... Ustedes —dijo con voz agitada el príncipe—. En primer lugar, señor Keller, en su artículo exagera la importancia de mi fortuna; estoy muy lejos de ser millonario como a cada momento están diciendo; mi capital no llega, quizá, ni a la octava parte de lo que usted supone. En segundo lugar, calculo yo con mucha largueza mis gastos en Suiza. Schindler sólo cobraba sesientos rublos anuales por mi pensión, y únicamente cobró tres anualidades. En cuanto a las instructoras que Pavlicheff hizo venir de París, es una prueba más de la frondosidad de su imaginación, señor Keller; se trata, pues, de otra calumnias. Repito, por lo tanto, que mi protector estuvo muy lejos de gastar en mí diez mil rublos; yo le señalé esa cantidad, y todos comprendrán conmigo en que tratándose de liquidar una cuenta no puedo ni debo dar más de lo que he recibido; el propio señor Burdovsky podría ofenderse si me permitiera aumentar esa suma, pues tendría derecho a criticarlo como una limosna. Yo no sé, señores, cómo ustedes ni comprenden esto. Por lo demás, mi intención no era limitarme a esto; quería intervenir amigablemente, a efectos de hacer más llevadera la vida del pobre señor Burdovsky. Sin duda le engañaron, pues de lo contrario no se hubiera prestado a tal bajeza como esta. Esos señores, que me dicen que se hace en el artículo del señor Keller... ¿Por qué se encolerizan ustedes? ¿Es que yo no los a poder entenderlos? Pues bien; los hechos me ríen a darme la razón; he podido ver con mis propios ojos que no andaba equivocado en mis conjeturas; ¡todas mis sospechas se han confirmado! —añadió Muichelne con vehemencia.

El príncipe quería calmar a sus oyentes, pero sus palabras, lejos de conseguirlo, no tenían otra virtud que la de exasperarlos aún más.

—¿Cómo? ¿De qué está usted convencido? —le preguntaron furiosos.

—Con su visita, el señor Burdovsky me ha brindado la ocasión de poder ver por mí mismo de qué clase de persona se trataba; no me imaginaba que fuera tan... cándido. Por lo mismo, quiero ser indulgente con él... Pues bien, como ya les dije, encargué este asunto a Gabriel Ardalionovitch, y hacía tiempo que no tenía noticias suyas, porque yo estaba ausente y en cuanto llegué a San Petersburgo caí enfermo, teniendo que guardar cama por espacio de tres días; pero, hace escasamente una hora, supe por el propio Gabriel Ardalionovitch los designios nada honrados de Tchearloff, asegurándome que tiene en su poder las pruebas necesarias para demostrar que se trata de una tentativa de estafa. No ignoro, señores, que son muchas las personas que me tienen por idiota, y a la zona que me han dado de estar siempre dispuesto a aflojar los cordones de mi bolsa, hizo pensar a Tchearloff que sería muy fácil poder robarme impunemente, explotando mi reconocimiento hacia Pavlicheff. Por eso bien, señores, presten atención a lo que voy a decirles: ¡Antipus Burdovsky no es hijo de Pavlicheff! Gabriel Ardalionovitch acaba de comunicarme tan importante descubrimiento, asegurándome que se ha procurado las pruebas de ello. ¿Qué dicen ustedes a esto? Otra jugada que añadir a las muchas que ya me han hecho... ¿no es cierto? Tiene pruebas irrefutables, ¿se han fijado bien? Por eso repito que Tchearloff es un canal... He aquí lo que el pobre señor Burdovsky y a todos ustedes, señores, que viajaron aquí noblemente para ver a su amigo (¿que buena falta le hace que lo apoyen?), ha abusado de la credulidad de ustedes para procurar llevarles a intentar una escandalosa estafa.

—¿Cómo? ¿Una estafa? ¿Así que yo no es hijo de Pavlicheff? ¿Esto no es posible!...

—¡Tal como suena, una estafa! El asunto, mirado superficialmente, es que el señor Burdovsky

ky no es hijo de Pavlicheff; por lo tanto, según el código penal, está constituyendo una tentativa de estafa (suponiendo, desde luego, que él supiese la verdad); pero yo estoy seguro de que ha obrado de buena fe... En fin, la cuestión es que no existe tal "hijo de Pavlicheff"; pero, a pesar de que todo ha sido una farsa, mantengo mi ofrecimiento y estoy dispuesto a entregar diez mil rublos como una ofrenda a la memoria de Pavlicheff. Antes de que apareciera el señor Burdovsky, ya había yo decidido con ese dinero fundar una escuela, para honrar la memoria de mi protector; pero la honraré igualmente ofreciendo este dinero al señor Burdovsky, como a tal lo trató. Esta circunstancia es la de que se ha valido para brillar para engañarlo. Escuchen, pues, señores, a Gabriel Ardalionovitch; hay que terminar para siempre con este asunto; cíñense y vuelvan a tomar asiento, les repito, que Gabriel Ardalionovitch va a explicarnos de inmediato todo lo que ha podido averiguar respecto a este malhadado asunto. He sabido por él que su madre no es Burdovsky; Gabriel Ardalionovitch ha hablado a él; ya ve, pues, cómo miente el artículo del señor Keller...

Gabriel Ardalionovitch había permanecido hasta entonces nudo espectador de la escena que allí se desarrollaba; pero, requerido por el príncipe, acercóse a él, y, con voz tranquila y firme, comenzó a darle cuenta de las gestiones que por su orden había llevado a cabo. Todo el mundo, y en particular los cuatro jóvenes, hicieron el más profundo silencio para no perder palabra de lo que iba a decir Gania.

—No me negaré a usar el nombre de Gania, dirigiéndose a Antipas, que, asombrado de lo que escuchaba con la boca abierta y mirándole con ojos ardientes—que nació dos años después del casamiento de su honrada y virtuosa madre con el señor Burdovsky, en aquella época secretario de un colegio. Nada más fácil, por correlación de los hechos, que establecer la fecha exacta de su natalicio; por lo tanto, las versiones sentadas por el señor Keller en su artículo, tan ofensivas para su madre y aun para usted mismo, son completamente falsas. Casualmente, por conducto de mi hermana Bárbara Ardalionovna de Putzine, he obtenido de su íntima amiga Viera Alexievna Zoukhoff, viuda y propietaria, una carta que le escribiera hace veinticuatro años Nicolás Andreievitch Pavlicheff, a la sazón residente en el extranjero. Puesto en relaciones con Viera Alexievna, me dirigí, siguiendo sus indicaciones, al coronel retirado Timofei Fedotich de Ivazovnik, pariente lejano y en otros tiempos gran amigo de Pavlicheff, y el coronel puso a mis manos otras dos cartas escritas por aquí desde el extranjero. Estas tres documentos, las fechas y los hechos que en ellos se consignan, prueban de una manera irrefutable que dieciocho meses antes que usted naciera, señor Burdovsky, Nicolás Andreievitch marchó al extranjero, donde permaneció tres años consecutivos. Su madre, usted no lo ignora, jamás salió de Rusia...

Las palabras de Gania causaron una sensación profunda. Un movimiento general produjo entre los concurrentes y el propio Burdovsky se puso en pie violentamente.

—Si es verdad todo lo que usted ha dicho, fui engañado, no por Tchearloff, sino por otras personas, y de esto hace ya mucho tiempo —dijo el frustrado hijo de Pavlicheff—. Renuncio a los diez mil rublos... ¡desisto de todo... ¡Adiós!...

Tomó su gorra e hizo ademán de marcharse. —Espere usted, aunque sólo sea por cinco minutos —le dijo con tono afectuoso Gania—. Debo revelarles todavía ciertos hechos de mucha importancia, sobre todo para usted, y, además, en extremo curiosos.

Burdovsky volvió a sentarse silencioso y con la cabeza baja.

El sobrino de Lebedeff, que también había se puesto de pie para acompañar a su amigo, imitó

a Antipas. Doktorenko parecía contrariado. Hippólito revelaba a la vez que enojó la más viva sorpresa. Tuvo en aquel momento un acceso de tos y retiró manchado de sangre el pañuelo que se había llevado a los labios.

Keller estaba aterrado.

—¿Recuerdas, Antipas, que te dije hace dos días que a lo mejor no eras hijo de Pavlicheff? ¡Bailarón, con acento lastimero.

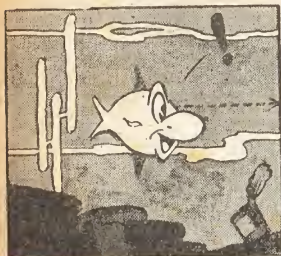
Los concurrentes, con acento lastimero, en el momento, no pudieron menos de volver la cara para reírse; algunos salieron la cabeza hacia atrás.

—Deseo únicamente —prosiguió Gania, mientras en el auditorio se producía un movimiento de cansancio— dejar bien sentado que si Pavlicheff se mostró generoso con su madre de usted, señor Burdovsky, fué porque ésta era hermana de una muchacha de la que Pavlicheff estuvo enamorado en su primera juventud, y que la que se hubiera casado, sin duda, de no haber muerto ella repentinamente. Tengo pruebas de que esta circunstancia es absolutamente cierta, no dejó más que un vago recuerdo el cual el tiempo ha borrado por completo. Podría añadir que, cuando su madre de usted contaba diez años de edad, fué recogida por Pavlicheff, quien encargó de su educación, dotándola después con largueza. Esta benevolencia inusitada a los parientes de Nicolás Andreievitch, he aquí, supuestamente que pensaba casarse con su protegida, pero se engañaron, pues cuando su madre de usted cumplió los veinte años, contrajo nupcias con el señor Burdovsky; podría demostrar también de nudo palpable que la joven se casó verdaderamente enamorada de su marido. De los datos que he podido reunir resulta que su padre de usted, el señor Burdovsky, en cuanto coló los quince mil rublos que constituirían la dote de su esposa, abandonó su empleo para lanzarse a empresas comerciales; pero como era un hombre desprovisto de espíritu práctico, le engañaron en todos los negocios que planteó, perdió todo su capital, y, para olvidar aquel fracaso, entregóse a la bebida y el alcohol llevóle muy pronto al sepulcro, ocho años después de su casamiento. La pobre viuda —ella misma me lo ha contado— quedó en la mayor miseria, y seguramente hubiera muerto de inanición, a no ser por la generosidad de Pavlicheff, que le asignó una pensión anual de sesenta mil rublos. Además, existen infinitas pruebas de que le prestó a usted gran afecto durante su niñez. De todos estos testimonios, confirmados por su propia madre, resulta que si Pavlicheff le amaba a usted, era por su delicado estado de salud, pues en su infancia parecía usted tartamudo, enfermizo y en extremo delicado. Está demostrado, también, que Nicolás Andreievitch sentía marcada predilección por los desgraciados que sufrían de algún mal, especialmente si eran niños. Este hecho reviste gran importancia en nuestro caso. Finalmente, si Pavlicheff sentía por usted un cariño tan grande, ¿cómo pudo usted, al casarse, al fin, poniendo en duda la honorabilidad de la señora de Burdovsky. Pero hay una circunstancia que conviene tener muy en cuenta; la de que esta creencia no fué tomando cuerpo hasta las postrimerias de la vida de Pavlicheff, o sea cuando todos sus colaterales temblaban por su herencia, cuando los hechos primitivos habían sido olvidados y no había medio fácil de restablecer la verdad poniendo en claro el asunto. Es muy posible que también usted, señor Burdovsky, haya oído hablar de esta calumnia sin oposición y no haya vacilado en admitirla como verdadera. Su madre de usted estaba también al corriente de estos rumores, pero ignora, pues tuvo bien cuidado de ocultárselo cuando tuvo el honor de hablarle, que su propio hijo presta fe a esa calumnia, haciéndose cómplice de su propagación. En Pskov, señor Burdovsky, he encontrado a una muy honorable madre enferma y sumida en la mayor miseria, que padecía desde la muerte de Pavlicheff, con lágrimas en los ojos díjome que sólo para usted

AGALLITA

por J. Christie M.

GALONES



quiere vivir, que tiene grandes esperanzas en su porvenir porque crece ardentemente en los éxitos que le aguardan...

—¡Esto es insupportable! —exclamó con impaciencia el sobrino de Lebedeff—. ¿A santo de qué tanta literatura?

—¡Repugna tanta osadía! —apoyó Hipólito, que brincaba de cólera.

Pero Burdovsky permaneció inmóvil y silencioso.

—¿Les parece mucho? —dijo Gania con acento burlesco—. Sin embargo, ha sido necesario todo esto que he dicho, para convencer al señor Burdovsky de que Pavlicheff le amó por grandeza de alma y no por deber paternal. Era de todo punto necesario explicar estas cosas, después de la lectura del artículo escrito por el señor Keller. Hablo en estos términos porque tengo al señor Burdovsky por hombre de nobles sentimientos, y, por consiguiente, el príncipe puede ahora, con más conocimiento de causa, ofrecerle su amistad y el socorro de que hablaba hace un instante.

—¡Calla, Gabriel Ardalionovitch! —exclamó el príncipe visiblemente asustado.

Pero ya era tarde.

—¡Ya he dicho y vuelvo a repetirlo que no quiero ese dinero! —vociferó Burdovsky, irritado—. ¡No lo tomaré! ¡Déjenme ir!

Y se dirigió apresuradamente hacia la escalinata; pero el sobrino de Lebedeff le alcanzó y asiendo por un brazo le dijo unas palabras al oído.

Burdovsky volvió con brusquedad sobre sus pasos y sacando de su bolsillo un gran sobre sin cerrar, lo arrojó sobre una mesita que había al lado del príncipe.

—¡Ahí tiene su dinero!... ¡Usted se ha atrevido!...

—Son los doscientos cincuenta rublos que tuvo el atrevimiento de enviarme como limosna por intermedio de Tchubaroff —explicó Doktorenko.

—En el artículo sólo se habla de cincuenta! —exclamó Kolja.

—¡Perdón! —dijo el príncipe acercándose a Burdovsky—; he cometido grandes injusticias con usted, pero no fué mi intención enviarle este dinero como una limosna, ¡se lo juré! Soy muy culpable... he acumulado ofensa sobre ofensa... He dicho que había deshonrado a su madre, pero no es verdad, puesto que usted la ama...; ella misma lo confiesa... Yo no sabía... Gabriel Ardalionovitch no me lo había contado aún todo... perdonéme. Me he atrevido a ofrecerle diez mil rublos con la mayor torpeza del mundo... ¡nuestras que ahora no hay medio de arreglarlo, porque usted me desprecia!...

—¡Esto es un manicomio! —exclamó Isabel Prokofievna.

—¡Un manicomio suelto! —añadió con dureza Aglae.

Aquellas exclamaciones se perdieron en el murmullo general levantado por las últimas palabras del príncipe; todo el mundo hablaba en voz alta, algunos reían, otros discutían acaloradamente.

Iván Fedorovitch estaba fuera de sí por la indignación, y con aire de dignidad ofendida, esperaba a su esposa al pie de la escalinata. El sobrino de Lebedeff tonó nuevamente la palabra.

—En verdad, príncipe, fuerza es hacerle justicia —dijo—; ¡sabe usted sacar partido de su... ineficiencia; llámelo así, para emplear una palabra corés. Se ha conducido con tan poco habilidad para ofrecer su amistad y su dinero, que no hay medio posible de que los acepte un hombre que en algo se aprecie. Eso es demasiada ingenuidad... o demasiada malicia; usted sabe mejor que nadie lo que es.

—Perdonen ustedes, señores —interrumpió Gania, que entretanto había examinado el contenido del sobre—; aquí sólo hay cien rublos y no doscientos cincuenta. Hago esta observación, príncipe, para evitar ulterioridades.

—¡No importa, Gania, no importa! —dijo Muchichin, invitándole a callar.

—¡Sí, sí, importa! —replicó vivamente el sobrino de Lebedeff—. Su no importa, príncipe, es muy ultrajante para nosotros. Pero sepa usted que de nada tenemos que avergonzarnos, nada tenemos que ocultar. Es cierto, ahí faltan ciento cincuenta rublos, ¿pero no es lo mismo?

—No, no es lo mismo —observó Gania, sorprendido de aquella original manera de rendir cuentas.

—¡No me interrumpa! —exclamó impetuosamente el sobrino de Lebedeff—. No somos tan tontos como usted se figura, señor abogado; es verdad que faltan ciento cincuenta rublos; pero lo importante es el principio, la intención; la falta de ciento cincuenta rublos es sólo un detalle. El hecho capital es que Burdovsky no acepta esa limosna, ¡Atreza, que se la tira a la cara. Desde este punto de vista, lo mismo dan que doscientos cincuenta. Usted acaba de oír que ha rechazado los diez mil rublos con que usted quería indemnizarlo; entonces, ¿cómo le va a robar esos cinco cincuenta? El dinero que falta ahí ha sido entregado a Tchubaroff para indemnizarle de los gastos que lleva hechos hasta la fecha. Ríase cuanto quiera de nuestra torpeza, de nuestra completa ignorancia en esta clase de asuntos, a pesar de que no ha dejado ya nada por ridiculizar, pero no se permita sospechar de nuestra honestidad.

—¡Si sigo aquí me volveré loco! —dijo Isabel Prokofievna—. Así que hay que acabar con este bochornoso espectáculo.

Presa de tremenda excitación, irguió el cuerpo, echó atrás la cabeza, y con los ojos llameantes y llenos de amenazas pasó su mirada fiera por todos los circunstantes.

Su cólera, largo rato contenida, sentía la necesidad de desahogarse sobre alguno. Los que conocían la vehemencia de su carácter presintieron una escena borrascosa.

—¡Déjeme, Iván Fedorovitch —exclamó la generala rechazando a su marido—. ¿Por qué me ofrece ahora su brazo? ¿No va a salir a arreglarlo cuando era necesario, no permitiéndome ver ni oír las estúpidas escenas que aquí se han desarrollado? ¿No estaba usted obligado, como padre y como marido, a sacarme de aquí, aunque fuera de una orca, si en mi ineptitud me negaba a obedecerle? ¡Debería por lo menos haber pensado en sus hijas! Pero ahora no lo necesitamos para nada; sabremos ir a casa sin usted. ¡Ni en un año olvidaré la vergüenza que he pasado esta noche! Esperen, quiero agradecer al príncipe la agradable velada que nos ha hecho pasar... Adiós, príncipe, y muchas gracias por el placer que nos has proporcionado, permitándonos oír hablar a esos jóvenes... ¿Qué vergüenza!... ¡Es una indignidad, un escándalo, lo que ha ocurrido aquí!... ¿De manera, querido, que tu majadería llega hasta perdiles perdón a estos desaharrados?... ¡Y tú, majadero, de qué te ríes? —prosiguió, encarándose con el sobrino de Lebedeff—. “Nosotros rehusamos los diez mil rublos; nosotros no suplicamos”; ¡Como si no supieran estos vivos que mañana ese idiota irá a su casa para ofrecerles de nuevo su amistad y su dinero! ¿Verdad que irá? ¡Contesta!... ¡Irás, sí o no?...

—¡Sí, iré! —respondió el príncipe con sonriente humilidad.

—No podía ser de otra manera!

—Vámonos, Isabel Prokofievna; es ya muy tarde; nos llevaremos al príncipe con nosotros —dijo sonriendo y con la voz más melosa posible el príncipe Tchek.

Las señoritas manteníanse aparte, casi espantadas; el general Epantchine estaba aterrado Lebedeff no cabía en sí de gozo.

—La confusión y el escándalo, señora, se encuentran en todas partes —observó Doktorenko, que estaba algo turbado.

—Pero no como estos que nos acabas de proporcionar, *baruchka!* —replicó con una especie de rabia histérica Isabel Prokofievna—. ¿Me de-

Jarín acabar?—añadido con vehemencia, rechazando a los que la rodeaban con ánimo de hacella callar.—A lo dudoso, se aproxima el fin del mundo. ¡Esto es espantoso! ¡Jamás había yo oído cosa semejante! Y sin embargo, ese imbécil irá todavía a pedirle perdón, ¿pero existe en el mundo mucha gente como ésta? ¿De qué se ríen? ¿De que me haya rebajado a hablar con ustedes? ¡Sí, es verdad, he caído en la abyección, pero ya no hay remedio! ¿De quién te ríes tú, asqueroso?

Esta pregunta iba dirigida a Hipólito.

—Apenas si puede respirar y pervierte a los demás. Tú eres el que lo echado a perder a este pobre muchacho—prosiguió, señalando de nuevo a Kolia, que estaba a su lado—; tú, que prefieres el ateísmo, cuando todavía estás en edad de que te den unos azotes y te manden a la cama sin comer... ¿De manera, León Nikolievitch, que irás mañana a casa de esa gente?—preguntó por segunda vez al príncipe, con voz jadeante.

—Sí.

—Pues bien, después de eso, hazte de cuenta que no nos hemos conocido—replicó furioso, e hizo ademán de retirarse; pero en seguida se volvió, exclamando al tiempo que señalaba a Hipólito:—¿No te da reparo ir a visitar a estos ateos? ¿Por qué no miras con ese aire despectivo?—rugió, indignada, precipitándose sobre Hipólito, a quien iba dirigida la anterior pregunta, y cuya permanente sonrisa la tenía fuera de sí.

—¿Isabel Prokofievna! ¡Isabel Prokofievna!—gritaron de todas partes.

—¡Mamá, eso es una vergüenza!—exclamó Aglae.

—Pierda usted cuidado, Aglae Ivanovna—respondió tranquilamente el joven—. Su madre sabe muy bien que no se debe castigar a un moribundo... Descaría explicar el motivo de mi ira...

Permítame, pues, que lo...
—¿Está moribundo en charla hasta por los cielos!—exclamó Isabel Prokofievna, que, saltando el brazo de Hipólito, yuf con horror que éste retrahía de sus labios el pañuelo manchado de sangre.—¿Por qué hablas?—agregó, abandonando su agresividad.—Deberías ir a acostarte.

—Es lo que pienso hacer apenas esté de regreso en mi casa—anunció Hipólito con voz ronca.—Moriré dentro de dos o tres días, lo sé... me lo ha dicho el propio Bokrine, mi médico, la semana pasada... He aquí pues, qué si me lo permitiera, desearía decir cuatro palabras de despedida...

—¿Pero estás loco! ¡Déjate ahora de hablar y piensa sólo en curarte!—exclamó la generala, asustada, y añadió:—¡Vete a acostar!

—Cuando me acuete será para no levantarme más—repuso, sonriendo, Hipólito;—ayer quise meterme en cama para no abandonarla hasta mi muerte, pero como las piernas me sostenían aún, me he concedido una prórroga de dos días... con objeto de venir aquí con ellos... Ahora, sólo estoy muy cansado.

—¿Sientate, pues! ¿por qué estás en pie?

E Isabel Prokofievna aprestóse a armar una silla al enfermo.

—Muchas gracias, señores; siéntense usted también frente a mí y hablemos... Es absolutamente necesario que hablemos, Isabel Prokofievna... tengo mucho interés—prosiguió Hipólito con dulzura—si me lo permitieran, pediría al príncipe una taza de té... No puedo más... ¿Sabe usted lo que debería hacerse, Isabel Prokofievna? Tengo entendido que se pensaba usted llevarse a su casa al príncipe... para tener allí el té; pues bien, quédese aquí, pasaremos juntos la velada y el príncipe nos ofrecerá el té... Perdóneme mi atrevimiento... pero usted es buena, y yo no le llevaré a mal... El príncipe también es bueno... aquí todos son buenos... ¿Tiene gracia esto!...

Muichkine se puso en seguida en movimiento; Liebfeld abandonó su lugar precipitadamente, seguido de Víctor.

—Tienes razón—repuso la generala de un modo

decisivo.—Has excitado mi compasión... Príncipe, no te crees que tome el té en tu casa; sin embargo, me quedo y acepto... en la inteligencia de que no daré satisfacciones a nadie ni pediré que me disculpen. ¡Han oído? ¡Absolutamente a nadie! No obstante, si te he ofendido, príncipe, perdóname, si quieres.

El príncipe rogó a los asistentes que se quedaran para tomar el té, excusándose por no haber hecho antes esa invitación.

Todos aceptaron. Únicamente Aglae permanecía con el rostro sombrío, silenciosa y preocupada, y habíase alejado de la tertulia formada en torno de su madre.

El príncipe no se olvidó de invitar a Burdovsky y a sus amigos; esta invitación los dejó bastante desconcertados, pero, no obstante, rehusaron el convite y fueron a sentarse lejos de los reunidos, murmurando entre dientes que esperarían a que se fuera Hipólito para acompañarle.

A los pocos momentos sirvieron el té.

Dieron las once de la noche.

Después de haber humedecido sus labios en la taza que le presentó Viera Liebfeld, Hipólito la dejó sobre la mesita y pasó la mirada en su derredor. Parecía colihuido, desconcertado.

Pero de pronto, atraído por la fiebre y la excitación que lo dominaba, comenzó a hablar incoherentemente y sin lástima. Tan pronto eligió al príncipe como la atacaba acerbamente. Por último, descargó su desasosiego e inquietud contra la generala y sus hijas, lo que dio lugar a que la reunión se levantara y abandonase la casa.

Hipólito, atacado por un fuerte acceso de tos, fué sacado a la terraza y llevado en brazos por sus amigos hasta su vieja vivienda del edificio Mayer.

El príncipe, después que se fueron todos, quedó sumido en una profunda tristeza, venido por la fiebre que lo devoraba.

XXV

Dos días tardó en apaciguarse la cólera de los Epantchine.

Aunque el príncipe, según su costumbre, reprochábase muchas cosas y esperaba un castigo ejemplar por parte de Isabel Prokofievna, por la escena que se le había hecho sufrir, era sinceramente que ésta no le guardaría rencor, y que si con alguien estaba enojada, sería consigo misma. Por lo tanto, experimentó vivísima pesar cuando observó que le ponían mala cara.

Otras circunstancias contribuían a dejarlo perplejo.

Una de ellas, sobre todo, fué adquiriendo poco a poco una importancia enorme a los ojos del príncipe, el cual, desde hacía algún tiempo, observaba con temor que existían en él dos tendencias opuestas y avasalladoras: una enfanzada extraordinaria, por una parte, y, por otra, una haza y profunda confusión.

Al día siguiente de la fatal velada, el príncipe tuvo la satisfacción de recibir la visita del príncipe Clitch y de Adelaida, quienes, aprovechando aquella hermosa mañana, habían salido a dar un paseo y no quisieron perder la ocasión, ya que estaban cerca, de "enterarse del estado de su salud".

El príncipe Clitch se mostró cortés y amable como de costumbre, entabló conversación sobre hechos de bastante tiempo atrás, recordó las circunstancias de su primer encuentro con Muichkine, y y no hizo la menor alusión a lo ocurrido la noche anterior.

Adelaida, por su parte, confesó sonriendo que había ido a escondidas, sin explicar la razón de esto; pero su propio silencio daba a entender a las claras que su familia, y especialmente su madre, no se hallaban en la mejor disposición respecto al príncipe León Nikolievitch.

En el curso de la conversación, ninguno de los dos prometidos mencionó al general Epantchine, ni a su esposa, ni a Alejandra, ni a Aglae.

Al despedirse de Muichkine para reanudar su paseo, no le invitaron a acompañarles ni le preguntaron cuándo iría a visitarles.

A propósito de esto, la joven fué bastante explícita, sirviéndose, como pretexto, de una acuarela que había terminado.

—¿Cómo podría yo hacer para que usted la viera?—preguntó.—¡Ah! Es verdad, se la puedo mandar por Kolia, si es que viene hoy a visitarnos, o bien se la traeré yo misma mañana cuando salga a dar mi acostumbrado paseo infantil con el príncipe Clitch.

Por último, cuando ya estaba a punto de retirarse, el prometido de Adelaida exclamó, como si de súbito se hubiera acordado de algo que se había olvidado:

—¡Ah! ¡Sabe usted, mi querido príncipe, quién habló anoche desde su carruaje con Eugenio Pavlovitch?

—Me lo figuro: Anastasia Filipovna—contestó Muichkine.

—En efecto. Parece que he hablado de ciertos pagarrós que dice están firmados por Pavlovitch a favor de Rogojine. Es indudable que esa mujer ha querido perjudicar a Eugenio Pavlovitch atribuyéndole, en presencia de determinadas personas, actos nada honrosos para él.

El príncipe León Nikolievitch no se inmuto; sin embargo, continuó murmurando fijamente a su interlocutor como pidiéndole una explicación de sus palabras. Pero Clitch guardó silencio.

—¿Usted, usted suppone que lo de las letras ha sido un pretexto para...?

—¿Juzgo que usted por sí mismo—interrumpió Clitch.—¿Qué puede tener de común Eugenio Pavlovitch con ella...? y mucho menos aun con Rogojine? Eugenio es inmensamente rico, y tiene, además, en perspectiva, la herencia de su tío, que dicen no es pequeña. Anastasia Filipovna ha tratado sencillamente...

El prometido de Adelaida se interrumpió de pronto; evidentemente, le repugnaba hacer comentarios de Anastasia Filipovna en presencia de Muichkine.

De todos modos, es indudable que ella le conoce—dijo éste tras un corto silencio.

—Han podido encontrarse en tiempos antiguos, pues nadie ignora que Eugenio ha sido algo mujeriego. Pero si es que se reconocen, es conocimiento debe remontarse a dos o tres años atrás, en la época en que era visita de Tolzky; pero ni entonces ni ahora la índole de sus relaciones ha podido ser tal que autorizase esa familiaridad. Sabe usted perfectamente que ella no se encuentra aquí, que había desaparecido, y muchos son los que ignoran su regreso. Sólo hace un día que yo sé su equipaje...

—Un equipaje espléndido—dijo Adelaida.

—Sí, demasiado espléndido—confirmó Clitch. Los dos prometidos se despidieron, al fin, del príncipe Muichkine en los términos más afectuosos, casi fraternales.

Nuestro héroe quedó sumido en la más honda preocupación.

Cierto es que desde mucho tiempo antes el príncipe albigaba vagas sospechas; pero hasta aquel momento no pudo darse exacta cuenta del fundamento de sus temores.

El príncipe Clitch venía a confirmar aquellas sospechas; evidentemente, se equivocaba respecto a la interpretación del hecho, pero andaba muy cerca de la verdad adivinando una intriga.

Había, empero, un extremo que no dejaba lugar a dudas, se había dirigido a él para adquirir informes y esto constituía una prueba palpable de que le suponían mezclado en aquello.

Además, si tanta importancia daban a semejante hecho, era evidente que Anastasia Filipovna perseguía algún fin que los otros temían. ¿Pero qué fin podía ser éste?

Tal pregunta espantaba al príncipe.

—¿Cómo haría para contenerla?—se decía—¡Ah, cuando se propone llevar a cabo algún plan, nada ni nadie puede hacerla desistir!

Esto lo sabía el príncipe por experiencia. «¿La local! ¿La local!»

La llegada de Vicia Lebedeff le distrajo un tanto de sus sombríos pensamientos.

Vicia, que, como de costumbre, llevaba en brazos a la pequeña Lubotchka, le habló alegremente de diversas cosas. Luego llegó su hermana menor y, por último, el hijo de Lebedeff, que hacía los estudios de segunda enseñanza.

Vicia hizo saber al príncipe que, desde la noche anterior, Keller había estado en su casa y que no le llevaba consigo a su hijo, pues había encontrado magnífica acogida y un excelente compañero en el general Ivoguine.

Cada día que pasaba, el príncipe tomábale más cariño a los hijos de Lebedeff.

Kolia no se dejó ver en todo el día: había ido a San Petersburgo muy de mañana.

El príncipe esperaba con febril impaciencia a Gania, el cual había prometido ir a visitarlo al día siguiente. Llegó, por fin, a eso de las siete de la tarde, después de la comida.

Bastó una mirada al príncipe para no abrigar la menor duda de que su amigo estaba perfectamente enterado de todos los pormenores del asunto. ¿Cómo no había de estarlo contando con tan excelentes fuentes de información en su hermana y Putitzne?

Las relaciones, empero, de aquellos hombres, eran muy originales; no era la primera prueba de confianza que Muichkine daba a Gania encargándole del asunto de Burdovsky; pero sobre ciertos puntos no hablaban jamás, como si hubiese entre ellos un ríscito acordado. A veces pareciale al príncipe que Gabriel Ardalionovitch desahaba una franca cordialidad en sus relaciones. En aquel momento, por ejemplo, creyó el joven que la hora de romper el hielo había llegado.

Gania tenía prisa; su hermana le esperaba en las habitaciones de Lebedeff para ultimar un asunto urgente.

Durante los veinte minutos que los jóvenes permanecieron juntos, el príncipe estuvo pensativo y algo distraído. En vista de esto, Gania resolvió guardar la misma reserva. Mientras duró su visita, habló mucho, siempre alegremente, con ligereza y con gracia, pero sin tocar el punto principal.

Entre las diversas noticias que dió a Muichkine dijo que Anastasia sólo hacía cuatro días que se encontraba en Pavlovsky y que había atraído sobre sí la atención general; que se hospedaba con Daria Alexievna, en una pobre casita de la calle de los Marineros, lo que no le impedía lucir los mejores vestidos de Pavlovsky. En torno de ella habíase formado un verdadero ejército de admiradores, jóvenes viejos, y a veces escoblaban su entrada varios jinetes. Conviniera siendo muy delicada en la elección de sus relaciones y, por consiguiente, sólo recibía contadas y escogidas visitas. Esto no era óbice para que contase con un numeroso séquito, del que podía disponer en todo momento.

Por lo demás, Anastasia conducíase muy discretamente; las señoras de la localidad envidiaban su exquisita elegancia en el vestir y estaban celosas de su radiante hermosura.

Para encontrar algo que decir contra la conducta de Anastasia Filipovna era preciso vigilarla muy estrechamente, o callararla, lo que sin duda no tardaría en hacerse, acabó diciendo Gabriel Ardalionovitch, espantado en su interlocutor le preguntara algo.

Pero se engañó: el príncipe no le dirigió ninguna pregunta sobre el particular.

Espontáneamente también, sin esperar a ser interrogado, se extendió Gania sobre el caso de Eugenio Pavlovitch. A su juicio, éste sólo conocía a Anastasia Filipovna por haber sido presentado a ella, cuatro días antes, en uno de los cotidianos pascos de la joven; a lo más, había ido a su casa una sola vez, junto con otros visitantes. En cuanto a las letras de cambio, era posible que existiesen, pues aunque Eugenio poseía una fortuna considerable, era algo des-

ordenado en la administración de sus bienes, y no hubiera sido difícil que alguna vez, en un apuro de dinero, cayese en manos de algún usurero.

Finalmente, llegó Bárbara Ardalionovna a reunirse con su hermano y se derivó unos momentos en la habitación en que se hallaban los dos jóvenes.

Como Muichkine hubiese tratado de hacerla hablar, Vicia le dijo que Eugenio Pavlovitch pasaría en San Petersburgo todo aquel día y que quizá el día siguiente; que su marido Iván Putitzne encontrábase asimismo en la capital, probablemente por algún asunto del propio Eugenio; que Isabel Prokofievna estaba de un humor de todos los diálogos, y, por último, y esto era lo más singular, que Aglae estaba furiosa, no sólo con sus padres, sino también con sus hermanas.

Dada como al azar la última noticia, que para el príncipe era de extraordinaria importancia, Vicia se retiró, acompañada de su hermano.

Contentísimo de hallarse al fin solo, Muichkine abandonó la terraza y bajó a pasar por el jardín.

Quería reflexionar sobre un proyecto que era preciso llevar de inmediato a la práctica, porque no resistía a largas reflexiones; el príncipe había sentido un deseo vehememente de abandonar todo aquello y refugiarse en un lugar solitario y lejano; en una palabra, desaparecer sin decir adiós a nadie.

Prevía que si aplazaba su marcha, aunque sólo fuese un par de días, quedaría definitivamente envuelto en aquel mundo del que quería escapar a toda costa y no habría salvación para él. Pero bastaron diez minutos para persuadirse de que semejante fuga era imposible, pues, a menos de pasar por un vil y cobarde, tenía que hallar la solución de los muchos problemas que se le habían presentado en aquellos días. Absorto en esos pensamientos, volvió a sus habitaciones después de un par que no duró más allá de un cuarto de hora.

¿Qué desgraciado sentiese en aquel momento! Lebedeff no había regresado aún, de manera que, al caer de la tarde, Keller no tropezó con ninguna dificultad para llegar a presencia del príncipe.

Aunque el ex oficial del ejército no estaba, brijo, sentía, al parecer, necesidad de expansionarse refiriendo a alguien sus cuitas y sus alegrías.

Comenzó, por lo tanto, diciendo que desahaba contar a Muichkine su vida entera y que únicamente con este objeto habíase quedado en Pavlovsk.

No había inedio humano de librarse de él. Keller habíase propuesto hacer un extenso discurso; pero tras algunas palabras incoherentes, dichas a guisa de preámbulo, saltó a la conclusión: desde que había dejado de creer en el Altísimo, perdió toda la noción de moralidad, hasta el punto de haber robado.

«¿Puede usted imaginarse esto?—pregantó.

—Escuche, Keller—contestó el príncipe—, yo, en su lugar, no contaría estas cosas, sino en un caso de mucha necesidad; sin embargo, sospecho que se calumnia usted de propósito.

—¿Ay, querido príncipe, qué poco ha adelantado usted en Suiza respecto al conocimiento de los hombres!

—¿De veras se puede añadir algo más?—preguntó Muichkine tímidamente—. Bueno, hablémosle con franqueza: ¿qué es lo que desea usted de mí, Keller? ¿Por qué ha venido a confesarse conmigo?

—¿Qué pretendo de usted? En primer lugar, tener el inmenso placer de compartir o, mejor dicho, de hablar con un hombre tan extraordinario y virtuoso como usted. Después..., después...

—¿Pedirme dinero—dijo el príncipe terminando la frase.

Muichkine dijo esto con sencillez y de un modo que no pareciese ofensivo.

Keller se estremeció, y luego de mirar al príncipe unos instantes con aire de sorpresa, exclamó dando un puñetazo sobre la mesa:

«¿Ah, príncipe! ¿Esto es que no lo comprendo? ¿Destruyó por completo mi opinión sobre usted! Está usted dotado, Alteza, de una bondad y de una inocencia tales, que aun en la edad de oro causarían admiración; pero a la vez les estoy en las almas de los hombres como el psicólogo más perspicaz. Pero permítame, príncipe, esto requiere una explicación porque yo... porque yo no sé lo que me digo. Realmente, el motivo de mi visita era para pedirle dinero; pero usted me lo ha preguntado de un modo tan sencillo, como si se tratase de la cosa más natural del mundo...»

—Y..., es, en efecto... tratándose de usted. ¿No se le disgusta por esto, príncipe?

—¿Por qué había de disgustarme?

—Escuche, Alteza—prosiguió Keller—, estoy en esta casa desde ayer noche, y no me he marchado aún, en primer lugar, porque siento especial predilección por el arzobispo francés Bourdaloue, cuyos sermones he saboreado junto con Lebedeff, hasta las tres de la mañana, y en segundo lugar, y esto le juro por lo más sagrado para mí que le diré la pura verdad, me he quedado para hacerle mi confesión, y era y completa, para que con sus consejos pudiese yo intentar mi regeneración. Tales eran mis pensamientos después de oír al arzobispo Bourdaloue por boca de Lebedeff y me domni anegado en llanto a eso de las cuatro y, créame usted, pues le juro que le digo la verdad, en cuanto desperté, todavía con el alma llena de lágrimas y el rostro también, pues estaba sollozando, se me ocurrió una idea diabólica: «¿Y si le pudieses algún dinero después de tu confesión?», y como usted ha visto, puse en práctica mis dos ideas, la de la confesión y la de pedirle ciento cincuenta rublos. ¿No le parece a usted una buena idea?

—Su apreciación es injusta—replicó el príncipe—. Lo uno va unido a lo otro, eso es todo. Se han confundido las dos ideas, cosa que sucede con frecuencia. Lo mismo me ocurre a mí de continuo. Por lo demás, creo que eso no vale la pena, y eso es lo que yo me reprocho, Keller.

El príncipe contemplaba a Keller con extrema curiosidad. Evidentemente hacía tiempo que le preocupaba la cuestión de las ideas nuevas. En aquel momento entró Lebedeff de regreso de San Petersburgo.

Al ver un billete en manos de Keller hizo un gesto de desconfianza y arrugó el ceño; pero el pugilista, en posesión ya de la cantidad que desahaba, desapareció como por encanto.

En cuanto hubo salido, Lebedeff comenzó a decir pestes de él.

—Es usted injusto; su arrepentimiento es sincero—le dijo Muichkine.

—¿Qué se va a arrepentir el bandido ese!—replicó el curial con indignación—. Su arrepentimiento es igual al mío. ¡Palabras, y nada más que palabras!

—¿Así que para usted, el arrepentimiento de Keller y el suyo propio, no son más que palabras?

—Escuche; sólo a usted, príncipe, diré la verdad, porque sabe leer en el corazón humano: las palabras y la realidad, la mentira y la verdad se confunden en mí, y soy sincero siempre. Lo verdadero, lo efectivo, es que me arrepiento sinceramente, créalo o no Su Alteza; pero las palabras y las mentiras me las dicta un pensamiento infernal, siempre presente; es una idea fija que no soy dueño de dominar; siento impulso a engañar a la gente de explorar mis lágrimas de arrepentimiento. Juro que digo la verdad; a cualquier otro se lo ocultaría, pues, seguramente, o se reíría de mí, o me escupiría en la cara; pero usted, príncipe, juzga a los hombres humanamente.

—Buena, dejemos eso ahora, Lebedeff. Lo he esperado durante todo el día para hacerle una

pregunta; diga la verdad, a lo menos una vez en su vida, y concédeme en seguida. ¿Tuviste alguna intervención en la escena que ocurrió anoche entre la mujer del carruaje y Eugenio Pavlovitch?

—Sí, pero de un modo muy indirecto, muy indirecto —respondió Lbedeff haciendo muecas.— ¡Pero de qué se trata, entonces! ¡Explíquese, por el amor de Dios!

—Más de una vez he querido decir la verdad, toda la verdad, pero en cuanto empezaba a hablar, su Alteza no me permitía seguir adelante... —Bueno, ahora le permito que hable —repuso el príncipe, apenado.

—Agrade Ivynovia... —comenzó diciendo Lbedeff.

—¡Calle! ¡Calle, no prosiga! —exclamó Muichkine, rojo de indignación y tal vez de vergüenza.— ¡Esto es imposible! Todo son invenciones suyas o de otros locos como usted. ¿Que no vuelva a pronunciar sus labios ese nombre en mi presencia!

—Eran más de las diez de la noche cuando llegó Kolia con un arsenal de noticias, de San Petersburgo unas, y otras de Pavlovsk.

De las primeras, que se referían especialmente a Hippólito y a los sucesos de la noche anterior, hizo un ligero resumen, a reserva de ampliarlas más tarde, y pasó a contar las que llevaba de Pavlovsk.

Tres horas hacía que Kolia había regresado de San Petersburgo, pero antes de ir a casa del príncipe había visitado a los Epantchine.

—¡Aquello es un infierno! —exclamó. Desde luego, que la aventura del carruaje ocupaba el primer lugar en el mal humor general de aquella familia.

No la había querido explicar ni preguntar a nadie —continuó el muchacho—; me recibieron afablemente, a pesar de lo cargada que estaba la atmósfera; de usted y de lo ocurrido anoche no me dijeron ni una palabra. Lo único interesante que pude averiguar es que Aglae habíase disgustado con su familia.

Kolia ignoraba los pormenores, pero sabía con certeza que el objeto de la rencilla había sido Gania y juzgaba curdamente que el motivo debía ser grave, en atención a lo violento que se desarrolló la escena.

El general llegó tarde y, al parecer, de muy mal humor. Eugenio Pavlovitch, que le acompañaba, fue también acogido con la mayor amabilidad, y por su parte se mostró alegre y decididamente siempre.

Pero la noticia más importante era que, sin ruido ni escándalo, Isabel Prokofievna había llamado a Bárbara Ardalionovna, que se hallaba con las señoritas Epantchine, prohibiéndole terminantemente que volviese a poner los pies en la casa.

—Sin embargo, esta prohibición le ha sido impuesta con la mayor cortesía, al decir de mi hermana, como usted Kolia—. Cuando, al abandonar la casa, Varia se despidió de las señoritas, éstas ignoraban que les decía adiós por última vez, pues no habían de volver a recibir su visita.

—¡Pero si Varia estaba aquí a las siete! —exclamó el príncipe, sorprendido.

—Lo que le cuento ocurrió alrededor de las ocho —repuso Kolia—. Compadézcase a Varia y a Gania... Se pasan la vida en enredos e intrigas, pues sin eso no podrían vivir... No he podido averiguar lo que traían, pero me tiene sin cuidado. Mas, yo le aseguro, mi bueno y querido príncipe, que Gania tiene un excelente corazón. Hasta cierto punto es un hombre corrompido, pero basta buscar en él buenas cualidades para encontrarlas en seguida. ¿Cómo siento no haberlo advertido antes!

—Hácese mal en compadecer a tu hermano —replicó el príncipe—. Si las cosas han llegado a ese extremo, es señal de que Gabriel Ardalionovich es peligroso, a juicio de Isabel Prokofievna, y de que, por lo tanto, sus esperanzas están próximas a realizarse.

—¡Cómo! ¿Qué esperanzas? —preguntó Ko-

lia, intrigado—. ¿Cree usted, acaso, que Aglae...? ¡Vamos, eso es imposible!

El príncipe guardó silencio.

—¡Es usted terriblemente escéptico, mi querido Muichkine! —prosiguió Kolia, tras una breve pausa—. Observo que desde un tiempo a esta parte, se va usted convirtiendo en un escéptico amigable... Empieza a no creer en nada, hacer conjeturas de cualquier cosa... ¿Por qué estará bien empleada la palabra escéptico?

—Cree que sí, pero no estoy muy seguro de ello —repuso Muichkine.

—¡No, no! —exclamó de pronto Kolia—, retírelo la palabra escéptico; he encontrado otra más adecuada: usted está terriblemente celoso. Los sentimientos de Gania por una preciosa señorita despiertan en su corazón unos celos infernales.

Al decir esto, Kolia se levantó riendo como jamás se había reído.

El rubor que cubría las mejillas del príncipe, acrecentaba la hilaridad del muchacho.

Calólese pronto, empero, al ver la angustia retratada en el rostro de su amigo, y cambiaron luego una conversación formal que se prolongó cerca de hora y media.

A la mañana siguiente, un asunto importante llamó al príncipe a San Petersburgo, donde pasó la mayor parte del día.

Hacia las cinco de la tarde, en el momento en que se disponía a tomar el tren para Pavlovsk, se encontró en la estación con el general Epantchine quien le obligó a subir con él en un departamento de primera clase, pues deseaba hablarle de asuntos importantes.

—Ante todo, querido príncipe —comenzó diciendo en cuanto se hubieron sentado—, no me guardes rencor; y si tienes algún reproche que hacerme olvidalo. No me faltaron ganas de ir a visitarte ayer, pero no me atreví, pues no sé cómo lo hubiera tomado Isabel Prokofievna... Mi casa es un infierno; no hay duda de que algún espíritu diabólico ha sentado allí sus reales, por mi parte, yo comprendo lo que pasa, si quiero comprenderlo.

El general había aún durante largo rato de asuntos sin importancia, intercalando en su conversación palabras incoherentes; veíase que estaba muy turbado y que era otro el objeto de que quería hablar al príncipe, pero le contenía un vago temor.

Por último, habló con claridad, sobreponiéndose a sus vacilaciones.

—Estoy más que seguro —dijo— de que tú no tienes la menor culpa en lo ocurrido anoche, sin embargo, te pido como amigo que por ahora no te presentes en mi casa; espera que pase la tormenta y soplen vientos de paz. Por lo que a Eugenio Pavlovitch se refiere —prosiguió, presa de una animación extraordinaria— es evidente que se trata de una absurda calumnia, de la calumnia de las calumnias, de una impostura infame, de una intriga maldita que tiende a sembrar la discordia entre nosotros. Escucha, príncipe, te lo digo con la mayor reserva: entre Eugenio Pavlovitch y nosotros no se ha dicho aún una sola palabra y, por lo tanto, no existe compromiso alguno, ¿entendese? Pero esa palabra puede pronunciarse de un momento a otro, y... eso, precisamente, es lo que he querido impedir. ¿Pero con qué objeto? Confieso que infinitamente me devano los sesos para descubrir el juego. ¿Qué mujer singular! La tengo hasta el punto de que me quita el sueño. Sus trajes, esos caballos blancos, son verdaderamente *chic*. ¿Quién pagará todo eso? A la verdad, había llegado a hacer un juicio temerario: supuse que sería Eugenio la víctima de esa ostentación. Pero he visto que eso no era posible. Ahora bien; siendo esto cierto, ¿por qué quiere ella provocar un rompimiento entre nosotros? ¿He aquí el problema! ¿Con objeto de retenerse para sí a Eugenio Pavlovitch? ¿Cómo es posible, si yo tengo la plena seguridad de que no se conocen y lo de las letras de cambio es pura invención? Aquí hay algo raro, se-

guramente. Claro está que nosotros debíamos despreciar esos trajes y mostrarnos aún más afectuosos con Radomsky, y en ese sentido he hablado a mi esposa. Ahora, en confianza, te digo que estoy persuadido de que esa mujer obra impulsada por deseos de venganza contra mí, aunque, a decir verdad, nunca hice nada para malquistarme con ella... ¡Oh, no puedo recordar sin sonrojarme la velada de su cumpleaños!

Kón Fedorovitch estaba completamente desorientado.

En la larga hora que duró el viaje habló incesantemente solo, haciendo preguntas que él mismo se contestaba, y estrechando a cada momento la mano del príncipe.

XXVI

Eran las siete de la tarde.

El príncipe disponíase a bajar al jardín, cuando de pronto vino aparecer en la terraza a Isabel Prokofievna.

—En primer lugar —dijo la generala, que iba sola—, no permito que se me ponga que he venido para pedirte perdón. ¡Eso no lo haré jamás, porque toda la culpa es tuya!

El príncipe guardó silencio.

—¿Confías o no que eres culpable?

—¡Tanto como usted. Por lo demás, si usted ni yo tenemos que reprocharnos ninguna mala acción. Anteayer me creía culpable, pero ahora veo que me he equivocado.

—¡Así eres tú, hijo mío! Escúchame y sientate, pues no tengo la intención de quedarme en pie.

Ambos tomaron asiento.

—En segundo lugar, no quiero oírte ni una palabra sobre los tipos que anoche nos estropearon la velada; sólo dispongo de diez minutos para estar contigo, y quiero aprovecharlos para hacerte algunas preguntas... ¡Si imaginas lo que quiero preguntarte! Te repito que, si me nombras a aquellos mocosos, me marché y entonces sí que se acabó todo entre nosotros.

—Comprendido —respondió el príncipe. —Dime; ¿hace dos o tres meses, por la Pascua, escribiste una carta a Aglae?

—Sí.

—¿Con qué objeto? ¿Qué le decías en aquella carta? ¿Enseñanla!

Los ojos de la generala despedían llamas; la impaciencia la devoraba.

—Yo no la tengo —respondió el príncipe con timidez—; si no la ha destruido, es su hija quien la tiene.

—Déjate de argucias y dime qué le decías.

—No puedo argucias de ninguna clase y no veo el motivo por el cual me estuviera vedado escribirle a Aglae...

—¡Silencio! Ya hablarás luego; ahora dime qué le decías en la carta. ¿Por qué te ruborizas? El príncipe reflexionó un momento.

—No puedo adivinar sus pensamientos, Isabel Prokofievna —dijo luego—, pero veo claramente que esa carta le ha causado muy disgusto. Conventárate conmigo en que podría negarme a contestar semejante pregunta; sin embargo, para demostrarle que en aquella carta no había nada que fuese confesable, que no me arrepiento de haberla escrito, y que no tengo por qué sonrojarme (y al decir esto el príncipe se puso como la grana), la repetiré palabra por palabra, pues creo que me la sé de memoria.

Así lo hizo, sin olvidarse ni una sílaba.

—¡Qué galimatías! ¿Y qué pretendías darle a entender con esa sarta de tonterías? —preguntó con severidad la generala.

—Yo mismo no podría decirlo. Lo único que sé es que entonces estaba yo bajo la influencia de un sentimiento sincero. ¡Allá lejos, he tenido momentos de verdadera vida y de ardientes esperanzas!

—¿Qué esperanzas eran esas?

—Difícilmente podría explicarlas; pero desde luego le aseguro que no eran las que usted sa-

pone en este momento... Yo esperaba... En una palabra, soñaba con el porvenir, sentíame invadido de dulce alegría y pensaba que había un lugar donde no me habían olvidado por completo, y una gran alegría de hallarme en mi patria invadida mi alma. Una mañana espléndida de sol, tomo la pluma y escribí una carta. ¿Por qué a Aglae? No lo sé. Hay momentos en que se siente la necesidad de un ser amado...

—¿Tú estás enamorado de Aglae, ¿no es cierto?

—No; le escribiré como se puede escribir a una hermana, y la antefirma de aquella carta decía: "Su hermano".

—¡Ah, eso lo hiciste para despistar; pero a mí no me engañas tú!

—Me sería muy penoso tener que contestar a esa suposición, Isabel Prokofievna.

—Me doy cuenta de ello; pero todo eso me tiene sin cuidado. Escucha y dime la verdad, como si te encontraras en presencia de Dios: ¿nientes o es verdad lo que dices?

—No niento.

—¿No estás enamorado de ella?

—Así lo creo.

—¿Así lo crees... —repitió la generala subrayando la frase—. ¿Ves la enviste por conducto de un chiquillo?

—¿Qué a Nicolás Ardalionovitch que...

—Un chiquillo, un chiquillo! —interrumpió encolerizada la generala.

El príncipe repuso con firmeza, pero sin levantar la voz:

—No fué un chiquillo, sino Nicolás Ardalionovitch.

—Bien, bien, querido mío, te lo cargaré en cuenta.

Isabel Prokofievna guardó silencio un momento para castigar su gratitud y tomar aliento.

—¿Sería posible que sintiese alguna inclinación por tí; ella que te trataba de *aliado* y de *ídolo*?

—Podía usted haberse abstenido de decirme eso —repuso el príncipe en tono de reproche, pero a media voz.

—Vamos, no te enojés. Es una muchacha caprichosa, una locuela, una hija de una mala madre. Si se le mete entre ceja y ceja alguna cosa, no hay poder humano que la haga desistir de su capricho; insólita y se burla de quien le parece y no da sin disimulos; lo mismo era yo a su edad. Bueno, escucha bien lo que voy a decirte y no lo olvides jamás: Aglae no es tuya ni lo será nunca; te lo digo rotundamente, para que no te forjes ninguna ilusión al respecto. Ahora, júrame que no te has casado con *aquella* mujer.

—¿Qué está usted diciendo, Isabel Prokofievna? —exclamó el príncipe.

—Pero has estado a punto de casarte con ella, ¿no es cierto?

—En efecto —contestó Muichkine bajando los ojos.

—Eso quiere decir que estás enamorado de ella y que tal vez viniste con el objeto de hacerla tu esposa.

—No vine por eso.

—¿Hay algo para ti sagrado en el mundo?

—Sí.

—Pues júrame por ese algo que no viniste a casarte con ella.

—Lo juro por todo lo que usted quiera.

—Te creo; abrázame; ¡al fin respiro libremente! Pero no olvides que Aglae no te ama y que no se casará contigo mientras yo viva. ¿Has entendido?

—Sí.

Era tal la confusión del príncipe, que no se atrevía a levantar los ojos para mirar a Isabel Prokofievna.

—Dime ahora: ¿por qué esa mujer dió semejante escándalo desde su coche?

—Le doy mi palabra de honor de que yo ignoro en absoluto de qué se trata.

—Basta, te creo; he cambiado de parecer al respecto; pero ayer no había quien me quitase

de la cabeza que Eugenio Pavlovitch no era tan inocente como parecía. No hay duda de que se ha tramado una conjura en contra suya; pero lo que no acierto a comprender es el fin que con la misma se persigue. Aquí hay un misterio que me hace sospechoso a Eugenio Pavlovitch, y sin dejar de reconocer que es una excelente persona, he tomado mi resolución: "Puedes ir, encargándome el título, y regresar adentro; únicamente así permitiré que mi hija se case con ese hombre". Esto es lo que le he dicho a Iván Felovitch. Tú eres el único que lo sabe; ya ves si me mereces confianza.

—Sí, ya lo veo y lo agradezco.

Isabel Prokofievna fijó una mirada escrutadora en el príncipe, tratando, sin duda, de comprender la impresión que le causara lo que acababa de decirle respecto a Eugenio Pavlovitch.

—No sabes nada de Gabriel Ardalionovitch?

—Preguntó luego.

—Según a lo que usted se refiera...; sé muchas cosas de él.

—Pero no sabes qué está en relaciones con Aglae.

Esta noticia causó en Muichkine una profunda emoción y un violento estremecimiento recorrió su cuerpo.

—Lo ignoraba —respondió—. ¿Que Gabriel Ardalionovitch está en relaciones con Aglae Ivanovna!... ¿Eso es imposible!

—Pues es verdad. Hace, sí, muy poco tiempo, porque su hermana Varía necesitó todo el invierno para abrirle camino con sus trabajos de zapo.

—No puedo creerlo —insistió el príncipe, con desaliento, después de haber estado unos segundos pensativo; si eso fuera cierto, lo sabría yo, seguramente.

—¿Esperabas que él mismo viniera a decirte llorando, y arrojándose en sus brazos? ¡Hay que ser un bandido! Todo el mundo te engaña como un... Escucha: ¿no te da vergüenza haber puesto en lo tío confianza? ¿Es posible que no te hayas dado cuenta de que te ha suplantado hominamente?

—Sí, que me engaña de vez en cuando —dijo Muichkine a media voz, visiblemente preocupado—, y Gania no ignora que conozco sus traiciones...

—¿Lo sabes y sigues confiando en él! ¿Era lo único que me faltaba tío! No sé por qué me admira tanto, pues todo lo tuyo es natural. ¡Dios mío! ¡Habrá otro hombre como tú! ¡Puff! ¿A que tampoco sabes que Gania y Varía la han puesto en relaciones con Anastasia Filipovna?

—¿A quién? —exclamó el príncipe—. ¡Imposible! ¿Eso sí que no lo creo! ¿Con qué objeto?

Y diciendo esto se levantó violentamente.

—No lo creo tampoco yo, aunque tengo pruebas convincentes. Es una muchacha caprichosa, extravagante, alocada. Es no me cansaré de repetir que es mala, mala, y mala! Todas mis hijas están de tal modo cambiadas que no las conozco siquiera; hasta esa mosquita muerta de Alejandra que me escurre de las manos. Pero lo que es eso, lo de su amistad con esa mujer, no lo creo, mejor dicho, no quiero creerlo —añadió la generala como hablando consigo misma—. ¿Por qué no fuiste a visitarnos? —preguntó luego—, ¿Por qué dejaste pasar tres días sin aparecer por casa? —preguntó impaciente, por segunda vez.

El príncipe comenzó a exponer las razones de su desatención, pero la generala no le dejó continuar.

—¡Todo el mundo te toma por un imbécil y todos te engañan! Ayer estuve en San Petersburgo; apuesto a que fué con objeto de visitar a aquel bribón y suplicarle que aceptase tus diez mil rublos.

—Ni me acordé de él; ya ve que se engaña, pues no sé por lo demás, sepa que no se trata de un bribón. Me ha escrito una carta.

—¿Enviámelas!

Muichkine sacó de su cartera una hoja de

papel y la presentó a la generala. Aquella carta decía así:

"Señor: A los ojos del mundo, carezco de derecho para tener amor propio, pues la sociedad se considera como a un ser insignificante. Pero lo que es verdad a los ojos de los demás hombres, no lo es a los de usted. Tengo la plena conciencia de que usted solo más que todos los demás hombres me estima. Sépa que jamás aceptaré de usted un copete; pero ha ocurrido a mi madre y debo mostrarme agradecido, aunque se diga que esto es una debilidad. Mi apénita hacia usted ha crecido por completo y me complazco en ponerlo en su conocimiento. Sépa que ahora me da la vez que me puede existir entre nosotros dos ninguna clase de relaciones."

ANTIPAS DUBROVSKY."

"P. D. — Los doscientos rublos que le debo le serán devueltos lo más pronto posible."

—¿Qué estupidez! —dijo la generala devolviendo la carta con ademán desdenoso—. No valía la pena leerla. ¿De qué te ríes?

—No me negará que esta carta le ha causado cierto placer.

—¿Cómo!, ¿esta carta de disparates? ¿Pero no ves que la vanidad y el orgullo vuelven los cosas a esos infelices?

—Eso cierto; pero no se puede negar que reconoce sus yerros, y precisamente porque tiene vanidad, más doloroso ha de ser para su amor propio. ¿Qué menea es usted, Isabel Prokofievna!

—¿Tú quieres que te de una bofetada, ¿verdad? —Le aseguro que no es ése mi deseo. He dicho esto porque trato de disimular la satisfacción que le ha producido la lectura de esa carta. ¿Por qué se sonroja de sus más elevados pensamientos?

—¡Te prohibo de nuevo que vuelvas a poner los pies en mi casa! —gritó la generala, poniéndose en pie, roja de ira.

—Y dentro de tres días vendrá usted a suplicarme que vaya... Vamos, no se avergüence... Siendo eso lo mejor de su alma, no tiene por qué sonrojarse. Diríase que se ha empuñado en atormentarse a sí misma.

—Que me muera si vuelvo a verte jamás! ¡Olvidaré hasta tu nombre, mejor dicho, lo he olvidado ya!

—¿Qué! ¿Que usted pensara en decirme siquiera, habíame ya prohibido aparecer por su quinta —gritó el joven.

—¿Cómo! ¿Quién te lo ha prohibido? —exclamó la generala vivamente.

Arrepentido Muichkine de sus palabras, estuvo unos instantes pensativo sin responder. Por fin dijo:

—¡Me lo prohibió Aglae Ivanovna!

—¿Cuándo! ¿Hablará de una vez!...

—Esa mañana me hizo saber que no debo intentar, siquiera, visitarle.

—¿Generala que se pone como petrificada por el estupor; sin embargo, haciendo un gran esfuerzo pudo recoger sus dispersos pensamientos.

—¿Qué es lo que te mandó decir? ¿Por qué te lo hizo saber? ¿Por conducto del moco de Kolia? ¿De viva voz, acaso?

—No, por medio de una carta.

—¿Dónde está, quiero leerla!

Muichkine reflexionó un instante y sacando luego del bolsillo del chaleco una esquela, se la entregó a la señora de Epantchine, que leyó lo siguiente:

"Príncipe Iván Nikolaievich: Si después de todo lo ocurrido tiene la intención de sorprenderme con su visita en nuestra quinta, le prevengo que no me encontrará entre los que le acorran con simpatía."

AGLAE EPANTCHINE."

La generala meditó unos instantes y seguidamente, acercándose al príncipe, le asió con fuerza de un brazo y arrastrándole consigo exclamó:

—Ven conmigo en seguida! ¿Es absolutamente necesario que ahora mismo vengas a la quinta! ¿Vamos!...

Su agitación y su impaciencia eran extraordinarias.

—Pero me expone usted...!

—¿A qué? ¡Ah, el bobo! ¡Se diría que no es mi bobo! ¡Vamos, ahora verá por sus propios ojos de lo que se trata!

—Pero déjeme, al menos, que tome el sombrero...

—¿Toma tu horrible sombrero! ¡Vamos de una vez! ¡Podías haber comprado un sombrero un poco más elegante! Ella le ha escrito... después de la escena que hemos tenido... No hay duda de que está febricitante, de que delira...

—murmuraba la generala, que, sin soltar el brazo del príncipe, se le arrastraba—. Hace un momento me defendí y dije en voz alta que eras un imbécil si no venías a vernos... y ella salió escribiendo esa carta estúpida... esa carta inconveniente... Eso es indigno de una señorita noble, educada e inteligente! ¡Ah!

—prosiguió—, ¿quién te dice a ti que te ha escrito eso porque está ofendida por tu prolongada ausencia? Pero la pobre ignora que los idiotas toman al pie de la letra las cosas y que tú no irías más, Pero, ¿por qué eres todo odioso, tonfo? exclamó la generala viendo que había dicho cosas que no tenía la intención de decir—. Ella necesita un hábil como tú para reírse, y por eso te llama. Tú le servirás de blanco para sus mercedadillas. Yo estaré contentísima si que así sea, pues no mereces otra cosa. ¡Qué ridículo te hará parecer!

XXVII

Los individuos de la familia Epantchine, o por lo menos los más importantes de ella, estaban desconsolados por no pararse al resto de la sociedad a que pertenecían.

Sin darse perfecta cuenta del hecho, no por eso dejaban de comprender que algo les distanciaba de las personas de su condición social. Todas llevaban una existencia tranquila, uniforme, mientras la de ellos era agitada e irregular.

Tal vez era Isabel Prokofievna la única que se hacía estas penosas reflexiones; sus hijas, aunque no carecían de penetración y de perspicacia, aún muy jóvenes para fijarse en estas pequeñas cosas. Iván Fedorovich, hombre de despierta inteligencia, si bien poco desarrollado, se contentaba con exclamar: ¡basta! y dejaba que su mujer resolviese los pequeños problemas domésticos, cargando, por lo tanto, ella con toda la responsabilidad.

Desde hacía algún tiempo, a la generala había estado metido en la cabeza que la causa de todo lo que ocurría era su "desgraciado carácter", esta convicción aumentaba su angustia y haciale maldecir su "estúpida originalidad", y siempre inquieta y alarmada, perdía a cada momento la brújula, no hacía nada a derechas.

Lo que solía hacer para tranquilizarse era tomarle la medida de todo amargura su existencia era la uanía de que sus hijas se iban haciendo "originales" como ella, lo cual había de ser causa de los sinsabores que más adelante experimentarían.

—¡Molestan tanto como los nihilistas!— se repetía a cada instante.

Desde hacía un año, ese pensamiento la atormentaba más y más.

—¿Por qué no se casan primero, y se hacen las "originales" después?— preguntábase continuamente. Sin duda para fastidiar a su madre, olvido único de su vida; no puede ser otra la razón, y esto es debido a las perniciosas ideas modernas.

Isabel Prokofievna sintióse más aliviada cuando pudo decirse que a lo menos una de sus hijas, Adelaida, estaba, al fin, pronta a contraer matrimonio.

—Será una preocupación menos para mí— solía decir cuando tenía que exteriorizar sus sentimientos.

A causa de haber sido llevado a cabo aquel noviazgo sin tropiezo alguno y salvando todas las apariencias, la generala estaba contentísima, y más, al ver que toda la sociedad se alegraba en consecuencia.

El prometido era un hombre a carta cala, muy conocido por su talento, príncipe además, y de sólida fortuna; a todo esto hay que agregar que estaba muy enamorado de su futura.

Pero la esposa de Epantchine había sentido siempre menos inquietud por su segunda hija que por las otras dos, si bien no dejaban de preocuparle de vez en cuando las aficiones artísticas de Adelaida.

En el porvenir de Aglae el que más le preocupaba.

Respecto a su hija mayor no sabía si debía inquietarse o no. A veces le parecía que ya no había que pensar en casamiento para ella, pues cumplidos los veinticinco años en estado de soltera, aquella muchacha quedaba para vestir santos, lo cual, al decir de la madre, era un crimen, pues era de una belleza sin par. La pobre mujer se pasaba noches enteras llorando, mientras la causa de su llanto dormía como una bienaventurada.

—Pero qué es esa muchacha?— se preguntaba angustiada la generala—. ¿Nihilista o sencillamente tonta?

Isabel Prokofievna sabía muy bien que esta última suposición no era justa; ella tenía en alta estima la circunspección e inteligencia de su hija, cuyos consejos solicitaba a menudo.

Isabel Prokofievna sentía por Alejandra una compasión más intensa que la que le inspiraba Aglae.

Para el verdadero y continuo tormento de la madre era, como hemos dicho, su hija Aglae.

"Ella es absolutamente como yo, es mi vivo retrato—decía para sus adentros—; es un diablillo despótico! Es una nihilista, extravagante, insensata, y más que nada, mala, mala, ¡muy mala!...

Sin embargo, repetimos, la seguridad de que Adelaida pronto había de contraer enlace, era un señaite para ella. Por un mes entero olvidó sus inquietudes.

Durante ese mes, Aglae había mostrado tan obediente y amable con su madre, que la generala destruyó sus temores.

"¿Qué cambio tan notable se ha verificado en mi querida hija!—pensaba, emajenada de gozo—. ¡Y qué hermosa es, Dios mío, qué hermosa! Cada día que pasa está más fascinadora..."

La alegría de aquella familia no fué, empero, duradera, pues en cuanto apareció en escena aquel insignificantísimo principillo, aquel pobre enie idiotizado, de nuevo volvió a reinar en la casa el desorden y la incompreensión.

¿Qué había pasado?

Para cualquier persona que no fuese Isabel Prokofievna, nada absolutamente; pero la generala descubría siempre, aun en los más sencillos incidentes de la vida, algo que la espantaba hasta el punto de hacerla enfermar.

Júzguese, pues, de lo que sufriría cuando en medio de sus quiniérricas inquietudes vio producirse un hecho que valía la pena de examinarlo detenida y seriamente.

—¿Quién será el atrevido que ha osado enviar-me ese maldito anónimo en el que se me dice que Aglae es un genio en inteligencia con esa mujer?—pensaba la generala, durante el camino mientras arrastraba consigo a Muichkine, asado fuertemente por un brazo.

En cuanto hubieron llegado a su casa y el príncipe estuvo sentado ante la mesa redonda en torno de la cual estaba reunida la familia en pleno, Isabel Prokofievna volvió a sumirse en sus angustiosas reflexiones.

—¿Cómo se han atrevido siquiera a pensar semejante cosa? Me moriría de vergüenza si creyese una sola letra de esa carta y se la enseñase a Aglae. Ah, cómo hacen burla de nosotros, de los Epantchines! E Iván Fedorovich tiene la culpa de todo, él es el que me ha traído a nosotros a tiempo a Eplagine, como era mi propósito. Tal vez sea Varía la autora del anónimo; sí, debe haber sido ella, a nienns que, Ah, nunca le perdonaré a Iván Fedorovich esas cosas! No, no ha sido Varía; esto es cosa de nuestra mujer, eso ha querido poner en ridículo

a mi marido, recordándole antiguas relaciones y burlándose de él como ya lo hizo en ocasión de aquel maldadado collar de perlas que le regalara... ¡No puede perdonar esto, Iván Fedorovich, no te le perdonaré jamás!

Entonces, Eugenio Pavlovitch hablaba asimismo de todos. El príncipe estaba palidísimo. Sentado ante la mesa redonda, parecía asustado y, sin embargo, en ciertos momentos, sentía que se apoderaba de su alma un entusiasmo, una éxtasis delirante que él mismo no acertaba a explicarse. ¿Qué medio tenía de mirar hacia cierto lado desde donde le miraban fijamente dos ojos negrismos, muy conocidos para él? Pero al mismo tiempo, ¡qué gozo inefable experimentaba por hallarse en medio de aquella familia y de oír la voz querida, después de lo que le habían escrito!

—¿Señor!, ¿qué dirá ahora ella?— pensaba Muichkine.

No había despegado aún los labios y escuchaba con suma atención a Eugenio Pavlovitch, quien jamás había mostrado de tan excelente humor como aquella tarde.

Excepción hecha de Iván Fedorovich, que no había regresado aún de San Petersburgo, hallábase allí reunidos toda la familia Epantchine y sus contenidos de costumbre, o sea el ya mencionado Eugenio Pavlovitch, el príncipe Chitch y, desde luego, Muichkine. En aquel momento iban a servir el té; una de las señoritas Spantchine tocaba el piano.

Al poco rato llegó Kolia.

—De manera que sigue siendo visita de la casa?— dijo para sí el príncipe.

La quinta de los Epantchine tenía el aspecto de un chalet; por todas partes veíase flores y verdes, candelas, etc. Un jardín reducido, pero muy bien cuidado, rodeaba el edificio.

Como en casa del príncipe, la tertulia se reunía en la terraza, que era más amplia y ofrecía a la vista más vasto y hermoso panorama.

Cuando llegó el príncipe, la conversación había recaído sobre un tema que, al parecer, no era del agrado de la mayoría de la concurrencia. Adivinábase a primera vista que había tenido lugar una discusión; era evidente que, por no desairar a Eugenio Pavlovitch, quien parecía no notar la desagradable impresión que su discurso causaba, seguían hablando de él.

La aparición del príncipe llevó nuevas energías para seguir aquella discusión.

La generala, según su costumbre, calló, cuando no entendía una cosa, enarriba las cejas, simulando una gran atención.

Aglae, sentada algo aparte, no se retiró; escuchaba en silencio con marcada indiferencia.

El príncipe creyó notar que el tono de Eugenio desagradaba a Alejandra, a quien no gustaba que se tratase en sentido de broma asuntos tan serios.

—En el momento en que llegaba usted, príncipe—dijo Eugenio, dirigiéndose a Muichkine—, sostenía yo que en Rusia se reclutaban los liberales entre dos clases muy distintas entre sí; se componen de propietarios de siervos y de semiservos. Respecto al socialismo, es algo que no le mismo. Todos los que en nuestra patria, como en el extranjero, alardean de liberales, pertenecen a la aristocracia contemporánea de la servidumbre. ¿Por qué ríen ustedes? Basta leer cualquiera de sus obras, y sin necesidad de ser un crítico de primera fila, uno puede demostrar que cada página de esos libros, de esos folletos o de esas periódicas lanzan a la luz pública, ha sido escrita por un propietario ruso de los tiempos que se fueron para no volver. La célera, la indignación, el mal humor que destilan todas sus obras, denuncian al propietario más fósil; es posible que esas ideas y esas lágrimas sean sinceras, pero no dejan por eso de ser ideas y lágrimas de hidalgos...

—¿Siguen ustedes riendo? ¿Usted también, príncipe? ¿Tan poco es de mi parecer?

—No puedo pronunciarme en su favor ni en su contra—repuso Muichkine, dejando de sonreír y azorado como un colegial al que le han

sorprendido en falta —; pero le aseguro que le escuchó con sumo interés.

Eugenio Pavlovitch echó de ver la turbación de Muichkine, y sonrióse maliciosamente. —Yo creo que lo mejor sería dejar esta fastidiosa conversación que hubiera sido mejor no empezar, e irnos a dar un paseo por el jardín — observó Alejandra con tono desairado.

—¡Muy bien dicho! — ¡Ja, ja, ja! — exclamó alegremente Eugenio. — ¡Ma, ma! antes le ruego que me permitan hacerle al principio una pregunta que me ha ocurrido hace ya dos horas. No hace mucho rato se ha hablado aquí de "caso particular"; estas dos palabras se emplean mucho en la conversación. Hace poco, la prensa y la opinión pública se interesaron vivamente por un espantoso crimen, por el horrible asesinato de seis personas... cometido por... un jovenzuelo, y más que el crimen en sí, lo que llamó la atención fué la defensa hecha por el abogado, que sostenía que la verdadera culpable de aquel crimen era una miseria, que había conducido naturalmente a su defendido a asesinar a aquellas seis personas. No es ésta, desde luego, la palabra empleada por el abogado, pero la idea en sí era la misma. A mi juicio, el defensor, al lanzar tan peregrina afirmación, estaba íntimamente convencido de que sentaba la doctrina jurídica más humanitaria, más progresista y más liberal que se pueda concebir en nuestros tiempos. Ahora bien; ¿qué me dice usted de eso? Sencillamente perversion de las ideas y de las convicciones, ¿es un caso particular o general?

—Particular, muy particular — exclamaron, riendo, Alejandra y Adelaida.

—Permíte que le recuerde, Eugenio Pavlovitch, que tu chiste es ya demasiado viejo — dijo el príncipe Chitch.

—¿Cuál es su opinión, príncipe? — continuó Pavlovitch, desentendiéndose de aquella observación, y viéndose fija en el mirar del príncipe Muichkine. — ¿Qué le parece a usted, es un caso particular o general? Confieso que sólo por usted he traído esta cuestión.

—No, no es un caso particular — repuso el príncipe en tono bajo, pero firme.

—¡Vámonos, León Nikolaievitch! No se da cuenta que es un lazo que le tiende y que el objeto de su pregunta no es otro que el de hacerle caer en él? — exclamó algo encolerizado el príncipe Chitch.

Muichkine se sonrió.

—¡Cielos que Eugenio Pavlovitch hablaba en serio — contestó.

—Querido príncipe — continuó Chitch —, acuérdesse de la conversación que tuvimos hará unos tres meses; hablabamos precisamente del gran número de abogados distinguidos con que cuenta nuestro joven foro, después de la reforma de la organización judicial, y comentábamos los sabios verdictees que suelen pronunciar nuestros jurados. ¿Qué contento se mostraba usted de semejante estado de cosas y qué placer me causaba su alegría?... También dijimos que habíamos materia suficiente para que se convirtiesen en bellas realidades las promesas que en todo aquello apuntaban... Ese desdichado informe de defensa, ese extraño argumento, es ni más ni menos una excepción que desentona entre millares de ejemplos contrarios.

El príncipe Muichkine reflexionó unos instantes, y dijo con cierta timidez:

—Quería únicamente decir que la perversion de las ideas, sirviéndose de la frase de Eugenio Pavlovitch, es, desgraciadamente, un hecho demasiado generalizado; desde luego, entonces, tratase de un caso general y no particular. Si esta perversion no estuviese tan difundida, no se cometerían esos crímenes inconcebibles, como es el que...

—¿Inconcebibles? — interrumpió su interlocutor. — Le aseguro que crímenes parecidos y aun más horribles se han cometido en los tiempos pasados, se siguen cometiendo, y se cometerán aún por mucho tiempo, y no sólo entre nosotros, sino también en las naciones más adelantadas. Lo que hay es que antes no se les daba tanta publicidad y que ahora la opinión pública los

comenta por medio de la palabra y del lenguaje escrito; es por esto por lo que parecen constituir un fenómeno en la nueva sociedad. Le esto atribuya su error, príncipe, y este error es demasiado ingenuo — terminó Chitch, sonriendo burlescoamente.

—No ignoro que en todos los tiempos se han cometido crímenes horribles — replicó Muichkine —; ultimately he visitado algunas prisiones, y he tenido la ocasión, por lo tanto, de hablar con algunos delinquentes presuntos o condenados ya por sus fechorías. Había entre ellos algunos mucho más culpables que ese asesino de seis personas, pues allí vi una vez despojado para el otro mundo más de cuatrocientas personas y me mostraron el más ligero arrepentimiento; sin embargo, en esas visitas, he observado una cosa que ha llamado fuertemente mi atención: el asesino más endurecido, el más inaccesible al remordimiento, está convencido de que es un criminal, es decir, que no ignora que ha obrado mal. Sin embargo, desprecia como cosa inútil el arrepentimiento. Así son todos, mientras que aquellos de quienes hablo, culpables y crímenes, no quieren concitar culpables y creen que el asesinato no es más que el ejercicio de un derecho. Esta es, por lo tanto, la terrible diferencia que observo y que me hace decir que no se trata de un caso particular.

El príncipe Chitch no sonreía ya; escuchaba a Muichkine con estupor.

Alejandra, que desde hacía rato quería aventurar una observación, guardó silencio, al parecer, por un motivo particular.

Eugenio Pavlovitch verdaderamente atónito, contemplaba al príncipe, sin que vagase en sus labios su habitual sonrisa burlesca.

—Por qué le miran ustedes con esa expresión de asombro? — preguntó con brusquedad Isabel Prokofievna. — Le suplan las más tonto de lo que son ustedes, ¿no es cierto? ¡Vaya chasco! ¿Le creían incapaces de razones!

—No, no es eso lo que me sorprende — dijo Eugenio Pavlovitch. — Perdóneme, príncipe, sea pregunta; puesto que tan bien y acertadamente observa esos casos, dígame — y repito que perdóname la pregunta —, ¿por qué no vió usted tan claro en el asunto Burdovsky? ¿Por qué no vió usted esa perversion de ideas y de convicciones morales? El caso es absolutamente el mismo, y, sin embargo, me parece que no hizo usted esa observación.

—Lo mismo se nos había ocurrido a todos nosotros, y hemos hecho alarde de nuestra penetración; pero han de saber ustedes, que hemos quedado en ridículo, porque el protagonista del drama, el joven de la cara llena de granos, etc. etc., etc., Alejandra, le ha escrito una carta pidiéndole perdón. De modo que ahora ese muchacho siente un gran respeto por Muichkine. En cambio, nadie nos ha enviado a nosotros una carta semejante. Por lo tanto, en lo sucesivo, debemos aprovechar esta lección y no hacernos los pillos con el príncipe.

—Hipólito ha venido a residir en el campo con nosotros — dijo Kolia.

—¿Cómo? ¿ya está aquí? — preguntó el príncipe, alarmado.

—Sí, llegó en el momento en que usted salía con Isabel Prokofievna — contestó Kolia —; le he traído yo.

—¡Apuesto lo que se quiera — exclamó la generala, presa de súbita cólera, olvidándose de la acalorada defensa que acababa de hacer de Muichkine —, apuesto a que ha muchacho en su sotabanco a visitar a ese miserable de León Nikolaievitch, a que le ha pedido perdón y a que le ha suplicado de rodillas que se venga a vivir con él. ¿Fuieste a verlo ayer? Vámonos, de la verdad; ¿le suplicaste de rodillas que accediera a venir a tu casa de campo?

—No — exclamó Kolia. — Si bien es cierto que el príncipe ha ido a visitar a Hipólito, y éste, al verle llegar, tomándole las manos, se las cubrió de besos y lágrimas; lo vi con mis ojos; no se habló ni una palabra de lo ocurrido la noche anterior, y León Nikolaievitch le invitó a pasar una temporada en el campo, a lo que Hipólito

contestó que lo haría cuando su estado le permitiese el viaje.

—¡Los hecho mal, Kolia... — balbucó el príncipe poniéndose de pie y tomando su sombrero —. ¿Por qué cuentas esas cosas?

—¿Adónde vas? — preguntóle la generala. — ¡No se vaya usted ahora, príncipe — dijo Kolia —, pues no haría usted más que exacerbarlo con su presencia; en este momento descansa de las fatigas del viaje; está muy contento y creo más conveniente que hasta mañana no se deje usted ver de él, pues su visita puede turbarle de nuevo.

El príncipe observó que Aglaie había abandonado su lugar para acercarse a la mesa redonda. No se atrevía a mirarla, pero sentía, o mejor dicho, veía con los ojos del alma que ella tenía fijos en él sus negros ojos y adivinaba también la indignación de aquella mirada y el vivo carmin que cubría las mejillas de la joven.

—Me parece, Nicolás Ardalionovitch, que ha hecho usted mal en conducirse a Pavlovsk, si se trata como supongo de ese joven físico que antes me puso de chupa de dómine — observó Eugenio.

—O te buscaré camorra en cuanto te vea y se irá echando pestes — añadió la generala.

—No hará nada de eso el pobre Hipólito — dijo Kolia —. Al contrario, viene a pedir perdón.

—Por lo que a mí me concierne, se lo perdono todo; puede usted decirse, si gusta — repuso Eugenio Pavlovitch.

—No es así como se solucionan cosas de tanta trascendencia; es necesario ir todos a recibir su perdón — respondió Muichkine en voz baja y mirando al suelo como si le repugantara tener que decir aquello.

El príncipe Chitch cambió una mirada de inteligencia con uno de los presentes y añadió en tono que revelaba cierta inquietud:

—Querido príncipe, el paraíso sobre la tierra no se consigue tan fácilmente, y parece que usted se ha forjado algunos dificultades. En primer lugar, el paraíso es difícil, mucho más de lo que su excelente corazón se lo puede figurar. Dejemos, pues, las cosas como están, porque de lo contrario se haría una confusión general y entences...

—Vámonos a dar un paseo por el parque — interrumpió la generala, levantándose violentamente. Todos la imitaron.

XXVIII

De pronto Muichkine se acercó a Radomsky. —Eugenio Pavlovitch... le dijo con extraña voz, en un tono de una mano —, está usted seguro de que, a pesar de todo, le tengo por el hombre más noble y generoso; créame usted...

El asombro de Radomsky fué tal, que dió un paso atrás involuntariamente.

—Juraría, príncipe, que usted no pensaba decirme eso ni aun dirigieme la palabra... ¿Pero qué le pasa? ¿Se siente usted indisputado?

—Es probable, así seguro; ha sido usted muy perspicaz al adivinar que no pensaba dirigirme la palabra.

Mientras decía esto, vagaba en sus labios una extraña sonrisa, pero, de pronto, añadió con la misma vehemencia de antes:

—¡No me recuerde usted mi conducta de antaño! Estoy profundamente avergonzado... Sé que soy culpable...

—Pero... ¿qué horrible delito ha cometido usted?

—Veo que usted es el que más vergüenza siente por mí, Eugenio Pavlovitch; se ha sonrojado y esto me demuestra que usted es un excelente corazón. Pero está tranquilo, me ausentará en seguida y para siempre.

—¿Pero qué pasó? Son esos los síntomas precursores de los accesos que padece, ¿verdad? — preguntó alarmada la generala a Kolia.

—Nada teña, Isabel Prokofievna — contestó Muichkine, que había oído la pregunta —; no tengo ningún acceso; en seguida me voy. No

ignoro que nada tengo que agradecerle a la Naturaleza... Hace veinticuatro años que estoy enfermo, es decir, desde mi nacimiento hasta hoy, tome usted, pues, todo lo sucedido como obra de un enfermo. Me voy ahora mismo para no volver, porque conozco que estaré en la sociedad. No me sorongo de decir estas cosas; ¿por qué?... ¿acaso es culpa mía?... Ni tampoco me las dicta el amor propio... Durante estos tres días he reflexionado mucho y muchas cosas que se me ofreciese ocasión para hablar francas y noblemente. Existen ideas, ideas muy elevadas que no me es permitida exponer sin provocar la hilaridad de todo el mundo; el príncipe Cheteh me lo ha recordado hace un momento. Mi gesto no es conveniente, desconozco la justa medida de los sentimientos, mi lenguaje no responde a mi pensamiento, y al hacérmele apóstol de esas ideas, las ridiculizo... Por lo tanto, no tengo derecho a... Además, soy sospechoso...; estoy convencido de que en estas cosas pueden ofenderme y que me quieran más de lo que yo necesito; pero sé también, de manera que no lo deja lugar a dudas, que una enfermedad de veinticuatro años ha tenido, necesariamente, que dejar huellas, y que es imposible que no se rían de mí de vez en cuando, ¿no es cierto?

Y pasé sin miradas por los circunstantes, como si esperase una respuesta.

Sus oyentes, empuero, pensosamente sorprendidos, me salieron a pensar de este lenguaje imprevisto, morboso y que nada parecía justificar. ¿Por qué dice usted eso aquí... exclamó de improviso Aglae... ¿Por qué les dice eso a ellos? ¡A ellos!...

La joven estaba encendida de indignación; sus ojos despedían llamas.

El príncipe permaneció mudo ante ella; una súbita palidez cubrió su rostro.

¿Aquí no hay nadie que sea merecedor de semejantes explicaciones, ni que valga lo que su dedo moniquea? ¿Qué más fuerza de sí Aglae...? ¡Fís usted el más honrado, el más noble y el más inteligente de los hombres! Ninguno de los aquí presentes es digno de recogerle el pañuelo que deja usted caer en el suelo. ¿Por qué, pues, se humilla y se cree inferior a los demás? ¡Sea altivo y orgulloso, en vez de rehuirse a sus propios ojos!

— Señor, ¿quién podía esperarse tal cosa? — dijo la generala golpeando las manos.

— ¡Viva! — gritó Kolia, entusiasmado.

— ¡Cállese usted! — exclamó Aglae, indignada, dirigiéndose a su madre y en un estado de excitación que le impedía medir el alcance de sus palabras... ¿Por qué me persiguen todos, desde el primero hasta el último? ¿Por qué, príncipe, no me dejan en paz, desde hace tres días, por causa suya? ¿Por nada del mundo me casaría con usted? ¡No lo olvide; jamás será su esposa! León Níkoláievitch! ¿Acaso alguna mujer en su sano juicio se casaría con un hombre tan ridículo como usted? ¡Mírese en un espejo y verá cómo está en este momento...! ¿Por qué me martirizan incesantemente diciéndome que será su esposa? Usted debe saberlo, pues sin duda está de acuerdo con ellos.

— ¡Nadie te ha dicho semejantes cosas! — exclamó Adelaida asustada.

— Nadie ha pensado ni hablado nunca de eso — añadió Alejandra.

— ¿Quién te ha ofendido? ¿Cuándo ha sido eso? ¿Yo no he visto nada de eso? — exclamó la generala irguiéndose, y mirando a todos los presentes con gesto desafiante.

— ¡Todo el mundo me lo dice! ¿Desde hace tres días no me dejan en paz un segundo con la misma cantinela? ¡Pero según de una vez que jamás me casaré con él!

Aglae estalló en sollozos, y escondiendo su rostro en el pañuelo dejó caer en una silla.

— ¡Pero si el no te ha pe...!

— Yo no la he pedido a usted en matrimonio, Aglae Ivanovna — interrumpió Muichkine, vivamente, acercándose a la joven.

— ¿Qué...! ¿Qué es lo que ha dicho usted...!

— ¡replicó la generala, en el colmo de la indignación, al mismo tiempo que demostraba gran sorpresa.

No quería ercer lo que sus oídos habían escuchado.

— He querido decir... que decir... — repuso temblando el príncipe... quería únicamente explicar a Aglae Ivanovna... tener el honor de explicarle que no se me había ocurrido si quiera... tener el honor de pedir su mano... Le juro que nunca tuve esa intención... Créame, Aglae Ivanovna, que no soy culpable de nada. Le repito que esa idea jamás ha cruzado por mi mente, y puede usted estar muy tranquila de que ello no ocurrirá. Alguna persona malvada se ha querido disponer con usted.

Al decir estas palabras, Muichkine se hallaba frente a la joven, la cual, quitándose el pañuelo de los ojos, contempló un instante al príncipe, que parecía muy asustado, y prorrumió en sonoras carcajadas. Adelaida, al ver la cara de espanto de Muichkine, no pudo menos que reírse también, al tiempo que caía en brazos de Aglae.

— ¡Verías así, el príncipe no pudo menos que sonreír, mientras exclamaba con no fingida alegría!

— ¡Gracias a Dios!

Alejandra tampoco pudo contentarse e imitó a sus hermanas; parecía que la hilaridad de las tres jóvenes no iba a tener fin.

— ¡Son locas de remate! — exclamó la generala...; nos llenan de espanto, e instantes después...

— ¡Llamemos a pasar al parque — dijo, al fin, Adelaida — y vamos todos y, desde luego, el príncipe también; no tiene por qué dejarnos plantados ese querido amigo. Es muy simpático, ¿verdad, Aglae? ¿No es cierto, mamá? Es absolutamente necesario que yo lo abraze, por la explicación que acaba de darle a mi hermana. ¿Me permites, querida mamá, que lo dé un abrazo? ¿Conviertes, Aglae, en que abraze a tu príncipe?

Y, exclamando, se acercó vivamente al príncipe y le besó en la frente. El príncipe le tomó una mano, estrechóla con fuerza atroz, y contemplando a la joven con alegría, se la besó por tres veces.

— ¡En marcha! — dijo Aglae... Usted, príncipe, será mi caballero; ¿puedo hacerlo, mamá? ¡Un caballero que desdén a su dama! ¿Así que rehúsa definitivamente mi mano? ¡Pero no es así, príncipe, como se ofrece el brazo a una señora! ¿También ignora eso? ¡Eso es, así!

— ¿Quiere que vayamos solos, delante de todos? La redacción, comitiva se puso en marcha en dirección al Waux-Hall, punto de reunión de los veranantes de Pavlovsk.

— ¡Míre usted a la derecha! — dijo Aglae en voz baja a Muichkine.

Este dirigió la vista al sitio indicado. — ¡Fíjese bien y descubrirá un banco pintado de verde, en el fondo del parque, cerca de esos tres grandes árboles.

— Es un sitio encantador — balbuceó el príncipe.

— Le agradezco, ¿verdad? Pues a veces, a las siete de la mañana, cuando aun duermen todos en casa, vengo a pasar un rato aquí sola.

El corazón de Muichkine latió con violencia cuando Aglae le dijo lo del banco, pero al cabo de un minuto estaba zvergonzado de la idea absurda que se le había ocurrido.

El Waux-Hall de Pavlovsk estaba muy concurrido.

Aglae y el príncipe, que, como hemos dicho, iban delante de todos, eran objeto de la curiosidad de muchos paseantes.

Al poco rato llegaron todos y vieron acercarse un grupo de jóvenes amigos de la familia Epantchine, así como también de Eugenio Pavlovitch, y estableció una amena conversación. Había entre ellos un elegante y bien parecido oficial del ejército, jovial y decididor, quien se apresuró en dirigir la palabra a Aglae sin escatinar galanterías ni frases ocurrentes para ac-

parar la atención de la bella joven, la cual no se quedó corta en sus anales y alegres réplicas.

Eugenio Pavlovitch, después de pedir su venia al príncipe, le presentó al joven militar.

Muichkine apenas si se dio cuenta de aquella presentación. Estaba agotadísimo, pues entre la multitud acababa de ver un rostro pálido, de negros cabellos, cuya sonrisa y modo de mirar le eran bien conocidos; esa visión duró lo que un relámpago. ¿Será...? ¿Imaginación? No, pues había visto también una horrible corbata verde. Buscó con los ojos durante largo rato al dueño de aquella corbata, pero sin resultado.

De improviso, por la entrada junto a la cual se hallaban sentados nuestros amigos, descendió un grupo compuesto por una decena de personas; Caminaban delante tres señoras, dos de las cuales eran tan espléndidamente hermosas, que disipaban al punto la sorpresa que, pudiera causar el verlas rodeadas de tantos adoradores.

— ¡Dios mío, Anastasia Filipovna! — murmuró el príncipe, alterado.

— ¿Qué le pasa? — preguntó Aglae tocándole con el brazo.

El príncipe la miró, y viendo en sus ojos un fulgor extraño trató de sonreír; pero, de pronto, como olvidándose de la joven, volvió la cabeza hacia la villa que le había fascinado.

En aquel momento pasó Anastasia por delante de las sillas que ocupaban las señoras Epantchine.

— ¡Mírenlo ustedes qué tranquilo está! — exclamó encarándose con Eugenio Pavlovitch, que hablaba animadamente con Alejandra...

— ¡Tres días hace que te andan buscando sin que hayan podido echarte la vista encima! ¡Pero es que no sabes que tu tío se la levantado la tapa de los sesos? Yo me he enterado hace pocas horas... a las dos; pero ya su caso es la comidilla de todos las conversaciones. Según unas, deja un defecto de trescientos cincuenta mil rublos, mientras afirman otros que ascende a quinientos mil. Yo había contado siempre con que te dejaría una pingüe herencia, y ahora resulta que te quedas sin blanca, pues tu querido tío se lo ha comido todo bonitamente. Era un viejo libertino... Bueno, adiós y mucha suerte... ¡No dejas que te ibas de viaje? A tiempo has abandonado el servicio militar, ¿eh?... Es imposible que tú no estuvieras enterado de lo que pasa!...

Eugenio creyó más digno contestar con el desprecio a este insulto; pero la noticia que Anastasia acababa de darle le cayó como un rayo...

Al oír el trágico fin de su tío palideció intensamente y miró a su perseguidora con aire de estupefacción. Entretanto, la generala y sus hijas abandonaron sus asientos, retirándose con precipitación del lugar de la escena, cuya desenlace era imposible prever.

Eugenio y el príncipe Muichkine no las siguieron. Pero antes de que las Epantchine hubiesen caminado veinte pasos, se produjo un escándalo terrible.

— ¡No habrá otro remedio que emplear el látigo para librarse de esta mujer! — exclamó el teniente, que, sin duda, estaba al corriente de la persecución de que Anastasia había objeto a su amigo Pavlovitch.

La joven se volvió rápidamente hacia él con los ojos centelleantes de cólera, y arrebatando de las manos de uno de los curiosos el pañuelo que llevaba en las manos, cruzó con todas sus fuerzas el rostro de su ofensor.

Fuerza de sí el teniente por el dolor y la ira, quiso castigar a la joven, pero Muichkine, que estaba a dos pasos detrás de él, tomóle con fuerza el brazo impidiéndole descargarlo sobre el rostro de la joven, aunque no logró esquivar el puñetazo que con la mano libre le asió el teniente en el pecho, haciéndole caer en la silla. El agravado oficial se volvió de nuevo hacia la joven, pero se encontró frente al ex oficial y actual pañuelero.

— Me llamo Keller y he sido sub-oficial del ejército — dijo con reposado acento... Le ruego

me acepte por paladín del bello sexo; por lo tanto, estoy a su completa disposición; pero tengo que advertirle que el boxeo no tiene secretos para mí, como tampoco ignora el manejo de las armas que se suelen emplear en ciertos terrenos.

Pero el joven oficial volvió la espalda. En aquel momento, Rogojin, abriéndose paso entre la multitud, tomó a Anastasia por un brazo y se alejó con ella.

—¡Chúpate eso! ¡Te han roto la cara por meterte en lo que no te importa!

El oficial, que se restañaba la sangre con un pañuelo, y ya dueño de todo su aplomo, no ignorando con quién se la había, dirigióse cortésmente a Muichkine, que en aquel momento abandonaba su asiento, diciéndole:

—¿Tengo el honor de hablar con el príncipe León Nikolaievitch? Pues bien, ya sabe que estoy a sus órdenes para resolver esta cuestión.

Dicho esto, saludó con una inclinación de cabeza y se alejó del lugar.

Cuando acudió la policía, habían desaparecido los protagonistas del escándalo que había turbado por un momento la tranquilidad reinante en el hermoso parque.

El príncipe se apresuró a volver al lado de sus amigos.

Si cuando estuvo sentado en la silla se le hubiese ocurrido volver la cabeza hacia la izquierda, hubiese visto a veinte pasos de distancia a Aglae que, sorda a las llamadas de la madre, contemplaba la escandalosa escena.

El príncipe Chitch se dirigió hacia ella y loogró, al fin, que abandonase aquel lugar.

—Quería ver cómo terminaba la función —dijo, cuando se reunió a su familia, esforzándose por disimular su emoción.

XXIX

El incidente de Waux-Hall llenó de consternación a las señoras Epantchine, y la generala, inquieta y desparoviada, condujo con presteza a sus hijas a la casa.

Lo que acababa de ocurrir era, a sus ojos, demasiado significativo, y dando rienda suelta a su imaginación exaltada a pesar de su emoción, concibió las ideas más desoladoras.

Pero lo demás, sus hijas habían visto en aquel el principio del fin de un misterio que pronto iba a tener su desenlace.

Eugenio Pavlovitch, era indudable y claro como la luz del día, sostenía relaciones con aquella mujer.

Así pensaban, no sólo Isabel Prokofievna, sino también sus dos hijas mayores; pero esta conclusión no arrojaba ninguna luz sobre el asunto, sino todo lo contrario.

Aunque Alejandra y Adela estaban algo envidadas con su madre por aquella retirada que más bien parecía desordenada fuga, en la confusión del primer momento se abstuvieron de hacerle ninguna pregunta.

Por otra parte, estaban persuadidas de que Aglae no desconocía los pormenores del asunto.

El príncipe Chitch estaba sombrío y absorto en profundas reflexiones.

Adelaida trató de hacerle hablar.

—¿Qué es lo que ha ocurrido con ese individuo? —le preguntó.

El semblante de Chitch ensombrecióse aún más; por toda respuesta balbuceó algunas vagas palabras, entre las que pudieron sacar en claro que todo aquello era absurdo.

—Muy posible —afirmó Adelaida, no atreviéndose a insistir.

En cuanto a Aglae, estaba perfectamente tranquila; sólo habló una vez, para decir que fuesen más despacio. Poco antes de llegar a la quinta volvió la cabeza hacia atrás, y al ver al príncipe que corría más que andaba para reunirse con ellos, sonrió irónicamente.

Cuando la pequeña comitiva llegaba a la casa les salió al encuentro Iván Fedorovitch, que acababa de llegar de San Petersburgo. Sus primeras palabras fueron para pedir noticias de

Eugenio Pavlovitch.

Isabel Prokofievna pasó por delante de su marido sin contestarle ni mirarle siquiera, y por eso y por las miradas de sus hijas y del príncipe Chitch, comprendió que una tempestad estaba a punto de desencadenarse; por su parte, también parecía presa de una agitación muy rara en él.

Asiendo vivamente a Chitch por un brazo, el general le retuvo en la entrada de la villa, y allí los dos hombres cambiaron breves palabras en voz baja. A los pocos instantes aparecían en la terraza, acercándose a Isabel Prokofievna y llevando retratada en el rostro la sorpresa de haber escuchado algo extraordinario.

Unos minutos después otros fueron reuniéndose en la sala de la generala, quedando únicamente en la terraza el príncipe Muichkine, sentado en un rincón, como si esperase algo o a alguien, pero sin saber a ciencia cierta por qué estaba allí. Desde lo alto le llegaban algunas de las acaloradas palabras que en la conversación general partían de las habitaciones de los Epantchine. Estaba allí como clavado, y sentía una extraña sensación de vacío, como si el mundo hubiese dejado de existir.

—¿Cuánto tiempo permanecerá allí ensimismado? El mismo no hubiera podido decirlo.

Era tarde y comenzaba a oscurecer, cuando Aglae apareció de pronto en la terraza; parecía calmada de sus anteriores agitaciones, aunque una ligera palidez cubría su rostro; al ver al príncipe se sonrió, manifestando sorpresa de encontrarlo sentado en un rincón.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó, acercándose al joven.

—Como, el príncipe aquí balbucea algunas palabras, levantándose precipitadamente, pero Aglae le obligó a que de nuevo se sentara, haciendo ella lo mismo a su lado.

—“Quiere burlarse de mí; pero no. Si tales fuesen sus intenciones, lo hubiera hecho antes”, pensó el príncipe.

—¿Quizá le sentara bien una taza de té —dijo Aglae—; voy a mandar que se lo preparen...

—No...

—¿Cómo que no?... ¡Ah! Escuche lo que quería preguntarle, príncipe: ¿qué haría usted si alguien le desafiase en duelo?

—Pero... ¿quién?... No creo que nadie me rete a duelo.

—¿Supongo usted como posible; ¿tendría miedo?

—Me parece... que sí.

—¿De veras? ¿Entonces es usted cobarde?

—¿Tanto como eso... —respondió Muichkine después de reflexionar unos segundos, y añadió sonriendo—: cobarde es el que tiene miedo y huye, pero no el que, a despecho del miedo, se queda.

—¿Y usted no huiría?

—¿Quizás no.

—¿Tampoco yo huiría, y soy mujer —continuó Aglae en un tono algo desabrido—. Sospecho que usted se está burlando de mí, y esas muecas raras las hace para fingirse el interesante... Pero dígame, es cierto que, de ordinario, en los duelos a pistola, disparan los adversarios a doce y aun a diez pasos de distancia?

En ese caso, es forzoso que uno de ellos quede en el terreno, muerto o herido.

—En los duelos es donde menos peligro corre una persona.

—No diga usted eso; acuérdesese de la muerte de Puckhin.

—Su muerte fué una casualidad.

—De ninguna manera; se trataba de un duelo a muerte y él se suicidó.

—La bala le habría terminado bajo, y Dantés, con toda seguridad, apuntaba a la cabeza o al pecho; nadie tira como él tiro; por lo tanto, lo más probable es que su muerte fué casual.

—¿Y usted sabe tirar?

—No, no sé, a pesar de que comprendo muy bien cómo se hace, pero nunca se me ha ocurrido tomar entre las manos una arma de fuego.

—Entonces es lo mismo que si no lo comprendiera, pues en eso la práctica es indispensable

—replicó Aglae—. Escuche, pues, y aprenda usted. Ante todo, cumpre pólvora buena y que no esté húmeda; pida pólvora de pistola, para que no le den de la que se usa en la artillería, que es más gruesa. Las balas parece que las funden y venden los mismos armeros. ¿Tiene usted pistolas?

—No, ni las preciso —contestó alegremente el príncipe.

—¡Ah, qué tontería! No deje de comprar lo más pronto posible un par y que sean de fabricación inglesa o inglesa, como dicen que son las mejores. Hecho esto, tome la cantidad de pólvora que cabe en un dedal, o el doble quizá, y la echa dentro del caño de la pistola; a continuación hay que poner los tacos; una vez puestos los tacos, los aprieta bien con la baqueta, introduciendo por último la bala. ¿Comprendo usted? Primero la pólvora antes que la bala, pues de lo contrario ésta no saldría. ¿De qué se ríe? Quiero que practique usted todos los días en el número de sus amigos hasta que sea un perfecto tirador... Lo haré.

El príncipe se echó a reír, y Aglae, impacientada, golpeó el suelo con el pie. La gravedad con que había hablado sorprendió un poco a Muichkine, el cual comprendía, aunque confusamente, que debía pedir una aclaración sobre ciertos extremos, hacer determinadas preguntas, o, por lo menos, hablar de algo más serio que de cargar armas para duelos. Pero esas ideas pasaron por su espíritu como las nubecillas que cruzan el espacio y pronto se pierden de vista; lo único que sabía y veía era que estaba sentado al lado de la joven, y bajo el poder de sus negros ojos.

Finalmente bajó a la terraza el general Iván Epantchine.

—¡Ah! ¿Eres tú, León Nikolaievitch? ¿A dónde vas? —preguntó al príncipe, que permanecía en su silla y no había aun pensado en marcharse—. Ven conmigo, tengo que decirte cuatro palabras.

—Hasta la vista —dijo Aglae tendiéndole la mano.

La obscuridad reinante en la terraza impidió al joven ver el rostro de Aglae mientras se despedía.

No era a Muichkine precisamente a quien tenía que hablar Iván Fedorovitch; a pesar de lo avanzado de la hora, el general sentía absoluta necesidad de conversar con alguien, para distraerse de quien sabe qué graves preocupaciones.

Evidentemente —comenzó diciéndole el general—, todos habéis perdido el seso. Te aseguro que no acierto a comprender las raras ideas que los temores de Isabel Prokofievna. Tiene accesos de nervios, llora, anda todo el día diciendo que nos han humillado y deshonrado. ¿Cómo?

¿Quién? ¿Cuándo? ¿Por qué? Certo es que han ocurrido escenas muy desagradables, pero todo se puede arreglar, por ejemplo dando parte a la policía, para que ate corzo a esa... revolutosa, y hoy mismo pienso ir a prevenirla que ante el cuidado, pues si nos molesta, eierc...

fuera de toda duda, mis derechos, pero también puede arreglar a las buenas, sin escándalo, incluso amigablemente. Confieso que el porvenir nos tiene reservadas algunas sorpresas que tal vez no sean de nuestro gusto, que el presente está muy obscuro, que hay una intriga de por medio... Pero, si aquí no sabemos nada, allí saben menos; yo no conozco este asunto, tú tampoco, ni nadie de los que les pregunto; entonces, ¿a quién he de dirigirme?

¿Cómo explicamos esto?

—¿Está loca —balbuceó el príncipe, recordando la escena del Waux-Hall.

—¿Te refieres a Anastasia...? Yo también creía eso y dormía tranquilo; pero ahora veo que esa apreciación no es justa, pues no se trata de una loca. Si bien es verdad que no es normal como las demás personas, tampoco llega a la locura; pero, en cambio, es muy sagaz y astuta, muestra bien a las claras.

Lo que la dicho de Kapitón Alexievitch lo decía.

—¿Quién es Kapitón Alexievitch?

—¡Ah, Dios mío! ¡Entonces no escuchas lo que te estoy hablando! Lo primero que te he dicho al encontrarte Radonsky es que se debe a Kapiton Alekseyevich Pavlovitch, y yo he estado alonandando precipitadamente San Petersburgo. Se trata del tío de Eugenio Pavlovitch; estoy aquí tan sobrecogido que me tiemblan los brazos y las piernas...

—¿Y bien?

—Se ha levantado la tapa de los sesos, esta mañana a las siete. ¡Un anciano! Un hombre tan considerado! ¡Si bien es verdad que era algo lúbrico. Lo que ella dijo es cierto: deja un difícil muy respetable.

—¿Cómo pudo ella...?

—¿Quién sabe!... Desde su llegada aquí se ha formado como una especie de estado mayor. No ignoras la clase de personajes que la rondan y que aprovechan cualquier ocasión para tener el "honor de su amistad". Por lo tanto, nada tendría de particular que alguno de sus admiradores se le haya comunicado, máxime cuando es una familia que ha corrido como náyvara por todo San Petersburgo, y aquí en Pavlovsk también la sabía mucha gente. ¡Ella está acuciada ha lanzado la especie de que Eugenio Pavlovitch la abandonado el servicio militar antes de que ocurriera la trágica aventura de su tío! ¡Qué infernal insinuación! No, eso no denota locura. Desde luego, yo no creo que Eugenio supiese lo que iba a ocurrir... Únicamente que le presentaría... ¡Es terrible, terrible! Por lo demás, yo no acuso absolutamente de nada a Eugenio, comprendo bien, pero todo esto es muy obscuro.

—¿Qué es lo que hay de obscuro en la conducta de Eugenio Pavlovitch?

—Nada, nada absolutamente; conserva una actitud muy noble. Yo no le he hecho alusión a nada. Creo que su fortuna ha quedado intacta... Como es natural, Isabel Pokrofierna no quiere oír hablar de él... pero lo peor de todo son estas discórdias domésticas o, mejor dicho, estas miserias; uno no sabe ya qué nombre darle a las cosas... Tú eres, en toda la extensión de la palabra, un verdadero amigo de la casa, León Nikolaievitch; me parece que, que hace cosa de un mes, Eugenio Pavlovitch se declaró formalmente a Aglae y ésta le rechazó no menos formalmente...

—¿Esto no es posible! —exclamó el príncipe con ardor.

—¿Pero es que tú sabes algo? —preguntó el general, a quien la exclamación de Muichkine dejó medio aturrido—. Ya veo, querido, que le ha ocurrido una torpeza al hablarte con tanta confianza... ¡Eso es, hiciste por tú... vamos, por ser tú quien eres... Dime, ¿sabes tú algo que me hayan ocultado?

—Yo no sé nada... de Eugenio Pavlovitch —balbuceó el príncipe.

—Ni yo tampoco sé más de lo que acabo de decirte. Yo, amigo mío, estoy como para que me maten y me entierran, y te aseguro que esto es preferible a tener que reflexionar sobre lo que nos está pasando, que es tan penoso que no sé si podré soportarlo. ¡Ese poco hemos tenido una escena espantosa! Ya ves que te hablo como a un hijo. Lo principal es que es muy fácil que Aglae se esté burlando de su madre. Acabo de decirte que, hace más o menos un mes, Eugenio se declaró a ella no le quiso aceptar como prometido; esto lo hemos sabido por sus hermanas... ¡bajo la forma de conjeturas...! Por lo demás, deben de estar en lo cierto. ¡Yo no vi en mi vida una criatura más autoritaria y fanática que ella! Todas las grandezas del alma, todas las brillantes cualidades del corazón y del espíritu, están reunidas en Aglae, es seguro de ello; pero, en cambio, tiene un carácter demasiado caprichoso, hurañoso... Hace un momento se está burlando de su madre, de sus hermanas y del príncipe Chitchi; me ha hablado, a pesar de que me escrutaba sus carcajadas, con todo aplomo los días: "¡esa loca (esa apreciación me sorprendió mucho, pues coincide con lo que tú has dicho) se le ha

metido en la cabeza, cueste lo que cueste, casarse con León Nikolaievitch; ¡no lo han admitido ustedes!, y con ese fin obra así, para indisponernos con Eugenio Pavlovitch". Sin mirar una palabra más ni darnos otra explicación se la echó a reír dejándonos a todos con la boca abierta, pues se ha ido dando un gran portazo. Después me ha ido contando lo que pasó entre vosotros dos... Y... y... escuchadme, querido príncipe, no te forjes ilusiones; ella se divierte a tus expensas, como hace con nosotros y con todo el mundo; nos mistifica a todos, para distraerse. Y ahora adiós, pues ya hemos charlado bastante.

Al quedar solo, Muichkine miró en derredor de sí, y preguntándose a abandonar la quinta, atravesó rápidamente la calle y se acercó a una ventana iluminada, dobló un papel que durante todo el tiempo que duró la conversación con el general había tenido en su puño fuertemente apretado y leyó las siguientes líneas:

Mañana, a las siete, estará en el banco verde de sí, y preguntándose a abandonar la quinta, atravesó rápidamente la calle y se acercó a una ventana iluminada, dobló un papel que durante todo el tiempo que duró la conversación con el general había tenido en su puño fuertemente apretado y leyó las siguientes líneas:

Mañana, a las siete, estará en el banco verde de sí, y preguntándose a abandonar la quinta, atravesó rápidamente la calle y se acercó a una ventana iluminada, dobló un papel que durante todo el tiempo que duró la conversación con el general había tenido en su puño fuertemente apretado y leyó las siguientes líneas:

Mañana, a las siete, estará en el banco verde de sí, y preguntándose a abandonar la quinta, atravesó rápidamente la calle y se acercó a una ventana iluminada, dobló un papel que durante todo el tiempo que duró la conversación con el general había tenido en su puño fuertemente apretado y leyó las siguientes líneas:

Presencia de vivísima agitación y de tenor inexplicable, el príncipe se alejó con gran presteza de la ventana; pero al retroceder bruscamente, echó contra un individuo que estaba situado a sus espaldas.

—Le tengo siguiendo, príncipe.

—¿Es usted, Kell? —preguntó Muichkine, sorprendido.

—Lo andaba buscando, Alteza. Estuve esperándolo mucho rato en la puerta de los Epantchín, pero, como es natural, no pude acercarme a usted, pues salió... con Iván Fedorovich. Bien, pero que declare que he venido para ponerme por completo a sus órdenes; disponga de Kell, príncipe, estoy pronto a sacrificarme y a morir si es necesario...

—¿Pero, por qué?

—¿Alguna vez, príncipe, que de un momento a otro puede recibir los padrinos para un duelo? El teniente Molestovtsov, a quien yo conozco aunque no personalmente, no dejará impune lo que para él es un insulto. A nosotros, es decir, a Roguine y a mí, por considerarnos de la clase baja, uno nos podrá explicaciones, siendo usted, por lo tanto, el indicado para tener un duelo con él. Quiero, príncipe, pagar los platos rotos, príncipe. Tengo entendido que ya ha pedido informes suyos, y es muy posible que a estas horas estén los padrinos esperándole en su casa de usad.

—¿Así que usted también cree en la posibilidad de un duelo? —exclamó Muichkine lanzando una carcajada que dejó estupefacto a Kell.

Este, que aun no sabía si su oferta sería aceptada o no, y que estaba sobre ascuas, sintióse algo ofendido por aquella imprevista hilaridad.

—No olvide, príncipe, que le sujeté antes por los brazos, y un caballero no perdona semejante ultraje, mucho menos si el ultraje fué hecho en público.

—Y él, en cambio, me dió un puñetazo en el pecho —respondió el príncipe sin dejar de reír, de manera que no existen razones para batirme en retirada, sino en cambio, si es preciso batirme, nos batiremos; así lo quiero. Además, ahora ya sé cómo se carga una pistola... ¡Ja, ja, ja!

—Venga conmigo a tomar champaña... Tengo doce botellas que le he comprado a Lebedeff; nos reuniremos unos cuantos amigos y, seguramente, nos emborracharemos todos... ¿es capaz de irse a dormir con esta proposición?

—Sí, príncipe.

—Pues bien, que goce de hermosos sueños.

¡Ja, ja, ja!

El príncipe atravesó la calle y se internó en el parque, dejando a Kell algo intrigado.

—No hay dudas de que está excitado —murmuró Kell—, de estas cosas que le suceden han alterado sus nervios; pero salta a la vista que no tiene miedo. En verdad que está claro de personas no son cobardes. Pero, aparte de eso, no hay que olvidarse de la gran novedad del día: ¡dóce botellas! Una docena de botellas de champaña ya es una razonable cantidad y no hay por qué despreciarla...

El príncipe vagó largo rato por el parque, absorbiendo en sus pensamientos, sin darse cuenta de dónde se hallaba.

Al fin se internó por una especie de calle bordeada de grandes árboles en cuyo final vio el banco verde y, algo más retirado, el viejo árbol.

Habría sido muy difícil al príncipe decir lo que pensaba durante ese paseo de casi una hora por el parque; no se que se hubiera olvidado, sino simplemente que no pensaba.

Si, en cambio, cuando se detuvo frente al banco verde, varias cuestiones se le presentaron, provocándole gran hilaridad, y no porque fueran cosas risibles, sino porque aquella noche tenía grandes deseos de reír.

La primera cuestión que se plantó fué la de que la suposición de un probable duelo no habría nacido solamente en la cabeza de Kell, y por lo tanto, las explicaciones sobre la manera de cargar una pistola, no habían sido una casualidad.

Una idea repentina cruzó por su mente, iluminándola como un rayo de luz.

—Ella bajó a la terraza y se mostró muy sorprendida de verme sentado en un rincón, estubo muy risueña y me ofreció té; sin embargo, llevaba ya en la mano este papel; luego sabía que me había de encontrar allí. ¡Por qué fingió, pues, tanta sorpresa! ¡Ja, ja, ja!

Sacó el bolsillo el papelito y se lo llevó a los labios; pero a los pocos segundos se puso en extremo pensativo.

—¿Es raro! —exclamó con amargura al cabo de unos segundos.

En los momentos de más intensa alegría, invadiale una profunda tristeza cuya causa no podía adivinar.

—¿Cómo se explica que haya venido aquí a estas horas? —se preguntó mirando en su derredor.

Sintiéndose cansado se dejó caer en el banco. Profundo silencio reinaba por todas partes, y era muy posible que en el parque no hubiera otra persona que Muichkine; serían cerca de las doce.

Era una de esas noches tranquilas, tibias y luminosas de principios de junio; pero en el sitio donde el príncipe se encontraba, la obscuridad era casi completa debido a lo frondoso del follaje.

Si en aquel momento alguna persona hubiese dicho que estaba enamorado, se hubiera asombrado de ello, re- chazando con indignación aquella idea. Y si le hubieran dicho que la carita de Aglae era un billete amoroso por el cual la joven le pedía una entrevista galante, hubiese enojado.

Todo eso era perfectamente sincero; jamás tuvo dudas al respecto; jamás admitió la más mínima idea "mixta" referente a sus relaciones amorosas entre Aglae y Ivánovna y él.

Habría avergonzado pensar tal cosa; la hipótesis de que un hombre como él podía ser amado, le parecía una monstruosidad.

Suponiendo que algo había de verdad en lo que pensaba, quería creer que la joven lo tomaba como un simple pasatiempo, y esta idea le parecía muy lógica para explicar todo aquello, que, a decir verdad, le tenía bastante preocupado.

Un rato antes, cuando el general, debido a su agitación, dejaba escapar que Aglae se burlaba de todo el mundo, incluso del mismo príncipe, admitió sin discusión ese punto de vista, sin sentirse ofendido por ello.

Lo principal, a sus ojos, era que a las siete de la día siguiente por la mañana estaría sentado al lado de ella en el banco verde, y era muy posible que insistiera en enseñarle cómo se cargaba una pistola mientras él la contemplaba a su sabor.

Una o dos veces le vino a la mente qué asunto importante tendría la joven que comunicarle; pero, en el caso de que fuera verdad, no pensaba en ello, ni tenía interés en saberlo.

El ruido de pasos sobre la arena le hizo levantar la cabeza. Un hombre, cuyos rasgos físicos no era posible distinguir a causa de la oscuridad, fue a sentarse a su lado. El príncipe se acercó a él bruscamente y reconoció al punto el pálido rostro de Rogojine.

Sabía que andarías oculto por aquí y andaba buscándote; afortunadamente, he dado pronto contigo —dijo Parfenio entre dientes.

Era la primera vez que se veían frente a frente desde su encuentro en el corredor de la posada.

Sorprendido por esta aparición inesperada, el príncipe quedóse por unos instantes mudo de asombro y el corazón oprimido por una dolorosa sensación.

Rogojine, adviniendo la impresión que había causado su presencia, al principio desconcertóse algo, pero luego, para disimular, comenzó a hablar con desenvoltura, lo cual no engañó al príncipe, que se dio cuenta de que aquella tranquilidad era aparente.

—¿Cómo has podido saber que yo estaba aquí? —preguntó Muichkine por decir algo.

—Me lo dijo Kellner a quien vi en tu casa, pues te he estado allí para verte —contestó Rogojine. Al decirme que estabas en el parque, me he alegrado, pues eso me venía muy bien. —¿Qué quieres decir? —preguntó éste, alarmado.

Parfenio enrojeció, pero dejó sin contestación la pregunta.

—He recibido tu carta, León Nicolaievitch; pero todo es inútil... es tiempo para decir verte a todo alta para hablarte de un asunto muy urgente. Me encargó que yayas hoy mismo a su casa.

—¿Iré mañana; ahora me voy a casa. ¿Me acompañas?

—¿Para qué? Ya te dije lo que tenía que decirte. Adiós.

—¿Es que no piensas venir conmigo cuando voy a casa de ella? —dijo afablemente el príncipe.

—Eres un hombre sorprendente, León Nicolaievitch —respondió Rogojine sonriendo agramente. A la verdad, no hay más remedio que admirarte.

—¿Por qué? ¿Qué motivos tienes para odiarme de ese modo? —dijo Muichkine profundamente apenado. —Ya viste tú mismo que todas tus suposiciones eran falsas. Además, yo creía que no persistías en un odio que no tenía razón de ser, porque ya olvidé por completo al Parfenio Semenovich que atentó contra mi vida, para sólo acordarme de aquel Rogojine con quien cambié hace pocos días, fraternalmente, mi cruz; que tú le decías en mi carta de ayer, a fin de que no pensaras más en aquella locura y no dejaras de hablarme. ¿Por qué te apartas de mí y no aceptas mi mano de amigo? Te repito que considero como un sueño todo lo que pasó; sé perfectamente cómo estabas tú aquel día. Lo que tú sospechabas, no existía ni podía existir; ¿por qué, pues, ha de subsistir nuestra enemistad?

—Tú no eres capaz de ser enemigo de nadie —repuso Rogojine contestando con una cargada a las calorosas palabras del príncipe.

Hablase separados dos pasos de Muichkine y no era posible verle las miras.

—En adelante es imposible que vaya a tu casa, León Nicolaievitch —añadió con lentitud y en tono serrenco.

—¿Hasta tal punto me detestas?

—No puedo detestarte, León Nicolaievitch! Siendo así, ¿cómo puedo ir a tu casa?

Parfenio sonrió de nuevo, y continuó así:

—Tal vez no me he arrepentido aún de lo que hice y ya te apresuras a enviarme tu perdón... Acaso aquella misma noche estuviese pensando en otra cosa muy diferente y que eso...

—Lo olvidaste de inmediato —interrumpió el príncipe terminando la frase de Rogojine. Pero eso ya lo sabía. Jurar que en seguida finiste a tomar el tren para Pavlovsk, te hiciste conducir al Waux-Hall, y una vez allí, te diste a seguir a los ojos entre la muchedumbre, precisamente como hiciste hoy. ¿Crees que eso me sorprende? Si no hubieses estado aquel día dominado por una idea fija que te impedía pensar en otras cosas, con toda seguridad que no hubieras levantado sobre mí tu mano armada de un cuchillo. Aquel día, cuando te vi por la mañana en tu casa, presenté lo que iba a suceder, pero figurar cosa así en aquellos momentos! Este sentimiento aumentó cuando cambiaron nuestras cruces. Después, ¿por qué me condujiste delante de tu madre? Era una precaución que tomabas contra tí mismo; ¿no es cierto? Evidentemente, tú hiciste todo aquello sin pensarlo, por instinto irresistible, de la misma manera que yo no dudé instintivamente de tus intenciones... Los dos tuvimos en aquel momento la misma sensación. Si entonces no hubieras levantado tu brazo contra mí, yo que me culpaba a mí mismo, al haber dado pábulo a tus sospechas con mi conducta! ¿Por qué frances el entrecéjigo?

—¿De qué te sonries? ¿Yo no estaba arrepentido!... Aunque quisieras estarlo, no te sería posible, puesto que me detestas, y aunque revieses la seguridad de que yo soy un ángel, me odiarías lo mismo, pues tienes la creencia de que ella me prefiere a mí; esos son celos que debes deshechar de tu mente, ya que en estos pocos días he llegado a la conclusión de que es a tí a quien Anastasia ama más que a nadie en el mundo; más aún, te hace sufrir precisamente porque te ama. Esto no se confiesa, es preciso advertirlo. Y si no, ¿por qué quiere casarse contigo? Ella llegará en que ella misma te lo diga. Hay mujeres que quieren ser amadas así, y ella se cuenta en ese número. Tu carácter y tu pasión deben de impresionarla sobrenaturalmente, ¿por qué una mujer es capaz de armentar cruelmente a un hombre, de cubrirle de injurias y sarcasmos, sin sentir el menor remordimiento porque lo hace con el intento de recompensar luego con inmenso amor los sufrimientos que le ocasiona?

Una sonora carcajada fue la contestación de Rogojine al discurso del príncipe.

—Me parece, príncipe, que tú has encontrado una mujer por el estilo, según él decir, ¿es cierto?

—¿Qué te dijeron? —preguntó vivamente Muichkine, esperando una respuesta, amablemente y con timidez.

—No es gran cosa lo que sé, pero ya veo que es cierto —añadió—. Te desconozco, príncipe; meeta te of hablar de esa manera. De no haber prestado crédito a lo que me han referido de tí, ten por seguro que no hubiera venido en tu busca ni me encontraría a medianoche en este parque, conversando contigo.

—No te entiendo, Parfenio Semenovich —repuso Muichkine.

—Hace días que ella misma me dijo algo sobre el particular, y hoy pude comprobar con mis ojos que era verdad, pues te vi sentado al lado de esa señorita en el Waux-Hall. Ayer, y aun hoy, Anastasia me juró que tú estás locamente enamorado de Aglae Epantchine. Esto, como podrás suponer, no me importa, pues no es asunto de mi incoherencia; pero es el caso que, a pesar de haberla tú olvidado, Anastasia te sigue amando y me dijo que no se casará conmigo hasta que no vea realizado tu matrimonio con esa muchacha. Por más que me devan los sesos, no puedo comprender este asunto: ¿por qué, si te ama con esa pasión sin límites, quiere que te cases con Aglae? Ella dice: "Quiero verte feliz". Entonces, es que te ama todavía.

—Te dije muchas veces que ella no está en su

cahal juicio —repuso el príncipe, a quien las palabras de Rogojine habían hecho sufrir lo indecible.

—¿Quién sabe! A lo mejor te equivocases... De todos modos, hoy, cuando la acompañé a su casa desde el Waux-Hall, señalé definitivamente la fecha de nuestro casamiento para dentro de tres semanas; lo juré sobre la cruz; así, pues, príncipe, ese juramento recae también contigo; ¡a casarse tocan! ¡Ja, ja, ja!

—Todo eso son locuras —replicó Muichkine—. Por lo que a mí se refiere, eso que acabas de decir no se realizará jamás, ¡jamás!... Mañana iré a tu casa...

—Sólo tú la rienes por loca —contestó Rogojine—. De los demás, nadie la ve bajo ese aspecto, y así debe ser, pues de lo contrario se vería por sus caras.

—¿Qué carías? —preguntó el príncipe con ansiedad.

—Ella escribe cartas *allí* para *aquella*, que las lee con avidez. ¿Ignorabas tú eso? Pues bien, ella misma te enseñará seguramente esa correspondencia.

—¿Me resisto a creerlo! —exclamó Muichkine. Tú no conoces todavía la vida, León Nicolaievitch. Escucha, tienes que tomar un policía particular a sueldo, y que te ayude a espiar, y entonces puede que te enteres de algo; pero, no obstante...

—¡Basta, no me hables más de eso! —interrumpió vivamente Muichkine—. Escucha, momentos antes de tu llegada pasaba silencioso y pensativo, y de pronto me entraron grandes ganas de reír sin saber por qué; después, dando libre curso a mis ideas, me acordé de que me casaba con una muchacha. ¿Es cerca de medianoche? ¡en, pues, a mi casa a esperar el nuevo día; tengo champañita y brindaremos tú por mi felicidad y yo por la tuya. Si no quieres venir, devuélveme mi cruz y yo te daré la que me diste. ¿La llevas contigo?

—Sí —contestó Rogojine.

—Pues bien, vamos. Quiero que asistas al principio de mi nueva vida, pues debes saber que una nueva existencia empieza para mí desde hoy. ¿Ignorabas que hoy nace para mí una nueva aurora, Parfenio?

—No me pasa inadvertido que empiezo para tí una nueva existencia; se lo diré a ella. No te encuentras en tu estado normal, León Nicolaievitch! —

*XXX

Hablábase como de cosa cierta en tertulias y salones del próximo enlace del príncipe León Nicolaievitch con la señorita Aglae Ivanovna. Haciale éste la corte con tal asiduidad y menudeaba sus visitas a la quinta Epantchine de tal modo, que nadie dudaba de que el *idiotia* era recibido con los brazos abiertos no sólo por el general, sino también por Isabel Prokofiévna, cuyos nervios no se alteraban ya al pensar que podía tocarle en suerte semejante yerno.

Las volubles hermanas de la prometida tampoco miraban con malos ojos este enlace, que antes les parecía más absurdo que irrealizable.

Pero dos semanas después, esto es, a principios de julio, un suceso tan extraño como inesperado fue la comidilla de todas las conversaciones.

El príncipe encontró un día a Anastasia Filipovna radiante de belleza y cayó a sus plantas enajenado de amor, suplicándole que le aceptase por esposo, y como la hermosa protergia de Torzky no fué dueña de sobreponerse a su emoción ni pudo permanecer insensible a un ruego tan vehemente y sincero, pocos días después se anunció oficialmente el matrimonio de León Nicolaievitch Muichkine con Anastasia Filipovna, señalado para fecha muy próxima.

Cada cual refería a su modo y lo comentaba a su sabor que un príncipe en vísperas de contraer matrimonio con una joven de familia rica y distinguida, hubiérala abandonado de improviso para unirse con lazos indisolubles a una cortesana.

El príncipe, entretanto, se pasaba los días y

gran parte de la noche en compañía de Anastasia, sin recatarse de pasear con ella por el Waux-Hall, cuando más concurrido estaba el antiguo parque de Pavlovsk.

Algunos días después del anuncio de su próximo enlace, Muichkine recibió la visita de Eugenio Pavlovitch, que iba a reprocharle su inspección y defensiva ruptura con Aglae.

—Yo moriré durmiendo — dijo el príncipe a su interlocutor al tiempo de despedirse —; presiento que morirá esta noche durante el sueño, antes de mi casamiento moriré, seguramente.

Sin embargo, el presentimiento de Muichkine no se realizó antes de la fecha indicada ni dormido ni despierto. Tal vez era cierto que su sueño lo agitarían terribles pesadillas; pero en cuanto al día siguiente se reunía con Anastasia, desechaba toda idea de muerte, olvidaba sus sueños y se mostraba contentísimo y ávido de vivir muchos y felices años al lado de su amada.

Se activaron febrilmente los preparativos para la boda, que había de verificarse ocho días después de la visita de Eugenio a Muichkine.

En vista de esto, los amigos del príncipe, suponiendo que tuviese alguna enfermedad, hubieran debido comprender la inutilidad de sus esfuerzos para salvar a aquel pobre loco; no obstante, se esparció el rumor de que el general Panchine y su esposa no eran ajenos a la visita que Eugenio Pavlovitch hiciera al príncipe.

Entretanto Kolja, que por todos los medios imaginables había tratado de impedir el insensato casamiento de su amigo, cumplió con sus deberes filiales a la cabecera del lecho de su padre moribundo. El general Ivoguine falleció de resultas de un ataque cardíaco y el príncipe asistió al entierro de la misma manera que durante la corta enfermedad del pobre anciano había menudado sus visitas a Ana Alejandrovna para infundirle ánimos primero y decirle frases de consuelo después.

Su presencia en la iglesia durante los funerales del general Ivoguine provocó los mismos murmullos de desagrado y reprobación que cuando paseaba por el parque o recorría las calles de Pavlovsk.

El príncipe estaba conmovido y medio trastornado, y contestando a Lebedeff, que no pudo por mecos de preguntarle la causa de su turbación, le dijo que era la primera vez que asistía a un entierro ortodoxo; a lo más recordaba muy vagamente haber presenciado una ceremonia semejante en la iglesia de la aldea donde pasó los primeros años de su niñez.

—¿A quién busca? — volvió a preguntar Lebedeff, al notar que el príncipe escuchaba con mirada ávida la concurrencia.

—¿A nadie... habíame parecido...

—¿Es a Rogojine?

—Pero ha venido?

—Sí, está aquí, en la iglesia.

—En efecto, he creído ver sus ojos — murmuró el príncipe con visible agitación —, ¿pero quién le invita?

—Nadie; la familia Ivoguine no le conoce. Ha entrado confundido con el pueblo. ¿Pero de qué se sorprende? Ahora lo veo a menudo; la semana pasada me lo tropecé cuatro veces aquí en Pavlovsk.

—Yo no he vuelto a verle desde aquella noche — balbuceó el príncipe.

Como Anastasia Filipovna no le había dicho nunca si desde el día que le mandó en su busca al parque le había encontrado, en parte alguna, el príncipe supuso que Rogojine tenía razones muy poderosas para no dejarse ver en público.

Durante el resto de aquel día, Muichkine estuvo siempre preocupado y sonrioso. Anastasia, por el contrario, se mostró más contenta y conversadora que nunca.

Kolja, que durante la enfermedad de su padre habíase reconciliado con el príncipe, le propuso que nombrase padrinos de su boda a Keller y a Bourdovsky.

Ana Alejandrovna y Lebedeff hicieron algunas atinadas observaciones a Muichkine. Bien estaba que se casara con Anastasia Filipovna, puesto que no había poder humano que le disua-

diara de su empeño, ¿pero por qué había de celebrarse la boda precisamente en Pavlovsk donde los ánimos estaban tan excitados y se celebraba el próximo enlace como un acto de insensatez? ¿No era preferible celebrarlo en cualquier capilla privada de San Petersburgo?

Muichkine comprendió todo el alcance de estas insinuaciones; pero se limitó a responder que tal era el deseo de Anastasia Filipovna.

El día siguiente Keller, orgulloso de haber sido designado padrino de la boda, presentóse en casa de Muichkine, y antes de atravesar el umbral de su aposento extendió el brazo en actitud de prestar un solemne juramento y exclamó con voz sonora:

—¿No beberé más que agua!

Seguidamente se acercó al príncipe, le estrechó con fuerza brutal la mano y declaró que desde el primer día había visto con agrado aquel proyecto matrimonial y que así lo había dicho sin empacho a cuantos quisieron oírle.

Los envidiosos, los maldicientes y los cortos de alcance, eran de otro parecer, y como en todas las reuniones de la ciudad se hablaba mucho y mal de ese matrimonio, era preciso hacérselo entrar en razón a todos y de esto se encargaba el propio Keller.

—He oído decir que le preparan una serenata nada agradable la misma noche de su boda, para la cual agotaron todas las existencias de latas y pitos que había en la ciudad y pidieron otros a San Petersburgo. Pero nada tema, príncipe: ¡aquí me tiene usted provisto de excelente revolver y ganas de darle gusto al diablo! Sin embargo, no estaría de más proveerse de una manga de riego para disolver a los manifestantes y poner fin a la encerrada apenas comiencen a ensordecernos.

Lebedeff se opuso enérgicamente a que se aprobase los planes de batalla de Keller, cuyo resultado sería no dejar piedra sobre piedra en su quinta.

—Este Lebedeff conspira contra usted, príncipe. Quiere someterlo a su tutela, apoderarse de su dinero y, por añadidura, de su libre albedrío y de su voluntad.

A oídos de Muichkine habían llegado ya los rumores de que le hablaba Keller; sin embargo, al oír a éste lo olvidó todo y se echó a reír. Era indudable que desde hacía tiempo Lebedeff maquinaba algo; los ruegos y las insinuaciones de este hombre, acompañadas siempre de una especie de fúebre, ofrecían demasiadas complicaciones para que tuviesen éxito. Cuando más tarde se confesó al príncipe (tenía por costumbre invariable, después de cada fracaso, ir a confesarse con aquel en cuyo perjuicio conjuraba) le refirió todas sus artimañas.

Hecho esto, Lebedeff se dio a buscar la protección de elevados personajes que le apoyaran con su influencia en caso necesario, y con este objeto se presentó en la quinta de Epantichine.

Isabel Prokofievna no quiso siquiera recibirle. Eugenio Pavlovitch y el príncipe Clutch no trataron de disimular la repugnancia que les causaba y le negaron su conserjo.

No por eso se desanimó Lebedeff y fué a consultar con un famoso y respetable abogado, de quien era amigo.

El juriconsulto admitió que podía impedirse perfectamente la celebración de aquel matrimonio, siempre que los médicos atestiguaran y algunos testigos confirmasen sus informes que uno de los contrayentes no estaba en el pleno goce de sus facultades mentales.

Esta respuesta llenó de júbilo a Lebedeff, y al siguiente día condujo a su casa a un médico.

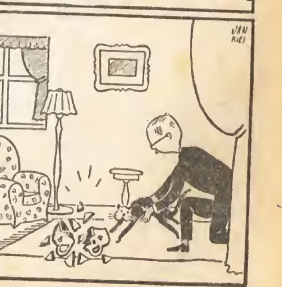
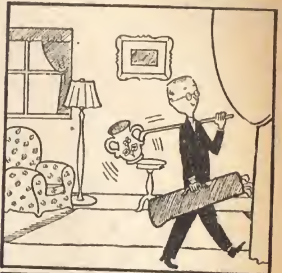
El doctor, que a la sazón vernácula en Pavlovsk, ostentaba la vena de la Orden de Santa Ana y, según decía, iba únicamente a tantear el terreno, a ponerse en inmediato contacto con el príncipe y juzgar de primera impresión el estado de sus facultades mentales antes de someterle a una verdadera y prolija observación médica.

Muichkine se acordó de esta visita mientras hablaba Keller, así como también de que la visita de la visita del médico se esforzó por con-

DON TEMBLEQUE, UN HOMBRE TIMIDO

ESTRATEGIA

Por JAN - KIEL



fugitivos; pero en seguida comprendieron que sus esfuerzos serían inútiles.

—Ya es demasiado tarde —dijo Keller—. Por otra parte, a viva fuerza no podríamos hacerla volver.

—Además, el príncipe desaprobaba lo que hiciesen en ese sentido —apoyó Bourdovsky vivamente contrario.

Rogojine y Anastasia llegaron con tiempo sobrado a la estación.

Apenas bajaron del coche, Parfenio acercóse a una joven que pasaba en aquel momento envuelta en una bata de color oscuro y tocada con un velo negro, y le dijo, iniciando la acción a la palabra:

—Le doy cincuenta rublos por la bata y el velo.

La joven quedóse aturrida y algo asustada por la expresión feroz del rostro de Rogojine y lo extraño de la proposición que le hacía; pero antes de que tuviese tiempo de reponerse, Parfenio habíale despojado del velo y le ayudaba a desvestirse de la bata.

Un minuto después, el tren partía conduciendo a la puerta fugitiva.

La noticia del rapto llegó inmediatamente a oídos de la multitud que se apiñaba a la puerta de la iglesia.

Cuando Keller atravesó la nave para reunirse con el príncipe, fueron varias las personas que le hicieron, ávidas de conocer los pormenores del maldito suceso.

—No hubiera sospechado siquiera la posibilidad de lo que ha ocurrido —dijo el príncipe con voz apenas perceptible, en cuanto le hubo enterado Keller del hecho—. Sin embargo, dada su posición... lo encuentro muy natural.

Seguidamente, Muichkine abandonó el templo, sin que nada demostrase en el pesar ni abatimiento.

Sin embargo, ansiaba llegar a su casa para encontrarse solo; pero hasta esta última satisfacción le fue negada, pues varios de sus invitados, sobre todo Prizine, Gabriel Arakelovitch y el médico se obstinaron en acompañarle a su domicilio y permanecieron con él hasta las diez.

Kolia fue el último en retirarse, después de haber ayudado a su amigo a cambiarse de traje.

Momentos después no quedaba nadie en la quinta. Bourdovsky había ido a ver a Hippolite; Keller y Lebedeff también estaban ausentes. Únicamente Viera permaneció aún largo rato en la quinta para poner en orden las habitaciones.

Mas antes de retirarse a su habitación, entró en el cuarto donde se había retirado Muichkine. Estaba sentado ante una mesa con el rostro oculto entre las manos. La joven acercóse a él silenciosamente y le tocó en un hombro. El príncipe la miró un instante con aire de sorpresa, como si de momento no la reconociera, y le rogó luego encarecidamente que le esperase a las siete de la mañana del día siguiente, pero tenía necesidad de ir a San Petersburgo en el mismo tren.

La joven dirigíase hacia la puerta para marcharse; pero apenas había puesto la mano en el picaporte, el príncipe la agarró por un brazo y atrayéndola hacia sí la estrechó fuertemente contra su pecho, suplicándole que guardase el secreto de su proyectado viaje a la capital.

Viera se retiró presa de la más viva inquietud, y a la mañana siguiente llamó a la puerta del príncipe, advirtiéndole que sólo faltaba un cuarto de hora para la salida del tren de San Petersburgo.

Muichkine no se había desvestido para dormir; y al abrir la puerta apareció sereno y sonriente, lo cual tranquilizó algo a la muchacha.

XXXI

Cerca de las diez de la mañana, Muichkine subió la escalera de la casa de Parfenio y llamó inútilmente a la puerta del departamento ocupado por éste. Por último, abrióse la puerta, donde habitaba la madre de Rogojine,

y el príncipe pudo preguntar por el rapto de su novia.

—Parfenio Rogojine no está en casa —le contestó la anciana criada que salió a recibirle.

—¿Puede usted decirme, a lo menos, si durmió aquí anoche y si vino solo o acompañado? —interrogó Muichkine.

La sirvienta, que examinaba con curiosidad de pies a cabeza al extraño visitante, dejó sin respuesta esta pregunta.

—¿Vino con el Anastasia Filipovna? —insistió Muichkine.

—¿Pero quién es usted?

—El príncipe León Nikolaievitch Muichkine, amigo íntimo de Pafenio Semenovitch.

—Pues bien, repito que no está en casa —repuso la criada.

—¿Y Anastasia Filipovna?

—No la conozco siquiera.

—¿A qué hora volverá Parfenio Semenovitch?

—¿Qué sé yo! —contestó la criada bajando los ojos y cerrando bruscamente la puerta.

El príncipe resolvió volver al cabo de una hora.

En el patio tropezó al portero.

—¿Está en casa Parfenio Semenovitch? —le preguntó.

—Sí, señor.

—¿Entonces por qué me acaban de decir que está ausente?

—¿Quién se lo dijo?

—La criada que sirve a su madre.

—Puede ser que haya salido, pero no pasó por la portería, de eso estoy segurísimo. A veces sale por la puerta de atrás y se lleva la llave consigo sin decir nada a nadie, de manera que se pasan los días sin que se sepa dónde anda metido —contestó el portero.

—¿Abste usted si ayer volvió a casa?

—Sí, puesto que le vi entrar.

—¿Vio también Anastasia Filipovna?

—No, señor; sus visitas son muy raras, y si hubiese venido la hubiera visto, pues no me reiré un momento de la portería.

Muichkine salió, y se puso a pasear de arriba abajo por la acera, sin saber qué partido tomar. En el departamento de Rogojine las ventanas estaban herméticamente cerradas. El príncipe atravesó la calle y se situó en la acera de enfrente para examinar mejor las ventanas de las habitaciones de Rogojine; pero no sólo estaban cerradas, sino también bajadas las cortinas. De pronto le pareció a Muichkine que una de estas cortinas se levantaba y que desde detrás de ella le miraba Parfenio, mas la visión fue tan rápida, que el príncipe creyó firmemente que se había engañado.

—¿Ah, qué idea! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? En su momento alojamiento la encontraré, seguramente.

Tres semanas antes, al ausentarse ella de Pavlovsk, le dijo que se hospedaría en Iznalovsky Polk, en casa de una señora conocida suya, viuda de un profesor y madre de numerosa familia.

Y allí se dirigió el príncipe, en la firme creencia de que Anastasia conservaría sus habitaciones en casa de la viuda para cuando por un motivo u otro tuviese que ir a San Petersburgo.

Muichkine tomó un carruaje y dio al conductor la dirección de la viuda del profesor.

Nueva decepción le esperaba allí: la buena señora hacía tres días que no tenía la menor noticia de Anastasia, que fuese precisamente el príncipe quien buscase a la joven. Era, pues, evidente que la duena de casa estaba al corriente del proyectado casamiento de Anastasia con el príncipe, y de ahí su justificada sorpresa. La viuda lo invitó cortésmente a que descansase un momento, y el príncipe, rodeado al punto de las nueve hijas de la viuda, la mayor de las cuales contaba quince años, se vio obligado a pasar un breve resumen de lo ocurrido si quiso calmar la inquietud y la curiosidad de la duena de casa, a la que se había unido

además su hermana y su madre, ávidas de enterarse de la aventura.

Las señoras menudaron las exclamaciones de estorpio y Muichkine hubo de extenderse, a su pesar, en nuevos pormenores. Por último, le aconsejaron que volviese sin pérdida de tiempo a casa de Rogojine y no se cansase de llamar hasta que le abriesen la puerta, sin hacer caso a quien le dijese que el rapto de Anastasia se encontraba ausente de su domicilio o de San Petersburgo. Mas si realmente Rogojine no estaba en su casa o se obstinaba en no recibirle o no contestarle, debía ir a visitar a una señora alemana que vivía en Semonovsky-Polk, amiga de Anastasia.

El príncipe se levantó desconolado, y como contestase a las señoras, las cuales le pidieron su dirección en la capital por si algo tenían que comunicarle, que no tenía domicilio fijo, le brindaron con una de las habitaciones anexas, asegurándole que desearan ayudarle en sus investigaciones. Muichkine reflexionó un momento y resolvió, en caso de no encontrarle, dirigirse a la señora alemana, donde se había hospedado cinco semanas antes, es decir, la misma en que Rogojine intentó asesinarle. Dicho esto, despidióse y dio orden al cochero de que le condujera de nuevo a casa de Parfenio.

Esa vez no fué sólo la puerta del departamento de Rogojine la que permaneció cerrada a pesar de sus repetidas y violentas llamadas, sino también la de las habitaciones de su madre.

El príncipe, aludido y contrariado, bajó al patio y no tardó en encontrar al portero, el cual, atarado como estaba en sus habituales ocupaciones, contestó en tono desabrido a sus reiteradas preguntas. Sin embargo, juró y perjuró que estaba segurísimo de que Rogojine había marchado en el primer tren a Pavlovsk, donde se proponía pasar todo el día.

En ese caso, le esperaré, puesto que ha de volver antes de la noche —dijo el príncipe.

—Es muy posible que vuelva después de las ocho —observó el portero.

—No importa —replicó Muichkine, y añadió, insistiendo en la pregunta que le había dirigido en su primera entrevista—, pero el día de ayer lo pasó aquí o por lo menos durmió en su cuarto, ¿no es eso?

—Desde luego...

Eso era muy extraño en el intervalo de una visita a otro, dieron, sin duda, órdenes terminantes y concretas a la criada, pues mientras la primera vez charlara hasta por los codos, ahora era sumamente parco.

Muichkine resolvió volver a pasar al cabo de dos horas y así ponerse de centinela frente a la puerta, si fuese necesario, y entretanto iría a visitar a la señora alemana, quien tal vez podría darle los informes que necesitaba.

Así, pues, se hizo conducir a Semonovsky-Polk, pero allí ni siquiera le entendieron.

Muichkine retiróse apresuradamente. De pronto se le ocurrió que Anastasia, por qué no bien habiéndose refugiado en Moscú, como ya hiciera en otra ocasión parecida, y que, naturalmente, Rogojine la había seguido, si es que no había ido con ella.

—Si a lo menos pudiese dar con una pista cualquiera! —se dijo.

A pesar de sus preocupaciones, el príncipe no se olvidó de que tenía aún que buscarse un alojamiento y dirigióse a la Liza, donde le seguía le dieron un cuarto. El mozo le preguntó si quería comer; Muichkine contestó naturalmente que sí y cuando se dio cuenta de ello se irritó en sí mismo, porque así debería media hora por lo menos.

Mas, pensando mejor, sentóse tranquilamente a la mesa, puesto que tenía tiempo sobrado para lo que se proponía hacer.

Terminada la comida, abandonó la fonda, cuyo oscuro corredor le produjo una indecisa sensación de angustia, y se dirigió nuevamente a casa de Parfenio.

Rogojine no había vuelto. En vano se cansó de tirar del cordón de la campanilla y ya iba a retirarse descorazonado, cuando se abrió la

puerta de enfrente y apareció la anciana que le recibiera la vez primera, diciéndole que Parfenio se hallaba ausente desde por la mañana y que no regresaría hasta dentro de tres o cuatro días.

Menos afortunado que por la mañana no pudo encontrar al portero. Atravesó, pues, el desierto calle y la calle y, conforme a lo que había hecho en sus visitas anteriores, fué a situarse en la acera de enfrente, donde permaneció media hora con la mirada fija en las ventanas del departamento de Rogojine.

El calor era asfixiante.

Esta vez no vio nada; las ventanas continuaron cerradas y echadas las cortinillas blancas.

El príncipe se persuadió aún más de que había sido una alucinación lo que creyó ver por la mañana, y se dirigió inmediatamente a Izmailovskiy, donde le esperaba la viuda del profesor.

Esa señora había ido ya a dos o tres casas, incluso a la de Rogojine, pero sus investigaciones fueron infructuosas: nada pudo averiguar.

El príncipe escuchó en silencio, con aire distraído, y pidió que le enseñasen las habitaciones de Anastasia, que eran dos, bien iluminadas y espaciosas y amuebladas con lujo severo y elegante.

Muichkin examinó y tocó todos los objetos que los dos aposentos encerraban. Sobre una mesita de centro había una novela.

El príncipe la hojeó rápidamente y pidiendo permiso para llevársela la guardó en el bolsillo a pesar de haberse advertido que era propiedad de un salón de lectura donde Anastasia la había adquirido.

En un rincón, cerca de la ventana, había una mesita de juego y quiso saber quiénes eran los jugadores que se servían de ella.

La viuda satisfecho al punto su curiosidad diciéndole que Rogojine y Anastasia jugaban todas las noches al *domraki*, al *melnik* o al *subotj*.

El príncipe quiso llevarse alguna baraja, pero no fue posible satisfacer su deseo, porque Rogojine se llevaba cada noche la baraja de que se había servido.

Terminada la minuciosa visita, o, por mejor decir, registro de las habitaciones de Anastasia, la viuda aconsejó al príncipe que volviese a casa de Parfenio, pero no en seguida, sino al anocheecer, rogándole que, antes de retirarse a descansar, volviese a verla, aunque fuera a las diez de la noche, para ponerse de acuerdo sobre las investigaciones que fuera necesario hacer al día siguiente. La viuda, por su parte, le prometió ir a Pavlovsk con objeto de ponerse al habla con Daria Alexievna, la cual estaría ya, sin duda, enterada del paradero de Anastasia.

El príncipe volvió a pie a la funda, y en cuanto estuvo en su habitación dejóse caer en un sofá, con desaliento y sumiéndose en profundas reflexiones.

Pensó primero que Viera y Lebedeff estaban al tanto de lo que ocurría y que, en todo caso, nadie mejor que el curial podía ayudarle en sus pesquisas; pero en seguida desechó esta idea y Rogojine ocupó por completo su pensamiento.

—Si Parfenio se encuentra realmente en San Petersburgo — se decía —, estará oculto más o menos tiempo, pero acabará por venir a verme... Es natural que lo haga y mucho más que venga aquí, pues sabiendo que no tengo domicilio en la capital habrá supuesto al punto que me hospedaba en ésta fuese por ver si la que conozco... Sin embargo qué objeto vendrá? ¿Se acercará a mi cuarto o me acercará en el corredor, armado de cuchillo, como la vez pasada?... Si es dichoso, se olvidará de mí: pero si es desgraciado... y seguramente lo es, no me perdonará, y en el obscuro corredor de esta funda...

El príncipe no dudaba de que tarde o temprano, aquel mismo día se le presentaría Rogojine. Era, pues, natural que no pensara en moverse de su habitación, con objeto de que Parfenio le encontrase cuando fuese a visitarle; pero no pudo dominar su impaciencia y se lanzó a la calle.

En el corredor reinaban profundas tinieblas. —Y si ahora saliese de la hornacina y me hun-

diese el puñal en el pecho? — se dijo acercándose al hueco donde Rogojine habíase ocultado la noche que acató con su vida.

El hueco estaba vacío, y el príncipe continuó su marcha algo más tranquilo.

La concurrencia era muy numerosa en la calle. Muichkin dirigióse resueltamente a un patio de Pois, pero cuando se hallase a unos cincuenta pasos de la funda, sintió que alguien le tiraba de la americana, y al darse vuelta, vio con profundo estupor a Rogojine que, inclinándose hacia él, le decía al oído:

—León Nikolaievitch, amigo mío, ven conmigo.

Cosa extraña: el estupor del príncipe cedió a una vivísima alegría a la vista del raptor de Anastasia, y con voz que la emoción hacía temblorosa, le dijo que, un momento antes, esperaba encontrarle en el corredor de la funda.

—Pues allí estuvo — contestó Rogojine.

Esta respuesta inesperada sorprendió al príncipe, pero no se dio cuenta de su sorpresa hasta diez minutos después.

—Sígueme — añadió Rogojine.

—Por qué no preguntaste por mí, puesto que estuve en la funda? — le dijo bruscamente Muichkin.

Parfenio se detuvo, miró fijamente a su interlocutor, y tras de una breve pausa contestó, desentendiéndose de la pregunta que éste le había hecho:

—Escucha, León Nikolaievitch, ve derechamente a mi casa... ya sabes el camino; yo iré por la acera de enfrente, pero no me pierdas de vista, porque es indispensable que lleguenos juntos.

Dicho esto, atravesó la calle y al llegar a la acera opuesta vió al príncipe parado y absorto contemplándole; le hizo con la mano seña de que continuase.

Caninaron así unos quinientos pasos, preguntándole el príncipe qué motivos podía tener Parfenio para no ir junto a él por la acera, y mirar receloso como si hubiera de alguien.

De pronto se estremeció; una sospecha terrible cruzó por su mente, y llamando con un gesto a Rogojine le preguntó con ansiedad, apenas se le hubo reunido:

—¿Está en tu casa Anastasia Filipovna?

—Sí.

—¿Eras tú el que me miraba esta mañana por detrás de los visillos?

—Sí.

—Entonces...

El príncipe interrumpióse, pues se había olvidado de la pregunta que quería hacer. Además, el corazón le latía con tanta violencia que apenas le permitía articular trabajosamente las palabras. Rogojine le miró con aire pensativo.

—Bien — dijo —, vuelve a tu casa; continúa sin perderme de vista y ajusta tu paso al mío. No conviene que nos vean juntos...

Al fin llegaron a casa de Rogojine, cuando era ya completa la obscuridad.

El príncipe sentía que se le doblaban las rodillas, que iba a caer desfallecido en medio de la acera.

—El portero no me espera — dijo Rogojine al oído, sonriendo con una sonrisa que causaba espanto. Cuando salió le dijo, lo mismo que a mi madre, que pasaría la noche en Pavlovsk; por lo tanto, es menester que nadie nos vea entrar y que no hagamos el menor ruido.

Dicho esto, comenzó a subir las escaleras cautelosamente, llevando de la mano al príncipe, para evitar que tropezase; abrió la puerta de su departamento con infinitas precauciones y volvió a cerrar la puerta cuando entraron, guardando las llaves en el bolsillo.

A pesar de su calma aparente, Rogojine estaba agitado.

Sin pronunciar palabra condujo a Muichkin al salón que precedía a su dormitorio, y llevándole de la mano, hasta el hueco de la ventana, comenzó su explicación.

—Cuando llamaste a mi puerta esta mañana yo me encontraba aquí y advertí al punto que eras tú el visitante. Andando de puntillas, apli-

qué el oído a la cerradura y no perdí palabra de cuanto dijiste a la criada de mi madre. Perdías el tiempo, León Nikolaievitch, pues yo tenía advertidos a todos de que debían contestar invariablemente que yo no estaba en casa. Cuando salí me dije: "Ahora se situará en la acera de enfrente para vigilar a quien entre o salga de mi casa". No me equivocó: vino en seguida a esta ventana, levante un poco los visillos y te vi ahí, mirándome fijamente...

—Déjemos eso — interrumpió el príncipe — y dime dónde está Anastasia Filipovna.

—Aquí — contestó Rogojine tras un instante de vacilación.

—¿Pero, en qué aposento?

—Ven conmigo.

Entraron en un dormitorio. En la habitación reinaban densas tinieblas. Las noches blancas del verano de San Petersburgo comenzaban a ser menos claras, y a no haber sido por los rayos de luna que se filtraban a través de las ventanas, no se hubieran podido distinguir los objetos.

No obstante, los rostros de los amigos veíanse aunque muy confundidos.

Rogojine estaba pálido; sus ojos, fijos obstinadamente en Muichkin, tenían un brillo extraño.

—¿Por qué no enciendes una bujía? — preguntó el príncipe.

—De ninguna manera! — exclamó vivamente Parfenio, y tomando a su interlocutor por un brazo le obligó a sentarse, al mismo tiempo que se dejaba él caer en una silla frente al príncipe. Estaban tan cerca que sus rodillas se tocaban. A su lado había un pequeño velador.

Significó un corto silencio que rompió al fin Rogojine, diciendo:

—Supuse que te hospedarías en la misma funda de la vez anterior; cuando entré en el corredor pensé: "Quizá él me está esperando con la misma impaciencia que yo le espero". Dime, ¿estuviste en casa de la viuda del profesor?

—Sí.

—Lo habías sospechado... "Luego habláremos", dije para mí, y pensé: "Esta noche le llevaré a mi casa para que me haga compañía..."

—Rogojine, ¿dónde está Anastasia Filipovna? — interrumpió el príncipe poniéndose en pie y temblando.

Parfenio se levantó también.

—Ahí — contestó señalando el lecho.

—¿Duerme? — interrogó el príncipe en voz baja.

Rogojine lo volvió a mirar fijamente. —¿Quieres verla?... Bueno..., pero..., vamos, ven acá.

Levantó un poco una colgadura, y añadió con voz sorda:

—Pasa.

El príncipe obedeció.

—¿Que observes qué esto! — exclamó.

—Se ve lo suficiente — replicó Parfenio.

—¿Pero si apenas vea la cama!

—Acércate — repuso en voz queda Rogojine.

El príncipe adelantó dos pasos más y se detuvo. Durante un minuto miró sin ver. Los dos hombres guardaban un silencio sepulcral. El príncipe estaba tan agitado que se hubieran podido oír los latidos de su corazón.

Al fin sus ojos se acostumbraron a la obscuridad y pudo ver que en la cama yacía una persona casi muerta; inmóvil; no se oía tampoco su respiración. Un paño blanco le cubría la cabeza, y una sábana el cuerpo, que se abujaba netamente. La alcoba estaba en completo desorden: sobre la cama, en las sillas, en el suelo, por todas partes había prendas de vestir y en revuelta confusión un magnífico traje de novio, flores y lazos. En la mesita de luz brillaban, en medio de la obscuridad, los diamantes y las alhajas de que se había despojado la durmiente antes de acostarse. Entre un montón de encajes, que hacían el efecto de una mancha blanca en un paño negro, sobresalía un pie diminuto que parecía de una estorva. La inmovilidad de aquel cuerpo infundía miedo.

Cuanto más la miraba más siniestra era la

impresión que le causaba al príncipe el silencio de muerte que reinaba en aquel aposento.

De pronto salió una mosca y fue a posarse en la almohada. El príncipe se estremeció.

—Vámonos —le dijo Rogojine rodeándole el brazo.

Abandonaron la alcoba y volvieron a sentarse frente a frente.

Los estremecimientos que agitaban el cuerpo de Muichkine eran más frecuentes y violentos.

—Observo, León Nicolaievitch —dijo Parfenio—, que te tiemblas como cuando te va a dar algún ataque. Lo mismo te sucedió en Moscú, ¿te acuerdas? Sentiría que tuvieras ahora algún ataque, pues no sabría cómo atenderle.

El príncipe lo escuchaba con gran atención, esforzándose por comprender lo que le decía y con la mirada obstinadamente fija en su interlocutor.

—¿Fuiste tú? —preguntó señalando con un gesto la alcoba.

—Sí —contestó Rogojine bajando los ojos.

Y añadió seguidamente, volviendo sin transición al objeto que le preocupaba antes de la pregunta de Muichkine:

—Porque si ahora tuvieras un ataque de epilepsia, tus gritos se oírían en el patio y en la calle, sospecharían que hay aquí gente, llamarían a la puerta... y entrarían... Todo el mundo cree que yo estoy en Pavlovsk. No quisiera prender la luz por eso... Cuando salgo, me llevo las llaves y estoy fuera tres o cuatro días sin que durante mi ausencia nadie pueda entrar en mis habitaciones ni para hacer la limpieza. Así, para que yo no se sepa que hemos pasado aquí la noche...

—Escucha, Parfenio: esta tarde le pregunté al portero y a la vieja criada si Anastasia Filipovna había dormido aquí... de modo que ya saben...

—Estoy enterado de que hiciste esa pregunta y por eso me apresuré a asegurar la coartada diciéndole a la sirvienta que Anastasia Filipovna había venido realmente, pero que, al cabo de diez minutos, regresó a Pavlovsk. Nadie absolutamente sabe que pasé aquí la noche. Antes que llegásemos a mi casa yo que no podríamos entrar sin ser vistos; pero ella salvó los inconvenientes caminando de puntillas y levantándose la falda de seda para que no metiese ruido; era ella, en fin, la que tomaba mayores precauciones... porque te tenía miedo. En el tren parecía verdaderamente loca, tanto era su pánico, y accediendo a sus ruegos la conduje aquí, pues mis intenciones eran haberla llevado a su alojamiento en casa de la viuda. —Ah, no! —me dijo—; allí me encontraría en seguida; ocúltame en tu casa y mañana, con el primer tren, nos iremos a Moscú, o, mejor aun, a Orel". Y se acostó repitiendo, que íbamos a Orel...

—¿Y qué piensas hacer ahora, Parfenio?

—Me tienes sobre ascuas con tus continuos estremecimientos. No hay aquí más cama que esa; pero había pensado tomar los cojines de los dos sofás y echarlos en el suelo, a la entrada de la alcoba, donde dormiríamos tú y yo...

—Porque si vienen se los llevarán en seguida... Nos preguntarán, confesé, ¿te fui yo... y me prenderán en el acto... Pues bien, antes que esto suceda, quiero que ella repose ahí, cerca de nosotros... cerca de ti y de mí...

—¡Sí, sí! —aprobó calurosamente el príncipe.

—En la inteligencia de que no debemos consentir ni permitir que se la lleven.

—¡Oh, llevársela, de ninguna manera!

—Esa era, precisamente, mi intención: no cederle a Rogojine, que no pudiera ser más que mí —repuso Muichkine—. Velaremos aquí, juntos, sin hacer ruido... Pasé todo el día a su lado, menos una hora que salí esa mañana y el rato que pasó fuera cuando fui a buscarle... Pero tengo que el hedor nos delata... ¿No sientes nada? La temperatura es ardiente... y...

—Me parece que sí, que siento algo, pero no lo sé... Mañana es cuando seguramente el olor a...

—La envolví en tela encerada, la cubrí luego

con una sábana y coloqué en la alcoba cuatro botellas destapadas de agua Idanoff...

—¿Como en?... ¿cómo?

—Por lo del olor... Mañana, cuando sea de día, la verás... ¿Pero qué te pasa? ¿Si no puedes tenerle en la silla!

—Se me doblan las rodillas... tiemblo..., es el miedo, el terror..., pero esto pasará...

—Espera, voy a preparar nuestra cama, nos acostaremos..., y escucharemos porque todavía no estoy decidido, amigo mío... todavía no

DESPUES DE CASEROS...

los crónicos de

HECTOR PEDRO
BLOMBERG

que publicará en sus páginas

LEOPLAN

a partir del número próximo, poseen tanto interés para el lector que busca distracción como para el estudiante. En ellas revive una época dramática de la historia argentina y se recuerdan aquellos personajes que, tras la caída de don Juan Manuel de Rosas, buscaron en la oscuridad y en el silencio la paz y la preservación de sus vidas.

DESPUES DE CASEROS...

ofrecerá a los lectores de

LEOPLAN

una fuente de auténtico y perdurable deleite intelectual.

estoy decidido, pero te lo digo para que estés prevenido.

Mientras decía estas enigmáticas palabras, Rogojine se puso a preparar la cama. Era evidente que desde por la mañana pensaba en esto.

La noche anterior había pasado tendido en un diván; pero en él no cabían dos personas y a toda costa quería dormir al lado de su amigo. Así, pues, tomó los pesados almohadones de dos divanes, atravesó pesadamente el cuarto y los tendió junto a la colgadura de la alcoba. Hecho esto, acercó al príncipe, lo tomó por debajo de los brazos con exaltada ternura, y haciéndolo acostar en la almohada de la izquierda, el mejor, se echó, vestido como estaba, en el otro, cruzando las manos sobre su cabeza.

—Ahora —dijo, bruscamente— hago mucho

calor y empieza a notarse un hedor que pronto será insuportable. No me atrevo a abrir la ventana, las habitaciones de mi madre hay muchas y fragantes flores... pero sería arriesgado traerlas aquí, porque la criada es demasiado curiosa.

—Si, es muy curiosa —asintió el príncipe.

—Podía haber comprado muchos ramos y cubrirla de flores... pero tampoco conviene.

En la mente del príncipe confundíanse las ideas; buscaba angustiosamente la pregunta que quería hacer y la olvidaba en cuanto la había encontrado.

—Dime, Parfenio, ¿cómo fue? ¿Con un cuchillo? ¿Con aquel que yo tuve en las manos?

—preguntó, al fin, tras un sobrecuanto esfuerzo.

—Sí, con el mismo.

—Tengo que preguntarte muchas cosas... pero será mejor que me cuentes minuciosamente lo que pasó... Tú querías matarlo antes de las bendiciones nupciales, atravesarle el corazón con tu cuchillo en el atrio de la iglesia, ¿no es cierto?

—No sé lo que quería hacer —repuso Parfenio en tono desahogado.

Parecía sorprendido de semejante pregunta o más bien que no la había comprendido.

—¿Llevabas el cuchillo cuando fuiste última-mente a Pavlovsk?

—Nunca llevé armas. En cuanto a ese cuchillo, he aquí lo único que puedo decirte, León Nicolaievitch —añadió Rogojine después de una corta pausa—: lo tomé esta mañana del cajón en que lo había guardado, pues todo esto ocurrió esta mañana, de tres a cuatro de la madrugada. Estaba aún dentro del libro en que tú lo dejaste... Lo que me sorprende es que el cuchillo penetró unas cuantas pulgadas nada más... debajo del seno izquierdo y apenas brotó de la herida media cucharadita de sangre...

El príncipe estremecióse violentamente.

—Sí, sí, comprendo —repuso presa de terrible agitación—: sé de lo que se trata, porque lo he en alguna parte... se llama hemorragia interna... a veces no sale ni una gota de sangre, cuando el golpe fue bien dirigido al corazón...

—¡Silencio! ¿Oyes? —interrumpió bruscamente Rogojine, sentándose presa del mayor espanto—: ¿Oyes?

—No —contestó el príncipe con viva inquietud.

—Se oyen pasos en la sala...

Amibos aguzaron el oído.

—Ahora los oigo —dijo Muichkine en voz baja, pero segura.

—¿Vienen hacia aquí?

—¡Sí parece.

—¿Y si corrieramos el cerrojo?

Así lo hicieron, y más tranquilos volvieron a acostarse.

Signó un prolongado silencio.

De pronto Muichkine tomó la palabra; había aferrado al vuelo, por decir así, una de las ideas fugaces que perseguía, y temió que se le volvieran a escapar.

—¡Ahora voy a decir— exclamó incorporándose con un brusco movimiento—: quería una baraja... sí, la baraja con que tú jugabas de noche con ella en casa de la viuda, porque vosotros juzgáis, ¿verdad?

Rogojine no contestó en seguida.

—Sí —murmuró al fin.

—¿Dónde está la baraja?

—La llevo en mi bolsillo —respondió tras de un silencio más prolongado que el primero—: aquí la tienes.

Y diciendo esto, presentó a Muichkine una baraja que acababa de sacarse del bolsillo.

El príncipe la tomó con cierta vacilación.

Un nuevo y penoso sentimiento le embargaba; comprendía que en aquellos momentos y desde mucho tiempo atrás, todo lo que decía o hacía no era lo que él hubiera querido decir o hacer; se hacía cargo de que ya no le servía para nada la baraja que tenía en las manos y que tanto había deseado, y se levantó presa de indelible agitación.

Rogojine no se dio cuenta de este movimiento; permanecía inmóvil, tendido en los almoha-

donces, sus ojos, desencajados, brillaban con siniestros destellos en medio de la obscuridad. El príncipe sentóse en una silla y lo miró con temor. Así transcurrió media hora. De repente, Pariofenio, olvidándose de que tenía que hablar en voz muy baja, comenzó a gritar como un loco:

—¡El teniente! ¡El teniente! ¡Te acuerdas con qué furia Anastasia le cruzó el rostro con el bastoncillo! ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre teniente! ¡Ja, ja, ja! ¡Dí, ¿te acuerdas de la escena en el parque de Pavlovsk? ¡Que divertido fue aquello! ¡Ja, ja, ja!

El príncipe saltó de su asiento, invadido de intenso terror. Afortunadamente, Rogojine guardó silencio, y entonces Muichkine sentóse junto a él: el corazón le latía con inmisericordia violencia y a duras penas podía respirar mientras contemplaba a su amigo. Este no volvió la cabeza hacia el príncipe; diríase que se hallaba olvidado de su presencia.

Pasaban las horas; el alba comenzaba a desgarrar los velos de la noche...

De vez en cuando, Rogojine quebraba el silencio profiriendo palabras incoherentes o lanzando gritos y carcajadas ruidosas. Entonces el príncipe extendía su mano temblorosa, le tocaba suavemente la cabeza y acariciaba los cabellos y las mejillas...

El temblor que poco antes le agitaba volvió a apoderarse de él, y de nuevo perdió por completo sus facultades.

Una nueva sensación, de indecible sufrimiento, le oprimía angustiosamente el corazón.

Entretanto, a través de los empujados cristales del aposento filtrábase los primeros rayos del sol.

Venido, al fin, por el cansancio y la desesperación, el príncipe tendióse sobre el almohadón apoyando su rostro contra la cabeza de Rogojine. Las ardientes lágrimas que brotaron de sus ojos bañaban las mejillas de su amigo; pero Pariofenio no se daba cuenta del llanto ni de los actos del príncipe.

Cuando algunas horas después se abrió la puerta, los que entraron en la habitación lo encontraron privado de los sentidos y presa de una fiebre atómica. A su lado estaba sentado León Nikoláievitch, inmóvil y silencioso.

Cada vez que el enfermo deliraba, lanzando agudos gritos, el príncipe le pasaba en seguida su mano temblorosa por los cabellos y las mejillas, para hacerle callar con sus caricias.

Pero Muichkine no entendía ninguna de las preguntas que le dirigían ni reconocía a sus propios amigos.

Si el doctor Schneider hubiese visto en aquel momento a su antiguo enfermo, recordando el estado en que se hallaba éste cuando fué conducido a su manicomio, hubiese exclamado con el mismo desaliento con que lo hizo entonces: *¡Idiota!*

CONCLUSION

Conforme prometiéramos al principio, la vida del príncipe corrió a casa de Daria Alejevna, y ésa fue desde el día anterior sentía la mas viva inquietud, más presa de un verdadero espanto al oír las explicaciones de la visitante. Las dos mujeres, de común acuerdo, resolvieron que lo más conveniente sería ponerse al habla con Lebedeff, ¡cual, como amigo y arrendador del príncipe, no estaba menos afectado. Siguiendo los consejos del curial, decidiese que los tres irían a San Petersburgo para prevenir en lo posible lo que pudiera ocurrir, ya que supieron por Viera Iukianovna que Muichkine había partido para la capital.

Resultado de las investigaciones del curial y de las dos mujeres fué que, a las once de la mañana, la policía presenció en el domicilio de Rogojine.

El portero hizo importantes declaraciones, entre ellas la de que, la víspera, había visto entrar

a Rogojine acompañado por un caballero y que ambos entraron con gran sigilo, como si temiesen ser vistos. Ante estas declaraciones y después de haber llamado en vano durante largo rato, la policía no titubeó en forzar la puerta.

La fiebre cerebral tuvo a Rogojine durante dos meses entre la vida y la muerte; cuando se restableció, al fin, fué vista la causa. Su confesión, sincera y completa, hizo que el príncipe fuese al instante descartado de aquel proceso.

Su abogado demostró con claridad y lógica que el crimen habíalo cometido el reo bajo el influjo de una afección cerebral, enfermedad que le aquejaba desde hacía largo tiempo y que ya antes de eso le había ocasionado grandes sufrimientos morales.

Rogojine, sin contradecir a su defensor, tampoco le apoyó en lo más mínimo, limitándose a exponer con gran exactitud todos los detalles del crimen.

Reconoció culpable, pero con la admisión de varias atenuantes, Pariofenio fué condenado a quince años de trabajos forzados en Siberia.

En silencio e impasible escuchó el terrible fallo.

Su cuaniosa fortuna, de la que sólo había desbrochado una parte relativamente insignificante, a poder de su hermano Senén Semenovitch, La anciana señora Rogojine vive todavía y a veces parece recordarse de su querido Pariofenio; en el naufragio de su mente, la pobre mujer ignora por lo menos la tragedia desarrollada en su casa.

Lebedeff, Keller, Gania, Pitzine y varios personajes de nuestra historia, siguen haciendo su vida ordinaria, sin que en la misma haya sobrevenido ningún cambio digno de mención. Hipólito murió un poco antes de lo que esperaba, o sea quince días después que la pobre Anastasia Filipovna; su agonía fué espantosa.

Kolia, impresionadísimo por los últimos acontecimientos, resolvió no moverse más del lado de su madre, y ésta dice que el demasiado melancólico para su edad.

Gracias en parte a sus gestiones, se han tomado las medidas necesarias para atender al príncipe León Nikoláievitch.

De todas las personas que en aquellos días había conocido, Muichkine Pavlovitch era el que le quería más confianza; fué, pues, a verle y en cuanto le puso al corriente de los sucesos y del estado mental del príncipe, éste se le ofreció incondicionalmente para cuanto fuese necesario hacer en favor de Muichkine.

Y a los pocos días, acompañado del propio Eugenio, el príncipe ingresó en la clínica del doctor Schneider, en Suiza.

Eugenia Pavlovitch, después de dejar a Muichkine en Suiza, decidió permanecer también él una temporada fuera de Rusia.

Cada dos o tres meses va a visitar a su pobre amigo el príncipe; en cada visita encuentra al doctor Schneider más descorazonado, y si bien no dice que la enfermedad de Muichkine es incurable, no duda que es muy difícil que llegue a curarse algún día.

Eugenio se interesa tanto por el estado del príncipe, que después de cada visita a la clínica del doctor Schneider, envía un largo y minucioso detalle del curso de la enfermedad del príncipe a la persona que reside en San Petersburgo. La persona a quien Eugenio Pavlovitch dirige estas cartas, no es otra que Viera Iukianovna Lebedeff. Ignoramos cómo nacieron estas relaciones, pero es de suponer que tuvieron su origen en la última y terrible aventura del príncipe, la cual impresionó de tal suerte a la hija de Lebedeff, que estuvo a punto de costarle una enfermedad.

Si hemos hecho mención de esta correspondencia, es porque en ella se nombra de vez en cuando a la familia Epantchine y en particular a Aglae Ivanovna.

En una carta algo incoherente que Pavlovitch

le escribió a Viera desde París, hacíale saber que Aglae se había enamorado de un conde polaco refugiado en Francia, con el cual no tardó en casarse a despecho de la oposición de los padres de ella.

Seis meses después, durante los cuales estuvo sin noticias de Eugenio, Viera recibió una extensa carta suya, en la que le comunicaba que en una de sus visitas al príncipe Muichkine había encontrado allí al príncipe Chitch y a la familia Epantchine, excepto al general, a quien sus compadres no le permitían abandonar San Petersburgo.

La entrevista fué altamente emotiva; todos acordaron con grandes demostraciones de amistad a Eugenio Pavlovitch; Alejandra y Adelaida se creyeron también obligadas a significarle su admiración por la conducta que había observado con Muichkine después de la desgracia de éste, y en vista del estado de postración del desventurado León Nikoláievitch, Isabel Prokofievna no pudo contentarse el llanto.

En aquella ocasión el príncipe Chitch hizo ciertas insinuaciones que autorizaron a Pavlovitch para suponer que no reinaba la mejor armonía entre Adelaida y su prometido; pero estaba convencido de que, a la larga, la razón y la experiencia de Chitch se impondrían a los caprichos de la exaltada joven.

Además, la reciente lección que el Destino había dado a Aglae, habíale causado un doloroso estupo, y meditaba mucho acerca de la suerte de su hermana menor.

En el corto espacio de seis meses, la familia Epantchine tuvo repetidas ocasiones de comprobar que eran muy justificadas sus aprensiones respecto a la unión de su hija con aquel individuo.

Su marido, que no era cande ni emigrado político, tuvo que abandonar su patria porque estaba complicado en un asunto bastante sucio; pero supo demostrar con tanta veracidad su pena por la patria íctima y dióse tal muestra de independencia, que Aglae, ya de por sí amante de las grandes empresas por su ardiente imaginación, no tardó en amar a aquel hombre.

Habíase enamorado de la joven de tal modo el pseudo conde, que ya antes del casamiento entró ésta a formar parte de un complot secreto que laboraba para la restauración de la nacionalidad polaca.

Como es de suponer, tampoco existía la colosal fortuna del marido de Aglae, de lo cual dió pruebas irrecusable a Isabel Prokofievna y al príncipe Chitch; y como si eso fuera poco, el polaco terminó por indisponer a Aglae con su familia, cesando por completo sus relaciones.

En resumen, había mucho que contar, pero todos aquellos sucesos habían impresionado de tal modo a Isabel Prokofievna, a sus hijas y al mismo príncipe Chitch, que no se atrevieron a mencionar ciertos hechos al hablar con Eugenio Pavlovitch, de quien, sin embargo, sabían que estaba enterado de los errores cometidos por Aglae Ivanovna. La pobre Isabel Prokofievna hubiese querido volver a Rusia, y siempre, según la carta de Eugenio Pavlovitch, criticaba con toda amargura las costumbres del extranjero: "En ninguna parte saben cocer el pan como es debido" — decía ella a su interlocutor —, "En invierno, la gente se hiela como ratones en un sótano. Pues bien, por lo menos, he podido llorar aquí como se llora en Rusia al lado de ese pobre hombre", y con gran emoción mostraba al príncipe, quien no la reconocía, "bastas de fotografías, ya es hora de escuchar la raza". Y todo esto, todo ese Occidente, vuestra Europa toda, no son más que fantasías, y también nosotros, cuando nos hallamos en el extranjero, somos fantasmas... ¡No olvide usted lo que le digo, pues ya verá que tengo razón!", terminó la generala así irritada, despidiéndose de Eugenio Pavlovitch.

EL PARIS DE LOS ESTUDIANTES...
EL PARIS DE LOS NOBLES Y LOS BURGUESES
EL PINTORESCO Y COLORIDO PARIS ROMANTICO

VIVE EN LAS PAGINAS INMORTALES DE

"EL PADRE GORIOT"



de HONORATO DE BALZAC, que
publicará en su PROXIMO NUMERO

LEOPLÁN

El gran conocedor del alma humana narra con vívidos detalles la tragedia de una sociedad que, por no estar conforme consigo misma, termina por destruirse y por perder sus añejas virtudes.

EN LEOPLÁN EL 2 DE OCTUBRE

LA SUERTE DE ROARING CAMP

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 20)

—Pero —añadió Stumpy rápidamente usando de estas ventajas— estamos aquí para un bautizo y lo tendremos: Yo te bautizo, Tomás La Suerre, según las leyes de los Estados Unidos y de California, y... en nombre de Dios.

Era la primera vez que el nombre de la Divinidad se profería en el campamento de otro modo que profanadamente. Esta forma de bautizo era tal vez más risible que la que había concebido el satírico Boston, pero, cosa extraña, nadie reparó en ello, nadie se rió. Tommy fué bautizado tan seriamente como lo hubiera sido bajo las bóvedas de un templo cristiano, y lloró y fué consolado a la manera ortodoxa.

Y de esta manera principió la obra de regeneración de Roaring Camp. Casi imperceptiblemente se operó en el campamento un cambio. La cabaña destinada a Tommy La Suerre, o a La Suerre, como más comúnmente se le llamaba, experimentó las primeras señales de progreso. Fué escrupulosamente blanqueada, luego entarimada con maderas, adornada y enripelada. La cuna de palo de rosa traída de ochenta millas sobre un mulo, como decía Stumpy a su manera, miró lo demás del mueblaje. De este modo la rehabilitación de la cabaña fué un hecho consumado. Los mineros que solían pasar el rato en casa de Stumpy, para ver cómo seguía La Suerre, apreciaban el cambio; y en defensa propia, el establecimiento rival, la especería de Tuttle, se restauró con una alfombra y un espejo. Las indiscreciones de este último mueble, sobre la apariencia del campamento Roaring, tendieron a fomentar costumbres más rígidas de aseó personal; además, Stumpy impuso una especie de cuarentena a aquellos que aspiraban al honor de tener en brazos a La Suerre. Fué una mortificación para Kentuck, quien gracias al descuido de una varonil naturaleza y a las costumbres de la vida de fronteras, había creído hasta entonces que los vestidos eran una segunda piel que, como la de la serpiente, sólo se cambiaba cuando se caía fuera de uso. Sin embargo, fué tan sutil la influencia de la innovación, que desde aquella fecha en adelante apareció regularmente con camisa limpia y cara aun reluciente por las abluciones. Tampoco fueron descuidadas las leyes higiénicas, tanto morales como sociales. Tommy, al que se suponía en necesidad permanente de reposo, no debía ser estorbado por el ruido. La gritería y los alulidos que le habían ganado al campamento su infeliz nombre, (!) no fueron permitidos al alcance del oído de la casa de Stumpy. Los hombres conversaban en voz baja o bien fumaban con gravedad silenciosa; la blasfemia fué tícidamente prohibida en estos sagrados recintos, y en todo el campamento la forma explícita popular: maldita sea la suerte o maldita la suerte, fué desechada como si se la interpretase en sentido personal. La única vocal fué autorizada por suponerse una cualidad eufónica, y cierta canción entonada por Jack, marino inglés, desertor de las colonias australianas de S. M. Británica, se hizo popular como un canto de cuna. Era el relato lugubre de las hazañas de la Aretusa, navío de 74 cañones, cantado en tono menor, cuya melodía terminaba con un estrillido prolongado al fin de cada estrofa: a bo... o... ordo de la Aretusa. Era de ver a Jack mecido en sus brazos a La Suerre con el movimiento de un buque y entonando esta canción naval. Sea por el extraño balanceo de Jack, sea por lo largo de la canción —contenía noventa estrofas, que se continuaban en concienzuda deliberación hasta el descaído fin—, el canto de cuna causaba el efecto propuesto. En tales ocasiones, los mineros se tendían bajo los árboles, en el suave crepúsculo de verano, fumando su pipa y saboreando los melancólicos sonidos. Una vaga idea de que esto era la felicidad pastoral invadía el campamento.

—Esta especie de cosa —decía el Chokney Simons gravemente apoyado en su codo— es celestial.

Le recordaba a Greenwich.

En los días largos de verano, generalmente llevaban a La Suerre al valle, donde Roaring Camp explotaba el oro. Allí, sobre una mancha extendida por encima de ramas de pino, permanecía mientras los hombres trabajaban más abajo. El ruido ingenio de los mineros acachó por decorar esta cuna con flores y arbustos olorosos, llevándola cada cual de tiempo en tiempo matas de silvestre madreselva, azalea, o bien los capullos pintados de las mariposas. Los mineros despertaron de repente a la idea de la hermosura y significación de estas bagatelas que durante tanto tiempo habían bolido descuidadamente. Un pedacito de reluciente mica, un fragmento de cuarzo de variado color, una piedra pulida por la corriente del río, se embellecieron a los ojos de estos valientes mineros y fueron siempre puestos aparte para La Suerre. Maravillaba la multitud de tesoros que dieron los bosques y las montañas para Tommy. Rodeado de juguetes tales como janas los tuvo niño alguno en el país de las hadas, es de esperar que Tommy viviese contento. Parecía descansar en su felicidad, pero dominaba una gravedad infantil en él, una luz contemplativa en sus grises y redondos ojos que alguna vez inquietaba a Stumpy. Era muy dócil y apacible.

Cuentan que una vez, habiendo caminado a gatas más allá de su corral o cercado de ramas de pino entrelazadas que rodeaban su cuna, se cayó de cabeza por encima del banquillo, en la tierra blanca, y permaneció con las abigarradas piernas al aire, por lo menos cinco minutos, con una gravedad inalterable. Lo levantaron una o dos veces. Vacío en recordar otros muchos ejemplos de su sagacidad, que desgraciadamente descansan en las relaciones de amigos interesados. Algunos de ellos no carecían de cierto tinte supersticioso.

Un día Kentuck llegó en un estado de excitación que no lo dejaba respirar:

—¡Hace un momento —dijo—, subí por la colina, y maldito sea mi pellejo, si no hablaba con una urraca que se había posado sobre sus rodillas. Allí estaban ambos tan desenvueltos y sociales, como tú y yo, charlando como dos querubines.

Sea como fuere, ya corrías a gatas por entre las ramas de los pinos o tumbado de espaldas contemplas las hojas que sobre él se mecían, para él cantaban los pájaros, brincaban las ardillas y se movían las flores. La Naturaleza fué su nodriza y compañera de juego. Para él deslizaba entre las hojas, flechas doradas de sol que caían al alcance de su mano; enviaba brisas, para oírsele con el aroma del laurel y de la resina; le saludaban los altos palos campestres familiarmente, y somnolientos zumbaban las abejas, y los cuervos graznaban para adormecerlo. Tal fué el verano, edad de oro de Roaring Camp.

Era un gran tiempo aquel, y La Suerre estaba con ellos. Los filones rendían enormemente; el campamento estaba celoso de sus privilegios y miraba con prevención a los forasteros; no se estimulaba la inmigración, y al efecto de hacer más perfecta su soledad compraron el terreno del otro lado de la montaña que circundaba el campamento como una muralla. Esto y una reputación que se iba acrecentando en el mundo de Roaring Camp. El correo, único eslabón que los unía con el mundo circunvecino, contaba algunas veces maravillosas historias del campamento. Solía decir: "Allí arriba en Roaring tienen una calle que deja muy atrás a cualquier calle de Red-God; tienen alrededor de sus casas emparrados y flores, y se lavan dos veces al día; pero son muy duros para con los extranjeros e idolatran a una criatura india."

Con la mejora del campamento entró un deseo de mayores adelantos: para la primavera siguiente se propuso edificar una fonda e invitar a una o dos familias decentes para que residiesen allí en favor de La Suerre, quien tal vez sacaría provecho de la sociedad femenina. El sacrificio que esta concesión hecha al bello sexo costó a aquellos hombres, que eran tan avaros de escépticos respecto de su virtud y utilidad general, sólo puede comprenderse por su afecto a Tommy. Algunos llegaron a oponerse, pero la resolución no se podía efectuar hasta al cabo de tres meses, y la misma minoría cedía, sin resistencia, con la esperanza de que algo sucedería que lo impidiese, y así sucedió.

El invierno de 1851 se recordará por mucho tiempo en las colinas. Una densa capa de nieve cubrió las sierras: cada riachuelo de la montaña se transformó en un río y cada río en un lago; las caídas se convirtieron en torrentes desbordados, que se precipitaron por las laderas de los montes, arrancando árboles gigantescos y esparciendo sus arrollados despojos a lo largo de la llanura. Red-God fué inundado ya por dos veces, y Roaring Camp estaba ya advertido de ello.

—El agua llevó el oro a estas hondanadas —dijo Stumpy—, ha estado aquí una vez, vendrá otra.

Y aquella noche el North-Fork rebasó repentinamente sus orillas y barrió el valle triangular de Roaring Camp. En la irrupción del agua que arrebatara árboles quebrados y maderas crujientes, y en la obscuridad que parecía deslizarse con el agua, se invadía a poco el hermoso valle, poco pudo hacerse para salvar a Stumpy, la más cercana a la orilla del río había desaparecido. Más arriba, en la hondanada, encontraron el cuerpo de su desgraciado propietario; pero el orgullo, la esperanza, la alegría, La Suerre de Roaring Camp había desaparecido.

Ya se volvían con corazón triste, cuando un grito lanzado desde la orilla los detuvo; era una barca de socorro que venía contra corriente. Dijeron que habían recogido un hombre y una criatura medio exánimes, conio a unas dos millas más abajo. Acaso algunos los conocieran si pertenecían al campamento.

Les bastó una sola mirada para reconocer a Kentuck, tendido, y magullado cruelmente, pero teniendo todavía en los brazos a La Suerre de Roaring Camp.

Al inclinarse sobre la pareja extrañamente junta, vieron que la criatura estaba fría y sin pulso.

—Está muerto —dijo uno.

Kentuck abrió los ojos.

—¡Muerto? —repitió débilmente.

—Sí, buen hombre, y tú también te estás muriendo.

Una sonrisa iluminó los ojos del moribundo Kentuck.

—Muriéndome —repitió—, me lleva consigo. Diga a los muchachos que me quedo con La Suerre.

Y el hombre fuerte, asiendo a la débil criatura, como el que se ahoga se aferra a una paja, descendió en el tenebroso río que corre para siempre a un mar desconocido. ☉

(1) Roaring, de lo roar, rugir o gritar.

LA PARDA BALCARCE

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 7)

tono, incomprensible, salía de sus labios sin sangre, y los ojillos hundidos brillaban en la penumbra del rancho.

—Ella te va a querer, hijo — exclamó de pronto, con risa gatural—; ella te va a querer... Así dicen las cartas...

El cantor experimentó un calofrío. El pájaro andió lo miraba fijamente.

—Me va a querer... — balbuceó.

—Sí... Un día... Las cartas no dicen cuándo... Pero será por poco tiempo...

La vieja guardó los naipes entre sus puchos.

—Las cartas lo han dicho, hijo... Y las cartas de la negra Mercedes no mienten nunca...

—Pregúntale al coronel González... Y a todas las muertitas de San Telmo... Son ocho reales, hijo...

Extendió la mano sarmentosa y pedigrúcia. Lázaro le entregó el dinero. Sus ojos no se apartaban de la bruja.

—Me va a querer... Por muy poco tiempo... ¡Cristo santo!

Lo empujó ella fuera del rancho, seguido por la mirada misteriosa del pájaro.

III

EL preso

—¿Es que lo amas tú, Felipa? Yo no lo quiero nunca...

Mariana envolvió su bordonado en un pañuelo, y miró a su hermana. Estaba más hermosa que nunca, con su vestido de lanteola roja y su rebazo elegante, que llevaba como una blanca.

Felipa había estado hablando de Lázaro Samaniego. Había largos meses que el cantor no aparecía por los barrios del sur. Nadie en el matadero sabía por dónde andaba.

—¿Se habrá ido a las guerras de Rosas? — preguntaba Felipa.

La última vez que lo vieron fue en la Semana Santa de aquel mismo año de 1840. Lázaro había estado con Mariana con nuevo y apasionado requerimiento, en el atrio de San Telmo.

—Por última vez, no, Lázaro...

El mozo palideció al escuchar las palabras terminantes, entre el tañido de las campanas que repicaban el júbilo de la Resurrección. Vio alejarse a las dos entre la caravana de fieles. Y recordó las otras palabras de la negra Mercedes, allá en el rancho de los sanzales:

—Té ha de querer, pero por muy poco tiempo...

Después de la Semana Santa abandonó los barrios del sur. Se perdió en los caminos de la pampa, solo con su pesadumbre y su decepción. La negra Mercedes lo había engañado...

Nadie más que la pobre Felipa y acaso la blanquita de la Concepción propicieron acordarse del misero cantor. Un tropero contó en el matadero que le parecía haberlo visto arreando hacienda una madrugada, allá cerca de Patagones, pero no estaba seguro si era él.

La primavera le vio regresar. Felipa lo encontró en la plaza de la Fidelidad, una mañana de noviembre. Estaba muy flaco, quemado el blanco semámbulo por los vientos y las heladas de los campos.

—¿Dónde anduvo, Lázaro? — le preguntó, conmovida.

El se encogió de hombros.

—Lejos — respondió —, me fui para ver si la olvidaba... Pero no pude... Se me hizo que me iba a morir si no volvía a verla... Y aquí me tiene, Felipa...

Sonetea tristemente. La miraba con melancólica curiosidad, sin atreverse a preguntar por la que atormentaba su corazón.

—Nunca se acordó de mí? — interrogó de repente, haciendo un esfuerzo, y leyó la respuesta negativa en la mirada de la parda.

Voltió a trabajar en el matadero. Pero su guitarra ya no sonaba como antes en los patios

y en las pulperías. Contándole a Felipa que Lázaro se había dado a la peca y a la caña, mas nada dijo a Mariana, que, por otra parte, no lo ignoraba. Después oyó decir que una noche, borracho, pisoteó la divisa federal...

—¡Es la desesperación, pobrecito!... — pensó Felipa, y rezó muchos Padrenuestros por el enamorado sin fortuna.

Llegó el año de 1841, y en los barrios negros comenzaron los preparativos del carnaval. Iba a ser un carnaval bravo. Rosas alojaba cada vez más las cadenas de la negrada, y se aproximaban las orgías de sangre...

Otra vez resacaron los cambindes en la calle Buen Orden. Pero este año los cánticos, los gritos, los mismos tamboros parecían contener un acento de siniestra amenaza; los ojos inyectados de los negros parecían brillar con rojos relámpagos.

—¡Vivan los negros de Rosas!

Mariana y Felipa, muy compuestas, esperaban el paso de los cambindes en Monserrat, como el año anterior. Los ecos del cañonazo flotaban

En el número próximo de

LEOPLAN

se publicará una gran novela:

EL PADRE GORIOT

de HONORATO DE BALZAC, y el primer artículo de

DESPUES DE CASEROS...

interesante conjunto de notas históricas, es los cuales HECTOR PEDRO BLOMBERG recuerda a los hombres que habiendo actuado en el partido rosista y en las proximidades de su jefe, fueron dispersados, después de la batalla, a los cuatro vientos de la República

"LEOPLAN" aparece el 2 de octubre.

sobre la ciudad en bullicio, y un ronco bordonado de guitarras resonaba en las pulperías.

—¡Ahí vienen los cambindes!

De pronto Felipa lanzó un grito agudo. Mariana siguió la dirección de su mirada y vio que un grupo de cuatro hombres abandonaba una pulpería y se internaba por la calle Buen Orden, delante del primer cambindes, que ya llegaba a la plazuela.

Eran tres soldados de color. Uno ostentaba finetas de cabo. En medio de ellos, con las manos atadas a la espalda, las cabelleros castaños al viento, marchaba Lázaro Samaniego.

—¿Manuel! Manuel! ¿Dónde lo llevan?

Felipa, seguida por Mariana, corrió hacia el grupo. Manuel Balcarce, el cabo, se volvió hacia su hermana:

—Lo llevamos al cuartel de Restauradores...

—¿Pero qué ha hecho, Cristo santo? — exclamó la aterrada mujer.

Su hermano la miró tristemente. Luego, fijando los ojos en Mariana, dijo, con lentitud:

—Ha hecho amas contra la Santa Federación...

El gemido mortal de Felipa se perdió entre el estrépito de los cambindes. Una nube de curiosos rodeaba al preso y los soldados.

—¡Vámon!

Se lo llevaron. La multitud se olvidó en seguida de aquel preso que llevaban a un cuartel, y se entregó al ruidoso júbilo de carnaval.

—Vámon a casa, Felipa...

El acento de Mariana era extraño. Felipa la miró, desolada, y no pronunció una palabra.

Al caer la noche, cuando las últimas voces de los cambindes se alejaban hacia el sur, Mariana Balcarce permanecía en la misma actitud, inmóvil, silenciosa. Felipa le había ofrecido mate, pero no quiso tomar nada.

—Esa noche no dormí. Oía las campanadas de Monserrat, y volvía a ver en la oscuridad los ojos azules de Lázaro. La habían mirado de modo tan extraño, como diciéndole: «¿Ves? Me llevaban a la muerte... Y tú tienes la culpa...»

IV

Vispera de amor y de muerte

—¿Se puede ver al señor coronel?

Acababan de tocar Diana en Restauradores. El soldado negro miró con vaga admiración a la hermosa parda que hacía rato esperaba en la puerta del cuartel.

—No sé...

—Soy la hermana del cabo Balcarce... ¿Quiéreme llamarlo?

Pero Manuel ya la había visto y se acercaba.

—¿Qué haces aquí, Mariana?

—Quiero hablar con el coronel...

La miró tristemente.

—Si vienes por él, no hay nada que hacer, hermanita... Lo fusilaron el Miércoles de Ceniza, a las nueve de la mañana... Es orden del Restaurador.

Sintió ella que una congoja de muerte invadía su soberbio corazón. Esa noche trágica se había revelado su secreto. Lo amaba, había amado siempre a Lázaro. Y ella lo había sabido recién ese domingo de Carnaval, al verlo pasar con las manos atadas a la espalda, camino del banoquillo; ella, que lo arrojava a la desesperación, a la muerte...

—¿Ahí viene el coronel... Puedes hablarlo, hermanita...

El coronel Ravetto, un hombre alto, de cabello gris, se detuvo frente a ellos.

—¿Quién es esta mujer, cabo?

—Es mi hermana, mi coronel... Quiero hablar con usted de un asunto grave...

Clavó el nudito sus ojos bondadosos en el bello semblante de Mariana Balcarce.

—De un asunto grave? Venga conmigo...

Solos los dos, le escuchaba en silencio, admirando la hermosura de aquella mujer de color. Ella todo le contó, estremecida por trágica y desesperada emoción. Mientras hablaba, las voces del cuartel le parecían que venían de muy lejos, de un mundo misterioso y terrible.

Finalmente, guardó silencio. El coronel Ravetto llamó al cabo Balcarce, que esperaba cerca.

—Cabo, haga venir al padre Salvatierra en seguida.

Breves instantes después, los ojos alucinados de la pobre Mariana vieron aparecer ante ella a un sacerdote de cabellos canos, con falones en las mangas de la sotana. Era el capellán del cuartel de Restauradores.

—Padre, ¿confió usted al reo que trajeron ayer?

El capellán dirigió una mirada profunda a Mariana.

—Sí, coronel... ¡Pobre mozo!...

—Escuche usted, padre... Este joven, que se llama Mariana Balcarce, quiere casarse con el reo... ¿Está usted dispuesto a casarlos hoy mismo?

—¿En artículo mortal? ¿Y qué dirá el Restaurador?

—El Restaurador no dirá nada, yo lo aseguro. ¿Está usted dispuesto, padre?

El capellán vacilaba aún.

—Y las ceremonias y requisitos previos, coronel?

El coronel frunció el ceño.

—Vámon, padre Salvatierra... No me venga a hablar de derecho canónico, en este momento. ¿A qué hora los piensa casar usted?

El coronel Ravetto, el cabo Balcarce y Felipa

asistieron a la boda, en la capilla del cuartel de Restauradores. Doblaban la campania, y los sargentos negros mandaron ramos de jazmines para aquel casamiento al pie del patíbulo. Los dejaron solos después de la ceremonia. Felipa lloraba angustosamente.

—¡Mariana! ¡Mariana! Yo creí que me iba al infierno, pero primero tenía que saber lo que era el crimen, ¡cómo el condenado a muerte, y sus labios ardientes se posaron por primera y última vez en los de Mariana Balcarce.

V

El carnaval de 1842

Es el año rojo. Rosas ha prohibido la cele-

bración del carnaval en la ciudad de la Santa Federación. Las voces de los antiguos candombes ya no resuenan en los alegres y populosos barrios de San Telmo, Monserrat y de la Concepción.

Ni una guitarra resuena en las pulperías de la calle Buen Orden. Las multitudes de otro tiempo han desaparecido. Las parroquias parecen dormir el súpico silencio del terror.

Las negradas, otrora frenéticas, se agazapan en las rancherías.

Mariana Balcarce, sentada frente a la ventana, en la casita del callejón del Pecado, sueña con las horas lejanas de 1840 y 1841, en aque-

llos carnavales desvanecidos en que Lázaro Samaniego la amó...

Lázaro, Lázaro... Hacía un año que dormía en la zanja de los fusilados. Pero ella no lo olvidaría nunca, nunca.

—Aquí tienes a tu hijo, Mariana... No quiere dormir...

Felipa acababa de entrar en la habitación, con un niño de pocos meses que lloraba ruidosamente, un niño de piel algo oscura, pero de ojos azules.

—Tienes los mismos ojos de Lázaro —dijo Felipa—. Mariana lo besó apasionadamente. En el barrio de Monserrat sonaban, lúgubres, las campanas del carnaval de 1841. ♦

CASTRUCCIO, UN PRECURSOR DE...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 23)

la ley del Registro Civil, con acotaciones de Castruccio en los artículos referentes a exhumaciones en casos de presunción de delito. En una biblioteca del barrio estaban registrados con su firma varios pedidos recientes de traslado de quimica, que aparecían marcados con lápiz en las páginas relativas al arsénico.

—Las rayas no son caligrafía, no prueban nada —objetó el acusado—. Pueden condenar por ellas a todos los estudiantes del distrito que hayan consultado los mismos textos que yo; cualquiera que lee un libro lo subraya, distraídamente o para volver sobre el tema y encontrarlo a primera vista.

Como Orela o Desdémoma

Las pruebas se acumulaban en su contra, mientras Castruccio, imperturbable, terminaba cada vez sus interrogatorios con una frase declamatoria sobre su inocencia:

—La póliza suscripta a mis expensas, demuestra mi alta estimación por el difunto... La nobleza de mi espíritu, hermano del de mi coteráneo San Francisco de Asís, me impide concebir siquiera un crimen tan monstruoso... La Argentina no puede ofender a la madre Italia infamando así a uno de sus hijos... El respeto que debo a las leyes de esta noble y gloriosa nación... ¡Juro que soy inocente y denuncio ante Dios a la fatalidad que me persigue desdrazada de justicia humana!

Negó con tesón inagotable en recursos, hasta que el doctor Agustín J. Drago —el médico legista que había analizado las vísceras de Bouchoy— abrió brecha en su vanidad, diciéndole:

—Usted es sincero cuando dice que su amigo no murió envenenado: el arsénico se empleó para simular la enfermedad, justificar la intervención médica y obtener un cierto beneficio de defunción en regla. Pero usted tiene inteligencia para algo "artístico", si consideramos el asesinato una de las Bellas Artes, como dice Tomás de Quincey; por ejemplo, una asfixia que no deje huellas visibles de violencia, como la occlusión simultánea de la boca y la nariz, hecha con firmeza, pero con delicadeza, artísticamente...

—¡Es cierto, doctor! —exclamó Castruccio. Y asfixió, acuñado por su propensión a asombrar al auditorio: —Es verdad: lo maté como Orela o Desdémoma, sin desparatarlo...

Allí empezó a revelarse su verdadera personalidad, repudiada hasta entonces tras el disimulo, en su lógico afán de negar el delito.

La muerte, valor financiero

Confesó de plano. Dándole un aire novelesco al relato, comenzó por su autobiografía. Infancia pobre, dritras tareas juveniles, soledad, tristeza... una estrella lucha, sembrada de obstáculos, en el camino del enriquecimiento; su fracaso más grande, el de "socio fundador

de La Plata", donde —decía— perdió casi todos sus ahorros, aportados como comerciante para impulsar el progreso de la ciudad naciente. Al volver a Buenos Aires, moral y económicamente deshecho, decidió suicidarse. Antes, redactó su testamento, "su mensaje a una humanidad que no lo había amado porque no supo comprenderle". Ya iba a matarse, cuando "la superconciencia, que sólo ilumina a los humanos en comunicación frecuente con los astros", le hizo reflexionar: "¿Por qué eliminaré yo, si hay tantos seres incultos, sin fantasía ni grandes proyectos humanitarios, vidas inútiles cuya extinción a nadie perjudicaría y a mi pueblo beneficiaría, sin haberles quitado nada más que la existencia, como un lastre innecesario?"

Semejante teoría le llevó a lo que él llamaba "su gran descubrimiento económico", cuya explotación, puesto que era invención suya, quiso monopolizar en los mayor secretos:

—Yo solamente he querido poner en valor —por medio de la muerte y en combinación con el sistema del seguro de vida a corto plazo— vidas que no tienen social ni económicamente valor alguno. Mi plan era financiar todos los gastos —lo que he cumplido religiosamente—, y una vez obtenido el decese, pagado el sepelio, el médico, etcétera, retirar los beneficios correspondientes al capital invertido, esto es: cobrar el monto de la póliza. La eliminación de los asegurados no era un fin —no puede serlo para espíritu cristiano matar a nadie—, sino un medio para entrar en posesión de un dinero que mi sin intervención no se habría producido...

Tan absurdo como sus declaraciones en el proceso, era su testamento, que Castruccio había escrito un año antes, cuando proyectaba suicidarse, y tenía escondido entre la lana de un colchón, bajo sobre cerrado en el que se leía: "Nulo hasta nueva orden mía".

"Creo que soy ateo, racionalista y anticatólico", decía en el preámbulo, "después de acusar a Dios de 'inventar un Infierno anticientífico, por encargo del Vaticano', agregaba: "El único Infierno es el del centro de la Tierra, cuya ignición hace más daño a los vivos que a los muertos, al envíos volcanes, terremotos y maremotos, sin importárselo nada la vida de campesinos ni marineros". Se mostraba partidario de la astronomía como origen de todas las ciencias, y de la astrología como clave del destino y base de toda ética; copiaba extensas parrafadas de Víctor Hugo y Flaubert, y en la breve parte expositiva de su última voluntad se permitía esta expansión de misógino resentido:

"De mis escasos bienes, todo lo que no se lleven curiales y escribas, lo lego al Hospital Italiano de Buenos Aires, con la condición expresa de que no se dedique al sostenimiento de la sala de mujeres, pues éstas son seres en muchos casos antipáticos y en todos ellos, desde Fv, perjudiciales al libre albedrío del hombre."

Hizo el resumen de "su" defensa

—¿Era o simulaba ser un irresponsable? Tras larga controversia letrada, iba ya a dictarse sentencia, cuando Castruccio dijo al tribunal:

—Mi abogado ha agotado ya los últimos recursos de su imaginación como brillante actor en esta farsa de la justicia. Permítanme, ya que me asignaron el peor papel, sin haberlo pedido, que haga yo mismo el resumen de mi defensa. Deseo demostrar que, al menos, soy tan buen actor como ustedes...

He aquí algunos de sus argumentos:

—Mi plan eliminatorio era de una técnica perfecta. Pero fracasó porque la compañía de seguros, para no cumplir lo pactado, sobornó a medio mundo y encima me señaló como culpable... Admito mi ineptitud en Toxicología; por eso falló el arsénico y se prolongó cinco días la agonía de mi pobre amigo; un médico lo habría hecho mejor y no estaría ahora en el banquillo de los acusados... adonde debían traer al farmacéutico que me expendió el veneno por vender un veneno adulterado...

En cambio, el tribunal debe reconocer que fui un bienhechor de Peuchot al emplear la asfixia para evitarle mayores sufrimientos. ¡También yo padecí bastante viendo que el desdichado no acababa de morirse! Y esto, creo que se descontará de la pena que haya de imponérseme... Otro mérito en mi descargo: preferir a un extranjero para mi experimento. La Argentina es mi segunda patria, y nunca habría intentado este negocio a base de quitarle la vida a un criollo, aunque fuese un linierista...

Los "conclusiones" del reo

Seguidamente, Castruccio desarrolló lo que él llamó "sus conclusiones":

—Ha habido dos errores: uno de jurisdicción, al someterme a un proceso criminal en vez de enfrentarme con la compañía aseguradora en un juicio civil por cobro de pesos; y otro de calificación: mi caso no es un crimen alevoso, sino una operación comercial fallida. En cuanto a la premeditación, la acepto, y muy honrada: todo acción financiera debe ser premeditada... Rechazo las costas y pido indemnización: Bouchoy descansa ya y nada siente. Pero yo pagué por la póliza —que él habría cobrado en su vejez, si no hubiese fallecido—. Además, he gastado 350 pesos entre médicos, productos de farmacia y entierro... ¡Y mientras la compañía de seguros tan tranquila en la impunidad de su fetiche legal, en lugar de cumplir lo estipulado con el difunto, o sea: abonarme a mí la póliza cuando él falleciese!

"Respecto a lo que ustedes denominan "el crimen de Castruccio" —dijo para terminar "su informe"—, confío en el dictamen de la ciencia jurídica moderna, objetiva en sus especulaciones serena en sus juicios, sin ánimo de venganza y exterminio contra una persona tan inteligente como desventurada por culpa de la fatalidad. Espero que no se me condene a

más de diez años de prisión; y prometo a la sociedad aprovechar bien ese tiempo de clausura en el estudio de otros inventos míos, que serán útiles a la humanidad cuando resplandezca la justicia y me sea devuelta la libertad, el único tonto inalienable de los mortales, que hemos nacido libres por derecho natural...

"Sigue la farsa", dijo en el patíbulo

—Pero... el tribunal está loco! ¿Pena de muerte por haber perdonado un pleito comercial? ¡No quiero hacerte cómplice de este nuevo error! —exclamó al negarse a firmar la notificación del fallo.

Puesto en capilla, todavía expresó:
—Nadie me convencerá de que un mal negocio de seguros sea por tanto. Todos estos preparativos son ficciones legales para asustar a los tontos e intimidar a los malvados; pero un hombre como yo puede tomarlos en serio.

Refiere el gran José Ingenieros que cuando el reo se dirigía al patíbulo —un banquillo al pie de un árbol recia plantado en un terreno de la Penitenciaría—, Castruccio declaró a sus acompañantes que "la farsa de la ejecución, para que entrase por los ojos de los criminales vulgares, estaba bien llevada."

—Pero... ya verán como al final llega el indulto —reflexionó en voz alta—. ¡Si no es posible que se mate a un hombre por un pleito civil! La compañía de seguros no exige tanto: ella, con no pagarme lo que me debe, se da por satisfecha; el muerto no reclama... Entonces, ¿a quién puede favorecer mi muerte? ¡El presidente de la República no va a permitir un error judicial irreparable!

Pidió ser electrocutado

Le temblaban las manos, le flaqueaban las piernas. Apartó los ojos del piquete ejecutor

que aguardaba la señal de hacer fuego, y vio al grupo de "invitados" que representaban al pueblo, y a los presos asomados tras los barrotes de sus celdas...

—¡Para comedia, ya está bien! Creo que es hora de que llegase el indulto —susurró al sacerdote que oraba junto a él.

De pronto volvió a sentir la vocación de la elocuencia y aprovechando la expectación de aquel abigarrado auditorio, lanzó otro discurso:

—El país está algo atrasado en materia de ejecuciones. Quiero que conste mi protesta, seguro de que me la agradecerán las futuras generaciones de condenados a muerte: ni el garrote, ni el fusilamiento, ni la monstruosa guillotina, son maneras de matar dignas del siglo de las luces. Añaden a la ejecución una crueldad innecesaria, innatural, hasta como espectáculo, de la seriedad de la diosa Justicia. ¡Todo esto es feísmo!

Había ido irguiéndose a medida que hablaba. Por último gritó:

—¿Por qué no emplear en estos "asesinatos" medios más científicos? ¿Para cuándo se deja el gran invento de la electricidad? ¡Si he de morir de verga, exijo ser electrocutado!

Acto seguido se sentó; parecía haberse tranquilizado con su improvisado speech final.

El silencio en torno hizo más imponente. Se notaba una profunda emoción de angustia en todos los que tenían sus miradas fijas en Castruccio... En eso llegó el mensajero del indulto presidencial. Carreras. Ordenes rápidas, en voz baja. Todo el mundo se sintió conmovido. Se rebullía la gente, respirando, hablando al fin después de la pesadilla. Sólo el reo no parecía alterarse lo más mínimo. Antes bien, se engalló, sin poder disimular un movimiento de vanidad triunfante: había acertado él, no podían matarlo.

—¡Ya decía yo que todo esto no es más que una farsa! —insistió ante sus acompañantes, y

al volver a su celda, murmuró, sonriendo al público que le abría paso: —Esto parece el cuento del muerto resucitado.

Los inventos de Castruccio

El indulto no contrajo el proceso degenerativo mental del indultado. Vivió en continuo sofisma verbal; se acentuaron su vanidad, su amoralidad, su propensión al absurdo razonado, sus accesos de ira. Hablaba y relataba a solas, y en sus alucinaciones oía voces extrañas y dialogaba con ellas.

Paulatinamente, a medida que sus carceleros dejaron de tratarlo como a un delincuente y empezaron a compadecerlo por loco, fue serenándose, sometiénolo a la disciplina carcelaria. En sus últimos diez años de reclusión penal, no hubo que aplicarle un solo correctivo. Pero estaba más loco que nunca.

Trabaja en el taller de imprenta, con buen rendimiento, excepto cuando le daba por traducir en el compoedor los textos que se le confiaban a un "idioma" que decía estar creando para hacerse entender de los animales inferiores.

En clase de geometría y dibujo lineal, contendía con el maestro, queriendo demostrar que el área del círculo se obtiene con la misma fórmula que el área del cuadrado.

—Lamento ser yo el único que ve claro en estos problemas matemáticos —solía decir a sus contradictores.

Otras veces trataba de explicar que solamente él poseía la fórmula algebraica y el desarrollo práctico de su gran teorema: la cuadratura del círculo, "base imprescindible —decíala— para hallar el secreto de la piedra filosofal y producir el oro".

El indulto de Castruccio dejó un saldo favorable: las observaciones de la ciencia sobre su caso.

LA AGONIA DE SAN JOSÉ DEL...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 2)

más interesantes episodios de "Una excursión a los indios ranqueles".

Miguelito, cuya historia nos transmitió con particular simpatía hacia su protagonista el autor de este libro, ya clásico en nuestras letras, cuenta:

—... mi padre, mi madre y yo, como le he dicho, hemos nacido en el Morro, cerca del cerro, en un rancho que está en un terreno que siempre pasó por nuestro, aunque yo no sé de quién será...

Es el rancho al que Miguelito, refugiado entre los indios para huir de la justicia, iba en sus novelescas correrías, que relata de este modo:

—Siempre que puedo hacer una escapada, si tengo buenos caballos, me corto solo, tomo el camino de la laguna del Bagual, luego hacia el Cuadril, río Esperto, en los montes la noche, paso el río Quinto, entro en Villa Mercedes, donde tengo parientes, me quedo allí por unos días, me voy des-

pués en dos galopes al Morro, me escondo en el cerro, en lo de un amigo, y de noche visito a mi vieja, y veo a la Dolores, que viene a casa con la chiquita.

Cualquiera de estos ranchos que hoy se aparecen a nuestros ojos en San José del Morro, como reliquias del tiempo, pudo albergar a los personajes de esta dramática historia, en la que palpitaba una vida tan intensa, y que da al pueblo donde se ha desarrollado cierto prestigio romántico.

Es una historia apasionante, hecha de amor, de celos, de superstición y de crímenes, en un ambiente en el cual las pasiones no conocen freno; una turbia historia ennoblecida por la ingenua bondad de un alma, la de Miguelito, arrastrado en el torbellino de una sociedad rudimentaria, que se ha desarrollado frente a la amenaza del indio y los horrores de una guerra fratricida, entrecruzándose el malón con la montonera, los dos azotes de nuestra patria, a los que en aquellos años

procuraba poner remedio el titán de nuestro progreso, bajo cuyo gobierno realizó Lucio V. Mansilla su excursión a los indios ranqueles: Domingo Faustino Sarmiento.

Siguiendo el camino de Miguelito, vamos hoy desde la progresista Villa Mercedes a San José del Morro, donde una veintena de ranchos de paredes desconchadas, sostenidos por anchos contrafuertes, agonizan a la vera de una capilla antiquísima, de una sola nave y en cuyo suelo se hacían los enterramientos.

Unas cuerdas antes de llegar al pueblo nos encontramos con el cementerio actual. Y esta pequeña ciudad de los muertos se ofrece a nuestros ojos más cuidada, con una arquitectura más moderna y sólida que la población habitada por quienes, más que vivir, parecen sobrevivir en ella a los tiemposidos, cuando San José del Morro tenía una razón de existir, el amparo del cerro que le avisaba la llegada del malón... ♦

Por J. CHRISTIE M.

AGALLITA



BOSQUES ARGENTINOS



Más de doscientas especies de árboles cubren los sesenta y cinco millones de hectáreas de nuestros bosques. Sin embargo, de esta enorme riqueza maderera sólo una parte es conocida y utilizada por los industriales, quedando sin explotar valiosas especies de frondosos y utilísimos árboles.

DEL MUNDO OVINO



Las primeras ovejas que se conocieron en el país fueron traídas de España, una de cuyas variedades, la "churra", pobló gran parte de nuestros campos. Después de dos siglos y medio de reproducción libre se formaron dos tipos diferentes: la "criolla" y la "pampa". Hoy pasan de veinte las razas de ovejas que se explotan en la Argentina.



LA GRANJA

LA LUCHA CONTRA

Entre los graves problemas y plagas que de tanto en tanto tiene que enfrentar el campesino argentino, ninguno tan trascendental como el que actualmente sufren los agricultores del norte del país.

Como ya es del dominio público, las provincias nortenas de la República están soportando la invasión, voraz y destructora, de la langosta.

Nutridas mangas del devorador acridio arrasan todas las siembras de nuestras ubérrimas tierras.

La lucha que se entabló contra tal destructor enemigo es gigantesca. Todos los medios para combatirlo son empleados: desde la fumigación de arsenicales lanzados mediante aparatos especiales, hasta la utilización de lanzallamas y la espulvo-

reación intensa por medio de aviones.

El Estado y las sociedades agrarias argentinas están empeñadas en esta lucha a muerte contra el mayor flagelo de nuestros campos.

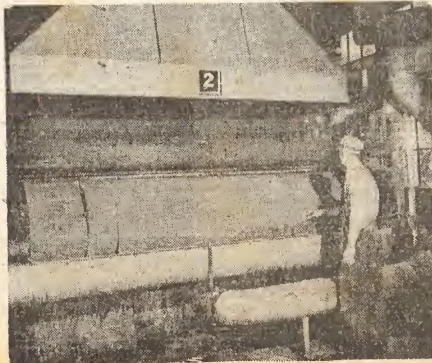
Pero para poder juzgar en toda su importancia el valor que ha de concederse a tan grave problema, baste decir que en el año agrícola de 1936-37, el voraz acridio arrasó el diez por ciento de la superficie cultivable del país; que representaba muchos millones de pesos.

Esto, que en verdad cobra caracteres trágicos, se comprenderá fácil-



LA PRESENCIA DE ESTOS HOMBRES OBLIGA A LAS MANGAS DE LANGOSTAS A LEVANTAR EL VUELO, PERO YA SU OBRA DESTRUCTORA FUE CUMPLIDA

ALIMENTOS PARA AVES



En esta época en que tanto escasean los cereales y granos en general, por su elevado costo y la merma de las cosechas, los hombres de ciencia estudian la manera de reemplazarlos con otros productos de menor precio. Aquí vemos — en forma de hojitas — una nueva alimentación, preparada con un subproducto extraído de la destilación de alcoholes.

por Emilio Pérez



MISCELANEA

Las abejas son excelentes polinizadoras, pues en sus sucesivas visitas a flores de la misma especie transportan consigo la materia fecundante de flor en flor.



El color de la yema de los huevos varía según la alimentación que se les da a las gallinas, pero no afecta en absoluto el valor ni el sabor del huevo.



Si a las dos semanas de haber estado con el macho, la coneja no prepara el nido y se arranca los pelos de la barriga, es señal de que no está preñada. Deben juntarse de nuevo.

El sorgo de Alepo o pasto ruso es una verdadera plaga que disminuye el valor de los campos. Este vegetal dispone, como ningún otro, de dos armas destructoras de multiplicación e invasión: semillas y rizomas.

El cerdo necesita 550 kgs. de agua para producir 100 kilos de carne. De ahí lo necesario que es que siempre tengan abundante agua limpia.



Las gallinas llegan a la máxima producción al cumplir los tres años de vida. Después comienza a mermar la postura.

BUZON DE GRANJA

Todas las preguntas que sobre temas de granja nos formulen nuestros lectores serán contestadas, sucintamente, en la página 114 de este magazine. La correspondencia debe dirigirse a "La granja", revista "LEOPLAN", Esmeralda 116, Capital.

Lea su respuesta en la pág. 114

LA LANGOSTA

mente al saber que de una yunta de langostas nacen en dieciocho meses siete mil millones de descendientes. ¡Y son tantas las parejas, que ya es de imaginar la fantástica reproducción!

Según un miembro de la Sociedad Entomológica Argentina, "la reproducción de la langosta es de proporciones astronómicas. Superará a la fantasía y deja muy atrás a la realidad. Cada hembra pone más de un desove (de 4 a 8); la línea de multiplicaciones es geométrica; el número final verdadero es un múltiplo de la cifra mencionada. Calculando sola-

mente cinco desoves, hallaremos la siguiente progresión, y partiendo de la base de 100 huevos por ooteca: primera generación, 500; segunda, 125.000; tercera, 30 millones, y cuarta generación, siete mil millones".

¡Siete mil millones es, pues, como dijimos, la descendencia de una sola pareja de langostas!

En el año 1934 fueron destruidos 120.000.000 de kilos de langostas (en un kilo entran ochocientas, aproximadamente) y sin embargo ya consignamos lo que ocurrió en 1936-37.

Que cada hombre del campo se asocie a esta campaña y que no dé tregua al voraz acrido. Es necesario, y sumamente importante, destruir sus desoves en la época propicia, roturando las tierras, pues así se evitará parcialmente su gigantesca reproducción.



ESTOS MONTÍCULOS DE ACRIDIOS MUERTOS SON EL RESULTADO PARCIAL DE LA LUCHA ENTABADA CONTRA LA MAYOR PLAGA DE NUESTROS CAMPOS

EL AZUFRE Y LA COCCIDIOSIS

Estudios realizados recientemente en diversas granjas experimentales revelan que el empleo del azufre mezclado en la comida de los pollitos ayuda a evitar que éstos sean atacados de coccidiosis. La proporción a mezclar es de 2 kilos de azufre por cada 100 kilos de alimento, y sólo debe suministrarse a los pollitos que tengan más de un mes de vida.



UNA MIRADA HACIA EL FUTURO

(CONTINUACIÓN DE LA PAGINA 113)

Se ofrecieron cuotas atractivas a los industriales que comenzaron a cambiar las máquinas de vapor por los motores eléctricos; luego el tranvía colaboró para aliviar los costos, y con la electrificación rural aumentó la posibilidad de una compensación razonable. Y el resultado fue el abaratamiento de la energía eléctrica y, por consiguiente, la posibilidad de utilización en otros usos.

El "plan" eléctrico

La energía eléctrica ha cambiado el mundo en una medida e intensidad nunca sospechadas antes; y lo cambiará más todavía. A grandes rasgos, entre lo que ha ocurrido o lo que puede ocurrir, se puede trazar un "plan" eléctrico general de esta manera:

La descentralización, o sea una distribución nueva y mejor de la población; el fin de dos tipos antes perfectamente definidos: campesino y ciudadano, que la energía eléctrica, posiblemente, fusione en uno solo; el establecimiento de fábricas más pequeñas y más flexibles, ampliamente distribuidas, o sea el término del culto a la enormidad; la manufactura automática de tal manera que ni un solo brazo humano intervenga entre la materia prima y el producto manufacturado; el control remoto de las operaciones industriales, es decir, la creación de fábricas que funcionen sin un solo hombre en su interior; el fin del "color" humano en la industria; la falta de trabajo tecnológico que llegará a un grado sin precedentes; el fin de las dificultades para hacer el trabajo más eficiente y la dirección más fácil, más que nada por medio del control remoto del trabajo; nuevos principios de manufactura; al producir máquinas cada vez

mejor adaptadas a las necesidades, que respondan, así, más pronto a los cambios de modelos y a las demandas del mercado; el enorme descenso en los costos del trabajo del agricultor, manteniéndose además, éste, como unidad independiente; la disminución de trabajo en el hogar; la declinación de todas las demás formas de energía; un nuevo regionalismo, que se levantará alrededor de la planta generadora; una nueva era en los transportes y la construcción de máquinas; nuevas posibilidades de alumbrado, nuevas presiones, nuevas temperaturas, nuevas velocidades; todo ello como resultado del abaratamiento de la energía en los procesos electroquímicos y electrometálicos; el fin del transporte de grandes volúmenes; la energía eléctrica es lo más barato que existe, pues no pesa y posee la velocidad de la luz; la unión final de la economía de todo un continente a una sola máquina supereléctrica y, por fin, la necesidad imprescindible de controlar esa máquina, por medio de planes económicos y acción de conjunto.

Lo que vendrá

El impulso del desarrollo de la energía eléctrica marcha claramente hacia las generadoras centrales eficientes e inmensas, operadas hidráulicamente, en donde sea posible hacerlo a bajo costo, o impulsadas por medio de turbinas de vapor que consumirán carbón en proporción siempre decreciente por kilowatt-hora, conforme avance la tecnología de la combustión del carbón, y conforme el factor de carga vaya acercándose a un balance más equitativo.

Se puede tener la visión de una central eléctrica, considerándola como el palpante corazón de una región económica, que propor-

cione la corriente de sangre que da vida a la industria, la agricultura, el transporte y los usos domésticos. Las plantas generadoras serán pequeñas y estarán ampliamente distribuidas; el excedente de energía podrá ser intercambiable con otras regiones.

Hace años se realizó una experiencia de este tipo en Ontario, Canadá, y sus resultados fueron magníficos; una vasta zona adquirió en poco tiempo un florecimiento que en épocas pasadas hubiera demandado un costoso proceso de larguísimo años.

Además, la corriente barata promoverá nuevos procesos técnicos en una escala sin precedentes, especialmente en el orden electroquímico y electrometálico. El aluminio, el magnesio, las aleaciones de hierro eléctrico y el acero eléctrico, se reducirán considerablemente en el costo, y se incorporarán a centenares de nuevos usos. La electricidad, aplicada a la producción de metales ligeros, revolucionará la construcción de maquinarias y el transporte, alcanzando metas insuperadas en la fabricación de mecanismos de control y altas presiones, temperaturas y velocidades. Veremos al automóvil o la locomotora de 1946 como un vehículo tan anticuado como la carreta de bueyes. Y la era del aluminio seguirá a la del cromo actual, que vino tras la del hierro de ayer.

Todo esto afectará profundamente el diseño de los ferrocarriles, las oficinas, las fábricas y los hogares, y gracias a la electricidad surgirá, de a poco, un mundo completamente nuevo.

La electricidad puede sobreponerse a la mayoría de las objeciones y problemas que encerraba la "civilización de la máquina de vapor", y devolvernos muchas de las glorias virreinales de la era del trabajo manual, sin necesidad del auxilio del elemento humano, ni la maldición de penurias que ha caracterizado a nuestro tiempo. ☼



Aquí le contestamos

ENRIQUE DE MATA, Venezuela. — Atendiendo sus deseos, le enviamos por carta la respuesta que usted solicitó. Agradecemos sus elogiosas palabras.

RALF CASPER, J. B. Alberdi (P. C. P.). — Aunque resulta difícil diagnosticar sobre el mal que sufren sus gallinas, probablemente se trata de abscesos microbianos. Conviene que tan pronto les note hinchazón debajo de la pata, seccionen con un bisturí o cortapuntas la lesa, y desinféctela la herida con agua oxigenada. Después, vaya colocando separadamente las aves así tratadas. Si tiene paja en los gallineros, reemplévala diariamente y observe mucha higiene. Ponga unas gotas de permanganato en el agua de los bebederos.

"CHACRA RACIONAL". — 1°. Contando con los alimentos verdes, el costo de producción de un conejo es ínfimo, pues basta que usted complete las raciones de versos con sobrante de comidas para que crezcan bien y engorden. En cuanto a su segunda pregunta, consideramos más conveniente que, previamente a la instalación de la cabaña de conejitos, se dirija usted a los criadores de las provincias andinas consultando las necesidades de esos animales.

LICOLPOLO RIBAS, Tumbi. — Julio, agosto, sep-

tiembre y octubre son los meses más propicios para la incubación... Está usted acertado en lo que dice con respecto a esa raza de gallinas.

ROSENDO JORDI, Tintina. — Creemos que lo más conveniente es que usted exponga su situación al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

LOLITA RÍOS, Callao (Perú). — Lamentamos no poder complacerle publicando el aviso que nos hace llegar, ya que es norma de la revista no insertar tal clase de notas en la presente sección. Le sugerimos se dirija a alguna entidad social o deportiva de esta capital. Agradecemos sus concienzudas palabras.

N. M. N. Capital. — Momentáneamente, y por razones de espacio, no aceptamos colaboraciones espontáneas. Quizá más adelante podamos satisfacer sus deseos.

INDUSTRIAL, Asunción (Paraguay). — Es algún buen secretario práctico industrial hallará las fórmulas que solicita.

ORLANDO AICARDI, Rafaela. — No tenemos noticia de la publicación de esa obra. Puede usted, si acaso, dirigirse por carta a alguna librería importante de ésta.

LECTOR CONSEQUENTE, Capital. — Tiene neta razón y no su amigo. Se lee "güilda", aunque se escribe "gilda". Las gildas fueron cofradías o hermandades de la Edad Media para la mutua ayuda y auxilio de los miembros que las integraban. En el norte de Europa abundaban, sobre todo, dichas organizaciones, cuyos estatutos sería largo transcribir.

R. L. M., Vespucio. — Sin duda, lo más indicado será que publique un aviso en algún diario de esta capital para averiguar el paradero de ese familiar suyo.

JUAN DIEZ DIZ, Capital. — Se llama "pañol" a cualquiera de los compartimentos de un

buque para guardar viveres, municiones, herramientas o pertrechos.

CURIOSO LEOPLANISTA, La Paz (Bolivia). — La creencia de que existe algún lazo místico o sobrenatural entre los gemelos, ha persistido siempre a través de los tiempos. Si bien la ciencia asegura que no se trata más que de pura coincidencia, el caso ocurrido a los mellizos Roy y Roy Kelley, de Buckhorn, Estados Unidos, evidencia indudablemente un gran interés para los científicos... y para los que no lo son. Ambos hermanos —de veinte años de edad— fueron movilizados en 1944. Se embarcaron a ultramar y combatiéron juntos con la 78 división de Infantería. Cayeron heridos y fueron capturados juntos. Los encerraron en el mismo campo de concentración y ni poco tiempo se les debió hospitalizar a los dos simultáneamente en pulmonía. Más tarde se les liberó en la misma fecha, aunque habían sido internados, una vez restablecidos, en distintos campos. Embarcaron después en diferentes transportes con rumbo a su patria, pero arribaron a Boston el mismo día, para ponerse a las órdenes del mismo oficial, en el campamento de Shanks. Estas "coincidencias" fueron muy comentadas en Norteamérica.

PRECIOS DE SUSCRIPCION "LEOPLÁN"

Annual..... \$ 9.60
Semestral..... \$ 5.00

Estos precios rigen para todo el país, América y España.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de las colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a:
Esmeralda 116, Buenos Aires.